EL ÚLTIMO REINO

HEREDERO DE LAS HADAS

LEO BATIC





Agradecimientos:

Gracias a todos las personas que invirtieron su tiempo en este proyecto; ya sea transcribiendo, corrigiendo, revisando y diseñando. Esperamos que disfrutes la lectura.







Sofía es una adolescente que, a simple vista, es como las demás: es hija de padres separados, tiene amigas en el colegio y un chico que le gusta. Vive con su mamá y unas tías excéntricas que empiezan a preocuparse —y mucho— cuando ella sueña que nada con dragones de mar… Ese es el comienzo de una saga extraordinaria, con secretos y personajes inolvidables. Una historia que empieza en un bosque de Polonia, durante la segunda guerra mundial, y sigue en la Buenos Aires actual, con seres maléficos, duendes, brujas, elfos y monstruos que habitan los túneles del subte y las principales avenidas.






Índice










Leo Batic




Leo Batic

Heredero de Las Hadas



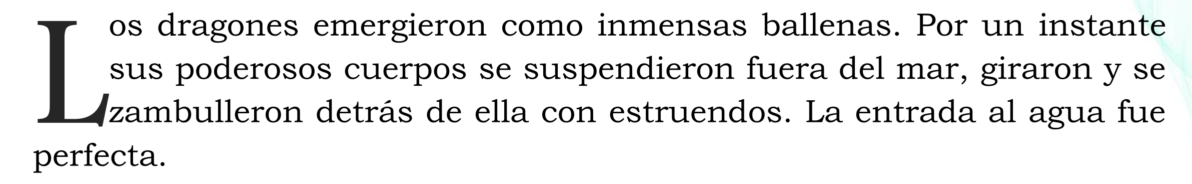








Capítulo 1



Los dragones emergieron como inmensas ballenas. Por un instante sus poderosos cuerpos se suspendieron fuera del mar, giraron y se zambulleron detrás de ella con estruendos. La entrada al agua fue perfecta.

El cielo voluptuoso, el viento cortante, el frío que entumecía sus huesos, todo desapareció en la calma del océano. Verde frío, celeste denso, azul profundo, el mar más allá de la superficie se parecía mucho al espacio en el que caminan los astronautas. Las estrellas eran las pequeñas partículas que reflejaba el cielo iluminado de relámpagos, allá arriba. Las burbujas eran planetas que giraban sobre sí mismos mientras se precipitaban hacia la superficie. Cualquiera hubiera sentido la tentación de ascender, de llenar los pulmones antes de seguir. Pero Sofía no necesitaba el aire. Se dio vuelta para asegurarse de que los enormes dragones la seguían y se lanzó como una flecha hacia los abismos.

"No me alcanzarán fácilmente", sonrió y puso atención en el inmenso universo que se abría delante de ella. Un cardumen de arenques se dividió para dejarla pasar.

Llegó a una zona donde la luz apenas se percibía. Se detuvo, moviendo los brazos. Sintió la vibración en su piel: los dragones estaban cerca. Reemprendió el juego, disparándose en línea recta, con el lejano techo de olas sacudido por el viento.

La primera cabeza de dragón la alcanzó cuando la lluvia perforó el mar. Podía escuchar con su piel el golpeteo de las gotas sobre el océano. Miró a sus lados y extendió los brazos, aminorando la marcha. A la izquierda, una hembra le guiñaba un ojo del tamaño de su mano. A la derecha, un macho joven, seis veces más grande que Sofía, se movía como una serpiente. Con la punta de sus dedos extendidos rozó las cabezas duras y brillantes pero cálidas como piedras al sol. Los cuellos largos estaban cubiertos de escamas azules pegadas unas a otras con tanta precisión que parecían talladas en una sola pieza. Se agrandaban al llegar al lomo y se hacían pequeñas en las patas. Las zarpas fuertes y macizas terminaban en garras filosas del tamaño de un pie humano. Las colas largas se sacudían de manera diferente en cada dragón, un sello distintivo que relataba historias, batallas libradas y el amor que los había marcado.



Seguían a Sofía como si fuera la guía de una bandada migratoria. Ella apretó las manos contra sus muslos y se impulsó con los pies hasta la superficie. Saltó fuera del agua y recibió el cosquilleo de las gotas de lluvia. Los dragones, detrás de ella, reflejaban los relámpagos de la tormenta.

Se sumergieron, salieron, volvieron a sumergirse, cosiendo las profundidades con extensos hilos de espuma. Arriba el frío de la tormenta aumentaba y las gotas golpeaban con fuerza. Abajo, el sonido amortiguado, la calidez del agua, la caricia del mar.

Giraron y produjeron un embudo de agua que señaló algún lugar distante en la oscuridad del abismo. Hacia allí se dejaron arrastrar. Tan profundo que nada podía verse, salvo el círculo iluminado por los ojos brillantes de aquellas criaturas, llenas de fuego interior.

Un dragón anciano se puso debajo de Sofía para que se sentara en su grupa. Extendió las alas y planeó en aquel cielo de aguas profundas; su panza casi rozó el fondo marino, iluminado como un atardecer.

Treinta y tres dragones, de todas las edades y tamaños, se reunían para danzar, imitando al viejo, abriendo sus enormes fauces y dejando que su fuego calentara el agua.

Sofía desmontó y bailó entre ellos, líder de los seres más majestuosos que hubiera visto jamás.

Sonrió mientras giraba, y se encendió como una estatua de cristal iluminada por dentro. Siguió danzando al compás del canto de los dragones y sintió el agua haciéndose densa a su alrededor, como miel.

Abrió los ojos sorprendida. Con cada vuelta le costaba más moverse. Ya no podía estirarse. Se asustó y respiró instintivamente. Una bocanada de miel ingresó en sus pulmones. No se ahogó, pero su pecho se negó a moverse, henchido de melaza submarina.

Los dragones bailaban mientras calentaban el mar, ignorando a Sofía. A su alrededor se formaba una burbuja densa, amarilla, compacta. Quiso gritar, llorar, nadar hacia la libertad, pero no pudo.

Poco a poco la esfera fue cerrándose sobre sí misma.

Sofía era un mosquito encerrado en una perla transparente que la obligaba a encogerse como un bebé dentro del útero.

Los dragones danzaron hasta que ya no pudo moverse.



Entonces se fueron, abandonándola en aquella meseta con luces extrañas, ajenas a la profundidad del mar.

Y como si se tratara de una película pasada a toda velocidad, vio entrar y salir peces, ballenas, seres de todas las especies conocidas y desconocidas.

Quiso gritar.

Lo intentó una vez.

Y otra.

Y otra.







Capítulo 2

BUENOS AIRES, ARGENTINA.
EN LA ACTUALIDAD.

Sofía se despertó transpirada, a mitad de la noche. Había tenido una pesadilla horrible.

Se sentó en la cama y trató de distinguir la habitación con la poca luz que venía desde afuera. Se frotó la cara, alisó su pelo castaño hacia atrás y pasó la lengua por sus labios. Tenía sed.

Abajo, en la calle, una pareja se reía a carcajadas. Más lejos, una ambulancia aullaba. Una bocina insistente, un portazo, el ascensor que bajaba. La ciudad se negaba a dormir.

Se acomodó la remera y metió los pies en las pantuflas peludas. Pese a que la primavera avanzaba, tenía frío. Sus dedos se movieron dentro del cálido abrigo y se sintió reconfortada. Ya no estaba inmóvil, sumergida en el fondo del mar.

Cruzó el pasillo, entró a la cocina y abrió la heladera buscando algo para tomar.

—¿Querés un té? —dijo una voz a sus espaldas.

Su tía Alondra rara vez se acostaba. De hecho, no podía recordar cuándo la había visto en su cama por última vez. Estaba convencida de que ella vigilaba los sueños de sus otras tías. Candela, mientras dormía, no movía ni un músculo; parecía un muerto, tan severa como cuando estaba despierta. Sofía creía que los sueños le tenían miedo y se escondían en la pieza de Delfina, que no solo soñaba todas las noches, sino que pasaba por mil estados de ánimo. Alondra permanecía atenta, corriendo a las pesadillas de esa habitación y regresándolas a la pieza de Candela. Allí se quedaban, mudas de miedo, durante el resto de la noche.

Alondra solía tejer o dibujaba en un cuaderno de páginas blancas. Todo dependía de su ánimo. Se sentaba en los lugares más ridículos de la casa con un silloncito plegable y una luz portátil. Sofía la había encontrado en medio del pasillo, detrás de la puerta de entrada, en el balcón en pleno invierno, junto al termotanque, sobre la mesa ratona del living, debajo del tendedero. Esa madrugada estaba detrás de la puerta de la cocina, como



si estuviera escuchando una conversación que provenía del pasillo, vacío y oscuro.

—¿Querés que prepare té? —repitió.

—¿Puede ser de canela y esas hierbas para dormir?

—Seguro. Dame cinco minutos.

Sofía se sentó en su silla preferida, la mecedora. Las marcas del punzón, las líneas no del todo rectas, la leve inclinación a la izquierda, el ruidito cuando se mecía, cada imperfección la hacían sentir más cerca de su padre, aunque la distancia entre ellos fuera insalvable. Se acurrucó como un gato y se abrazó las rodillas. En aquel rincón de la cocina se sentía a salvo.

Alondra colocó la pava con agua sobre el fuego. Se puso en puntas de pie, tomó unos frascos del estante más bajo y sacó un puñado de hierbas, que dejó caer dentro de dos tazas.

En la cocina había la misma luz tenue que en el fondo del mar. Dos pequeñas lámparas debajo de las alacenas desparramaban tonos anaranjados. El azul verdoso de las paredes, por otro lado, acentuaba el efecto marino. El recuerdo le dio escalofríos y estiro las manos para asegurarse de que no seguía encerrada en aquella perla. Alondra se dio vuelta, estudio el rostro de su sobrina, fue hacia la puerta de la cocina y la cerró.

—Podemos tener un poco más de luz ¿no?

—Gracias.

Prendió la lámpara central y volvió junto al fuego. El mundo entero cambió. Los retazos de la pesadilla se escabulleron por la puerta que iba hacia el lavadero, donde el azul de las paredes la convertía en una pecera gigante. Las sábanas y las toallas eran algas y corales. Allí no había dragones.

Alondra tenía unos setenta años y pelo corto. Su cuerpo era macizo y compacto, pero se movía con la gracia de un colibrí. Sus manos pequeñas tomaban los objetos con destreza mientras bailaba tarareando una canción tradicional europea. Llevó a la mesa las tazas, la azucarera y un plato con galletas de miel y frutillas. Sofía debería sentirse feliz. No muchas familias en el mundo permitían que una adolescente, que tenía que levantarse temprano, se diera el lujo de un té con masas a las cuatro de la mañana.



—¿Vas a contarme?

—¿Qué?

—El sueño. Me encanta escuchar tus sueños —dijo Alondra sirviendo el té y sentándose frente a ella. En algún momento le había confesado que los coleccionaba, como si se tratara de leyendas antiguas o cuentos de hadas. Podía relatarle con pelos y señales casa una de sus historias dese que había tenido la posibilidad de hilvanar una frase. Bueno, no todas. Desde que había entrado en la secundaria, había un sueño que Sofía no podía contarle a nadie. Soñaba con Alan y eso la ponía incomoda. Desde que lo conocía había entrado en sus sueños una o dos veces por semana. No tenía ganas de hablar de eso con su tía, ni con nadie. Así que mejor guardarlos. Después de todo, a ella parecían interesarle más sus historias sobre aventuras, árboles que crecían cuando ella lo deseaba o vuelos que hacía con alas que desplegaba sin previo aviso.

"Locuras de vieja" pensó, dejándose envolver por el perfume del té con especias. Alondra le puso una cucharada de miel y Sofía agarró la taza con las dos manos, como si tuviera frío. Dio un sorbo y el calor volvió a su cuerpo. Ya no sentía la profundidad del océano en sus huesos.

—Nadé con dragones.

Alondra, que se había llevado la taza a la boca, tosió como si se hubiera atragantado con una avellana. Miraba a su sobrina con fascinación. Trató de componerse y preguntó:

—¿Dragones debajo del agua?

—Sí, dragones de mar. Eran un grupo de veinte o más. Nadé con ellos, después saltamos y jugamos a perseguirnos.

—No parece un mal sueño.

—No hasta que llegamos al fondo del mar. El agua estaba helada. Y de pronto todo se iluminó y me quedé atrapada en una especie de burbuja. No podía moverme ni respirar.

Sofía estudio a su tía mientras hablaba. Nunca la había visto tan alterada por un sueño suyo. Intentó disimular pero apretaba sus labios mientras jugueteaba con la cuchara, con la servilleta y con la galleta que todavía no había probado. Se mantuvieron en silencio. Al principio fue incómodo y denso, pero se fue tornando placentero, por efectos del té. Sofía había recuperado el sueño y quería irse a la cama. Quizás no soñase. Las infusiones de Alondra solían limpiarle la cabeza y alejar las pesadillas.



—Una vez dijiste que nadabas con ballenas —dijo, y su rostro volvió a tener esa sonrisa que rara vez escapaba de su rostro.

—Tenía cinco, lo recuerdo. Pero era otro tipo de sueño. Como si fuera un dibujo animado. Este pareció real.

—Las pesadillas parecen reales porque logran asustarnos.

—Igual, el día que me encuentre con un dragón le voy a preguntar por esa perla en la que me encerraron.

Alondra perdió la sonrisa. Se puso alerta y la miró con los ojos entrecerrados. No era buena ocultando sus sentimientos. De todas maneras la reacción era exagerada para una tontería como aquella.

—Tía —dijo Sofía mirándola, pero los ojos de la mujer estaban perdidos en sus pensamientos—. ¿Alondra?

—¿Sí querida?

—Si te preocupa tanto, no les pregunto.

Alondra arrugó la servilleta, pero cuando se dio cuenta de que su sobrina la miraba, trató de limpiarse como si hubiera sido un gesto natural. Estaba nerviosa.

—Es un chiste —dijo con una sonrisa—. Los dragones no existen.

—Por supuesto —respondió Alondra, lanzando una risa aguda—, es que a veces decís las cosas de una manera que casi te creo. Sos capaz de buscar a un dragón para preguntarle.

—Tengo quince años tía, hace tiempo que dejé de creer en esas tonterías.

—Claro, claro. Pero para mí seguís siendo una pichoncita.

Por eso también agradecía tenerla a Alondra en momentos como aquel. Su amor por ella era incondicional. Además el té estaba exquisito.

—Deberías descolgar la ropa del tendedero —dijo Sofía apurando la taza.

—¿Por qué? —preguntó la mujer, asomándose por la ventana y mirando los retazos de nubes que se enredaban con el vapor de la ciudad, ocultando las estrellas.

—En diecisiete minutos va a llover —dijo Sofía abstraída en sus pensamientos.

—¿Cómo sabés? —Alondra se contuvo. Quería darse la vuelta y estudiar



la mirada de su sobrina, pero se conformó con verla por el reflejo de la ventana.

—¿Cómo sé qué?

—Dijiste que va a llover.

—Yo no dije nada —la muchacha la miró. A veces los viejos inventan cosas—. Además está despejado.

Terminó el té, rodeó la mesa, besó la frente de su tía y volvió a su habitación. Alondra salió al pequeño patio, junto la ropa y la colgó en las sillas de la cocina. Su cabeza bullía de preguntas. Esperó sin moverse, mirando el reloj junto a la heladera.

El primer relámpago se escuchó justo después de que Sofia volvió a dormirse. Y la lluvia se descargó en el minuto diecisiete.







31 DE AGOSTO DE 1939.
EN ALGÚN LUGAR DE KASZUBY, POLONIA.

Krzysztof había salido del castillo hacía dos lunas y sabía que no regresaría. Su mundo era el bosque que protegía el reino. El olor de su cuerpo era el perfume de los pinos en invierno, de los hongos en otoño y de los frutos en verano. Los animales le conocían y no huían al verlo. Era misericordioso con el ciervo, porque esperaba que el oso lo tratara de igual manera si le llegaba el momento de enfrentarlo.

Las heridas que le marcaban el rostro y los brazos eran mudos recordatorios de que la muerte galopa a lomo de la soberbia. Se había encontrado con la Gran Cazadora y había logrado salir victorioso. Pero no siempre sería así.

Cuando la Lectora de Cartas golpeó su puerta tres tardes atrás, él preparaba su bolsa de caza y afilaba las puntas de las flechas.

—Te saludo, cazador.

—Te saludo, lectora.

—No traigo buenas noticias.

—Lo sé.

La vieja tanteó el marco de la puerta y con su bastón recorrió el piso de tierra hasta encontrar la silla más cercana. Conocía a Krzysztof desde que era un cachorro. No era de mucho hablar y eso a ella le gustaba. Cuando lo hacía, era directo y sin rodeos, como un animal en libertad. Ella leía dibujos sobre cueros, él podía sentir la respiración del bosque. Ella necesitaba el silencio para escuchar el susurro de las cartas, él lo precisaba para comunicarse con el mundo.

—Las cartas anuncian la llegada de la Gran Cazadora.

—Puede venir por mí cuando quiera.

La lectora sentía la ansiedad en la voz del hombre, aunque pretendiera esconderla. Él no podía leer los signos de las cartas, pero el aire murmuraba advertencias hace varios meses. Tarde o temprano, la Gran



Cazadora atrapaba a todos los que respiraran sobre el mundo, pero tenía la amabilidad de anunciarse a sus adversarios más valiosos. Ella quería encontrarlos de pie, dando batalla.

La vieja sabía que el hombre frente a ella había sido bueno. Tendría una muerte a la altura de su vida. Estiró sus dedos nudosos con cautela y acarició las puntas de flecha, el arco y los cuchillos.

—No serás el único al que ella reclame. Todo el reino está en peligro.
La lectora no había venido a su casa para decirle que moriría. Sabía que él no deseaba enterarse de cómo ni cuándo la Cazadora lo miraría a los ojos por última vez. Pero había demasiada gente implicada en los caminos del futuro para tener en cuenta los deseos personales. Krzysztof miró las armas sobre la mesa y se preguntó cuántas flechas serían necesarias para proteger a su rey. Seguramente cien veces cien la cantidad que tenía frente a él.

—Ragarath ha regresado. Esta vez invadirá no solo son su ejército oscuro, sino con hombres de otras tierras y bestias mágicas.

El cazador se tomó un tiempo para analizar aquella revelación. Se sentó, abatido. No quería tener nada que ver con esa magia. Tenía suficiente con la que moldeaba las estaciones, producía el nacimiento de los animales y hacía crecer a las plantas. Era una magia que él podía entender.

Ragarath era otra cosa. Esa mujer había perdido su corazón hacía demasiado tiempo, si alguna vez lo había tenido, y no se detenía ante nada. Era una peste viscosa, el odio personificado.

El cazador se quitó la imagen de la cabeza escupiendo en el suelo de tierra. No perdería tiempo en lo que no podía controlar.

—¿Le has avisado al rey?

—No. Sus pasos están marcados, nada tengo que hacer con él. Pero quería decirte que las cartas hablan de una manera extraña sobre tu sendero. Tus acciones salvarán al mundo. Ahora y en el futuro.

—Si el rey morirá, entonces de nada servirá mi puñal. Sé por las historias que el día en que él muera, el reino quedará en manos de Ragarath.

La mujer tamborileó con los dedos sobre la mesa. El cazador comprendió que evaluaba si le diría o no lo que sabía. Esperó, porque él también guardaba secretos; le dio la espalda porque sabía que la gente tiende a ser más abierta cuando no tiene ojos que la apremien.

—Ella tomará el poder si el rey no tiene descendencia.



Krzysztof analizó las palabras de la lectora y sonrió.

—Tu tarea es mantenerte vivo, por si los reyes tuvieran sus propios secretos.

Ambos entendían todo lo que implicaba aquella revelación.

—Cumpliré con mi parte.

—Lo sé. Yo cumplí con la mía.

La vieja se paró con dificultad y alargó su mano hasta dar con el rostro del cazador. Acarició las cicatrices y peinó su barba. Se habían visto poco, pero él la quería como a su madre. Y aunque ella no lo admitiera, lo sentía el hijo que su vientre jamás le había dado. Las manos que habían preparado el cuero y habían dibujado las cartas eran firmes y seguras, acostumbradas a ser los ojos de esa mujer que había perdido los propios hacía demasiado tiempo. El cazador pensaba que se le habían secado porque no los usaba, siempre atenta a los ojos del interior, esos que recorrían los caminos neblinosos del tiempo, como los suyos abarcaban el bosque.

Cuando terminó, la vieja tomó su bastón tallado y salió. Krzysztof fue en busca de sus mejores hombres. Durante tiempos de paz eran herreros, cuidadores de caballos, curtidores, tejedores. Cada golpe en las puertas sellaba el destino de una familia. Por un instante se sintió como la Gran Cazadora. Hubiera podido llamar a más y su lealtad con el reino se lo reprochó, pero no separaría a los padres de sus hijos pequeños. Ellos debían dar sus vidas por cuidar a sus familias hasta el último aliento.

Una lluvia leve y fría comenzó a golpetear sobre su cabeza. Se preguntó si el mundo estaría llorando porque conocía el destino de aquel reino.







BUENOS AIRES ARGENTINA.

EN LA ACTUALIDAD.

Sofía se despertó cansada. Gracias al té, ya no había soñado con dragones. Durante el resto de la noche le había quedado la sensación de flotar en el mar, inmóvil pero libre. El té, o la charla, había conseguido sacarle de la cabeza la opresión que sintió en la pesadilla. Ya no tenía miedo de nadar en aguas profundas. Y quería encontrarse una vez más con aquellos majestuosos seres de mirada de fuego.

El sonido de la lluvia era un arrullo. Repiqueteaba contra la ventana.

Le extrañó que nadie viniera a despertarla. Para cualquier joven de su edad, el fin de semana era el mejor momento para dormir. Jenn y sus amigas repetían una y otra vez que apenas se levantaban para almorzar y después volvían a la cama, hasta que sus ojos quedaban hinchados.

Sofía nunca había tenido esa suerte.

Cuando tenía cinco años, su padre se había ido. Y las tías, que por entonces vivían en un departamento pegado al suyo, tiraron las paredes que los separaban, creando una casa enorme, iluminada e interconectada.

Fue cuando su tía Candela tomó el mando de la casa.

Poco después Sofía comenzaba la escuela primaria. Sofía no quería saber nada con la nueva rutina y se había peleado con su madre. Su tía se paró frente a la cama de su sobrina y le pidió con amabilidad que se levantara pero Sofía sencillamente la ignoró. Candela trató de razonar, luego fue un poco más dura y finalmente tomó las mantas y las sábanas y las tiró al piso.

Sofía se enrolló como un gato y no se movió. Su tía se paró a su lado.

—Es hora de levantarse —dijo.



No subió la voz, no se alteró, no cambió de posición. La niña sonrió para sí, segura de poder vencerla. Pero quince minutos de repetición constante pueden ser una tortura imposible de manejar. Se paró gritando y fue a bañarse con tal de no seguir escuchándola.

Aquel día se sentaron las bases de una relación difícil en la que su tía tenía siempre las de ganar. Sin importar cuánto frío, cuánto calor, qué fiesta o qué evento sacudiera al departamento: a las seis debía estar en pie. Media hora más tarde los fines de semana.

Salían a correr cuarenta minutos por el barrio, hacia el sur hasta la Costanera. Sofía odió esa rutina al principio. Pero luego, aunque nunca lo admitiría, le resultó fascinante correr por una ciudad casi vacía. Parecían dos extrañas en un mundo deshabitado. Corrían hasta que los músculos les dolían, y recién entonces su tía se dignaba a buscar el reparo de los árboles para quince minutos de meditación y descanso. Por lo general Sofía terminaba dormida, pero eso a Candela no le importaba.

Hasta que entró al secundario su vida había sido patéticamente igual, día tras día. Después de clase tenía que ir a danza, gimnasia rítmica y natación. Esta última disciplina había sido un logro suyo. Le había costado una dura pelea, pero disfrutó cada momento. Su madre no decía nada, como era de esperarse, pero en sus ojos creyó descubrir preocupación. A Sofía le daba lo mismo lo que ella pensaba. Amaba el agua y Candela parecía odiarla. Nunca iban de vacaciones al mar, ni a un lugar donde hubiera una pileta. Así que, cuando las tías decidieron sumarle una actividad más ella quiso elegir. La discusión se alargó durante semanas y Sofía no dio el brazo a torcer. Y cuando Candela puso el grito en el cielo, se aferró aún más a su elección. O la respetaban o seguirían siendo dos días a la semana de actividades. Sea como sea, ganaba.

Delfina fue la encargada de elegir la pileta y arreglar los horarios. Nada podía ser por elección de Sofía, y mucho menos de su madre.

Desde el primer día en que entró a la pileta, una sensación de libertad la había poseído. Al principio fue solo el placer de sumergirse, de sentirse más liviana, de volar sobre el piso de la pileta. Luego descubrió que nadar le producía alivio. Se sentía segura, contenida. Cuando se supo dueña de sí misma, la rebeldía creció como una infección que la masticaba desde el interior.

Apenas unos meses después ya había recibido varias amonestaciones en el colegio y había conseguido llamar la atención de sus compañeros. Candela la amenazó con perder el privilegio de ir a natación. Pero no



pudieron sacárselo.

Después del primer año de pileta aparecieron los sueños. Comenzaron como destellos de una mar embravecido, frío pero acogedor. Luego nadaba sola en las profundidades del mar, más tarde aparecieron diferentes peces, incluso un día creyó ver una ballena, y más tarde un oso polar nadando en la lejanía. Los sueños se hicieron más repetitivos hasta que una madrugada, Sofía se despertó porque el fondo del mar la llamaba. Alondra se inquietó.

—Si te preocupan tanto mis sueños, no te los cuento más.

—¡No, por favor, pichona! —dijo casi desesperada—, es que me sorprendió que te inquietara nadar en el mar. Te gusta tanto que no quisiera que un sueño te genere miedos.

—Lo único que me preocupa es que Candela no me deje ir más por dos o tres sueños tontos.

—No te preocupes, quedará entre nosotras.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa —murmuró Alondra, sabiendo que se metería en problemas cuando Candela se enterara.

Sofía se había acostumbrado a dormir poco, soñar mucho y levantarse temprano. Miró el reloj y confirmó que su tía se había demorada casi una hora. Sonrió satisfecha y se acurrucó en la cama. Una hora más, por una vez, una hora más. Pero no pudo evitar preguntarse si no había pasado algo grave.

Cerró los ojos y trató de relajarse. No lo consiguió.

Mejor sería chequear que todo estuviera bien y volver a dormir. Si caminaba con sigilo, nadie se enteraría.

Hacía frío y la lluvia seguí su canturrear contra los vidrios, el caño del desagüe, la chimenea y la respiración de la cocina. Casi podía escucharse una melodía ligera y melancólica entre los repiqueteos. Se puso la bata y salió sin las pantuflas; no quería hacer el menor ruido.

Sostuvo la puerta para que no chirriara y caminó en puntas de pie por el pasillo. Desde la cocina surgía un murmullo. Sus tías y su madre hablaban en voz muy baja, casi imperceptible.



—Si son dragones estamos en problemas —era la voz de Candela.

—Les pido por favor que hagan algo —la que hablaba con la voz entrecortada era la madre de Sofía.

—Todavía no sabemos nada, no digamos tonterías.

Atrás, la puerta de su habitación se cerró un poco, chillando bajito. Sofía se detuvo, asustada. ¿Qué hacía? ¿Volvía o seguía caminando? Estaban hablando de ella y quería saber qué las ponía tan nerviosas. Aguzó el oído mientras daba otro paso hacia la cocina.

—¿Y qué le digo?

—En principio, que espero que haya disfrutado de esta mañana excepcional, porque no volverá a repetirse —dijo Candela mientras abría la puerta, y la joven quedó al descubierto. Tenía que actuar como si no supiera nada; las cuatro mujeres parecían horrorizadas al verla.

—¿Escuchabas detrás de la puerta? —su madre parecía consternada.

—No, mamá. Pensé que todas estaban durmiendo y vine para la cocina. Escuché que cuchicheaban, me acerqué y entonces ella abrió la puerta.

—Pasá —dijo su tía, parada frente al marco. La estudió como un buitre que ha visto su presa a punto de morir y la ve caminar hacia su destino inevitable. Trataba de saber si Sofía había escuchado la conversación. Pero la joven había aprendido a disimular cuando tiraba una tiza en la escuela. Puso su mejor cara de inocencia y caminó hacia la mesa.

—Buenos días dormilona —dijo Alondra con una sonrisa que no podía ocultar el remordimiento—. Estábamos a punto de desayunar. Hoy todas nos despertamos tarde por la lluvia. ¿Te preparo un té?

—Prefiero café con leche —dijo, todavía no decidía si ofenderse o no con su tía por contar el sueño.

—Buen día hijita —dijo Carolina, poniéndose de pie para darle un beso.

—Hola —respondió, y caminó hacia el otro extremo de la mesa ignorando la intención de su madre. Carolina bajó la vista y terminó de levantarse. Para disimular, fue a la alacena por unas galletas.

Sofía se sentó lejos de Alondra y de su madre, en una silla ordinaria, dejando libre la mecedora que había tallado su padre. Se abrazó a sí misma para calentarse. Sintió la mirada de sus tías, estudiándola. Alondra le había asegurado que no contaría nada de sus sueños, pero la había traicionado. Se lo haría pagar.



—Alo, tu té no sirvió mucho, seguí soñando.

Esperó un segundo y miró fijo a su tía, luego a Delfina y por último a Candela. Las dos primeras estaban estupefactas, como si hubiera dicho una indecencia, pero Candela parecía inmutable. Carolina no se dio vuelta, pero el tarro con galletas se le cayó y rompió el silencio.

Delfina y Alondra comenzaron una conversación con Carolina para que no siguiera poniéndose nerviosa. Primero hablaron del tiempo, y después, de las tareas del día. Era raro escucharlas hablar de banalidades. Sofía no podía recordar cuándo había pasado antes. En esa casa se hablaba de literatura, cocina, tejido, artes marciales, entrenamiento, danza, pero nunca del tiempo.

—¿Y qué soñaste esta vez? —preguntó Alondra trayéndole su café con leche. Si bien la conversación entre sus tías y madre continuó, Sofía sintió que perdía coherencia e interés para ellas.

—No soñé nada importante.

—¿Me dejarás con la colección incompleta? —dijo Alondra haciendo pucheros ficticios.

—¿Por qué son tan importantes mis sueños?

—¿Quién dijo que fueran importantes? —dijo Candela. Delfina la tomó del brazo con discreción. Bebió un sorbo de té y masticó una galletita intentando recuperar la paciencia.

—Hija, no les des importancia a unos sueños sin sentido, ahora solo tenés que preocuparte por terminar el año sin llevarte ninguna materia.

Candela fulminó con la mirada a Carolina y Sofía se indignó al ver que su tía no estaba agradecida. Su madre había intentado sacarla del apuro. Mal o equivocada, pero hacía un esfuerzo por congraciarse con ellas. Sin embargo, rara vez aprobaban lo que decía o decidía y siempre parecían reprocharle algo.

—A mí me encantan los dragones de mar —dijo Delfina mirando por la ventana. Ya había dejado de llover, pero las gotas del techo resbalaban por el vidrio dibujando ríos transparentes.

Sofía nunca había visto a Candela alterada y descubrió algo, que hasta ese momento, se le había escapado: sus tías siempre actuaban como un bloque compacto. La casa vivía al ritmo de ese pequeño panal de tres, donde Sofía y Carolina eran las obreras del rango más bajo. Pero el sueño de los dragones había cambiado las cosas. Como si hubieran





atacado el panal con fuego. Fuego de dragón.





31 DE AGOSTO DE 1939.
EN ALGÚN LUGAR DE KASZUBY, POLONIA

Krzysztof era el único hombre del reino que se animaba a caminar más allá de las fronteras. Para quien no estuviera atento, los límites del reino no parecían acabar jamás, extendiéndose entre bosques, colinas, lomas y lagos. Sin embargo, sus habitantes podían sentir los bordes de la frontera. Unas sutiles tallas de piedras advertían que, a partir de ellas, el mundo se abría en otro tiempo, un tiempo que los habitantes del reino no comprendían. Afuera, el mundo corría presuroso detrás de agujas encerradas en esferas de vidrio, presionaba a la gente a cambiar de ropa, gustos, perfumes, educación e idioma. El aire estaba más saturado de humo, aceites y ruidos. Más allá de la sutil barrera, el tiempo se agitaba lejos de las estaciones, ajenos al nacimiento del águila y el jabalí, desconfiando de la hilera de la hormiga, combatiendo el poderío del oso, talando al tejo para dejar una serpiente de polvo por la que pasaban máquinas estrepitosas con corazas de hierro y explosiones de fuego.

En el Último Reino todavía se agradecía a las lluvias, se cuidaba el agua y se reverenciaba al noble. La harina se hacía con mortero, el hierro se calentaba con fuego agitado por los fuelles y las noches de invierno se amenizaban con historias de hadas contadas frente al fogón.

Adentro el tiempo era perezoso y fluía como la melaza. Por eso, cuando se cruzaba el umbral, el cuerpo sentía el impacto de las horas corriendo, la piel se contraía, el pelo se erizaba y el corazón comenzaba a galopar. Era el miedo de salir al tiempo del mundo.

Esa mañana el aire que se filtraba desde el exterior traía dolor y muerte. Por eso Krzysztof había desplegado a diez hombres por las fronteras oeste y norte. A los restantes cuatro les había ordenado que recorrieran las tierras buscando posibles enemigos en los lugares menos previsibles. En el palacio, el rey daba órdenes y organizaba a hombres y mujeres. Ellos esperarían el ataque detrás de los muros. Krzysztof y su gente irían a su encuentro.

El cazador eligió ir al noroeste, hacia un extremo del reino donde una loma avanzaba sobre el exterior. Su piel le aseguraba que allí estaba el



peligro, y era el único que se animaría a caminar más allá de la frontera si era necesario.

El murmullo de la muerte podía escucharse justo del otro lado de la colina. Los pájaros volaban en círculos amplios y no se atrevían a posarse en sus nidos; el conejo se escondía y el zorro prefería la seguridad de los bosques del reino. Una cerda con sus jabatos pasó a su lado, sin importarle su presencia. Ningún animal con sus crías se arriesgaría a pasar tan cerca si la amenaza a sus espaldas no fuera mayor.

Lo que vio Krzysztof cuando asomó la cabeza por la ladera lo dejó sin aliento. Necesitó regresar a su escondite, preparar su mente y volver a mirar con otros ojos.

El pequeño valle, de unos quinientos por trescientos pasos, rebosaba de hombres. Estaban reunidos en tres grupos. Unos practicaban formaciones. Otros ejercitaban unos extraños objetos. Palos tallados, con metales incrustados y una cuchilla en la punta. Los colgaban en los hombros y parecían apuntarlos como ballestas a blancos imaginarios. El último grupo descansaba sobre unos carros de hierro con demasiadas ruedas, todas atadas con una cinta pesada de metal. Cada carruaje tenía un tronco de hierro largo y recto que algunos hombres pulían en su interior. Nunca había visto tantos enemigos juntos, pero no le sorprendió su número sino la vestimenta. No usaban armaduras, ni colgaban de las cinturas espadas, ni una correa sostenía escudos o arcos con flechas. Las ropas no eran más seguras que el lienzo con que los niños vestían en las fiestas del reino. Pero lo más escalofriante era que no podía diferenciar a uno de otro. En el reino cada guerrero trabajaba su armadura con cuidado y esmero, decorándola con un animal o un ser mítico, que se repetía en el escudo tallado, que volvía a aparecer en el casco y en la espada. Cada guerrero tenía su forma personal de proteger el cuerpo y de adornarse. Durante una batalla solo levantando la vista podía ubicar a cualquiera y sentir que pertenecía a una familia.

En aquel ejército era todo lo contrario. Solo tela oscura cubría el cuerpo de cada guerrero igual una a otra. Los cascos, sin adornos, totalmente lisos y con las mismas correas atadas a cada mentón. Los mismos cinturones, las mismas botas, los mismos pantalones. A Krzysztof le pareció un ejército de muertos, que han perdido interés por su personalidad y responden a un mandato superior que comanda sus movimientos.

La guardia del rey actuaba al unísono, pero aquí todos daban la sensación de igualdad, de un solo cerebro actuando sobre miles de personas.



El improvisado pueblo también era de tela. Permanecía en pie gracias a unos postes que los elevaban y cuerdas que lo amarraban al piso. Verde oscuro sobre verde oscuro en hileras perfectas. Un campamento para la guerra, pero demasiado débil para soportar un ataque.

Un estruendo obligó al cazador a esconderse. Un trueno había emergido de uno de los palos que sostenía un soldado. Lo distinguió fácilmente porque todavía humeaba. Se generó un murmullo alrededor del hombre que retrocedía, temeroso. Nadie parecía atreverse al más mínimo movimiento, salvo los que estaban al mando, que de inmediato rodearon al hombre que lloraba señalando su vara, que había tirado al suelo. Uno de los líderes extrajo de un estuche una herradura deforme. Mientras repetía palabras incomprensibles, apuntaba la rama de hierro sobre la cabeza del soldado.

Entonces, del otro lado del campo emergió la voz de una mujer. Una voz que Krzysztof conocía y hubiera deseado no volver a oír. Los soldados también la conocían, porque se olvidaron de las formaciones y del hombre de la vara y retrocedieron, alejándose de donde parecía venir la voz.

Ragarath salió de una carpa, al oeste del campo. Desde allí Krzysztof confirmó que se trataba de la mujer más hermosa que había visto en su vida. Su piel blanca, sus labios rojos y sus ojos profundos como el lago, resaltaban sobre el vestido negro. La visión dejaba mudos a los hombres. Sabían que no debían fiarse de la hermosura de aquella mujer araña. Se deslizó como si volara por sobre el pasto amarillo del otoño y esbozó una leve sonrisa. Parecía la Gran Cazadora buscando a su nueva víctima.

El hombre gritó, amagó a correr en dirección opuesta, pero sus propios camaradas cerraron filas para no dejarlo escapar. Dudó, imploró y por fin decidió regresar corriendo. Alcanzó a Ragarath a mitad del campo, cayendo de rodillas ante ella, suplicando. El cazador sintió asco. Podía aceptar el miedo que despertaba la bruja, pero un hombre no debía suplicar de esa forma.

La mujer se detuvo, como el gato montés tratando de comprender por qué el conejo se ha plantado frente a sus garras. Levantó una mano delgada y apuntó con una uña larga y oscura. EL hombre se orinó en sus pantalones antes de tomar la decisión de sacar su herradura del cinto, apuntarla hacia su propia cabeza y hacerla rugir. Krzysztof quedó conmocionado. Nunca había visto algo semejante. Aquel extraño pedazo de hierro, con un trueno, había hecho un agujero en la cabeza del hombre.



La bruja había perdido su compostura. Insultaba a los capitanes señalando al hombre. Ragarath lo miró y el pobre infeliz comenzó a arder. Lenguas de fuego envolvieron su cuerpo. En instantes se consumió hasta quedar reducido a una pila de polvo.

Uno de los líderes, seguramente el capitán de aquel pobre soldado, increpó a la mujer mientras la apuntaba con una de sus ramas de hierro. Krzysztof pensó que la haría rugir y se preguntó si sería capaz de terminar con ella.

Ragarath rió y el mundo encogió el corazón. Ella se divertía viendo cómo la rodeaban seis hombres con sus herraduras y varas de fuego. Los dejó creer que la tenían y con un gesto leve, casi con desdén, los obligó a juntarse. Con el choque entre los cuerpos, varios perdieron sus armas. Querían separarse pero parecían atados por hilos invisibles a las órdenes de la bruja. El capitán fue el primero en darse cuenta de que algo no andaba bien. Su mano derecha se había pegado al soldado junto a él, pero no solo eso, ya no podía encontrar el límite entre sus dedos y la cadera del hombre. Se desesperó cuando vio que dos soldados se habían golpeado uno a otro con la cabeza y ahora formaban un solo cráneo cada vez más fundido, uno sobre otro.

Gritaban como niños, suplicando como el pobre infeliz que había muerto unos momentos antes, pero Ragarath disfrutaba y cerró su puño con fuerza mientras elevaba la otra mano hacia el cielo. Una raíz pútrida surgió del piso y los anudó con fuerza mientras los cuerpos perdían su uniforme y se unían más entre ellos, como muñecos de barro. El amasijo de brazos, piernas y cabezas pugnaba por separarse. El suelo tembló, rodeando al monstruoso manojo, hasta que surgieron de las entrañas de la tierra relámpagos sin sonido, rayos cegadores que danzaron hasta cerrarse sobre la criatura reduciéndola a un tocón sin vida. Horrorizados, los soldados de todo el campo retrocedían, algunos vomitaban y otros se cubrían los ojos para no ver.

Krzysztof sabía de las maldades de la bruja, había visto incluso los resultados de sus maldiciones, pero no había presenciado jamás un espectáculo tan abominable.

El silencio invadió el valle, el bosque y los corazones. La ira de Ragarath se debía a los ruidos. Habían perdido el factor sorpresa. Krzysztof tenía la esperanza de que sus hombres hubieran escuchado las explosiones y corrieran para alertar al reino.



Entonces un mugido similar al de un bisonte se destacó entre los ruidos del bosque, allá abajo. Provenía del este, detrás de la colina. Ragarath chasqueó sus dedos largos y entraron al valle unos seres oscuros, con armaduras de cuero y lanzas. No eran hombres, pero tampoco animales. Tenían algo de sapo en sus pieles grisáceas, algo de hurones en sus pelos crespos y mucho de ratas, sobre todo en el fuerte olor a carroña que despedían. Era una patrulla de cinco orcos. Krzysztof ya se había cruzado con un grupo hacía años, corriendo por la frontera, comiendo los restos de un venado que había muerto hacía días. Se pasó los dedos por el lado izquierdo del rostro para recordar cómo había sido el enfrentamiento con ellos. Eran agresivos, traicioneros e implacables. La suerte lo había salvado aquella vez. Por instinto, se escondió un poco más.

Ragarath habló, pero el cazador no podía escuchar lo que decía. Sin embargo, no tardó en descubrir al hijo del herrero entre ellos. Lo habían maltratado y ya no oponía resistencia. La mujer lo tomó de los cabellos y le dijo algo, pero el chico no respondió. Krzysztof se sintió orgulloso. El canto de un falso azor lo hizo sonreír. El curtidor de cueros había escapado por poco y se dirigía al castillo para avisar del ataque. Le hubiera gustado responderle con el grito del halcón pero no podía revelar su posición. Además, pronto se olvidó del curtidor, cuando vio entrar, por diferentes lugares del valle a orcos con prisioneros. Se agazapó y trató de relajarse mientras estudiaba la situación.

Los hombres del reino fueron agrupados en medio del valle, cerca del tocón donde los rayos habían emergido del suelo.

Los soldados se habían alejado de la mujer y el espacio libre lo habían ocupado los orcos. Sin pedir permiso, derribaron las pocas tiendas de tela que invadían su nuevo territorio.

Capitanes y soldados miraban con asco y temor. Nunca habían visto seres como aquellos. El cazador estaba seguro de que, con algo de tiempo, hubiera podido convencer a esos hombres de aliarse contra Ragarath. Sintió compasión por los vigías del reino y repugnancia por los orcos, que salían de los lindes de los bosques. Pronto fueron cerca de trescientos y no estaban solos.

Como islas de pelo gigantes, una docena de bestias emergían entre las cabezas de los orcos. Parecían brutales cruzas entre osos y lobos. Con ojos rojos estudiaban su entorno, dispuestos a atacar a quienes los molestaran. Krzysztof calculó que cada colmillo tendría el tamaño de su brazo y esas fauces podrían partir un árbol con facilidad. Unas pocas vestían arneses, como monturas, y permitían que algunos orcos dominaran el campo desde sus lomos. El cazador sabía que esos



monstruos tenían mucho más inteligencia para decidir que quienes los montaban.

Los soldados estaban aterrados pero agradecidos de que esas criaturas fueran sus aliados y no sus enemigos. Algunos tratando de congraciarse comenzaron a escupir a los prisioneros. Un par de orcos festejaron y algunos más gritaron levantando sus garrotes, pero a la mayoría no les importaba, con cueros y troncos se dispusieron a construir sus chozas.

Krzysztof regresó al otro lado de la ladera, arrastrándose. Se acostó mirando al cielo. Con amargura se preguntó si el rey, con todos sus hombres, podría enfrentar siquiera a un cuarto de aquella horda. Quizás en la seguridad de la fortificación tuvieran alguna ventaja, pero nunca en campo abierto. Y menos aún con esas varas y herraduras que escupían truenos y fuego mortales.

Los orcos no eran una preocupación menor, pero al cazador le aterraban las bestias. Si esas piernas tenían el poderío que él calculaba, un salto las dejaría del otro lado de la muralla sin haberse agitado. Con cuatro de ellas lanzando dentelladas dentro de la fortificación, no quedaría nadie para pelear en el primer anillo, y dentro de la segunda defensa no tendrían escapatoria.

Aunque existía la mínima esperanza de la magia. Si las bestias no podían entrar al anillo central, entonces los hombres del rey serían capaces de usar las ballestas y el agua hirviendo. Eso les permitiría sobrevivir varios días. Hasta que se acabaran las provisiones.

Volvió a mirar el campo enemigo y estudió la choza donde metían a sus hombres. Sería difícil acercarse al centro del valle para rescatarlos. Solo esperaba que el río de pasto que se abría entre los dos campamentos se mantuviera abierto. Representaba el rechazo mutuo entre humanos y orcos. Si se odiaban como él creían, esa brecha sería una calle por la cual llegar a los prisioneros durante la noche.

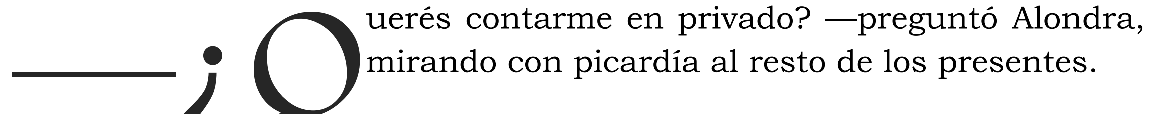
Gateó hasta un lugar seguro, pero se encontró con una enorme pata bloqueándole el camino. Apenas consiguió sentir el bufido de la enorme bestia antes de que el orco montado en ella lo dejara inconsciente de un garrotazo.







BUENOS AIRES, ARGENTINA.
EN LA ACTUALIDAD.



—¿Querés contarme en privado? —preguntó Alondra, mirando con picardía al resto de los presentes.

—¿Qué diferencia habría? —dijo Sofía sin mirarla—. Igual les contarías.

Carolina estaba sorprendida. Su hija nunca le había respondido así a Alondra.

—Ella no te traicionaría jamás —dijo Candela, intuyendo el pacto que tenían Alondra y Sofía—. Yo las escuché hablar. Y me preocupé por vos.

—Yo estoy perfectamente bien. Cansada de que me tengan todo el tiempo de un lado para el otro, sin vida privada, sin juegos ni amigos. Pero salvo por eso, estoy perfectamente bien.

Todas sintieron el golpe.

—Quizás deberías dejar de hacer tantos deportes —murmuró su padre.

—Por mí, encantada. Dejaré gimnasia o danza.

—Preferiría que dejaras de nadar —dijo Carolina, sin atreverse a mirar a su hija. Sofía descubrió que en los finos labios de Candela se había formado una sonrisa leve.

—Todo por soñar con unos estúpidos dragones.

—No es eso —dijo Delfina.

—En estas horas volví a soñar.

—¿Con dragones?

—Sí, Alondra, con dragones.

El silencio se adueñó de la cocina. Solo la tetera silbaba rogando que alguien se acordara de ella.



—¿Y qué soñaste? —preguntó Candela atendiendo la tetera, como si no le importara demasiado el asunto.

—Esta vez estaba en una montaña.

—¿Ah, sí?

—Había muchísimos dragones rojos.

Se sintió poderosa al mantener en vilo a toda su audiencia.

Candela continuó preparando el té. Delfina y Alondra parecieron decepcionadas. Carolina miraba alternativamente a su hija y a las tías.

—Y los dragones escupían fuego mientras incendiaban bosques.

—Muy interesante —murmuró Candela mientras servía el té. Delfina volvió a mirar por la ventana, sumergida en sus pensamientos. Alondra había perdido su sonrisa.

—Debería dejar de hacer gimnasia. Quizás los dragones signifiquen que no debo…

—Basta, Sofía.

Carolina se sorprendió al escuchar a Delfina tan firme. Parecía disgustada, pero además dolida.

—¿No quieren escuchar mis sueños?

—No nos interesa ni un poco —dijo lacónica Candela.

Alondra no levantó la vista de su taza y tomó una galleta con desgano. Sofía no podía creerlo. Sabían que mentía. ¿Cómo? ¿Qué diferencia había entre dragones en el mar y en la montaña? ¿Azules o rojos? ¿Qué más daba? Eran todos personajes de cuento.

—Hoy no saldremos a correr —Candela se puso de pie y llevó su taza a la pileta antes de retirarse.

—¿Tampoco haremos meditación?

—De ahora en más quedás libre de toda responsabilidad.

Alondra y Delfina también se pusieron de pie y salieron de la cocina con las cabezas gachas. Carolina miraba su taza. Sofía tenía un nudo en la garganta. ¡Por fin se había librado de las torturas que imponían sus tías! Pero… sentía como si hubiera decepcionado a todas.



—Bueno, tenemos el día entero para nosotras dos —dijo Carolina sonriendo y limpiando la mesa.

—No puedo, tengo muchas cosas que hacer.

Sofía se paró y corrió a su habitación. Tenía ganas de llorar. Sola.







Capítulo 7

1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 2:10 AM
EN ALGÚN LUGAR DE KASZUBY, POLONIA.

—Krzysztof —susurró la voz por tercera vez antes de que el cazador pudiera abrir los ojos. Le dolía todo el cuerpo, como si lo hubieran arrastrado por la ladera del monte. Y seguramente algo así habían hecho la bestia oscura y su orco, porque tenía cortes en diferentes lugares de los brazos y la espalda. Estaba vivo, al igual que casi todos sus hombres.

—¿Dónde está Mica? —preguntó Krzysztof, recordando al hijo del herrero. Sentía su boca pastosa y con gusto a sangre.

Los hombres que podía ver desde el poste al que estaba atado bajaron la cabeza. ¡Demonios! La bruja había comenzado su interrogatorio con el más débil.

—Se mantuvo en silencio por horas. Soportó el dolor como un verdadero guerrero —Krzysztof no podía verlo pero reconocía la voz del padre de Mica. El hombre estaba orgulloso de su hijo, aunque el dolor lo embargaba.

—Tuvo un excelente ejemplo en su padre —dijo el cazador, odiándose. Él era el responsable por la muerte del único hijo del herrero. Pero no era la manera en que debía pensar, tenía que mantener la moral en alto y convencerlos de que todavía podían escapar antes del ataque al castillo—. Necesito que me describan lo que ven desde sus lugares.

Cada hombre fue describiendo la choza y Krzysztof pudo hacerse un mapa mental de ella. Los orcos no eran muy afectos a preparar grandes construcciones. Ellos preferían dormir en una caverna, entre las raíces de un árbol o a la intemperie. Habían cosido varios cueros hasta formar una superficie redondeada que levantaron con un poste central, un tronco cortado en los lindes de ese mismo bosque. Todavía tenía algunas ramas con hojas. Habían puesto seis postes menores, que apenas llegarían a la cintura del cazador, para levantar los cueros los suficientes y guardar allí vejigas con agua, carne salada y armas. Confiaban en que los prisioneros no podrían liberarse de sus nudos hechos con cuero.



En un extremo los postes eran un poco más altos, casi como una persona. Esa era la entrada, aunque estuviera cubierta. No había iluminación, pero las antorchas ubicadas en el perímetro externo lograban filtrarse por las costuras lo suficiente como para darles una perfecta idea de lo que los rodeaba. Algunos hombres habían podido ver la ubicación de otras chozas menores, taperas y tiendas, mientras los traían.

Krzysztof dedujo dónde estaban. En la segunda construcción más grande; la otra, en un extremo del campo, era la del jefe orco. Eso era un problema, porque podían distinguirse los movimientos desde cualquier lado del valle.

—¿Las puntas están aseguradas con estacas?

—Estacas hechas de hueso, señor —dijo el hijo del costurero.

—Si logramos librarnos de las ataduras será fácil escapar.

—Afuera hay nueve guardias —dijo una voz detrás de él. Reconoció al ayudante del herrero y no necesitó preguntar. Su voz trataba de ocultar el dolor. No podía verlo porque lo tapaba el poste central. Había sido interrogado, como Mica, pero había sobrevivido, apenas.

—Escuché a los soldados hablar sobre un ataque esta noche. Hablan germano, como el pescador. Y son muchos, muchísimos.

Krzysztof agradeció, pese a que sonó más a un gruñido. Buscó sonidos en el aire y no encontró ninguno. Ya no estaban allí.

—¿Escucharon algo inusual?

—Los soldados desarmaron todo al atardecer. Creemos que las chozas de los orcos también fueron levantadas. Y que solo quedan algunas.

Krzysztof dedujo lo que pasaría a continuación casi al tiempo que sucedía. El crepitar del fuego no era el de las antorchas, algo venía devorando el campamento en todas direcciones. Llegaría a la carpa en menos de media hora, dependiendo del viento.

El cazador repartió órdenes a viva voz; no tenía sentido mantenerse en secreto, no había nadie en los alrededores. Los hombres lucharon contra los tientos de cuero con una vehemencia que no habían tenido antes. Sin embargo, fue Krzysztof quien se liberó primero. Las muñecas le sangraban, pero no importaba; tenía que apurarse.

—¡Cúbranse!



No supo bien por qué había dado aquella orden. Quizás el zumbido de las flechas llegara a él antes de que pudiera elaborarlo en su cabeza, quizás dedujo lo que harían los orcos o solo fue una corazonada. Después de todo pertenecían a un reino que protegía la última fuente de la magia; no era descabellado pensar que un poco de ella se hubiera colado por su piel.

Solo el ayudante del costurero llegó tarde a cubierto. Decenas de flechas lo atravesaron antes de que se diera cuenta. El resto sostenía escudos, bolsas con semillas o varios cueros, o simplemente habían tenido suerte. La lluvia de flechas duró unos minutos pero dejó el suelo de la choza como un campo sembrado de trigo, trigo negro y mortal.

Krzysztof evaluó las heridas de sus hombres. Dos habían muerto. Cuatro, incluido el hijo del costurero, tenían heridas severas, que no les permitirían siquiera llegar al bosque. Seis, con él, habían logrado salir indemnes, con heridas superficiales. Las llamas estaban por alcanzar los fardos de pasto seco que habían puesto los orcos alrededor de la choza.

Mientras dos abrían la carpa del lado opuesto a la dirección de las flechas y trataban de lanzar los fardos lejos, el más viejo y Krzysztof susurraban plegarias para los cuatro moribundos y los ayudaban a entender que el camino que emprenderían sería de felicidad y honor. Acomodaron a los muertos en la posición que exigían los ritos antiguos. Ahora descansaban sosteniendo las flechas que los habían herido mientras se protegían de posibles ataques hasta llegar al otro mundo con las rudimentarias espadas y escudos que los orcos habían abandonado. Salieron, dispuestos a incendiar la choza. Serían ellos, y no los orcos, quienes convertirían el lugar en una pira ardiente en honor de los guerreros del rey.

Cada sobreviviente cargó con flechas, escudos y espadas; si llegaban vivos al final del valle se unirían a la pelea tan rápido como les fuera posible. El problema principal era llegar a cubierto. Las llamas iluminaban la noche, pero el bosque brillaba a lo lejos con otras hogueras, más cercanas al reino. Cuando comenzaron a correr, una flecha se clavó en el hombro del herrero. Luego otra lo alcanzó en pleno pecho. El resto se tiró al piso, pese a los rescoldos que se esparcían por el campo. El ayudante del herrero, que había resistido a las torturas y a la pérdida de un amigo, no quería ver más muertes cercanas. Se arrastró hasta alcanzar al hombre, que era como su padre y lo acunó, sin importar que el cazador lo urgiera a ponerse a reparo. Las flechas provenían de un solo lugar; quizás un orco que habían dejado para asegurarse de que ninguno saliera vivo.

Krzysztof impartió órdenes con gestos claros y precisos. Un hombre se quedó a cubrir al ayudante del herrero con su escudo hasta que este decidiera dejar al hombre. Los otros dos salieron gateando por el sendero que separaba los campamentos orcos de los soldados germanos. El cazador se quedó inmóvil, sentado detrás de un fardo que aún no había comenzado a arder. Tomó una flecha y la colocó en el arco. No tenía la sutileza de las armas que él había fabricado, pero era preciso y fuerte, y no tardó en hacerlo parte de su brazo. Calculó la trayectoria, el viento, la distancia y lanzó la primera flecha. El blanco chilló entre las plantas mientras le daba tiempo a sus hombres a terminar el trabajo desde los flancos. Un grito mudo le hizo saber a Krzysztof que otro de sus hombres había caído, esta vez no por una flecha ni por un puñal orco.

Corrió hasta el extremo del valle y subió a un árbol, apenas una loma más allá de la frontera del reino.

Desde lo alto logró ver las llamas en el castillo. Imaginaba la fuente de los tritones destruida, la tienda del herrero envuelta en explosiones, el primer patio invadido por las hordas de la maldita Ragarath. Sin dejar de mirar hacia el horizonte sintió cómo el último de sus hombres, a unos metros, moría entre las fauces de las bestias negras. Solo sobrevivían el ayudante del herrero y su acompañante, que todavía se mantenían a salvo en el valle, a punto de ser devorados por el fuego. Una bestia oscura emergió por el borde norte y corrió entre las llamas para dar cuenta de ellos. Desde el momento en que el animal los había visto no tenían ni la más mínima posibilidad. Una flecha podría distraerlo unos minutos, pero delataría su posición y solo sería la siguiente presa. No podía hacer nada. No dejó que la pena lo invadiera, pero prometió que no acabaría esa noche sin realizar lo que la Lectora de Cartas había dicho. Moriría dejándole un futuro al reino.

La Gran Cazadora había comenzado su baile en el castillo, pero dejaría de danzar solo para acompañar a Krzysztof en sus últimos minutos.

Él honraría el viaje. Haría sentir orgullo a la Gran Cazadora. Pero antes tenía una misión: impedir que las bestias llegaran al reino. Una sola de ellas mataría a todos los niños, dos a todo el primer círculo de defensas, y un grupo pequeño dejaría sin vida al reino entero.

Saltó de un árbol a otro con la agilidad de la ardilla. No tenía que tocar el piso para llegar a la primera bestia, la que había cazado a sus compañeros de huída. Todavía se estaba dando un festín.

Antes de que el orco montado sobre el enorme perro negro se diera cuenta, Krzysztof ya le había lanzado una certera flecha a la garganta. No



pudo avisar a nadie, ni alertar a su montura. Cuando la bestia negra sintió el peso del cazador en el arnés, ya era tarde. El cuchillo que había recuperado entre los trofeos orcos se hundió en la parte trasera de la cabeza y acabó con el monstruo antes de lo que él mismo hubiera supuesto.

A pocos pasos de ahí sus amigos yacían muertos. No había tiempo que perder, pero Krzysztof seguía los rituales. Tomó a sus hombres, los apiló sobre el monstruo oscuro y los cubrió con ramas secas y hojas; luego roció la pila con una petaca que llevaba el orco en su morral y con una rama en llamas sacó el fuego del interior del alcohol. Krzysztof hizo un tajo en su palma con la daga que mató a la bestia. Vertió unas gotas de sangre en el fuego y puso el arma sobre él. Mientras esperaba, bajó la cabeza.

—Hermanos en la vida, hermanos en la muerte. No le guardo rencor a mi enemigo, sus razones tendrá para atacar, como yo para defenderme. A mis amigos que murieron con orgullo los llevaré en mis heridas como un recuerdo.

Cuando la daga estuvo al rojo, la tomó y cauterizó la herida en la palma. Las lágrimas anegaron sus ojos. Luego pensó en su siguiente movimiento mientras la hoja se enfriaba.

La Gran Cazadora recolectaba los cuerpos del campo de batalla. Cientos de vidas se perderían esa noche en el reino y muchas más en el resto de Europa. El odio y la incomprensión abrían una herida que se infectaría hasta pudrir corazones y entrañas, hasta secar los ojos de lágrimas y avergonzar al mundo. La Cazadora correría por las tierras con diferentes nombres y aspectos, sin poder llorar, sin poder intervenir, como una espectadora de la barbarie. Antes de que el sol estuviera alto en el cielo se llevaría al cazador, nada podría cambiar aquello. Pero cuando el nombre de Krzysztof se hubiera olvidado, todavía se recordarían sus acciones.






BUENOS AIRES, ARGENTINA.
EN LA ACTUALIDAD.

Sofía pasó todo el día sola. No quiso almorzar y se negó a tomar el té que le ofreció su madre. Estaba enojada, con ella, con las tías y con su vida.
Además, desde el miércoles se sentía incómoda. La sensación había comenzado cuando estaba en el colegio. Jenn y sus amigas le preguntaron si iría a la fiesta de las zapatillas intervenidas y ella dijo que no. Lo dijo de una manera desagradable que no les permitió insistir, pero Marcela se dio cuenta de que era porque se sentía mal.

—Sé que no te gusta hablar de esto, y menos delante de Jenn —dijo la joven de ojos saltones y cara redonda cuando estuvieron solas—. ¿Finalmente te estará por venir?

—No lo creo —respondió. A cualquiera que hiciera referencia al problema que tenía, le hubiera contestado con un insulto. Pero Marcela había sido tan discreta y amable, que le sonrió y le hizo un gesto con los ojos para que no siguiera hablando del tema.

Ella había sentido dolores antes, pero siempre se le pasaban. Eran falsas alarmas. Su cuerpo se negaba a dejar la niñez y amagaba con molestias que se convertían en recuerdos de algo que no llegaba nunca.

Desde que todas sus compañeras —incluidas la bruja, la nerd y la gorda—, habían pasado por el ritual que las alejaba de la infancia, había comenzado a sentirse como un fenómeno. Un año entero pasó y eso la volvió cerrada e irritable, pero también más descarada. Quería que los chicos la miraran, que hablaran con ella, aunque tuviera que ponerle una tachuela a la profesora de Biología o engañar al profesor de Física con los frascos de experimentación.

Cada día que pasaba era más insoportable.

Sofía estaba acostada en la cama, frotándose el estómago. De pronto se detuvo. Dejó de mirar el cielo raso y se sentó. Acababa de comprender algo que hasta ahora se le había escapado.



El jueves había vuelto del colegio con una molestia mayor que el día anterior. No llegaba a ser dolor, pero estaba cansada, malhumorada y sensible. Su tía Delfina apareció en la cocina con una tisana. Todos los meses, durante la luna llena, hacía un preparado que guardaba junto a sus remedios caseros en la alacena del lavadero.

—Traigo el brebaje para curar los dolores —dijo sonriendo.

—Solo quiero un poco de jugo de naranja.

—No hay problema, lo podemos mezclar con el jugo de naranja y no vas a notar la diferencia.

Solícita, abrió la botellita color caramelo y se ofreció verterla en el vaso que Sofía había sacado de la alacena.

Entonces notó algo que no llegaba a comprenderlo del todo. Alondra había bajado la vista y se había alejado, como si la actitud de Delfina fuera un crimen en el que ella estaba obligada a participar.

—Tenés razón tía, lo voy a mezclar con el jugo. Dame, yo lo hago.

Le dedicó una amplia sonrisa y la besó. Delfina era inocente, mucho más que las otras dos tías. Se sintió feliz y salió de la cocina. Alondra miraba a Sofía con recelo, pero ella actuaba con tanta naturalidad que pronto olvidó la tensión generada y volvió a sus labores. Entonces la muchacha aprovechó para llevar la botella y el vaso a la mesada, junto a la pileta. Sacó el exprimidor, buscó la canasta de las frutas y tomó unas naranjas. Para entonces Alondra también había salido de la cocina.

Se apuró, tenía poco tiempo. Exprimió un par de naranjas, vertió el jugo en el vaso y puso un poco de agua hasta llenarlo. Sacó el tapón de la botella con la tisana y tiró la misma cantidad por el desagüe. Nadie se daría cuenta. Cuando sus tías entraron, tomó el jugo con naturalidad.
El viernes por la tarde hizo algo similar con un yogurt, y no volvió a tomar del brebaje.

No sabía cómo, pero estaba convencida de que su vientre y el sueño con los dragones estaban relacionados.

Se sintió mal por pensar que sus tías podían tener algo que ver con su desarrollo. Era tan irracional como creer en los dragones… o en las brujas.

El sol de la tarde se abrió paso entre las nubes y se filtró por las cortinas, bañando la habitación de Sofía. Parecía que por fin la lluvia dejaría la ciudad.



—En diez minutos volverá a llover —dijo sin prestar atención a sus palabras, y se sumió en un sueño pesado y denso mientras las nubes volvían a juntarse.

Los minutos corrieron en el reloj. Cuando pasaron los diez comenzó a llover sin tregua. Sofía hacía ya cinco que estaba nadando con los dragones en el océano del norte.

El agua estaba tibia, pese a encontrarse en las profundidades del mar más frío del mundo. La luz era cálida, como un atardecer, y los peces nadaban con una rapidez inusual. Por delante de ella pasaron cardúmenes, algunas ballenas y de vez en cuando grupos de dragones. Sofía no podía moverse, encerrada en su perla, como si fuera un bebé que todavía no ha nacido, con las rodillas tocando el mentón y sus manos apretadas abrazándola.

Tenía los ojos apenas abiertos, pero le bastó para ver que toda cofradía de dragones con los que había nadado durante la noche estaba reuniendo a su alrededor. El tiempo fue acomodándose, bostezando, haciéndose más lento. Entonces pudo distinguir las diferencias entre aquellas majestuosas criaturas de más de tres metros de largo. Algunos eran gordos como elefantes o hipopótamos y sus cuellos parecían enormes caños de desagüe que apenas movían. Otros eran largos, llegaban a medir diez o doce metros y se movían con la agilidad de una serpiente. Las caras alargadas le recordaron a los dibujos de los dragones chinos, con bigotes largos, trompas de camello y melenas de algas o cabellos espesos.

Un dragón anciano nadó cerca de ella y la esfera en la que estaba encerrada flotó como una pompa de jabón. El resto de los dragones miraban con deleite, con tanta fascinación como Sofía inspiraba en ellos.

Quería abrir más los ojos para abarcarlo todo, pero sus párpados eran tan pesados que era todo un logro mantenerlos abiertos hasta la mitad.

Como pudo estudió las caras delante de ella, acaso buscando una en particular. Se sintió como esos turistas que llegan a un aeropuerto y buscan entre todos los rostros expectantes aquel familiar que los llevará a casa.

La encontró después de mucho mirar. Parecía brillar entre las otras. Era una dragona joven, fuerte, de escamas largas, de un color tan puro como el zafiro y una postura elegante, segura de sí misma, Cuanto más la



miraba más creía conocerla. Y los dragones, comprendiendo que se había formado un vínculo entre ellas, se apartaron con profundo respeto.

Sofía quiso sonreír. La cara de la dragona resplandecía de orgullo y placer. Ya no podía ver otros dragones, no podía ver si quiera si estaba en el fondo del mar o en otro sitio.

El placer se convirtió en inquietud cuando el prodigioso ser comenzó a abrir sus fauces. Los enormes colmillos no parecían tan amigables como había supuesto y el brillo interno del fuego elemental la hacía sentirse indefensa. Rogó por ayuda, pero de su boca no salieron palabras ni de sus ojos brotó el llanto. Horrorizada vio cómo los dientes quedaban atrás mientras ingresaba en aquel túnel del brillo ígneo. Ya no había agua, solo fuego.

El destello de las llamas primigenias la cegó. Creyó derretirse, fundirse con la perla, con la garganta del dragón, hasta convertirse en un líquido viscoso sublimado con el fuego mágico de los poderosos dragones.

En su estómago, si todavía lo tenía, un ácido la quemaba. Calor, ardor, fuego. Por dentro y por fuera.

Gritó. Tan fuerte que se escuchó en todo el departamento. Cuando sus tías llegaron, el póster del músico Nick Gershuick se había extinguido en cenizas que flotaban a los pies de su cama y, en la pared, una mancha negra se abría como un sol en expansión.







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 4:40 AM
EN ALGUN LUGAR DE KASZUBY, POLONIA.

Krzysztof corrió.

Sus sentidos estaban sobrecargados. Escuchaba el murmullo del ataque, pero también le llegaban estallidos lejanos y gritos de agonía. La muerte le saturaba la nariz y le atragantaba la boca.

Ragarath no había elegido un día cualquiera para atacar. Había buscado un día donde el Bien se hubiera replegado, donde el odio y el dolor cubriera el mundo y lo llenara de energías oscuras.

Cuando cruzó las tallas de regreso, por un instante, la sobrecarga de sentidos se apagó. El aire era más fresco, el tiempo más perezoso.

Pero los soldados bajo las órdenes de Ragarath no sentirían la diferencia al cruzar la frontera y tampoco comprenderían el valor de aquel reducto de la magia.

Se detuvo, tomó tierra del suelo y la frotó por el rostro y la ropa. Ahora debía ser el cazador, no tenía que pensar en nada más que en su presa, el dolor y el odio eran privilegios que él no podía darse.

Volvió a agacharse para sentir indicios de las bestias. Levantó la cabeza justo a tiempo. Un gran perro venía a su encuentro galopando en silencio. La bestia ya lo había olido.

—¡Estúpido!

Krzysztof estudió ramas, depresiones del terreno, troncos. No podía escapar. Tomó una flecha y la cargó en el arco. La bestia era oscura como la noche pero él la percibía por su olor a muerte. Tensó el arco un poco más tarde de lo que debía, y la flecha salió demasiado alta. Igual dio en el blanco. Rozó el cráneo, atravesó la oreja y se incrustó junto a la escápula. La bestia aulló pero no se detuvo. La sangre que manaba de su cabeza le nubló la vista y por allí saltó Krzysztof. Se aferró a la flecha y quiso extraerla. No pudo. Montado en su grupa tomó otra del carcaj, cargó el arco y disparó. El monstruo murió antes de saber qué había pasado.

Dos bestias, dos tiros certeros en el mismo lugar. El cazador sabía que el



mundo no se movía por coincidencias. Saludó a la Cazadora por mostrarle el camino. Agradeció a la tierra por permitirle tomar la presa y juró no desaprovechar la oportunidad. Con mucho esfuerzo extrajo la flecha y se sorprendió por la dureza de la bestia. Sin flechas orcas —duras, pesadas y embebidas en veneno— no hubiera logrado penetrar la piel. En el poco tiempo que tenía revisó la estructura casi pétrea de los huesos, los músculos enormes y poderosos, la unión entre huesos y tendones. Estudió los puntos débiles y practicó sobre el cuerpo con las flechas y su daga. Base del cráneo, garganta, pecho, axila. Quizás entre los ojos, tal vez entrando por las costillas, pero era difícil.

Una cosa sacó en claro: las bestias eran fruto de la magia negra. No eran como los orcos, los gigantes o los dragones. Estos seres habían sido fabricados; por eso la Cazadora le había enseñado el camino para vencerlos.

Los guerreros del reino no tenían oportunidad contra ellas. Por eso tenía que hacer todo el trabajo, matar a la mayor cantidad posible. Si su intuición no fallaba, no había más de una docena. Ya había acabado con dos y suponía que a fuerza de lanzar flechas y agua hirviendo, fuego y rocas desde lo alto de la muralla, los soldados del rey darían cuenta de un par más. De todas formas, ocho eran demasiadas por vencer.

—Sí así lo quieres, así será.

Había perdido ocho flechas en la práctica: rotas, melladas hasta quedar deformes o incrustadas de manera imposible de sacar. Le quedaban apenas una docena. El filo de su daga, sin embargo, estaba entero. Untó la hoja con el veneno de las puntas inservibles y se dirigió hacia la lomada al sur; desde allí sería más fácil ver los movimientos de las bestias.

Hizo unos pasos y se detuvo. Maldijo su obstinado respeto por sus códigos y regresó. Lo que iba a hacer era una estupidez, pero ese era su punto débil. Y no cambiaría de actitud justo antes de que la Cazadora se lo llevara.

Juntó ramas secas mientras pensaba qué provecho podía sacar de lo que haría. Hizo una pila y luego fue por hojas. Tomó las piedras que llevaba consigo en el morral para hacer chispas y logró con rapidez una llama pequeña que fue creciendo hasta convertirse en una enorme hoguera que olía a carne quemada.

Krzysztof esperó de espaldas al bosque. Debía ser paciente, aunque su sangre hirviera. Sus manos parecían relajadas mientras rezaba por el alma de la bestia, pero su mano derecha descansaba en la empuñadura de la daga.



Se dio la vuelta cuando la vibración del aire a sus espaldas le anunció que había llegado su atacante. Entre los arbustos, un par de ojos como lunas teñidas de sangre lo vigilaban. Al cazador le hubiera gustado moverse como el gato montés, rugir como el oso o ser feroz como el lobo, pero nada de eso servía con las bestias negras.

Esperó a que el monstruoso animal saliera del reparo. Venía solo, dio un paso y gruñó. El cazador sintió el poder de su oponente y lo admiró, pero también se preguntó qué habría usado Ragarath como base para su creación: ¿Un lobo, un oso, un hombre, un orco? ¿Qué ser había abandonado su vida normal para convertirse en un mastín de la Traidora? Krzysztof pensó en la pira a sus espaldas. ¿La bestia habría vuelto a su forma original entre las llamas?

Un cazador experimentado no debería cometer el error de distraerse cuando está a punto de ser atacado por una bestia como aquella. Pero la curiosidad pudo más que la prudencia.

La reacción de su atacante fue instantánea. Apenas Krzysztof giró su cabeza hacia la pira, el perro se lanzó al ataque. La Gran Cazadora no debió ayudarlo esta vez, pero lo hizo. Todavía tenía una misión que cumplir y logró esquivar al monstruo apenas a tiempo.

La bestia saltó sobre la pira. El fuego lamió su pecho y su vientre, nada serio.

Las llamas los separaron por un instante, pero el monstruo saltó de regreso con una facilidad pasmosa, y acorraló al cazador contra la pira.

—¡No eres una bestia! —gritó, y el animal pareció sorprendido. Algo en su rudimentario cerebro había captado el mensaje y se debatía por comprenderlo. El cazador no desaprovecharía ese error: saltó con el cuchillo en alto y lo introdujo de lado, debajo de la oreja, donde termina la quijada. Y casi el mismo tiempo que Krzysztof giraba en el suelo para no ser aplastado, la bestia caía para no levantarse más. El cazador se quedó un momento en el suelo, respirando agitado. Había faltado poco. El resto de los enfrentamientos serían más difíciles. Mucho más.

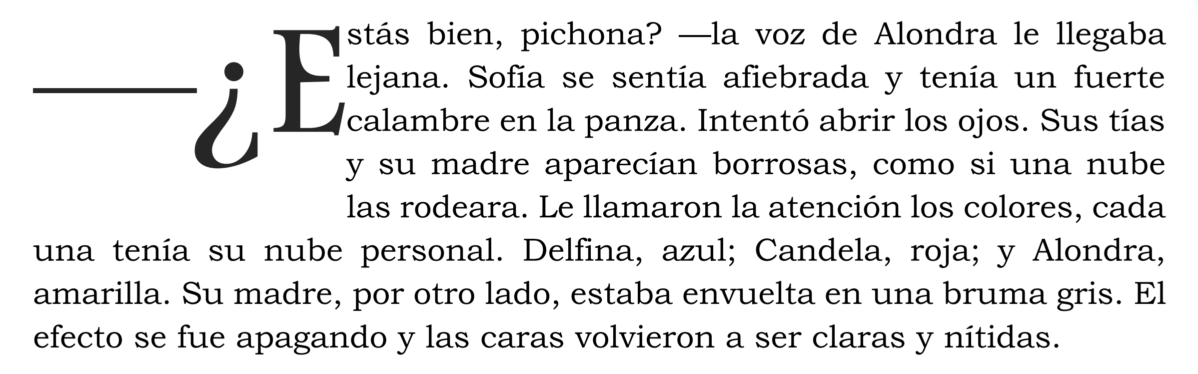






Capítulo 10

BUENOS AIRES, ARGENTINA.
EN LA ACTUALIDAD.



—¿Estás bien, pichona? —la voz de Alondra le llegaba lejana. Sofía se sentía afiebrada y tenía un fuerte calambre en la panza. Intentó abrir los ojos. Sus tías y su madre aparecían borrosas, como si una nube las rodeara. Le llamaron la atención los colores, cada una tenía su nube personal. Delfina, azul; Candela, roja; y Alondra, amarilla. Su madre, por otro lado, estaba envuelta en una bruma gris. El efecto se fue apagando y las caras volvieron a ser claras y nítidas.

—¿Qué pasó?

—Una sobre carga en la línea eléctrica —dijo Candela.

Sofía miró a Delfina y a su madre, paradas contra la pared quemada. Su tía limpiaba con una esponja los restos del fogonazo. Tarareaba una canción de cuna con una felicidad que no le había visto en mucho tiempo. Su madre, por otro lado, temblaba como una hoja y se apoyaba contra el placard para disimularlo.

—¿Una sobrecarga? ¿Están seguras? —Sofía examinaba la pared.

—Sí, pichona. ¿Te despertó el ruido?

—Creo que sí —mintió. Estaba segura de que las manchas estaban relacionadas con su sueño.

Candela se acercó a Delfina y le dijo algo al oído. Ella dejó de limpiar y la miró con disgusto. Negó con la cabeza. Sofía intentó disimular pero estaba segura de que todas estaban pendientes de ella.

—¿Querés un té?

—No, mamá, ¿qué hora es?

—Son las siete de la tarde.

—Me tengo que ir, Jenn y las chicas me esperan en el shopping.

—De ninguna manera —dijo Candela horrorizada—. Tenés fiebre. No



podés salir así.

—No tengo fiebre y voy a salir. Mamá me dio permiso ayer.

—Ayer no tenías fiebre —dijo Candela y miró a Carolina para que la apoyara.

La mujer miró a las tías y no consiguió descifrar una respuesta clara en sus rostros; cuando miró a su hija, leyó en ella la decepción.

—Hija, si no te sentís bien…

—Hasta hace unas horas no querían saber nada conmigo. Ahora están todas preocupadas. Al final voy a terminar creyendo que no hubo ningún problema con la luz y hay algo más que un fogonazo.

—¿Y qué podría haber? —dijo Candela a la defensiva.

—No sé, quizás vino un dragón y quiso raptarme.

Su tía la perforó con la mirada. Sofía nunca la había visto tan ofendida y ultrajada. Salió de la habitación sin decir palabra. Alondra la siguió inmutable. Delfina se acercó a la cama, le dio un beso en la frente y se dispuso a salir. Pero antes le dijo al oído:

—Jamás un dragón te raptaría. Va a estar todo bien, mi caracolito de mar.

Luego le guiñó un ojo y se fue, tan divertida con lo que sucedía que madre e hija la miraron como quien ve salir de un instituto mental a un loco de remate.

—No quiero discutir, hija, pero…

—Entonces no lo hagas.

Carolina intentó hablar pero Sofía la detuvo.

—Por esta vez, no digas nada.

Se levantó, tomó su mochila y metió en ella la notebook. Guardó ropa cómoda, y algo para salir, peine, cepillo de dientes, pulseras, el reloj, la Berry y las pinturas.

—Tus tías lo hacen porque te quieren —miraba la pared donde había estado el manchón del fogonazo.

—No me importa.

Carolina miró a su hija. Se estaba volviendo demasiado rebelde.



—Prefiero que te quedes en casa. Podríamos jugar a las cartas o tomar un helado juntas.

—Tarde, mamá. Cuando yo quería que me lo ofrecieras no lo hiciste. Ahora no puedo, tengo que ir con mis amigas.

—Soy tu madre.

Sofía se había terminado de vestir. Se acomodó la mochila y miró a la mujer sentada en su cama. La quería, mucho más de lo que deseaba, pero hacía tiempo que ella era sólo un títere.

—¿Te interesa ser mi madre?

—¿Cómo podés decir eso?

—Cuando me adoptaron con papá, ¿realmente era lo que querían?

—Por supuesto. Nosotros no podíamos, entonces tu tía…

—¡No quiero escuchar más esa historia, mamá! ¡No me interesa lo que hicieron, dijeron o planearon mis tías! ¡Ellas no son mis padres!

Carolina iba a decir algo, pero Sofía ya no estaba allí. Salió como una exhalación y cerró la puerta del departamento con un portazo.

Candela, Alondra y Delfina salieron juntas de la cocina. Miraban la puerta principal con preocupación. Tenían un problema.







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 5:02 AM EN ALGÚN LUGAR DE KASZUBY, POLONIA.

—¿Qué harán con mi bebe? —preguntó la reina con toda la tristeza derramándose por sus mejillas.

—Lo llevaremos a un lugar seguro —dijo el hada más joven extendiendo los brazos.

Habían entrado por un pasadizo que solo ellas conocían. Ninguna vestía las ligeras ropas de colores llamativos que tanto deleitaban a los niños. Cualquiera que entrara desprevenido tardaría en descubrir las orejas características asomando por entre las capuchas de telas rústicas. Parecían valkirias dispuestas a enfrentar a la muerte.

La risa de Ragarath se escuchaba desde el borde de la primera muralla como el graznido de una bandada de cuervos. Ella triunfaría. Lo decían los huesos blancos, las piedras talladas, las hebras de pasto, desde hacía muchas lunas. Este último esfuerzo por salvar el reino era un acto inútil o el resquicio que siempre deja la vida para que se filtre la esperanza. Solo el hada más joven mantenía la fe y mostraba una sonrisa genuina.

El rey abrazo a su esposa con ternura. No la apuraba, ella sabía que les quedaba poco tiempo.

Por el último pasillo se escucharon ruidos de armaduras. Ragarath había comprado a un puñado de guardias del reino para que traicionaran a su rey. Ellos conocían casi todo el castillo y su única misión era atrapar con vida a los soberanos. Pronto encontrarían la puerta secreta disimulada detrás del armario y subirían a la torre. En ese momento ya no habría escapatoria.

La reina miró a su señor y estudió cada rasgo. Había sido elegida por las hadas del reino, quienes buscaron en todo el mundo a la consorte perfecta para el futuro rey del Último Reino. Su padre esperaba que desposara a un príncipe con sus mismas costumbres e idioma. Pero ella le suplicó que la dejara partir.

Emprendieron el viaje desde Oriente. Las palmeras dieron lugar a las



montañas de roca desnuda, luego a heladas planicies y más tarde a bellísimas lomas cubiertas de bosques frondosos. El futuro rey le había salido al encuentro con la guardia de honor y esperaba a orillas del lago. Quizás fuera el lugar más hermoso del reino.

La princesa descendió de su carruaje nerviosa, escoltada por sus mejores soldados, y se presentó ante la guardia real.

Cuando el rey salió de la carpa, ambos se quedaron mudos, inmóviles, prendados. Las hadas habían aconsejado bien. Ninguno de los dos podía creer que existiera alguien tan perfecto. Ella tembló cuando él tomo su mano para besarla; nunca se sintió más segura en su vida.

Los consejeros se fueron apartando y los soldados se relajaron, las luces de las antorchas se prendieron, las mesas se cubrieron de flores y allí mismo se inició una fiesta improvisada.

Esa noche no hubo diferencias de rango. Todos comieron la misma comida y bebieron la misma bebida. Las mesas formaron un círculo alrededor de las hogueras, siguiendo las irregularidades de la pequeña playa.

Las hadas llegaron cuando estaba por comenzar el baile y la celebración se extendió hasta que salió el sol.

El futuro rey nunca había sido tan feliz en su vida y la princesa jamás se había permitido soñar con un acontecimiento que le llenara el corazón de esa manera.

Las hadas bendijeron la futura unión, aunque ellos aún no fueran reyes. La ley impedía que el rey sostuviera la corona en su cabeza hasta que no se desposara.

En aquel momento nadie se acordó del Hada Oscura. Nadie quiso hacerle caso a las runas, ni a los huesos, ni a los caracoles. Ragarath les arrancaría la felicidad de una vez y para siempre.

Y la pareja real no vería el futuro de su reino.

Ahora, como en aquel entonces, el rey se perdió en los ojos de su reina. Ella le acarició la barba. Pasó su índice por las cejas espesas y peinó los cabellos duros tan brillantes, tan rebeldes como él. Ambos miraron al fruto de su amor. Dormía un sueño pacífico, arropado por una manta tejida por las hadas. Escuchaba el canto de las sirenas aprisionado en dos pequeños caracoles, ceñidos a sus oídos.

—Lo siento, mi señora, pero tengo que llevarme al bebé.

La reina miró al hada joven y luego a las otras. No se demoró más. Besó a su preciado tesoro, sintió su perfume y lo dejó en manos de los únicos seres capaces de mantenerlo vivo, al menos por un día más.

—Si el bebé logra escapar, Ragarath será derrotada —sentenció el hada más delgada con su rostro enjuto.

Los presentes conocían muy bien el hechizo que la mantenía fuera del castillo.

—Los elfos llegarán a tiempo, señora, téngalo por seguro —dijo el hada que lideraba el grupo—. Si la ciudadela resiste un día más, ellos se encargarán de Ragarath.

El hada joven tomó al bebé y dio la espalda a la reina, sin escuchar las súplicas de la madre, que había olvidado ya su corona y solo era una mujer con el corazón desgarrado.

—Tranquila, mi amor —la calmó el rey—. Ellas saben qué hacer.

Las hadas salieron por una pequeña puerta en un extremo del salón. La más alta, con un gesto, apuró a las otras. Solo tres hicieron una inclinación ante los reyes, las demás estaban demasiado nerviosas para demorarse en protocolos. Cuando la puerta se cerró, el picaporte de oro se derritió filtrándose por las vetas de la madera hasta desaparecer. Luego la puerta se hizo más clara, hasta tomar el color de la piedra. Desaparecieron los bordes, cantos, esquinas, y donde antes había una salida ahora solo quedaba una pared.

Los reyes se dieron vuelta para prestar atención a los pasos que habían dejado de retumbar por la escalera. Los soldados, ahora servidores de Ragarath, estaban dispuestos a derribar la puerta. Cuando llegara el final, solo la espada del rey sería capaz de mantener a la muerte lejos de su reina.







Capítulo 12

Krzysztof se adentró en el bosque como un zorro. Apenas se lo escuchaba. Atacaba a sus adversarios por sorpresa, con flechas certeras, dagas robadas a los orcos y lazos con cuerdas. Los enfrentamientos le habían costado un dedo de la mano derecha, la oreja izquierda y varias cicatrices profundas. Sus pasos eran más inseguros y ya no tenía fuerza para saltar de árbol en árbol.

A doscientos pasos de la ciudadela se desplomó, entre las raíces de un viejo roble.

La Gran Cazadora le había dado un respiro y danzaba en el campo de batalla. Faltaba muy poco para que él partiera también. Lo sentía en su sangre, en los labios resquebrajados y las heridas infectadas.

Había cumplido su parte, tal como lo había predicho la Lectora de Cartas. Metió su mano dentro del hueco del árbol y tocó la superficie de la caja que había ocultado hacía unos días. Dentro de ella, envuelto en cueros y telas, tenía un poco de agua, unas galletas secas y carne salada. Se enjuagó las heridas y disfrutó de su última cena como si fuera un festín.

A su izquierda, el fuego devoraba los viejos árboles. Frente a él, podía ver cómo el anillo interno de la ciudadela resistía. El bramido del fuego y las explosiones ahogaban los gritos.

El otro lado el bosque se mantenía en sombras. Y una de esas formas oscuras era la de su próximo rival.

Krzysztof esperó tranquilo. Estaba preparado.

Aunque no contaba con las otras figuras escondidas entre los arbustos.

Miró el cielo, una forma gris recortada entre los árboles. El sol estaba saliendo y las bestias seguían consumiendo la luz con su pelaje oscuro; sus ojos eran brasas encendidas, fijas en el cazador.

El monstruo más cercano se lanzó a la carrera y Krzysztof se irguió de un salto. Cuando la bestia estuvo cerca corrió hacia el sur. El animal cambió de dirección y gruñó de satisfacción creyendo que su presa se encerraba entre las elevaciones rocosas. No se dio cuenta de que estaba en una trampa hasta que fue tarde. Con una de sus patas arrastró una cuerda y



desató unos enormes troncos con púas, que colgaban de lo alto. Trató en vano de retroceder.

Los gritos de la bestia seguían al cazador mientras emprendía una veloz carrera hacia la primera muralla. Sabía que no llegaría, los monstruos eran más rápidos. Pero su intención no era ponerse a resguardo sino mostrarse ante sus camaradas en el reino. Sabrían que había luchado y resistido. Podrían vengarlo matando a las bestias y eso les daría valor.

Sonrió. En él resultó un gesto extraño, ajeno a sus facciones. Estaba feliz. Había cumplido con su parte y lo había hecho bien. Sintió el calor del fuego en el rostro y se sumergió en la excitación de la persecución.

La Gran Cazadora contuvo el aliento cuando vio ingresar entre las filas de orcos y soldados. Krzysztof sacó las dagas que llevaba con él y las extendió como alas. Dio cuenta de tantos enemigos como pudo, aprovechando el desconcierto. Tras él, las bestias aplastaban a quienes se cruzaban delante de su objetivo. Mordían, empujaban, desgarraban. Nadie se interpondría ante su presa.

Los guerreros en las almenas vieron a Krzysztof y se llamaron unos a otros. Apuntaron sus flechas para generar un corredor mientras en las torres soplaban los cuernos.

Se dio la vuelta a treinta pasos de la entrada al reino, era lo más cerca que volvería a estar de su rey. Cargó el arco, lanzó una flecha y luego otra. Era más eficaz que sus compañeros porque sabía dónde enviarlas. Llena de flechas, la primera bestia cayó junto a sus pies.

Satisfecho, gritó. Con decisión arremetió contra el enemigo, y estos retrocedieron, por admiración o espanto.

Una nueva bestia saltó desde el fondo de las filas y otra más apareció por un costado.

Krzysztof corrió a su encuentro y marcó con su daga la cara del primer lobo para siempre. Con un corte profundo le sacó el brillo a uno de sus ojos y manchó con sangre hedionda y espesa el pelaje negro.

La bestia loca, loca de ira, se preparó para decapitarlo con sus fauces, pero se detuvo. Krzysztof no comprendió hasta que su olfato se saturó de un perfume embriagador.

Ragarath pasó junto a ellos sin mirarlos. No sospechaba cuántos monstruos había abatido ese hombre, si no lo hubiera matado ella misma. El lobo gemía como un perro apaleado.



Krzysztof se perdió en la belleza hipnótica de aquella diosa de tez blanca y ojos amarillos. Era una visión etérea, una ninfa tallada en mármol, vestida con telas sutiles, violeta sobre negro, resaltando las manos largas y delgadas. El rostro inmutable contrastaba con los cabellos rizados y rebeldes, apenas contenidos por una corona de plata y oro. La capa púrpura ondeaba en la brisa. En el campamento, a la distancia, había podido mantenerse ajeno a sus encantos, pero ahora, tan cerca, era imposible.

—Señora —dijo el general humano, evadiendo su mirada—. Hemos derribado la segunda muralla, la ciudad es nuestra.

Ragarath sonrió y Krzysztof percibió por un instante otra imagen de la mujer. Ya no era bella ni joven, sino repulsiva como un cuero podrido del que emergen huesos verdosos. Sus ojos parecían las ventanas del infierno, y la ropa raída, la tela de una araña asesina. Sintió el mismo terror que la bestia negra a su lado. Los soldados y las hordas de orcos empalidecían con la espantosa risa mientras ingresaba entre los escombros de la primera muralla.

Krzysztof, sin embargo, ya no la miraba. Entre el fuego que devoraba los árboles junto al castillo percibió una figura. No era delicada ni tenía ropas finas. Era una mujer de músculos marcados. Vestida con pieles, sin armas, con el cabello atado en una larguísima trenza. Su altura superaba la de Ragarath, pero no se vieron. Solo él podía verla.

La sonrisa de la Gran Cazadora, contrapuesta con la del Hada Oscura, era cálida y acogedora. Era el augurio del descanso merecido. El hombre bajó los hombros y la saludó con la cabeza. La mujer devolvió el saludo.

Cuando Krzysztof se dio la vuelta, la bestia marcada recuperaba la compostura. Pero el último ataque no fue para ella. Krzysztof lanzó sus cuchillos al segundo monstruo, que cayó pesadamente, con la pierna trasera inútil. Y aunque se recuperaría, la renquera le impedía volver a correr como antes.

El cazador entonces se volvió hacia la bestia tuerta y su última visión fueron las poderosas fauces abiertas sobre él. No sintió cuando le clavó sus colmillos, la Gran Cazadora le ahorró aquel último dolor. El lobo oscuro herido en la pierna se acercó para ayudar a su compañero con la carnicería.

Sin embargo, el alma de Krzysztof ya no estaba allí. Lo esperaban otros caminos, solo reservados para quienes han honrado la vida y aceptan la muerte con valor.



Y acaso sin saberlo, el cazador, con su último acto de coraje había cambiado el destino del heredero y el del Último Reino.









El hada más joven apretaba a la criatura contra su pecho mientras salía por la puerta de las catacumbas. Caminaba despacio, como si paseara por los jardines durante un día de sol. Nunca había sentido a un humano tan cerca y se enamoró para siempre de aquel ser apenas más grande que un gato. Sin darse cuenta, lágrimas de congoja brotaron de sus ojos verdes y mojaron la cabeza del bebé.

El hada más delgada salió última del pasadizo y acarició la piedra que enmarcaba la puerta y esta se desvaneció. Luego pasó junto al hada más joven, abstraída por el bebé.

—Apúrate Alo…

—¡Sin nombres, Fuego! —dijo con firmeza el hada del cuerpo macizo y hombros anchos.

A Fuego no le gustaba equivocarse y menos aún que le llamaran la atención. Pero el hada que daba las órdenes estaba en lo cierto. Respiró profundo y recordó el nombre de guerra de su compañera.

—Aire, tenemos que apurarnos. Si llegamos al bosque después de que salga el sol, estaremos perdidas.

—Lo sé —dijo el hada joven sin poder enjugarse las lágrimas y todavía absorta con la belleza del bebé—. Agua, ¿no podrías invocar niebla para ocultarnos?

—De ninguna manera —advirtió Fuego, antes de que Aguda pudiera negarse—, es muy peligroso. A partir de este momento no podemos usar nuestros poderes, o nos encontrarán. Cuando Ragarath descubra lo que sucede, nos buscará, y los rastros que deje nuestra magia serán como huellas de harina en la tierra negra. Solo la usaremos si no queda otra opción.

—La magia no bastará para enfrentarnos a las huestes de la Traidora —dijo Madera, el hada de la tez de color aceituna. Se había mantenido apartada de Aire, estudiando al bebé desde una distancia prudente. No le gustaban demasiado los humanos.

—Por eso solo la usaremos cuando sepamos que el heredero está a salvo



—dijo Agua mientras bordeaba la fosa por la parte posterior de la ciudadela. La seguían Madera, Brisa, Aire con el bebé, Fuego, Tierra y Metal.

Cruzaron el puente escondido, bajaron por los riscos siguiendo el sendero de las cabras y llegaron al bosque, lejos de los gritos y los tambores de los orcos. Buscaron el camino que las dejaría al norte, donde las esperaba una carrera desenfrenada hasta el mar.
Después de un largo rodeo subieron a un monte desde donde se veían las llamas del primer círculo de la cuidad. Entonces oyeron el grito más espantoso que habían escuchado jamás. No había duda alguna, el alarido provenía de lo alto de la torre.

Tierra, la líder del grupo, se puso al frente y se sumergió en el bosque. No se permitió mostrar un ápice de miedo. Se juró a sí misma que un día se verían las caras con Ragarath.









El rey besó a su amada antes de recibir la estocada mortal. Un acto estúpido para alguien que hubiera podido soportar unos minutos más de batalla. Ante él, doce cuerpos yacían inertes. Habían caído frente a su espada, creyendo que eran suficientes pan vencer al rey. Todos habían hecho una mueca de sorpresa ante la muerte prematura.

Ragarath hubiera deseado que la reina cayera antes que él, para ver el corazón del rey destrozado. Pero aquel hombre no se había rendido hasta asegurarse de que los dos morirían al mismo tiempo. Había llevado el combate adonde quería, y cuando todo estaba perdido, besó a su mujer y bajó la espada. Dos soldados enfurecidos aprovecharon aquella debilidad y ensartaron los corazones de los amantes con estocadas certeras.

Al instante, la magia que le impedía al Hada Oscura ingresar al reino se desvaneció y Ragarath apareció en medio de la torre, allí donde yacían el rey y la reina. Su primer acto en la sala fue mover sus manos como murciélagos y los soldados que habían matado a los reyes cayeron secos como pasas, sin vida.

—¡Estúpidos! ¡Los mataron! Les ordené que los llevaran vivos hasta las puertas del castillo. ¡Los mataría yo misma!

—Pero… —dijo cauteloso el sargento, cubriendo valientemente al resto de sus hombres, que temblaban a sus espaldas—. Ha vencido, ¿verdad? Está aquí.

Ragarath miró a su alrededor y reaccionó. Estaba en la torre más segura de la ciudadela. Había logrado pisar la tierra que durante miles de años le había sido negada.

Abrió sus manos, como una gárgola desperezándose después de esperar petrificada en el techo de una iglesia, y lanzó un grito de triunfo. Un grito que sus soldados no supieron si debían acompañar, porque pronto se convirtió en una mueca de espanto, dolor e impotencia. Se desvanecía, mientras un dolor insoportable la desgarraba por dentro.

El escudo de magia todavía persistía. Ragarath había ingresado, pero solo por unos instantes, mientras los reyes morían y el poder pasaba a alguien más.



Expulsada del reino, Ragarath lanzó un grito de furia y la frontera entre Polonia y Alemania se estremeció con su odio.

Entre las filas del Hada Oscura comenzó a contarse en secreto la historia de los reyes del Último Reino. Sus rostros mostraban una sonrisa de satisfacción, una sonrisa que apareció cuando el hada fue desgarrada por la magia y compelida a volver al bosque, más allá de las murallas de la ciudadela.





II Parte

Leo Batic





ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Sofía regresó al departamento el domingo al anochecer, mucho más tarde de lo que solía llegar.

No tenía buena cara.

Jenn había organizado una fiesta de pijamas en su casa. Lo novedoso es que podían venir chicos, siempre que tocaran a la puerta en pijama. Era un desafío que muchos habían decidido aceptar con tal de estar en la casa de Jenn y verla en ropa de dormir.

La anfitriona no defraudó a nadie. Su pijama de satén era tan sexy que era imposible encontrar a un chico que no la mirara. Como los padres de Jenn no estaban y su tía soltera tenía solo ocho años más que ella, la fiesta había sido una locura.

Pero a las tres de la madrugada la fiesta terminó. Solo Silvia, Sandra, Marcela, Roxana y Sofía se quedaron bailando y jugando hasta que no dieron más y se fueron a dormir.

A Sofía le volvieron a doler los ovarios y estaba muy sensible, pero sus amigas le hicieron olvidarse de todo por varias horas.

Su madre estaba sentada en el estar con sus tías y una amiga que venía de vez en cuando.

—¿Te duele algo? —preguntó Alondra antes de saludarla.

—Estoy bien, un poco cansada.

—Hijita, ¿querés tomar un té?

—No quiero nada —durante la fiesta se había olvidado de los tés de Delfina. Un minuto en su casa y ya volvía a tener ganas de irse.

—Hola, Sofía —dijo la invitada.

—Hola —saludó con la mano y siguió caminando.

Malva, la amiga de sus tías, era una mujer de hombros anchos y muy



corpulenta, pero con una cara bellísima pese a las innumerables arrugas. Alta y fina en sus movimientos, era difícil adivinar su edad, pero tendría fácilmente unos ochenta años. Siempre encontraba la manera de sorprender a Sofía pero esta vez ella no le dio la oportunidad de decir nada. Apuró el paso y cerró la puerta con un golpe para dejar claro que no quería hablar.

Una vez en su habitación, dejó la mochila en el piso, tomó ropa interior limpia, la camiseta larga, las medias peludas y las pantuflas. Se metió en el baño con la Berry y se quedó en la bañadera por una hora.

Cuando salió era tarde y su madre estaba cenando frente al televisor. Sus tías se habían ido. Fue hasta la cocina, miró la heladera buscando algo dulce, encontró solo un yogurt y regresó a su habitación sin despedirse.

No podía dormir. Le molestaban los riñones, el dolor en el vientre iba y venía y estaba desesperada por un chocolate. Por momentos quería llorar y a veces se levantaba con el impulso de tirar todo lo que había en su escritorio.

Cuando por fin logró dormirse, soñó con sus tías corriendo por la ciudad. Con ellas iba Malva. Las perseguía una sombra que devoraba gentes, autos y edificios. El espectro oscuro quería algo que llevaba Alondra. Un bebé.







Capítulo 2

1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 5:37 AM
A METROS DE LA FRONTERA DE POLONIA CON ALEMANIA.

Las siete hadas tardaron en salir del estupor. El grito no solo las había paralizado, estaban confundidas y asustadas.

—¡Era Ragarath! —dijo Fuego cuando reaccionó—, el plan funcionó.

—No por mucho —advirtió Tierra—, pronto deducirá lo que sucede.

Aire presionó al bebé contra su pecho, como si quisiera meterlo en su cuerpo y esconderlo definitivamente del Hada Oscura. Madera y Metal tomaron posición para interponerse a cualquier ataque.

—Tenemos que dividirnos —dijo Brisa, que hasta aquel momento se había mantenido en silencio.

—Pero seremos presa fácil —murmuró asustada Agua.

—Cuando aceptamos esta misión asumimos el riesgo —dijo el hada del cabello crespo—. Si nos mantenemos juntas nuestro rastro será más evidente. Si nos dividimos, ellos también deberán separarse y Aire tendrá más posibilidades de llegar la costa.

Fuego y Madera se miraron con sorpresa, Brisa había sido un contrapeso desde el comienzo. Algunas hadas apenas la habían visto en algún Concilio, solo Aire y Tierra la conocían desde hacía más tiempo. Brisa no parecía a gusto y se cuestionaba si la operación valía el sacrificio. Fuego había pensado que era una cobarde, pero su actitud había cambiado desde el instante en que se habían presentado ante los reyes.

—Estoy de acuerdo —dijo Fuego con respeto y puso una mano en su hombro—. Agua y Tierra, vayan hacia la costa por el camino oeste. Una buena parte de nuestros seguidores irá tras ustedes. Madera y Metal deben dirigirse a la frontera con Alemania, Ragarath seguro pensará que intentaremos llegar a Francia por ahí. Se enfrentarán con el enemigo y lo mantendrán ocupado. Brisa y yo iremos hacia el este, casi en paralelo con Aire. Si quieren llegar a ella deberán pasar sobre nosotras.



Todas asintieron, salvo el hada más joven, que miraba con amor a la criatura que tenía en sus brazos.

—Querida amiga —dijo Fuego con una dulzura que no le era habitual—, deberás ir sola con el bebé.

Aire asintió. Con delicadeza, Fuego la obligó a mirarla.

—No te detengas, por ninguna razón. Si llegas a la costa ya sabes que hacer.

—Llamar a los dragones.

—El barco debe zarpar antes de que salga el sol, sin importar quién esté contigo.

—Cuenta conmigo —dijo Aire y dejó de llorar. Se calzó la capucha y armó un arnés con su capa para sujetar al bebé y tener las manos libres. Miró por un momento los rostros de sus compañeras, hizo una reverencia ceremonial y salió disparada como saeta hacia la espesura. Ninguna se atrevió a mencionar a las tropas alemanas que destruían el bosque, un poco más adelante. Mientras tuviera al humano, Aire debía perder la sutileza de las hadas. Era densa, visible y mortal.

Fuego la vio alejarse y tomó la mano de Brisa. Se miraron con decisión y se internaron por un sendero entre troncos retorcidos. Corrían, apenas tocando la grava con las puntas de los pies. Estaban dispuestas enfrentar a la muerte.







ARGENTINA, EN LA ACTIALIDAD.

Sofía se despertó con el perfume de las tostadas y el té con especias de Delfina. El ritual siempre tenía alguna diferencia: una hierba nueva, un ingrediente inusual y exótico. Y por más enojada que se hubiera acostado, al beber aquel té le cambiaba el humor. Pero esa mañana no quería estar feliz. Se sentó en la cama y borró su sonrisa sacudiendo la cabeza. Hacía días que su cuerpo se quejaba y el calambre en el vientre la había despertado antes de que saliera el sol. Se quedó acostada hasta asegurarse de que Candela no aparecería. Solo se atrevió a levantarse cuando supo que ya casi era la hora de ir a la escuela.

Se dio una ducha, se vistió rápido y se apuró por llegar a la cocina, sin saludar a Candela, que hacía tai chi en la sala de estar.

Decidió exprimirse dos naranjas y sostuvo la taza de té hasta que Delfina le dio la espalda; entonces, la vació en la pileta. Le dio un mordisco mezquino a la tostada y pasó por el baño como una ráfaga. Antes de tomar la mochila se puso los auriculares y dejó correr el primer tema en su Berry a todo volumen. No quería escuchar a su madre pidiéndole que terminara el desayuno, que se peinara o que no se olvidara la campera. Se fue del departamento esquivando los besos de sus tías. No le sorprendió cruzarse con Alondra en la escalera, volviendo de la terraza.

Ella siempre salía temprano, cuando el sol todavía no se asomaba en los techos de los edificios. Se ponía un sombrero de marinero y remontaba su barrilete. A veces la veían con Candela cuando regresaban de la rutina de ejercicios. Desayunaban juntas y después volvía a la terraza.

Alondra se quedó parada en medio de la escalera. Hubiera deseado hablar con su sobrina, pero comprendió que no tenía sentido y se limitó a sonreír. Sofía se dio la vuelta y bajó los escalones de dos en dos.

Debía ser un día normal. Tenía casi todos los deberes hechos y la lección medianamente leída.

Decidió ir caminando. Quizás así se le pasarían los calambres. No quería llegar temprano. No quería ver, ni hablar, ni escuchar a nadie.



Desde la esquina miró hacia la ventana del séptimo piso, y creyó ver una cara ocultándose. Suspiró y se quedó prendida por un instante del barrilete que se asomaba por encima de la terraza, jugando con los gorriones y las antenas.

Nick Gershuick le gritaba en el oído con un inglés gangoso y arrastrado, jurando que el mundo era una porquería solo porque los jóvenes no se decidían a cambiarlo. Nick era el único cantante de moda que decía algunas cosas coherentes. No le gustaba la ostentación, no participaba en comerciales y Jenn lo consideraba un idiota. Y eso lo convertía en el cantante preferido de Sofía. Quería ser normal, pero no se sentía normal. Sentía que algo iba a explotarle por dentro.

Y no solamente en su vientre.

Un calambre la detuvo. Se esforzó porque nadie notara su dolor. Se apoyó en un poste de luz y esperó a que la punzada desapareciera.

Las tías y su madre hubieran deseado que no fuera a la escuela y que compartiera aquel momento con ellas. ¡Ni loca! Ni por todo el oro del mundo quería estar en su casa cuando lo inevitable sucediera. Seguía pensando que había una relación entre los tés de Delfina, los sueños y su desarrollo.

El timbre sonó cuando daba la vuelta a la esquina, al mismo tiempo que Gershuick entregaba su último estertor.

¿Qué sentido tenía ir ese día a la escuela? No se sentía bien. Si cuerpo no encajaba en los huesos, ni en los músculos, ni en su vientre. Dejaba de ser una niña, y el cambio había llegado demasiado tarde.

En algunas civilizaciones ese día era el último como niña y el primero como mujer. Se suponía que era un momento sagrado pero ella solo sentía dolor, y una lucha sin cuartel le sacudía el cerebro: quería ser como sus amigas, grande, adulta, mujer; pero también quería seguir siendo la niña que jugaba al cuidado de sus tías, con su madre y su padre al lado. ¡Cuánto extrañaba la presencia de papá! No, no quería pensar en esas tonterías. Ella no quería a su padre. Solo quería ser adulta y huir.

Caminó unos pasos para comprobar si todo estaba bien, pero volvió a detenerse. Pertenecía a una familia rota. Su madre se perdía cuando encontraba alguna foto donde estaba él, todavía lloraba en su cumpleaños y le brillaban los ojos cuando alguien abría la puerta del ascensor silbando. En cambio su padre había logrado comenzar de



nuevo, se había olvidado de todo, las había abandonado.

Quiso llorar. Sacudió la cabeza y dio la espalda al colegio. No podía entrar así, no debía.

Miró la marea de chicos entrando y trató de ver si alguien la miraba. Nadie. Todos estaban preocupados por entrar antes que cerraran la puerta.

Un auto se detuvo y bajó una chica discutiendo con su padre mientras los conductores detrás de él tocaban la bocina. El hombre bajó el vidrio y le gritó a su hija, luego a los otros conductores, y se fue acelerando.

—Papá no era así —se dijo mientras seguía caminando.

Cuando reaccionó estaba entrando al patio. Retrocedió hasta la puerta, bajó los primeros escalones y una mano se apoyó en su hombro.

—¿Caminando hacia atrás? —preguntó el preceptor Michelli—, supongo que estará tomando impulso para entrar ¿no es así, señorita Stream?

—Por supuesto —dijo Sofía, con una sonrisa tan falsa como la de él. El destino había decidido que sus hormonas rindieran examen en la escuela.







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 8:15 AM
A LAS PUERTAS DEL ÚLTIMO REINO.

El campamento frente a las puertas de la primera muralla bullía de soldados y trasgos. Unos se organizaban para el ataque final, otros encerraban en jaulas a los sobrevivientes del reino.

Un orco se acercó a un general alemán. No hizo reverencias ni mostró el respeto debido. Ellos no respondían a sus órdenes.

—No logamos entrar al último anillo de la fortificación.

—¿No pueden vencer a un puñado de aldeanos?

—Es por culpa del conjuro de las hadas. La magia del Hada Oscura ya no puede ayudarnos.

Carl Helmuth hizo una mueca. No estaba preparado para toda esa locura. Su habilidad para acomodarse a las situaciones más desfavorables, su inteligencia y su lealtad hacia el sistema lo habían llevado a comandar una de las divisiones Panzer. Una mañana, un hombre con traje lo había conducido hasta un edificio del alto mando. Allí lo interrogaron, lo sometieron a diversas pruebas y luego le dijeron que ya no estaría asignado a la invasión a Polonia. Aquella situación solo le confirmó por qué odiaba a los burócratas.

Pero en ese instante entró a la sala un teniente y le pidió que fuera el general al mando de un ataque ultrasecreto, que podría permitirle a los alemanes ganar la guerra.

Helmuth aceptó sin discusiones y se le asignó una compañía que solo respondía al alto mando. Seiscientos hombres desaparecerían de todos los registros y perderían todo contacto con las S.S.

Entonces conoció a su superior en aquella ofensiva: Ragarath.

Se negó y amenazó hasta que el Hada Oscura hizo una demostración elocuente. Cien hombres murieron esa mañana. Helmuth jamás lo olvidaría. Unos fueron incendiados, otros congelados, un grupo fue



estrangulado por plantas que surgieron del suelo y al resto una ráfaga de viento les arrancó literalmente la carne de los huesos.

La mujer parecía ser el arma definitiva. Y había prometido revelar sus secretos si la ayudaban con una breve misión el mismo día que el ejército alemán invadiera Polonia. Un castillo. Un reino perdido en los bosques de Kaszuby. Un punto desconocido en el mapa. Un pequeño capricho y Alemania obtendría la victoria.

Así nació la compañía fantasma al mando de Carl Helmuth, que luego se conocería como la Compañía del Infierno.

Helmuth miró al extraño personaje con la armadura de cuero y su postura de rana cavernícola, y se preguntó si no había perdido el juicio.

El orco sostenía una rama entre sus dedos y estudiaba cómo crecía una leve protuberancia hasta convertirse en un pimpollo. Helmuth se preguntó si la criatura también podía hacer magia. Cuando el pimpollo se abrió en una flor, el general sintió un escalofrío.

—Terminemos con esto. Llamen a los tanques —ordenó Helmuth a un oficial de comunicaciones apostado a su izquierda—, ellos bombardearán la fortificación.

—No obtendrán nada —dijo el orco y balbuceó una maldición cuando vio que la flor se marchitaba hasta caer muerta a sus pies.

—Ustedes luchan con arcos y flechas, nosotros lo hacemos con máquinas de guerra. Esta noche podrás emborracharte en las bodegas del rey.

El orco frunció la nariz como un simio y trató de erguirse, para alcanzar al menos la barbilla del general y luego se fue. Helmuth lo estudió hasta que se perdió entre el humo de las antorchas. Volvió la cabeza a su oficial de comunicaciones y ambos compartieron la incredulidad.

Si no hubiera visto el poder de Ragarath jamás hubiera salido de Alemania con ella. Se alejó y encendió un cigarrillo. Nunca olvidaría los gritos de sus hombres pidiendo clemencia.

Se detuvo. Los chillidos no estaban solo en su memoria, podía escucharlos de nuevo. Apagó el cigarrillo y apuró el paso hacia la carpa que el Hada Oscura había pedido montar en el bosque. Allí había enviado a los enemigos capturados.



Los gritos fueron convirtiéndose en súplicas. Era imposible soportar la agonía de aquellos alaridos.

Corrió.

Silencio.

En toda la madrugada los ruidos no habían dejado de torturar los oídos. Explosiones, metralla, incendios, el mundo había estallado. Pero ahora solo un pitido profundo recorría el bosque y los restos de la primera muralla del Último Reino.

Carl Helmuth era conocido por su falta de miedo. Pero en aquel momento sus tripas le suplicaban que corriera lejos de allí. Que buscara un lugar seguro y se escondiera.

Ragarath salió de la carpa. Era hermosa, reconoció Carl, aunque su sonrisa era aterradora. Se acercó a ella, pero cuando vio que por debajo de los codos estaba toda manchada con sangre, retrocedió. En vano trataba de limpiarse con un trapo.

—Los reyes tuvieron un niño, y las hadas se lo llevan al norte. General, envíe tropas hacia la costa. Mientras ellas tengan al bebé serán sólidas como los humanos. No deje ninguna con vida. Y quiero al bebé justo aquí. Me encargaré personalmente de él.

Helmuth dio media vuelta y repartió órdenes entre sus tropas.

—Reusz —llamó Ragarath al orco que había hablado con Helmuth—. Junta a tus orcos y a las Bestias. Envíalos por los flancos. Esta vez no quiero fallas.

—No las habrá, mi señora —dijo con una reverencia.

—Si fallan, será mejor que se arrojen por los acantilados —concluyó con la serenidad de un cirujano, y lanzó el trapo al fuego.







ARGENTINA, EN LA ACTULIDAD.

En la primera hora Sofía tuvo francés. Jamás lo admitiría, pero era una de las asignaturas que más disfrutaba. La profesora era amable y paciente, los compañeros no se atrevían a molestar en una materia que los tenía a mal traer. Ella siempre recibía una felicitación por su pronunciación perfecta, que había aprendido escuchando las melodías infantiles que cantaba su tía Alondra cuando era chica.

Cuando sonó el timbre del recreo, Sofía se colocó los auriculares y comenzó a hojear las carpetas. Jenn, Sandra, Marcela, Silvia y Roxana sabían que no era una buena señal. Cuando estaba así, mejor no acercarse o recibirían una colorida andanada de insultos.

La segunda hora era crítica: la química no le gustaba a nadie, salvo a Agustina, la bruja de la división. Flaca, de ropas oscuras y pelo lacio hasta la cintura, era una joven excéntrica. Murmuraba sola en los rincones y hacía gestos imposibles con los dedos, como si conjurara sortilegios demoníacos. Sofía la había bautizado el día que murmuró una canción en un idioma extraño y al rato el muchacho que se había reído de ella se revolcó con un dolor de cabeza que le duró dos días. La idea de una maldición había corrido como reguero de pólvora en el aula.

Sofía pensaba en Agustina cuando sintió una punzada en el vientre. Levantó la vista y la bruja la estaba mirando de reojo, sin dejar de anotar la fórmula química que la profesora dictaba. Le guiñó un ojo y volvió a quedar oculta entre sus cabellos negros. Sofía se puso de pie, le habló a la profesora al oído y, para sorpresa de sus amigas, esta permitió ir al baño en medio de la clase. Antes de salir se fijó en Alan. Sus ojos de cielo la seguían. Eso le hizo olvidar el dolor, que se transformó en un intenso calor en sus mejillas. Mientras cruzaba el patio, se arrepintió varias veces de no haberse quedado en casa.

El alivio llegó como un torrente rompiendo un dique, desbordándose, bajando por su cuerpo sin control. Era la Naturaleza abriéndose camino, era su cuerpo finalmente cruzando el umbral.



Tardó un buen rato en dejar de sentir que sus ovarios se contraían como pasas. Transpiraba y tenía frío a la vez. Quería llorar y reírse a carcajadas. Estaba aliviada, pero también sentía pánico.

De pronto un fogonazo la cegó. Como si alguien hubiera disparado un flash demasiado cerca de su cara. Le costó volver a acostumbrar su vista. El baño se había llenado de brumas coloreadas, brillos en los caños de luz y densas volutas oscuras en el techo. Se miró las manos y percibió una distorsión.

Apenas un minuto después, un chirrido agudo y potente se adueñó de su cabeza. Cuando disminuyó la intensidad del ruido, comenzó a distinguir las voces de cada persona de la escuela. Podía escuchar a la directora, al portero, la voz de Alan haciendo una broma a su compañero de banco. El canto de los pájaros la obligó a taparse los oídos. Luego fue el zumbido de una abeja, el aleteo de una mosca, el ruido a lija de las patas de una araña, la marcha estridente de una fila de hormigas.

—Sofía... —la voz de Agustina retumbó en el baño y el efecto amplificador de los sonidos desapareció. Rompía el silencio el repiquetear monótono de la canilla de los lavatorios. Sofía se mordió el labio tragándose un insulto. ¿Justo ella tenía que venir?

Podía verla por la rendija de la puerta.

—¿Qué querés?

—La profesora me envió para saber si estás bien.

—¿Y a vos qué te importa?

Silencio.

—A mí no me importa —dijo, y su voz no sonaba odiosa—. La profesora me mandó.

—¿Por qué no te das un baño en algún inodoro?

—Mientras no sea el que usaste, no tengo problemas.

Sofía quiso disgustarse, pero le había divertido la contestación. La bruja no era de devolver las bromas.

—¿Te vino? —preguntó con naturalidad. Estaba siendo amable, no había en su voz ni una pizca de burla.

—Sí —respondió Sofía disimulando su alegría.

—¿Necesitás toallitas?



—Sí, ¿cómo sabés?

—Soy bruja —se rió Agustina—. Tomá.

Agustina comenzó a tararear una melodía vagamente familiar. Sofía la espió agradecida por la rendija de la puerta. Se había apoyado en uno de los lavatorios. Mientras marcaba el ritmo con el pie sacó de su bolsillo un lápiz de labios oscuro. El preceptor la obligaba a limpiarse cada vez que la veía pintada, pero a ella no le importaba. No era tan diferente al resto después de todo, pensó Sofía, mientras la veía estudiar su cintura, sus senos pequeños y las caderas apenas marcadas.

Sintió pena por haber sido tan grosera con ella durante aquel año y medio. Se acomodó la ropa, bajó la tabla del inodoro, subió los pies, se recostó contra los cerámicos y cerró los ojos. Todavía veía una imagen borrosa en los objetos próximos. Un murmullo la hizo mirar hacia la puerta. Parecía el ruido de una rata masticando madera. Sintió asco y se contrajo aún más. Agustina dejó de maquillarse y miró hacia los cubículos. En voz baja, pero firme, le habló al que hacía el ruido. Se escuchó como si un chico con patas de rana corriera por el baño. La bruja avanzó y los pasos regresaron detrás de la puerta.

—No molesta, no molesta. No vos, ella —dijo una voz gangosa y estridente. Sofía sintió un escalofrío. Se obligó a estirar el brazo y los dedos bailaron en el aire antes de tocar la traba. Quienquiera que estaba del otro lado escuchó el leve sonido que hizo el pestillo, se apoyó en la puerta y miró por la rendija. Un ojo amarillento revisó el cubículo, a menos de un metro del piso. Sofía trabó la puerta. Retiró el brazo y se hizo un ovillo sobre la tabla. ¿Estaría segura dentro del baño?

—¡Déjala en paz! —le exigió Agustina.

—No molesta. Ella ve, ella muere.

Agustina enmudeció mientras la criatura asomaba una mano gris y viscosa por debajo de la puerta. Sofía sintió pánico. El espacio era suficiente para que pasara una persona. ¿Cómo no iba a escabullirse aquel ser? Miró por la rendija hacia los lavatorios. Agustina, con los brazos cruzados, parecía esperar una señal.

—¡Agustina! ¡Ayúdame!

—¡Abacaxi! —dijo Agustina y el verrugoso bicho desapareció en un “puf” de humo que se filtró por debajo de la puerta con una pestilencia insoportable.



Sofía perdió de vista a la bruja. Apoyada contra la pared y con las rodillas apretadas contra el pecho, no se animaba a mover un solo músculo, y no decidía si le temía más al bicho de piel de sapo o a su compañera.

El silencio se podía medir por el repiqueteo de la gota que marcaba el compás desde el lavatorio. ¿Y si el ser viscoso volvía a aparecer?

El ojo de Agustina cubrió la rendija de la puerta y Sofía sintió que moriría de un síncope.

—¿Lo viste? —preguntó la muchacha detrás de la puerta.

—¿Si vi qué? Yo no vi nada, nada —alcanzó a decir mientras estudiaba cómo escapar.

Tarde había comprendido. Muchos se reían cuando la bruja hablaba sola en los recreos. La habían visto discutir dentro del baño o en salones vacíos, siempre balbuceando palabras ininteligibles. Pálida, descubrió que el mote que le habían puesto era cierto.

—¿Podés verlos? —dijo apareciendo por encima del baño contiguo. Sofía, de un salto, se pegó a la puerta cerrada. No parecía una bruja, ni una psicópata, sino más bien una niña curiosa.

Un nuevo parloteo gangoso se escuchó en el cubículo donde estaba Agustina. La bruja se perdió de vista para discutir en voz baja. Sofía aprovechó el momento, juntó fuerzas y salió a toda velocidad. Pero la bruja se interpuso. No parecía dispuesta a dejarla pasar.

—Te prometo que no diré nada, te lo juro —rogó Sofía.

—Qué extraño —sonrió Agustina—, ayer también me escuchaste hablar con ellos y no estabas nerviosa. Dijiste que era patética, y con tus amigas se preguntaron cuándo me enviarían a una clínica psiquiátrica.

Tenía razón. La situación no había cambiado, solo que esta vez ella veía con quién estaba hablando Agustina.

Retrocedió, tratando de mantener la dignidad, pero no se le ocurría nada que decir. Y tampoco tuvo tiempo de pensarlo. El bicho que había hablado en el cubículo abrió la puerta y salió todo mojado, con un poco de papel higiénico pegado en la cabeza.

—¡Morirás! —cacareó.

—No serás el primero que lo intente —dijo la bruja en voz alta y miró de reojo a Sofía, que tenía los ojos clavados en el ser—. ¡Sí lo ves! ¡Sí lo ves! ¡Oh, qué suerte!



Agustina había olvidado por completo al monstruo, y aplaudía con satisfacción, sin reparar en los dientes de piraña que salían de esa enorme boca gris. Sofía señalaba con un dedo tembloroso.

—No te preocupes, son fáciles de eliminar —dijo y le tomó las manos con dulzura. Miró al ser y, con voz firme, pronunció—: Cachusmichus.

El extraño engendro se infló como un globo y estalló en mil burbujas de jabón.

Sofía miró a Agustina y el baño comenzó a girar, una oscuridad densa la absorbió hasta que cayó inconsciente.







Capítulo 6

A Sofía le costó reconocer dónde estaba. Lo primero que vio fue el pañuelo blanco que cubría la cabeza de su tía Delfina. Estaba de espaldas y hablaba con alguien, pero se volvió cuando escuchó que la respiración de Sofía cambiaba.

—Llamaron a casa ni bien te encontraron —dijo y le apartó un mechón de cabello de la cara.

—Agustina te trajo a la Preceptoría —la voz chillona de la directora apareció detrás de su tía—. Ella sola, sin ayuda. Nos contó que te desvaneciste en el baño.

Sofía miró a su alrededor y se topó con la bruja a sus pies. Sin importarle todas las veces que le había hecho la vida imposible ella la había ayudado. Ensayó un “Gracias” que no llegó a pronunciar.

—De nada —murmuró, pero luego adquirió un tono displicente—: ¿Puedo irme señora directora?

—Por supuesto querida. El preceptor te acompañará hasta el aula.

—Como diga.

La bruja volvía a interpretar su papel de niña odiosa. Las dos interpretaban papeles.

—Bueno querida —dijo la directora— has tenido un día terrible, tu tía te llevará a casa.

—Gracias.

Delfina conducía el auto como una profesora de manejo. Siempre mantenía una velocidad constante, atendía con escrúpulo las esquinas, cedía el paso al peatón y paraba cuando la luz cambiaba a amarillo. Sin embargo, nunca tardaba más de diez minutos en cruzar la ciudad. Su madre, manejando como una desquiciada, conseguía hacer el mismo recorrido en casi una hora, y dos veces la habían multado por exceso de velocidad.

Después de todo lo que había sucedido, tener a su tía al volante en vez de



a su madre, era una bendición. Sobre todo porque no le gustaba hablar mientras conducía y Sofía no quería abrir la boca.

Sofía estaba agotada y lo único que quería era dormir hasta el año siguiente. Se acomodó en la butaca y se abrigó con el saco. Estaba segura de que tenía un poco de fiebre.

El auto ronroneaba mientras la ciudad pasaba por las ventanillas. Sofía conocía las calles de memoria. Su mundo se había concentrado en aquellas treinta y cuatro cuadras que la separaban del colegio. Allí tenía todo: el gimnasio, la peluquería, la casa de música, la librería.

Con sorpresa vio como el negocio de ropa que Jenn adoraba desfilaba junto al auto, y se preguntó si se habría quedado dormida. Miró su reloj. No era posible haber tardado tres minutos en recorrer dieciséis cuadras.

La casa de computación pasó velozmente frente a ella. Espió por el espejo retrovisor y buscó las marquesinas que recién había visto. No estaban. Se acomodó para estar un poco más derecha y miró a su tía. Ella no le devolvió la mirada pero se dio cuenta de que estaba despierta y esbozó una sonrisa. De pronto la ciudad fue la misma de siempre. Sofía sacudió la cabeza, se mojó los labios y regresó a su posición inicial, esperando convencer a Delfina de que había vuelto a dormirse.

Con los ojos entrecerrados prestó atención a la próxima cuadra. Estaba en orden y la siguiente también.

Se relajó. Afuera una madre empujaba un cochecito con un globo rojo atado al manubrio. Pero algo comenzó a cambiar. Se movía como si fuera parte de una película mal empalmada. En un instante estaba frente al auto, luego aparecía junto a la puerta y al segundo siguiente se perdía por el espejito retrovisor. Un hombre llevaba un rollo de tela en el hombro, pero su imagen se desvaneció para aparecer varios metros detrás. Las casas se apretaban como si hubieran perdido espesor. Las calles eran más angostas y se comprimían.

Delfina estudiaba a su sobrina con el rabillo del ojo. Sofía trató de convencerse de que estaba delirando pero al mirar el reflejo de las vidrieras ella y su tía iban flotando en el aire, con una nube sutil que las envolvía. Si fijaba la vista, el auto era tan sólido como siempre.

Miró a su tía de reojo y contuvo el aliento al descubrir que estaba cubierta por un leve halo. De su espalda colgaba una capa traslúcida. Unos brillos salían de su ropa y se depositaban en la bruma que hacía de butaca, volante y pedales.





Con un quejido se desmayó por segunda vez.







—Tomá esto, Caracolito —escuchó Sofia entre sueños—. Es agua con sales.

Bebió un poco, sin tener plena conciencia de donde se encontraba. Quería abrir los ojos, pero los párpados parecían bloques de cemento.

Se acomodó. Todavía estaba en el auto. La luz del sol calentaba sus mejillas y Delfina susurraba en su oído una melodía olvidada.

—Un esfuerzo más. Abrí los ojos. Así, muy bien. Llegamos a casa.

—¿Qué pasó?

—Te desmayaste. Es normal, no le des importancia.

Ambas sonrieron. Delfina parecía indecisa, como si quisiera explicar lo que había sucedido pero no supiera por dónde empezar.

Sofia quería esconderse bajos las cobijas de su cama. Salió del auto tomándose de la puerta y del hombro de su tía.

Subieron hasta el séptimo piso sin hablar. Ambas evitaban mirarse y no sabían cómo llenar el incómodo silencio entre ellas.

Cuando el ascensor se detuvo, Sofia se adelantó. No quería entrar por su casa. Estaba segura de que su madre haría un melodrama.

Buscó la llave de sus tías y abrió la puerta antes de que Delfina pudiera detenerla. Miró desconcertada hacia el interior. No había un elegante departamento, no había muebles de estilo, ni manteles bordados, ni cortinas, ni ventanales, ni perfumes exóticos. La joven veía en escobero con tres escobas. Un cuarto pequeño y aséptico. Miró la puerta de su casa y vio el número del departamento, luego regresó al escobero y giró para enfrentar a su tía y se desmayó por tercera vez.









Despertó en su cama. El cuerpo le dolía como si hubiera caído desde un tercer piso.

—Estúpida —se dijo apretando los puños—, ¿cómo pude desmayarme tres veces?

Ella, la única chica que se había animado a darle un cachetazo a Alan delante de todos cuando la tocó donde no debía. La que se había subido a la cornisa de la biblioteca para ver al profesor de Historia anotando las preguntas para la prueba del día siguiente. La que se enfrentó a la directora haciéndose responsable por todos los exámenes perfectos. La gran Sofía había encontrado un bocado más grande del que podía tragar. Tres veces en un día.

Quiso burlarse de ella misma pero no tuvo tiempo porque la voz amplificada de su madre la interrumpió.

—Delfina, ¿estás segura de que se dio cuenta?

—Se desmayó tres veces. Es obvio que se dio cuenta.

—Pero ustedes dijeron que no pasaría.

—Es cierto, fue un error. Nos equivocamos al pensar que podíamos retrasar lo inevitable.

—Entonces ¿comenzarán a aparecer sus poderes, de nuevo?

—Lo siento, querida. Fue nuestra culpa.

—No me haré responsable por eso —Candela estaba irritada—. Si Alondra no la tratara como a una princesa...

—No importa. Si ella quiso irse, es su decisión.

—¡Pero qué estupidez!

—¡Candela! No le hables así —intervino Alondra—. Es la madre.

—Ella no es...

—Si se te ocurre decir una sola palabra más, me olvidaré de la misión y de



que por ahora estás a cargo.

¿Qué era todo aquello sobre sus poderes? Un escalofrío le corrió por la espalda. Pensó de nuevo en el fogonazo en la pared, en los bichos que había visto en el baño, en el auto de humo que conjuraba Delfina.

Entonces, ellas eran… ¡No, no podía ser! Tenía que haber una confusión.

Tomó el picaporte para abrir la puerta, pero recordó que hacía ruido. ¿Sería un encantamiento de aquellas arpías? Tomó un taco hecho de papel, lo encastró hasta levantarla un poco y la abrió.

Los sonidos le permitían ubicar a todas en la cocina, como si las estuviera viendo. Su madre se sonaba la nariz junto a la alacena. Sus tías la rodeaban. Alondra le acariciaba la mano, Candela se apoyaba en el marco de la puerta y Delfina preparaba té. Hicieron un silencio incómodo.

—Esto debe terminar hoy —dijo Candela con autoridad—. Sofía tiene que aceptar su responsabilidad.

—Es una niña.

—Ya no lo es. Debemos cumplir con nuestra misión y ella tiene que asumir su lugar.

—Coincido con Candela —dijo Delfina—, pero no creo que obligarla sirva de algo.

—Ella debe volar con sus propias alas.

—Alondra, no hay tiempo —Candela se mantenía rígida—. Va a hacer lo que le digamos. Con el tiempo entenderá que fue por su bien.

—¿Y qué le dirás?

—Que no aceptaremos más caprichos. Ella tiene una obligación. Y si no la cumple… para Navidad estará muerta.

Sofía trató de respirar, pero no pudo. Tampoco logró tragar saliva. Se obligó a regresar a su cuarto y entornó la puerta. ¿De qué estaban hablando? No le costó un gran esfuerzo transformar el terror en rabia. Tomó del ropero la mochila. Todavía tenía lo que había llevado a lo de Jenn. Agarró la Berry, se ató el pelo y se puso la campera de jean.

Abrió la puerta y salió al pasillo. En puntas de pie llegó hasta el recibidor. La voz de Candela se escuchó en el pasillo y Sofía se paralizó. Se dio la vuelta y vio a su tía, todavía de espaldas, saliendo de la cocina mientras



hablaba. Sin perder tiempo salió del departamento y emprendió una carrera desenfrenada por las escaleras.

Siete pisos. Pero no podía arriesgarse a esperar al ascensor.

Cuando llegó al quinto piso escuchó un quejido metálico que ascendía.

Al pasar por el cuarto piso vio la luz del ascensor pasar por el pasillo lateral mientras subía. Bajó de a dos escalones.

Tercer piso.

El ascensor se detuvo unos pisos más arriba. No había duda de que habían subido dos o tres personas.

Segundo piso.

El ascensor bajaba. Y era más rápido que ella. Antes de llegar a la calle sus tías estarían bloqueándole la salida del edificio. Entró en pánico.

Primer piso.

Sintió un calambre en las piernas. Los pulmones le ardían. El ruido era un monstruo mecánico acechándola apenas un piso encima de ella.

Planta baja.

La puerta de entrada al edificio estaba abierta. Sofía llegó al último escalón con lágrimas en los ojos. Nunca llegaría a tiempo.

Entonces algo en el aire cambió. Se le destaparon la nariz y los oídos, la garganta dejó de dolerle. Podía escuchar los engranajes, el movimiento de la cuerda de acero, el leve estertor de las placas del ascensor. Pero no solo eso. Escuchó los ruidos de cada motor de heladera, de cada horno, de cada canilla. Y pese a que ya estaba en la mitad del hall principal, y apenas le quedaba tiempo para salir, se detuvo en seco.

Los segundos se agolparon en aquel hall, como si el portero hubiera decidido no limpiar más y una densa nube lo cubriera todo.

Tenía la certeza de que saldrían del ascensor una pareja de ancianos con su nieta de tres años. Ella les pedía que regresaran porque se había olvidado su oso.

La puerta se abrió y salieron el señor Rodríguez, su esposa y su nieta.

—¿Sabes dónde está? —preguntó la niña.

—Ya te dije, es mi guardaespaldas.





Sofía sintió un escalofrío al ver el oso de peluche asomando por debajo de la campera del anciano mientras salían del edificio.

—Brujería —murmuró.

La sensación de captar hasta el último detalle de la vida del edificio se rompió cuando el ascensor se cerró para acudir a otra llamada, esta vez del séptimo piso.

Sofía salió como una exhalación sin pensar hacia dónde se dirigía.









Corrió hacia el río, sin pensar que la calle moría en la costanera. La costumbre de correr con Candela había hecho que sus pies siguieran el camino. Tenía resistencia, pero no estaba preparada para huir. Se dejó caer en el zaguán de una casa antigua y trató de ordenar sus ideas.

¿Cómo podía cambiar tanto su vida en tan poco tiempo? Agustina parecía normal comparada con sus tías. Después de todo su compañera nunca había ocultado sus acciones.

Alondra parecía una santa. Un poco excéntrica, es cierto, pero no más que cualquier persona. Delfina acompañaba a cualquier mujer que buscara a su hijo perdido, sin importar las razones. Candela enseñaba yoga y hacía Reiki. ¿Era todo una farsa?

Pensó en su madre y se preguntó si no había sido hechizada para no reaccionar ante los planes de sus tías. Se mordió el labio y corrió.

Regresó a su barrio. A esa hora en San Telmo los micros paraban en fila mientras los pasajeros recorrían los anticuarios, veían bailar tango o disfrutaban de los cuadros expuestos en la calle. No eran más de seis o siete manzanas y estaba demasiado cerca de su casa, pero era la única manera de volver sobre sus pasos. Si quería escapar del callejón en que se había metido, lo mejor era hacerlo entre el tumulto de turistas.

Eligió las calles más concurridas y se confundió entre la gente. Compró una botella de agua y pensó en su siguiente paso. Iría a la casa de cualquiera de sus amigas, ellas no le preguntarían nada y podría quedarse a dormir sin problemas.

La plaza Dorrego era un lugar único. El tiempo parecía haberse detenido entre faroles y adoquines. Para Sofía era su mejor refugio. Allí no había adolescentes escuchando rock ni tribus urbanas. Nadie juzgaba a nadie. Cada uno estaba en sus asuntos y ella podía ser transparente.

Se perdió entre los pies entrelazados de dos bailarines de tango, se colgó de las notas de un bandoneón, recorrió con la mirada portadas viejas de revistas, alhajeros, pequeñas estatuas de cerámica o porcelana. El bandoneón le dejó lugar a un saxo y luego a una guitarra conectada a



pequeños amplificadores. El tango tenía tantas formas de tocarse como personas para bailarlo.

Sofía se olvidó de que estaba escapando. Hasta que sintió un cosquilleo en la nuca. Una mirada se había colgado de su espalda. No la captó de inmediato, más bien fue una certeza, igual que la del ascensor. Se obligó a caminar sin apurar el paso. Cruzó la plaza en diagonal y se quedó en el centro. Desde allí podía ver a cualquiera que se acercara.

Se agachó frente a una chica que hacía collares con piedras semipreciosas. Eligió uno con una rodocrocita y miró el flanco derecho. Alguien se ocultó detrás de un árbol. Un frío recorrió su espalda. No eran las tías. Pero tampoco podía ser él. Sus compañeros habían salido hace poco del colegio. No podría llegar tan rápido a San Telmo.

Volvió a mirar. Definitivamente había alguien espiándola. Podría jurar que era Alan. No, no podía ser.

Estudió el collar para recomponerse. Le gustaban mucho las piedras rosas. Las vetas lechosas que recorrían la gema le parecían muy delicadas. Eligió la piedra con forma de corazón. Decidió que valía la pena comprarlo para recordar la vez en que había creído que Alan la perseguía.

Giró hacia la vendedora y enfrentó al árbol. La sombra de una zapatilla blanca se escabulló detrás de la raíz. La chica le alcanzo un espejo y lo sostuvo para que se abrochara el collar. Agradecida, se acomodó la piedra para que cayera entre sus pechos, que todavía no sobresalían más que una arruga graciosa debajo de sus clavículas marcadas. Hizo un par de preguntas a la vendedora mientras le pagaba y se despidió segura de que el extraño perseguidor se escondía detrás de una tienda.

Se preguntó si sus tías podían tomar la forma de sus amigos. Pero sus tías no sabían que ella estaba enamorada de él. “No, enamorada no, atraída”, se corrigió apretando los puños.

No podía arriesgarse. Eran brujas, quizás su poder incluía leer las mentes y por eso sabían que el sueño de los dragones rojos era mentira. Caminó despacio, convenciéndose de que no ganaba nada poniéndose paranoica.

En la siguiente esquina había una casa antigua que vendía toda clase de objetos, desde sillones y mesas, a sifones y trajes de principio del siglo XX. Tenía puertas por diferentes calles. Entró sin buscar nada en particular. Cuando supo que la sombra se había metido en la casa, se escabulló debajo de un perchero lleno de ropa y, sin erguirse, se mezcló entre los clientes hasta salir por la otra puerta. Recién entonces se



incorporó, corrió hasta la calle siguiente y no paró hasta encontrar la entrada al subte. No se atrevió a mirar hacia atrás.







Llegó a la estación San Juan y dejó que la escalera mecánica la llevara a las entrañas de la tierra.

La gente iba y venía por el pasillo de la línea C, que unía la ciudad de sur a norte. El andén contrario estaba abarrotado de gente, por eso prefirió viajar hacia el centro donde el Obelisco señalaba con su dedo blanco.

Sofía respiró cuando llegó a la plataforma. Entre aquellas paredes oscuras, respirando aire denso saturado de sonidos se sentía tan protegida como en el barrio de San Telmo. No era por las mismas razones. Allí no era invisible, simplemente le reconfortaba estar en el interior de la Tierra.

Viajaba tres o cuatro veces por semana en subte. Estar bajo la ciudad la tranquilizaba. Miró a la gente parada en el andén, uno a uno, y se preguntó si alguno de ellos también estaba escapando. Si los de este lado de las vías escapaban, ¿los de la opuesta buscaban?

Una sombra borrosa en la plataforma de enfrente la sacó de sus pensamientos. No era una sombra común. La veía con el rabillo del ojo cuando no prestaba demasiada atención. Cerró los ojos y cuando los abrió se concentró, como forzando la vista más allá de su límite. La forma brumosa desapareció.

Sintió bronca y frustración, un calor subió por su estómago, le oprimió la garganta y le ruborizó las mejillas. Y como había pasado en el baño del colegio, un fogonazo nubló su visión. Esta vez fueron segundos, y todo a su alrededor se cubrió de brumas coloreadas. El túnel, las vías, los pasajeros. Algunas brumas se movían solas, sin rodear a nadie, quizás eran almas sin cuerpo que vagaban libres por el mundo.

Dejó de forzar la vista y las brumas s aplacaron. Seguían ahí pero ya no molestaban su visión y las que no tenían cuerpo se hicieron más sólidas. No se dio cuenta del detalle de inmediato.

Se concentró en los azulejos claros de la pared del otro andén y en el dibujo que formaban. Se detuvo en la puerta de servicio que se abrió como si lo hubiera pedido con la mente. Por ella se asomó un extraño ser.



Tenía la misma estatura que un chico de diez años. Su ropa era una superposición de tejidos y pieles. Llevaba un sombrero de cuero que caía detrás de unos cabellos rojos trenzados y una barba que le llegaba a la cintura. Y portaba un pico y una lámpara de kerosén. Estuvo a punto de compartir si visión con otra mujer pero se detuvo. Por la misma puerta salieron otros seis seres, todos portando palas, bolsas y mazos. Sofía sintió que sus piernas fallaban de nuevo y se apoyó en la columna.

Los extraños mineros pasaban junto a la gente sin que nadie reparara en ellos. Hay quien sentía la compulsión de moverse a un lado, como si una correntada de aire frío lo molestara; otros se apartaban para ver si venía el tren y otros giraban en redondo buscando a un conocido entre los pasajeros. Sin mostrar interés por la gente, los seres cruzaron la plataforma se internaron en el túnel, hacia el norte. Sofía los siguió con la vista hasta que la luz de los faroles se perdió en el túnel oscuro. ¿Qué posibilidades había de que siete enanos caminaran en fila dentro de un túnel de subte?

Estaba alucinando. El límite entre la fantasía y la realidad parecía haberse roto. Y no sabía cómo volverlo a su lugar.

Mientras se preguntaba cuánto de lo vivido aquél día era verdad y cuánto un delirio, llegó el tren. Se subió a los tropezones y se dejó caer en la butaca, junto a la puerta.

Un joven vestido de rapero entró al vagón mirando en ambas direcciones. Sofía vio que sus zapatillas tenían las punteras blancas y contuvo la respiración. Se había olvidado de su misterioso perseguidor. S levantó el cuello de la campera y se acurrucó contra la ventana. El muchacho se acercó. Estaba perdida. ¿Por qué la perseguía? Ella no había hecho nada malo, solo escapaba de su casa, y eso no tenía por qué importarle a nadie. El joven sonrió y apuró el paso, pero siguió de largo. A unos metros estaba sentado un grupo de muchachos con ropas holgadas y gorras coloridas. Se sentó entre ellos y Sofía respiró.

El subte avanzó entre túneles tan oscuros como los pensamientos de Sofía. No sabía qué hacer. Jamás se había escapado de su casa. La cara de su madre atormentada le daba vueltas por la cabeza.

Un potente bufido seguido por el rechinar de unos frenos advirtió la llegada a la siguiente estación. Por la ventanilla del vagón pasaron los enanos en fila. El último estudiaba la formación con recelo. Descubrió a Sofía y se detuvo, desconcertado. Ninguno de los dos sabía qué hacer. El enano optó por saludarla, haciendo una leve inclinación de cabeza y ella respondió sin demora. El enano se apuró para alcanzar a su grupo, que



estaba a punto de desaparecer por la curva del siguiente túnel, delante de ella.

—Si no fuera por ellos todos se hubiera derrumbado hace años —dijo una voz a su lado. Sofía alzó la vista y vio a un pordiosero. Le sonreía a Sofía con la complicidad de quien comparte un secreto.

—¿Perdón?

—Los enanos —respondió el hombre algo disgustado—. Vi cómo la saludó. ¿Los conoce?

—No, jamás los había visto —dijo Sofía preguntándose por qué justo aquel personaje podía ver a los enanos.

El hombre se desplomó junto a ella, emanando un insoportable hedor a orín y roña. La joven trató de ocultar su asco.

—Comencé a sentirlos en la oficina donde trabajaba. Así como me ve, yo era gerente de una empresa multinacional. Ningún empleado me levantaba la voz ni se atrevía a contradecirme —se calló un momento, evaluando si correspondía decir lo que estaba pensando—. Nadie sabía que mis ideas revolucionarias no eran mías. Cuando tenía un problema, me encerraba en la oficina y decía en voz alta lo que necesitaba. Cerraba los ojos y unos minutos después un susurro me daba la solución —Sofía miraba al hombre de reojo, con aprensión, pero le creía—. Hasta que un día, maldita decisión, malditos duendes…Un día abrí los ojos y encontré a un hombrecito, alto como mi palma, sentado en el respaldo del sillón. Era un sillón de auténtico cuero, sí señorita, con mesa de caoba, computadora, muchos teléfonos, secretarias… ¿Le dije que era un importantísimo gerente? Sí, se lo dije, bueno un día cerré los ojos, hice mi pregunta y al escuchar la respuesta los abrí. ¡Qué mala idea! El duende se ofendió por romper la regla. Yo no sabía que existía una regla. ¡Nadie me lo dijo! —gritó mirando debajo de los asientos. La gente miraba de reojo y se alejaba—. El duende se fue gritando, mientras tiraba todos los papeles por el aire. Mis empleados se preocuparon. Pero no dijeron nada. Desde ese día no podía caminar sin toparme con un duende, un hada, una sirena y hasta salamandras ¿Sabía usted que las salamandras son bichos que viven en el fuego? Así me quemé la mano —le mostró la mano derecha, deformada por cicatrices profundas—. Quise agarrar una salamandra del salón principal de un centro de convenciones en Bariloche. Los dueños de la compañía estaban ahí. Comenzaron a decir que algo raro me pasaba, que sufría de stress. Me dieron vacaciones. Cuando volví me descubrieron hablando con una sirena en el lavabo de la oficina. Me mandaron a terapia. Pero cuando le grité a un duende que se



había metido en la sala de conferencias me dijeron que, o renunciaba voluntariamente o me declaraban loco y me encerraban. Y aquí estoy. No me quejo, tengo lo que necesito —dijo mostrando una bolsa con un teléfono a disco roto, una agenda enmohecida, un conjunto de útiles escolares sucios y gastados y un perrito de los que mueven la cabeza—. Soy libre del sistema y a nadie le importa que hable con los duendes. Pero ahora ellos se avergüenzan de mí, ¿sabe? Prometen que si me baño, me dirán cómo volver a la cima. Que me harán millonario. Je, yo sé que es mentira, porque los duende son engañosos y perversos. No se fíe de ellos señorita, sé por qué se lo digo. Y no se bañe, así se alejan.

El tren se detuvo en la siguiente estación y el hombre corrió a gritarle a una elegante mujer de vestido blanco que atravesaba uno de los túneles. Sofía sacudió la cabeza y trató de olvidar al pordiosero.

Una voz metálica advirtió que la próxima parada permitía el trasbordo a la línea A, que unía la ciudad de Este a Oeste. La puerta se cerró y el tren volvió a ponerse en movimiento. Sofía se cambió a un asiento más limpio y se puso un poco de perfume. El tren siguió hasta la primera curva y paró. Sofía miró por la ventanilla, como el resto de los pasajeros, buscando la causa de la detención. Pero ella descubrió algo que el resto no podía ver. Enanos. Y no se trataba de uno ni de siete, sino de por lo menos veinte. Todos picaban las paredes del túnel y la aseguraban con madera y mezcla, como si fueran empleados del subterráneo. Las luces de las lámparas hacían danzar sus sombras, convirtiéndolos en gigantes. Sofía reconoció de inmediato al que la había mirado. La señalaba desde el centro del grupo. El enano a su lado asintió e hizo una seña para que se apagaran las luces en toda la línea. Los pasajeros, acostumbrados a los contratiempos, apenas se quejaron, pero a Sofía se le salía el corazón del pecho y buscaba en su mochila una linterna. No había duda, venían por ella.

La puerta se abrió un poco, lo suficiente para dejar entrar al enano que la saludó, con una lámpara de aceite en la mano.

—Sabemos quién es. Me enviaron para poner a su servicio los escudos y espadas del pueblo enano, cuando usted lo necesite, milady.

Sofía temblaba.

—como muestra de nuestra lealtad, permítame modificar su gargantilla.

El enano, con sus manos macizas y diestras, tomó el collar que Sofía había comprado en la plaza y con una pinza sacó la rodocrocita. Con maestría la cambió por una piedra rojo profundo, apenas transparente y con imperceptibles vetas negras y blancas que danzaban perezosas en su



interior.

—Cuando nos necesite concéntrese en la piedra y nosotros acudiremos. Con el tiempo sabrá darle otra utilidad —como Sofía no se movía el enano miró la piedra que había sacado, sin atreverse a devolverla—. ¿Podría quedármela?

Sofía asintió.

El enano la guardó en su chaleco, con la satisfacción de quien ha adquirido un trofeo. Hizo una elaborada reverencia y salió del vagón. La puerta se cerró, volvió la luz y el tren se puso una vez más en marcha.

Sofía bajó sin pensar en la siguiente estación. Se paró en el andén y tomó una bocanada de aire. Su mano entumecida apretaba su pecho. La abrió y ahí estaba la piedra: hermosa, única, extraña. Era el doble de grande que la rodocrocita y apenas un poco más pesada, pero había sido tallada con tal perfección y engarzada con tanto arte que el resto del collar parecía ordinario.

Giró la cabeza hacia el túnel. El reflejo de las lámparas de los enanos todavía era visible. Se preguntó si algunas de las personas que trabajaban en el subte los veían.

—Línea A, hacia Nazca —dijo deteniéndose ante un mapa que señalaba la combinación con la otra línea. Intentaba recordar algo importante que había en la estación Plaza Miserere, a mitad de camino.

Siguió la marea de gente que se dejaba llevar por el angosto pasillo hacia el siguiente nivel, donde un tren acababa de partir. Caminó como hipnotizada, siguiendo el instinto, o quizás una orden que el cerebro no había logrado decodificar.

—¡Agustina! —dijo y apuró el paso. Quería llegar a toda prisa a la casa de su compañera. Ella la ayudaría a entender qué le estaba pasando.









Agustina vivía en una casa de dos plantas, con techo de tejas, paredes cubiertas por enredaderas y un hermoso jardín detrás de unas rejas verde inglés. La casa no llamaba la atención, cualquiera pensaría que allí vivía una familia normal. Cuando tocó el timbre Sofía recordó la única vez que había venido y unas gotas de sudor poblaron su frente. Había sido unos días después de que la bruja maldijera a su compañero y este cayera enfermo.

Vino con Jenn, Sandra, Roxana, Marcela y Silvia. Tiraron huevos contra la pared y escribieron con aerosol frases ofensivas. La semana siguiente ella faltó al colegio, y cuando regresó no habló con nadie por un mes.

Había olvidado el incidente. ¿Con qué derecho iba ahora a pedirle ayuda? Retrocedió unos pasos en el momento en que Agustina salía con una sonrisa.

—Justo a tiempo, el té ya está listo —dijo abriendo la reja con una enrome llave de hierro. Los goznes chirriaron como en un cementerio abandonado.

—Perdón, vine porque quería saber…

—Hablemos dentro —dijo mientras miraba con el ceño fruncido a una vecina que las espiaba por las rendijas de una persiana americana. Sofía dudó. Dio un paso y se detuvo cuando vio, en un rincón, la letra “A”. Había escrito “bruja” en esa pared. Cuando levantó la vista, Agustina la estaba mirando.

—Mamá dejó esa marca para que nunca me olvidara de lo que había pasado. El resto de la familia piensa que es la A de Agustina.

El recibidor era pequeño. Cortinas con volados, dos sillones de pana roja, una mesa redonda y retratos antiguos. Parecía la decoración de una película de videntes y tiradoras de tarot.

—Acá mi madre recibe a las visitas. No son muchas porque a la mayoría las atiende en el negocio, pero hay que mantener las apariencias —dijo guiñándole un ojo. Se dio vuelta y abrió una puerta oculta tras una placa



de madera.

Sofía sonrió cuando entraron en aquel lugar con paredes de ladrillo gastado. Las velas le daban un clima siniestro, con rincones llenos de telas de araña. Hombres y mujeres con togas miraban circunspectos desde fotos antiguas. Se sumaban amuletos, cabezas de animales, bolsas de arpillera, algún manojo de plantas secas y muchos estantes llenos de libros y frascos. En el fondo burbujeaba un caldero.

—Tampoco le hagas caso a este lugar, es para clientes que necesitan un efecto más “hollywoodense”.

—Claro.

En el fondo de la habitación había una puerta, esta vez detrás de una columna, y no se abrió hasta que Agustina movió un par de libros.

La habitación siguiente era tan normal que Sofía se sintió un poco decepcionada.

—¿Tomas té?

—Sí, gracias —dijo Sofía sentándose en la primera silla que encontró y dejando su mochila debajo.

—¿Viniste en subte? —preguntó la joven mientras caminaba hacia la pequeña cocina, separada por una arcada abierta.

—Sí.

—Entonces conociste a los enanos.

—¿También vos los ves? —preguntó Sofía mientras escondía el collar bajo la ropa.

Agustina no respondió y Sofía se sintió un poco tonta. Por supuesto que los veía. Llevó una bandeja con una pava y dos tazas de loza con hermosos dibujos. Se sentó frente a ella, miró fugazmente el cuello de Sofía y sirvió el té. Las hebras se filtraban por el pico de la tetera como hojas arrastradas por una cascada.

—¿Venís buscando confirmación?

—No sé, hoy fue un día complicado. Estoy cansada, quiero dormir y olvidarme de todo.

—No te lo recomiendo, te perderías la diversión. En unos meses no te va a importar.



—Lo dudo —dijo Sofía y tomó la cucharita que estaba en medio de la mesa. Sus tías eran las únicas que preparaban el té con las hierbas sin colar, y no le permitían ponerle azúcar. Pero ella siempre había encontrado una excusa para contradecirlas. Alzó la vista y vio a Agustina aterrada. Fue un instante, pero bastó para que Sofía por fin comprendiera la importancia de no poner nada en el té. Durante un momento se hizo la que dudaba y luego dejó la cuchara en su lugar y recordó todos los tontos rituales de sus tías. Tomó la taza sosteniendo la base con los dedos de la mano derecha y el asa con su mano izquierda. Luego la movió en círculos tres veces y bebió un sorbo.

—¿Sabes si mis tías y mi madre son brujas?

—No soy la indicada para responderte.

—¿Por qué?

—No puedo.

—Entonces me equivoqué —dijo Sofía calculando el momento correcto para ponerse de pie—. Mejor me voy a lo de Jenn.

—No, esperá. Terminá el té.

—¿Vas a responderme?

—Pensé que preguntarías por los seres etéreos.

—Puede que también te lo pregunte —dijo Sofía sacándose una hebra de la boca y sin decidirse a tirarla nuevamente dentro de la taza o ponerla fuera del plato. Nunca había prestado atención a toda la ceremonia.

—Límpiate aquí —dijo presurosa Agustina, entregándole una servilleta de papel como si fuera un relicario. La hoja se depositó en el papel y comenzó a formar un dibujo con la humedad del té. A Sofía le recordó la piedra que llevaba en el cuello.

—Gracias. ¿Entonces?

Agustina miró su taza, estudió las hebras danzando en la superficie y bebió. No se atrevía a ver en los ojos de su nueva amiga mientras decidía.

—El mundo no es solo lo que ves o tocás.

La puerta se abrió y entró una mujer bellísima, de cuello largo, cabellos renegridos atados con un pañuelo de muchos colores y pollera con volados.

—Disculpen —dijo la mujer regalándoles una sonrisa—. Soy Nuria, la



madre de Agustina.

—Sofía, soy una compañera de la escuela.

—Es un placer —luego la mujer miró a su hija—. Hola mi bella, ¿podemos hablar?

Ambas se fueron a la cocina. Sofía las miró de reojo y se sintió incómoda. Tomó el té y dejó un poco. Se puso de pie y fue hasta la ventana. Cientos de lucecitas volaban sobre las flores. Pensó que se trataban de luciérnagas, pero formaban grupos que parecían danzar sobre los pétalos, ascendían, hacían rulos en el aire y volvían a descender en complicados patrones, formando estrellas, anillos, ondas concéntricas. Sus cuerpos femeninos producían luz y flotaban leves como la bruma. Eran tan pequeños como su dedo índice y no repararon en ella hasta que su nariz golpeó el vidrio. Entonces desaparecieron tras las plantas, para luego surgir en arroyos de luz rodeando la ventana, mirándola con interés.

Perdió noción del tiempo. El silbido de la pava la volvió a la realidad. Nuria se preparaba un café y le decía a su hija:

—No es el momento, Agustina, no está preparada. Lo mejor es que vuelva con su familia de inmediato.

—Es tarde, mamá.

—No lo es.

—¿Por qué no mirás las hebras en su taza?

—¿Le serviste de nuestro té? —sonrió con satisfacción. Tomó la cabeza de Agustina y besó su frente. Luego se dio vuelta y miró a Sofía.

—Mi querida, ¿quieres tomar más té? Lavo las tazas y preparo nuevo, sin hebras.

—En realidad me gustaría que me las leyera.

Agustina dejó escapar un gemido y Nuria abrió sus ojos negros. No podía negar que sabía cómo leer las hebras, las pintadas en la pared tapadas con blanco advertían claramente que las compañeras de su hija sabían qué hacía.

—No es posible pequeña —dijo sonriendo— para leer las hebras se necesita un preparación especial y…

—Confío en que Agustina sabe cómo preparar el té —dijo, y con aire



triunfante se sentó y cruzó las manos sobre la mesa—. Seguimos los rituales así que están listas para ser leídas.

Nuria miró la taza y su curiosidad pudo más que la prudencia. Tomó el platito y en él volcó el resto del té con las hojas. Le dio un golpe seco a la base de la taza y miró ambas partes. El plato y el fondo de la taza. Agustina se acercó, curiosa. Ambas parecían atrapadas por un libro o la telenovela de la tarde. Casi no respiraban. Se miraban de vez en cuando y sonreían. Estudiaban a Sofía de soslayo y por momentos parecían asombradas.

—Has escapado de tu casa —comenzó y luego se dio cuenta de que no necesitaba usar palabras pomposas para hablar con Sofía. No era una clienta—. Te escapaste, pero no por la razón correcta. Cinco son las regentes en tu casa: tres mujeres antiguas, una oculta y una mujer triste. Las tres mujeres antiguas son tus tías y la oculta forma parte de su grupo. La mujer triste es tu madre. Creés que te engañaron, pero no las dejaste explicarse. Ellas te quieren y no te harían daño. Nunca.

Sofía se puso de pie, estaba indignada.

—Entendí. Quiere convencerme de que vuelva a casa.

—Sería lo más criterioso —dijo Nuria mientras Agustina se agarraba la cabeza, sabiendo que había sido lo peor que su madre podía decir. ¿Acaso las madres no saben cuándo sus hijas harán todo lo contrario a lo que les digan?

—¿Ellas la llamaron?

—¿Qué estás diciendo? Yo no conozco a tu mamá, ni a tus tías.

—Seguro. Muchas gracias, me tengo que ir —Sofía buscó la forma de abrir la puerta y no pudo encontrar el picaporte—. Agustina, ¿me abrís?

—Sí, por supuesto —se apresuró. Sofía no la miró—. Mi mamá sabe lo que dice. Yo preparé el té para ayudarte. Pensé que leyendo las hebras encontraría la respuesta que buscás.

—¿En serio hiciste eso? —Nuria estaba desconcertada. Si se había arriesgado a leer las hebras ella misma había quebrantado varias leyes. Agustina regresó sobre sus pasos y tomó la mochila que había olvidado su amiga.

—Mamá, no es momento. Ella quiere nuestra ayuda.

Señaló la taza y su madre se perdió en los dibujos que formaban las hojas



del té. Nuria no sabía qué decir ni cómo evitar que ocurriera lo que había visto en los dibujos. Agustina atravesó las salas y alcanzó a Sofía cuando intentaba abrir la reja de la calle.

—Mi idea era ayudarte. No sabía que mamá llegaría temprano —pensó en las consecuencias si decía lo que no debía y cerró los ojos—. Pude leer algo en la taza.

—¿Qué mentira me vas a decir? —dijo Sofía arrebatándole la mochila.

—Alguien te sigue. No sé por qué, pero no trae buenos augurios. Sé que no volverás a tu casa. No me importa, pero no vayas con Jenn. Ella no puede ayudarte. En la taza dice que si viajas bajo tierra llegarás al sitio de los portones, donde el guerrero monta a caballo. Ahí te esperaría un peligro mortal. No vayas.

—¿Por qué?

—Solo entiendo las generalidades de las hebras. Esta noche no es segura. Por favor, tomá un taxi.

—¿Me vas a decir si mis tías son brujas?

—No puedo.

Sofía no estaba ofendida, Agustina se estaba esforzando por ayudarla. Apartó su vista de ella y se encontró de nuevo con la letra “A” escrita en la pared. La repasó con el dedo. No tenía sentido seguir mintiéndose, la chica le caía bien, pese a todas las dudas que le había generado. Después de cruzar las rejas se volvió y le dio un abrazo breve.

—Gracias. Ahora me tengo que ir —se alejó unos pasos y luego regresó—. No iré a mi casa, ni a lo de Jenn.

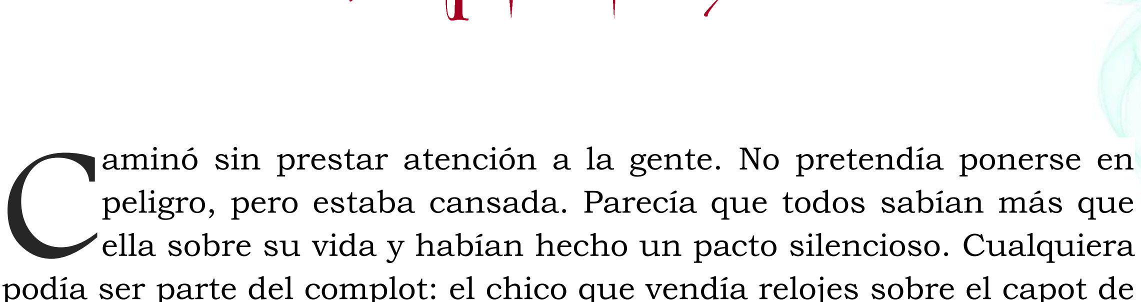
Sin mirar para atrás se dirigió a la avenida, un río de luces blancas y rojas en donde sumergirse.







Capítulo 12



Caminó sin prestar atención a la gente. No pretendía ponerse en peligro, pero estaba cansada. Parecía que todos sabían más que ella sobre su vida y habían hecho un pacto silencioso. Cualquiera podía ser parte del complot: el chico que vendía relojes sobre el capot de un auto, la mujer policía que caminaba unos pasos detrás de ella o la pareja besándose detrás de una columna.

Todos podía ser brujos y ella era la única que no lo sabía. Quizás se reían a sus espaldas. Podían compadecerse de la pobre chica que solo escuchaba música, compraba ropa de moda y sabía algo de computadoras. Por eso sus tías estaban tan atentas a los sueños, a los dragones, a su paso a la madurez. Ella podía ser un fenómeno y no saberlo. Se detuvo pero no encontró a nadie que le prestara atención. Quizás todos disimulaban.

—¡Qué estupidez! —dijo en voz alta y un viejo se apartó de ella como si estuviera loca.

Atenta a las caras continuó su camino, pero no descubrió ninguna actitud que delatara una confabulación en su contra. No era el centro del Universo, eso lo sabía muy bien. Desde que había entrada a la secundaria había aprendido que nadie es importante todo el tiempo.

Sus tías y Agustina eran brujas. No era descabellado pensar que eran un grupo menor. Un reducido número de fanáticas de ceremonias a la luz de la luna y largas tardes revolviendo calderos. El resto ni siquiera perdería cinco minutos cuidando el estofado que comería en la cena.

Aquel día había sido una locura, pero pronto lo olvidaría. Cuando no viera más enanos ni hadas ni brujas. Cuando no viera criaturas como la que empezaba a salir por la alcantarilla.

Se detuvo para verla emerger de las profundidades de la tierra. No había violencia en sus movimientos, por el contrario, parecía parte de una delicada danza, demasiado sutil para un ser tan gigantesco. Nadie prestaba atención a la mole viscosa que se desplazaba contra el tráfico. Por la avenida Pueyrredón ya no transitaban tantos autos como hacía una hora, pero los que circulaban se habían agolpado del lado opuesto, evadiendo al monstruo. Lo mismo que había sucedido en la estación de



subterráneo con los enanos.

El monstruo se apoyó en un semáforo, levantó los cables en las esquinas para no cortarlos y acarició los techos de las casas. Un hombre hizo un comentario sobre las ráfagas de viento que agitaban tendidos de la televisión, pero nadie más prestó atención al movimiento. El ser miraba al tráfico, la gente y los edificios como por primera vez. Parecía un niño curioso, lento y muy educado. Cada paso duraba una eternidad. Disfrutaba de su paseo al anochecer y Sofía no pudo evitar una sonrisa.

Una mujer salió del tercer piso de un edificio, casi a la altura del gigante. Sacó de una bolsa unas galletas y esperó. La criatura se acercó y abrió la boca como un lobo marino, haciendo un ruido de satisfacción. La señora lo acarició mientras dejaba caer las galletas en las enormes fauces.

La montaña viviente se desperezó con un profundo bostezo y se fue por el medio de la avenida, buscando las luces de Corrientes.

Sofía lo siguió unos pasos pero se distrajo con un grupo de hadas muy pequeñas que revoloteaba sobre las manzanas y naranjas de una verdulería. Un transeúnte desprevenido hubiera pensado que se trataba de polillas o mariposas de la fruta.

Más adelante, junto a un portal, un indigente se acurrucaba entre cartones, mientras unos seres lánguidos y transparentes permanecían a su lado, abrazándolo. No eran capaces de ayudarlo, pero compartían con él la pena, lo acompañaban en su larga agonía de estómagos vacíos y noches incómodas. Un grupo de seres de orejas enormes, pelo revuelto y ropa verde, cruzaron Lavalle saltando sobre los autos y descolgándose de los carteles. Un par de alarmas se dispararon, pero no pareció importarles, interesados en un camión de basura que doblaba por una calle lateral. ¿Serían duendes?

La gente caminaba sumida en su vida de portafolios, cuentas y celulares. El mundo normal, al que Sofía había pertenecido hasta hacía unos días. Desde que su cuerpo reclamó su inocencia se deslizaba entre dos mundos preguntándose una vez más si no estaba alucinando. Descubrió que no le importaba. Para su sorpresa, estaba feliz.

Caminó fascinada siguiendo el vuelo de una diminuta mujer con alas de libélula y cola de pez que acompañaba el agua junto al cordón y el caminar ceremonioso de un personaje más alto que la gente. A su lado pasó un gigante peludo con olor a perro mojado. ¿Qué nombre tendría su especie?, ¿de dónde vendrían?, ¿cómo se alimentaba? ¡Qué poco sabía!

Sin darse cuenta se encontró en la entrada del subte, parada frente al



plano de la cuidad con sus tentáculos de vías coloreadas. Estudió las diferentes líneas, leyendo cada estación. ¿Cuál sería la del "sitio de los portones, dónde el guerrero monta a caballo"?

Primero pensó en el hipódromo, pero no podía pensar en los jockeys como guerreros. Siguió leyendo y de pronto recordó la clase de Historia. El profesor había mencionado una Plaza de los Portones. Así se llamaba antiguamente "Plaza Italia", donde se colocó una escultura ecuestre de Giuseppe Garibaldi.

Si tomaba el subte, allí tendría que bajar para ir a lo de su amiga Jenn. Bufó decepcionada. Esperaba algo más original por parte de Agustina. De todas formas creyó prudente no romper la promesa hecha a una bruja y siguió caminando hacia la parada del ómnibus.

Unos pasos después se detuvo y regresó al plano. Su cara se iluminó cuando comprobó que, si en un arrebato de locura decidía ir a la casa de su padre, podría tomar el subte. Haría el mismo recorrido, pasaría por Plaza Italia, pero se bajaría dos estaciones después.

Su padre.

¿Hacía cuánto no lo veía? Casi dos años. No le respondía las llamadas, tiraba los mails sin leerlos y todavía no había abierto el regalo que le había dejado para su cumpleaños. De ninguna manera, no podía ir a lo de su padre. Era el último lugar en el mundo al que quería ir. Se golpeó la frente con la palma cuando descubrió que también sería el lugar más perfecto para esconderse. Sus tías jamás la buscarían allí.

Bajó las escaleras y se paró junto a la línea amarilla del andén. Sofía pensaba en la llegada del tren, aunque miraba insistentemente el túnel opuesto por si veía la luz de algún farol enano.

La formación llegó cuatro minutos después, con muy pocos pasajeros. Corrió hasta el último vagón, entró y se ubicó nerviosa junto a la ventanilla para tener una visión completa de la estación Plaza Italia. Su algo pasaba en el lugar ella no estaría en medio de la estación sino en un extremo. Y si alguien la seguía desde allí podía buscar una manera de pasar desapercibida.

Quizás no sucedía nada. Quizás todo volara en pedazos cuando ella llegara. Las manos le sudaban. Todavía estaba a tiempo de bajarse en la siguiente estación y tomar un taxi.

Si se bajaba nunca sabría si Agustina estaba en lo cierto. Además, necesitaba saber qué peligro corría. La imagen de Alan escondido detrás



de un árbol en San Telmo le resultaba a cada segundo más irracional. No era del tipo de personas que necesiten esconderse, y menos de ella.

Cuando el tren llegó, se puso de pie como si fuera a bajar. Pero era la ansiedad, los nervios. Estudió con atención los rostros, como si en la gente de la estación estuviera la clave. En su interior una voz le aseguraba que Agustina había intentado prevenirla porque había alguien con quien ella no quería que se cruzara.

No tardó mucho en encontrarlo. Alan estaba allí. Miraba sin disimulo a toda la gente que salía del tren, con cara de preocupación. Sintió de inmediato un nudo en el estómago. Era demasiado lindo, aunque fuera un poco cabeza hueca. Pero también tenía sus momentos. Cuando no estaba haciendo el payaso con sus amigos casi parecía un adulto metido dentro del cuerpo de un adolescente.

Decidió que Agustina podía irse al demonio. Alan la estaba buscando a ella. Y no perdería esa oportunidad por nada. Se acercó a la puerta para salir y de pronto le miró los pies: llevaba zapatillas blancas. Con el corazón latiendo a toda velocidad se sentó nuevamente y trató de ocultarse tras el marco de la ventana. Su compañero de escuela parecía desesperado. Recorría cada vagó con la mirada y Sofía se apretó instintivamente contra el asiento. El miedo le invadió el cuerpo como una corriente eléctrica.

Solo le faltaba revisar dos vagones.

Sonó el timbre, las puertas se cerraron y antes de que pudiera llegar a su vagón el tren comenzó a moverse.

Cuatro amigos de Alan y compañeros de Sofía entraron presurosos y él pareció tranquilizarse. Se hablaron y se dieron unos golpes en los hombros como era la costumbre entre ellos. ¿Había imaginado todo? ¿Por qué no? Otra vez perdía la noción del mundo y creía que ella era el centro del universo. Podía ser una extraña coincidencia y ella haberle dado más entidad de la que merecía. Se arrepintió de no haberse bajado y perderse un rato en sus ojos celestes, aunque él la dejara plantada a los pocos minutos.

Cuando pasó por delante de ellos vio que estaban discutiendo. Alan parecía molesto con sus amigos y hacía gestos ampulosos con los brazos. Carlos, el morocho con gorra de funky, se distrajo de la reprimenda y miró los vagones. Buscaba algo o a alguien. Sofía no hizo a tiempo para esconderse y sus miradas se encontraron. No había ninguna duda de qué estaban haciendo en esa estación.



Miró sus zapatillas y vio que tenía punteras blancas. Quizás estaban todos en San Telmo buscándola. La cara de Carlos fue de tal odio que Sofía sintió que se había escapado por los pelos de algo terrible. El tren entró en el túnel pero la ventanilla trasera pudo ver que le señalaba el vagón de sus amigos. Alan pateaba con frustración el suelo. No tardó en recuperarse. Indicó la salida y antes de que Sofía dejara de ver la estación, observó cómo los jóvenes corrían a toda velocidad hacia la calle.

La estaban persiguiendo. Ella era la presa de sus propios compañeros de colegio. No era una broma para que el resto de la división se divirtiese, no había nadie para disfrutar de la picardía y a Sofía lo único que le interesaba era huir.

Miró por la ventanilla. El tren aumentaba la velocidad muy lentamente. La luz de la estación que abandonaba formaba sombras inquietantes entre las paredes del túnel. Pero lo que ella veía no era un engaño de la vista.

La sombra intentaba mimetizarse entre una columna y los cables gruesos que seguían el recorrido del tren, pero era tan descomunal que era imposible pasar desapercibido. Su aspecto era el de una enorme pila de bolsas de basura. Sus ojos amarillentos reflejaban las luces traseras de los vagones, como los de un gato. A ambos lados, como si los sostuviera, dos enormes bestias oscuras, de pelos largos que se agazapaban. Seguían el trayecto del tren con ojos rojos como brasas, pero fríos como el hielo. O se movieron hasta que la figura señaló el último vagón.

Sofía vio a las dos bestias corriendo hacia ella ¡Qué tonta había sido! Suponer que Alan y sus amigos eran el peligro. Un error imperdonable. Quizás el último.







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 2:43 PM A METROS DE LA FRONTERA DE POLONIA CON ALEMANIA.

Aire era joven e inexperta. Jamás había luchado contra hombres, monstruos o espantos. Nunca había estado en una guerra, y mucho menos había tenido que cargar con un bebé a toda carrera sin poder hacerse sutil como el viento. Estaba tan nerviosa que nunca supo cómo llegó tan cerca de la costa en tan poco tiempo.

Se apoyó contra un nogal, respiró agitada y miró a la criatura. Su vida no sería la misma sin el aliento suave y cálido de aquella nariz respingada, sin el perfume de esa piel, sin la presión de aquellos dedos tan frágiles.

“Ni el ciervo, ni la golondrina, ni el saltamontes son tan delicados. Cualquier descuido te mataría y sin embargo, de adulto, serás capaz de enfrentarte a un gigante y vencerlo. ¿Qué te hace tan especial?»

El bebé bostezó, acomodándose un poco más en la manta, sin oír las palabras del hada. Solo las olas del mar arrullando su sueño desde las caracolas.

El hada miró hacia la espesura evaluando la cantidad de enemigos. Calculó cuánto tardarían en encontrarla y midió la distancia que la separaba del mar. No había muchas posibilidades de lograrlo.

Besó la frente del pequeño y emprendió de nuevo la carrera. Sus pies parecían adivinar las depresiones del terreno.

Creyó escuchar un disparo a más de cien metros, al Este. Se detuvo. Un estruendo retumbó un poco más al Norte. Cuando salió del último claro sintió una bala silbar sobre su cabello. Se quedó paralizada. No podía ver a sus enemigos, pero sabía que estaban escondidos entre las rocas, esperando que saliera de la protección de los árboles. No fallarían el próximo disparo.

Alejó al pánico con una tonada que apenas susurró. Decidió mantenerse a la sombra de los árboles por un trecho más. Se desvió hacia el oeste pero no consiguió dar ni tres pasos que una flecha se clavó en su hombro, derribándola. Giró para caer primero y proteger al bebé de la caída.



Una nueva flecha se clavó en el árbol, sobre ella, y una tercera le rozó la rodilla. No sabía qué hacer. Pero un alarido la tranquilizó.

—¿Estás bien Aire? —gritó Fuego desde las rocas.

—¡Creo que sí! ¿Puedo salir?

—Lo tenemos controlado. Fuego se encargó de tu atacante —susurró Brisa, a su lado.

Se abrazaron y su compañera la ayudó a ponerse de pie, aunque no se atrevió a quitarle la flecha. Intentaron correr, pero Aire apenas podía caminar y se negaba a darle al bebé.

Fuego se unió a ellas. No perdió el tiempo, sacó la flecha y con su dedo encendido cauterizó la herida. Aire ya no sintió aquel dolor abrumador. Paso a paso retomaron el camino hacia el muelle.

—¡Lo logramos! —dijo Brisa satisfecha. El estallido de una bala retumbó entre las rocas y se convirtió en una mancha oscura en la cintura del hada.









Ningún hada olvidaría jamás la cólera de Fuego. Con su ropa manchada con la sangre de Brisa, se puso de pie y se lanzó sobre los soldados y los orcos. Hizo caer sobre ellos su impotencia y su dolor, convertido en llamaradas.

Aire estaba aterrada. De rodillas, aferraba al bebé contra su pecho y con una mano sostenía a su compañera. Debía ponerse de pie y correr al puerto, tenía que tomar el barco y juntarse con los dragones, pero no podía moverse. Jamás había visto morir a un hada. El quejido leve que salía de los labios de Brisa le recordaba el llanto de un perro. No podía mirarla, así que sus ojos se perdieron en la violencia de Fuego.

Lenguas naranjas emergían entre las copas de los árboles y los chillidos de los soldados tapaban el crujir de las ramas.

Entonces apareció la bestia. Una de las tres que habían escapado de Krzysztof. Ramas y arbustos volaron por doquier como si una avalancha arrastrara con todo. Nada parecía detenerla y se dirigía hacia las hadas. Aire pudo leer el terror en sus ojos rojos. Corría sin dirección, huyendo. Una bola de fuego emergió del bosque, voló como un cometa y cayó sobre el monstruo. Lo envolvió en una llamarada y lo hizo perder pie. Gritó, aulló, se sacudió las llamas, que prendieron los pastos a su alrededor. Se puso de pie como pudo y trotó hacia las hadas, no porque las viera, sino porque era el camino más corto hacia la playa. No llegó a dar diez pasos. Cayó transformado en una forma retorcida de carbón humeante. Aire no quiso mirar. Volvió a bañar con lágrimas al bebé y deseó tenderse junto a Brisa y desaparecer.

—Aire —susurró Brisa—. No me queda mucho tiempo... vienen dos bestias más —tosió y se encogió de dolor. Estaba pálida—. Pon atención. Fuego y tú sobrevivirán. Deben ir a la tierra detrás del mar. Ahí cuidarán del heredero...

Se desvaneció. Aire no sabía qué hacer. Tomó la cabeza de Brisa y la apoyó en su falda.

—No hables querida, cuando te recuperes iremos al barco juntas.

—El tiempo se acaba. Vienen las bestias —volvió a toser. Cada nuevo



estertor la desfiguraba de dolor—. Deberás trabajar con Fuego. Ella no se perdonará lo que hizo hoy, nunca. Pero sin ella no tenemos esperanza.

—No sé si podré. Me da miedo.

—Tendrás que ser fuerte. El heredero necesita tu sonrisa tanto como la dureza de Fuego.

—No me lo pidas.

—Te veo, más allá de este tiempo.

Un nuevo ataque de tos la hizo desvanecerse. Aire miró hacia el bosque y quiso taparse los oídos. Los gritos de los soldados y los orcos helaban la sangre. ¿Cómo podría vivir junto a un ser que era capaz de tal crueldad?

—Sin tu mano junto a la de Fuego el mundo muere en cada recorrido del tiempo. El futuro es tan sutil y cambiante como la bruma sobre el mar. Las nubes de lluvia hacen llover. Las de nieve, hacen nevar. No se puede cambiar eso. Si vieras lo que veo en estos momentos no tendrías dudas. Si abandonas a nuestra compañera, todo estará perdido y moriré en vano.

Las hadas en su lecho de muerte podían ver los senderos del pasado y el futuro como si se tratara de un tejido. Aire, sosteniendo la cabeza de Brisa, no podía negarse a aceptar sus palabras.

Sus lágrimas cayeron sobre el rostro inerte.

El rugido del mar la devolvió a la realidad. Tenía que continuar. Miró por última vez al hada.

—Haré lo posible, querida Brisa. Ayudaré a Fuego.

El cuerpo del hada comenzó a flotar sobre la arena hasta desintegrarse en millones de partículas brillantes que se esparcieron por la playa y alcanzaron el mar, estallando en olas.

El bebé lloró. Las leyendas dirían que fue de pena. Aire se dejó abrazar por el dolor, permitió que fluyera y se puso de pie con dificultad. Siguió el límite de la costa hasta los acantilados, donde un barco aguardaba en el muelle natural. La cofradía de los dragones las estaba esperando. Más allá de las costa. Bajo el mar.





ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

La mansión estaba enclavada en una de las manzanas más selectas del barrio de Belgrano. La foto que le había enviado su padre por mail el año anterior no le hacía justicia. Era bellísima. Y había jurado nunca pisarla.

Pero no tenía tiempo para pensar en ello. Durante el resto del viaje se fue moviendo de un vagón a otro, evitando a sus perseguidores. Tenía dos opciones: seguir en el tren hasta la estación más cercana a la casa de su padre o bajarse y tomar un taxi. No lo pensó dos veces. Antes de que terminaran de abrirse las puertas del vagón ya se había lanzado hacia la plataforma. Mientras subía por las escaleras, de a tres escalones, miró hacia el final del andén y creyó ver en el fondo del túnel unos ojos rojos. Pero por el otro lado vio entrar como una tromba a Alan y a sus amigos.

Corrió tan rápido como pudo. Por fortuna nadie conocía dónde vivía su padre, ni siquiera Jenn, así que no había manera de que supieran a dónde se dirigía. Dos cuadras después detuvo a un taxi y le suplicó que se alejara lo más rápido posible. Llegó a la casa en pocos minutos.

Después de dudarlo mil veces tocó el timbre.

—Yo contesto, Jacinta. Debe ser Claudio que se olvidó la llave de nuevo.

Se escucharon unos tacos. Ramona, la pareja de su padre, era una mujer que no pasaba desapercibida en ningún lado. “Ni en su propia casa”, pensó Sofía.

La mujer se dirigió a la puerta. Detrás de las cortinas se prendió la luz y Sofía pudo verla, segura en su palacio. Había practicado muchas veces aquel encuentro. Fantaseando con que Ramona le imploraba que fuese a ver a su padre, enfermo de pena. Ella aceptaba ir solo porque era una persona magnánima. Llegaba a la casa y la mujer que estaba por abrir se abalanzaba sobre ella, agradecida y con lágrimas en los ojos.

Nada más alejado a lo que sucedió.

Ramona se quedó paralizada y perdió por un instante su compostura.



—Tarde o temprano aparecerías —dijo con una voz demasiado chillona, todavía no se había recompuesto de la sorpresa.

—Hola Remy.

Al menos esperaba que la saludara. La mujer, con su cabello rojo zanahoria, que a Sofía se le antojaba idéntico a una gigantesca torta de cumpleaños, terminó de abrir la puerta. Había recuperado el control. Su rostro, pintado hasta el ridículo, tapaba un cutis perfecto y deformaba unos rasgos delicados. Las pestañas postizas, demasiado largas, escondían unos ojos verdes que muchas mujeres envidiarían. ¿Qué había visto su padre en ella? Se conformó con la explicación menos amable.

Un par de encuentros habían bastado para dejar en claro que Ramona no sentía el más mínimo agrado por Sofía.

La primera vez que su padre fue a buscarla al departamento con su nueva pareja era un día tormentoso y frío. Salieron a tomar algo a un bar del barrio. A Sofía le hubiera gustado tenerlo todo para ella, pero comprendía que no se animara a ir solo a la casa de su madre, con las tías presentes.

Después de casi cinco años le costó reconocerlo. No tenía la sonrisa de siempre, ni las mejillas rozagantes, ni el jopo que le caía por la frente. Aquel hombre era apenas una sombra del que ella recordaba. No se atrevió a mirarlo a la cara más que unas veces. Su padre preguntó poco y trató de ponerla al tanto de las novedades. Ramona no dejaba de perforarla con la mirada, o bufaba mientras prefería distraerse con la gente que caminaba por la calle.

La segunda vez fueron a un restaurante y Ramona dejó en claro que Claudio estaba flaco y demacrado por el dolor que le había producido que su hija lo abandonara. Lo dijo de una manera tan desagradable que Sofía respondió con un ataque de furia. Su padre le llamó la atención por su comportamiento y ella se prometió no verlos nunca más.

Tres años habían pasado desde el incidente y su padre se había cansado de enviarle mails con fotos de la casa que habían comprado, de las reformas y de su habitación. Sofía había tirado sistemáticamente los mails, aunque había mirado las fotos.

—¿Está mi papá?



—Tu padre salió.

—Necesito hablar con él.

—Pero querida, él tiene celular ¿por qué no lo llamás mañana por la mañana? Ahora es muy tarde.

—Ya sé, Remy, tengo su celular, pero necesito hablarle con urgencia. ¿Tardará mucho?

—No lo sé —dijo con falsa angustia— tal vez venga tarde hoy.

—¿Puedo esperarlo?

—¿En la calle? Sería muy peligroso ¿Por qué no volvés a tu casa y lo llamás mañana? Si es muy urgente cuando llegue, le digo que te envíe un mail.

—Preferiría esperarlo.

—Pero es que él no llegará…

En ese instante una voz llamó a Sofía desde mitad de cuadra. Su padre, en jogging, apuraba el paso.

—Sofía, mi amor, ¡qué sorpresa!

Claudio no sabía muy bien cómo actuar. Estaba transpirado y no sería bueno abrazarla después de correr una hora por el parque.

—¿Estás apurada o querés pasar?

—Vengo a charlar.

Sofía miró a Ramona con satisfacción y la mujer se vio obligada a dejarla entrar. Se detuvieron en un pequeño recibidor finamente decorado.

—Claudio, mi amor. La casa no está ordenada, ¿por qué no la atendés en tu escritorio?

—Pero angelito, Sofía es mi hija, no puedo recibirla como a una extraña.

—Lo sé, corazón —dijo la mujer con ternura acaramelada—, pero ¿qué pensará Sofía si permito que vea la casa hecha un desorden?

—Cielo, no seas quisquillosa. La casa está perfecta.

—Dame el gusto, charlen en tu escritorio. Les haré llevar con Jacinta un poco de té. —Claudio asintió, no podía discutir con ella. Se encogió de hombros y le hizo un gesto a su hija para pasar.



—Bienvenida a mi estudio —dijo y encendió las luces.

La sala parecía ajena a la pomposa casa de paredes blancas, pisos de nogal y vidriosos biselados. La delicadeza y majestuosidad dejaban sin aliento a quien cruzaba la puerta. Su padre era arquitecto de profesión, pero artesano de alma. La silla donde Sofía se sentaba en la cocina de su casa eran apenas los palotes con los que había comenzado a ensayar su arte. El estudio, sin dudas, era su obra maestra.

Sofía necesitó unos minutos para asegurarse de que el lugar era real. Se aferró con la vista a los libros y de a poco se dejó ganar por las bibliotecas, altas hasta el techo, que habían sido talladas como si fueran ramas.

Casi como al descuido todas las bibliotecas confluían en tres columnas, de diferente grosor, que simulaban árboles. En lo alto, las ramas se convertían en hojas que colgaban de frondas voluptuosas, apartándose de las paredes.

El techo, formado por grupos de vidrios biselados y molduras de yeso, producía un efecto orgánico y caótico, como una catedral de Gaudí. Sofía intentaba descubrir dónde terminaba la arquitectura y comenzaba el cielo o los árboles, si es que algo de todo aquello era real. El efecto era tan abrumador que bajó la vista.

La alfombra, de varios verdes, generaba tres sectores. Junto a las ventanas había un sector de pastos tiernos con tres sillas que parecían surgir del piso como árboles enanos. Sus copas mullidas eran almohadones para sentarse. El escritorio, elegante pero simple, continuaba el tema.

Sofía caminó por aquel bosque temiendo romper la ilusión. Sus pies pisaron la alfombra ocre, en el centro de la sala, un lugar cálido para la lectura. Allí los sillones eran troncos caídos con formas tan confortables que no pudo evitar sentarse. Claudio miraba desde la puerta, que había cerrado con cuidado para no interrumpir a su hija. De uno de los troncos brotaba una rama verde, y de ella pendía una lámpara ingeniosamente ubicada entre las hojas.

El pasto-alfombra se convertía en una suave colina de verde oscuro. Allí estaba el objeto más bello de la habitación: la mesa de dibujo. Sofía se acercó para verla mejor. La madera tallada alcanzaba la perfección. Un árbol enorme, incrustado en la pared, extendía sus ramas retorcidas para sostener una amplia zona de corteza pulida y lisa: la tabla de la mesa.

—No es un bosque cualquiera —dijo su padre—. Está habitado por…



—¡Merlín! —se apresuró a responder Sofía, sin dar crédito a sus ojos. El mago extendía su cayado para enviar su magia a quien estuviera sentado frente al tablero. Su rostro severo mostraba orgullo y satisfacción. Pero no cualquiera podía verlo. Su ropa, la capa y el cabello, formaban una madeja que se mimetizaba con las ramas y hojas del árbol. Las manos y el brazo que sostenía el cayado estaban en una posición que no permitían que cualquiera los descubriera.

Era el secreto de Merlín, se hacía ver cuando él quería porque además de ser mago era un maestro del camuflaje.

—¡Excelente! —Aplaudió su padre—. La primera en descubrirlo sin ayuda.

Pulsó un par de botones en su escritorio y las luces se convirtieron en un ocaso naranja. Pronto quedó eclipsado por una luz verde que convirtió el techo y las hojas de madera en el follaje del bosque. El efecto era tan abrumador, que Sofía tuvo que volver a fijar la vista en los libros para asegurarse de que todavía estaban allí. De repente una luz magenta iluminó la figura de Merlín desde abajo, y este cobró su verdadera dimensión. Ya no había dudas de que estaba allí.

—Queda solo un detalle.

Claudio oprimió un último botón y un seguidor celeste comenzó a danzar por el estudio, iluminando nombres de arquitectos, pintores y escultores que estaban ocultos. Al final podía verse el nombre de su hija, en el lugar más importante de la habitación.

Sofía no pudo contener las lágrimas. Le hubiera gustado abrazarlo, pero entre ellos se había levantado una barrera que ninguno se atrevía a cruzar. Aunque debía reconocer que su padre había hecho mucho para hacer las paces.

—Gracias —dijo en voz baja y para el hombre fue suficiente. Encendió las luces y el bosque se retiró a los cantos de las bibliotecas, al techo y el tablero.

—Volvamos al centro de la sala —dijo, indicando el tronco caído—. ¿Tan fuerte fue la discusión con tu madre?

Sofía se puso colorada. Quiso hacerse la ofendida, pero no pudo, no después de haber visto su nombre iluminado sobre el escritorio de su padre.

—Está bien, no hay problema. Hace mucho me convencí de que solo vendrías si tenías un problema serio. ¿Qué pasó?



—En realidad no es con mamá. Fueron las tías.

—Esas brujas —murmuró Claudio para sí.

Sofía se sobresaltó, pero su padre no llegó a notarlo porque en aquel momento entraba Jacinta con una bandeja. En ella había dos tazas de té y un plato con masas secas.

—Gracias Jacinta, pero puede llevarse las masas. ¿La comida ya está lista?

—Sí, señor —dijo la mujer inmutable, aunque Sofía intuyó que esperaba que su patrón no hiciera esa pregunta.

—Agregue un plato, mi hija se queda a cenar.

—La señora me pidió que le recordara que ella está a dieta y usted dijo que no cenaría mucho. La comida no alcanzará para invitar a su hija.

—Entonces cocine algo más.

Sofía vio cómo la mujer se incomodaba. Al parecer las órdenes en esa casa solo eran impartidas por la señora.

—Papá. No tengo hambre —dijo Sofía, mirando a la mujer y regalándole una sonrisa que dejaba en claro que entendía el dilema en que su padre la había puesto—. Muchas gracias, Jacinta.

La mujer trató de disimular su sorpresa, era evidente que las mujeres de la casa no la trataban bien. Hizo un movimiento de cabeza pero no se movió hasta que Claudio asintió resignado.

—Entonces, ¿será una visita de médico?

—Prefiero que hablemos —no dijo más hasta que la mucama se hubo retirado—. Como te decía, las tías están relacionadas con cierto culto, rituales, o algo así. Estoy preocupada. Me parece que están interesadas en mí, demasiado. Y lo peor es que mamá está con ellas. —Sofía vio que su padre no se alteraba, como si toda su vida hubiera esperado aquella conversación y todavía no hubiera decidido qué responder—. No quiero que me cuentes nada. Ahora no. Quiero saber si puedo pasar unos días aquí.

Claudio se aferró a los apoyabrazos y su frente se cubrió con pequeñas gotitas, como si una neblina pegajosa se hubiera adueñado de su cabeza.

—No hay problema, hija —dijo no muy convencido—. Tengo que hablarlo con Remy, por supuesto, pero no creo que haya inconvenientes. Cuando



reconstruí la casa lo hice pensando en que nos visitarías seguido. Hay una habitación para vos.

Sofía no encontraba las palabras. Sentía la garganta seca. Tomó un poco de té y agradeció que no hubiera hebras en él.

—Esperaba que charláramos, que vinieras un par de veces, que hablaras con Remy y que te hicieras amiga de Elizabeth. —Claudio movía nervioso los dedos y miraba fijo su taza—. La idea era ofrecerte que pasaras algún día de la semana con nosotros. Pero bueno, las cosas no salen siempre como uno las planifica.

—Me parece que hice mal en venir así. Mejor vuelvo en otro momento.

—De ninguna manera. Voy a hablar con Remy, ya vuelvo.

—Está todo bien, papá. No te preocupes, si es mucho problema me voy a la casa de alguna de mis amigas.

—¡Ni soñarlo!

Claudio salió con determinación dejando a Sofía sola en aquel bosque fantástico. Esperó los gritos de Remy destruyendo los cristales, pero estos nunca llegaron. Se puso de pie, acercó su oído a la puerta y siguió esperando. Nada, en absoluto. Algo decepcionada, se dejó caer en el sillón frente a la mesa de dibujo. Cuando su padre entró supo que la situación había sido incómoda pero que había ganado. Claudio la miró satisfecho.

—Hija, Remy está feliz que hayas venido. Hablé con Jacinta y tu habitación estará lista en un minuto.

Desde el pasillo se escuchó la voz de su mujer.

—Mi amor. ¡Me olvidaba! —el claqueteo de los tacos retumbaban por la casa—. La habitación de Sofía está llena de los restos del empapelado, pintura, alfombras y cajas. Dormir en esa habitación sería una tortura.

Padre e hija se miraron. Él intentó ocultar su decepción, ella sonrió sin decir nada, estaba esperando algo parecido.

—¿Dónde sugerís que duerma? —susurró molesto, sosteniendo la puerta para que Sofía no presenciara la disputa. Pero Sofía podía ver claramente el rostro de Ramona. Ella no estaba acostumbrada a que Claudio reaccionara así. Se quedó petrificada con un rictus que mostraba todo el desprecio que Sofía le inspiraba, pero eso solo podía verlo otra mujer—. Espero que no me pidas que se quede en la biblioteca.

—¡No, por supuesto que no! —dijo ella tratando de sonar amable—. Pero no puede quedarse. Debió avisar con tiempo. No quiero ser descortés.

—Tengo una mejor solución —y al decirlo se le iluminó el rostro—. Dormirá en la casita del árbol.

—Pero Elizabeth…

—Hace años que no la usa y no le importará que su hermana la use durante un tiempo.

“Hermanastra” dijo para sí Sofía. Nunca le había gustado que su padre las tratara como si tuvieran la misma sangre.

—Querido, yo creo que no… Está sucia, con polvo.

—Yo lo soluciono.

—Mi amor, yo…

Claudio levantó un dedo. Era la primera vez que hacía callar a su mujer. Ramona comprendió que no podía luchar contra lo que sentía por su hija. Era una batalla perdida, y cuanto más presionara, peor. Lo mejor era dejarlo hacer y retirarse dignamente.

—Espero que no me culpes si se ofende y no quiere volver.

Claudio ni siquiera la miró. Volvió a entrar en la biblioteca y cerró la puerta. Llevaba una sonrisa tan amplia que su hija no se atrevió a decir nada.

—Muy bien —dijo, atreviéndose a poner una mano en el hombro de su hija. Era la primera vez que la tocaba desde que había llegado. Se sintió tan bien que agradeció haber tomado la iniciativa. Quizás era algo que debía haber hecho hacía mucho.

—Te estoy generando muchos problemas.

—¡Tonterías! Ya se le pasará.

Fue hacia su escritorio, tomó la llave guardada en un cajón y le indicó a Sofía que lo siguiera. Antes de salir de la biblioteca se detuvo y miró a su hija.

—Le pedí a Jacinta que limpie la casa una vez por semana. Igual creo que hace un mes que no la limpia. Ella tiene una llave y yo la otra. Quizás tengas que darle una barrida y pasar un trapo, pero no será problema, ¿no?



—Para nada —dijo sin mucha convicción. Su padre estaba feliz de mandarla a dormir a la casita del árbol. ¿Le había saltado un tornillo? ¿Cómo esperaba que viviera a la intemperie? No puedo evitar imaginar esos refugios que construían los chicos en las películas: cuatro paredes mal engarzadas con clavos doblados, techo torcido un colchón viejo con una lata para poner una vela. Suspiró. Lo merecía por haber hecho sufrir a su madre.

Atravesaron el hall principal decorado como un hotel veraniego en las islas del Pacífico. La enorme pared del fondo estaba hecha de vidrios que revelaban un jardín exuberante. Una puerta pequeña, muy bien disimulada los condujo a un camino de piedras entre las plantas. Claudio dejó que ella fuera primero, no había manera de perderse.

—Supongo que no hablaste con tu mamá —dijo, como si fuera la conciencia murmurando en la cabeza de Sofía.

—No, no hablé. No quiero que sepa dónde estoy.

—Pero sabés que tarde o temprano va a llamar. Aunque parezca imposible, ella o las tías terminarán deduciendo que podrías haber venido acá. ¿Qué les digo?

Sofía se detuvo. Estaban en un bellísimo jardín de invierno con plantas de diferentes alturas. Las más altas casi tapaban por completo el techo de vidrio. Unos pájaros exóticos volaron desde una planta de aloe vera hacia una palmera.

—No te preocupes —dijo él leyendo sus pensamientos—. Ya se me ocurrirá algo.

—Gracias.

—Tenerte cerca hace que valga la pena.

Sofía se dio vuelta y lo abrazó. Olía a perfume. Era el mismo que inundaba sus recuerdos. Cerró los ojos y se dejó llevar. Necesitaba alguien que la protegiera, que la ayudara. ¡Y su abrazo era tan cálido!

—¿Seguimos?

Claudio decidió ir adelante, para evitar que su hija reparara en sus lágrimas, pero ella lo había visto y sentía una mezcla de emociones. ¿Podía alguien amar y odiar al mismo tiempo? La sangre corría por sus venas a una velocidad de vértigo. Se sentía feliz de recuperar a su padre y valiente por enfrentar a sus tías, pero también culpable por abandonar a su madre y esconderse como una rata.

Al final del jardín, una puerta de hierro negro los esperaba en penumbras. Apenas se adivinaban unos árboles, en medio de la oscuridad.

Cuando Claudio abrió la puerta apretó unos botones dentro de una caja. El lugar se bañó con una luz como la de un atardecer en el bosque. No era un parque muy grande, apenas ocho metros por ocho metros, pero parecía un bosque en miniatura. En los cuatro extremos, crecían árboles y plantas en terrazas, representando cuatro continentes: la riqueza de Asia, la exuberancia de África, el exotismo de Australia y la juventud de América. Y en el centro, rodeado de un laberinto de cerco perfectamente cortado, un roble gigantesco representaba a Europa.

—Jacinta subirá con verduras, bebidas y algunos artículos de limpieza.

Sofía miró hacia arriba. La copa del árbol cubría prácticamente el perímetro del patio, pero entre las sombras logró ver una estructura que rodeaba el inmenso tronco. Con otro botón encendió la casa.

Debía haberlo imaginado. Su padre no podía colocar cuatro paredes montadas sobre una tarima. La casa era un espectáculo digno de parque de diversiones. Con gracia y delicadeza imitaba un castillo europeo. Contaba con cuatro torres, un cuerpo principal y al menos dos desniveles. La entrada daba a una plataforma con dos sillones de ratán, una mesita, y algunas macetas con rosas. Camufladas entre las hojas podían verse tres redes de cuerdas gruesas, con lazos y escaleras trenzadas. Más abajo, el enorme tronco se abría en pequeñas ventanas y en la base, como un cuento de hadas, había una puerta con un pequeño techo de tejas.

—¿Tallaron dentro del árbol? —preguntó Sofía señalando las raíces.

—Por supuesto que no, hija. El verdadero tronco pasa por dentro de este, que es falso. ¿Te parece bien dormir allá?

—¿Es broma? Es bellísimo.

Claudio le dio la llave, una pieza de colección que parecía extraída de “Alicia en el país de las maravillas”. Sofía le dio un beso rápido para evitar que su corazón se le saliera del pecho y corrió hacia la puerta.

No podía creerlo, dentro de la corteza había un ascensor desde donde se veía el interior del árbol. En él había tallas de larvas, caminos de hormigas y pequeñas termitas que febrilmente abrían canales en la madera. Se perdió en ellas mientras subía y se sintió de nuevo una niña metida en un juego. Al final la esperarían su papá y su mamá para volver



a casa juntos. No. Ya no era una niña, ya no vivía con sus padres en una misma casa y ya no sabía qué juego estaba jugando.

Abrió la puerta cuando el ascensor se detuvo y entró en el salón principal. Con placer descubrió que no tenía que estar agachada dentro de ninguna sala. Revisó las cuatro estancias: la habitación, el estudio o biblioteca, la sala principal y la cocina.

Enchufó la heladera, el televisor y el microondas. Tendió la cama y abrió las ventanas.

Cuando terminó se sentó y disfrutó estudiando la estufa rechoncha, las alacenas con corazones, la mesada con panera, latas de galletas, caramelos y fideos. Cada objeto había sido diseñado con cuidado y esmero por su padre.

Golpearon tres veces la puerta.

—El señor me pidió que le trajera algunas cosas para que usted se cocine, señorita —dijo Jacinta— pero le traje ya preparada. ¿Le gustan los ravioles de verdura con bolognesa y queso?

—Sí, son mi comida preferida.

—Me imaginaba —dijo permitiéndose una sonrisa—, su padre me pide que una vez por semana le cocine ravioles. Dice que son su comida favorita, pero yo sé que a él le gusta la cazuela de lentejas. Espero que sean de su agrado.

Sofía tomó la bandeja y vio cómo la mujer subía al ascensor.

—Va a llover —se dijo mientras comía con avidez.

Y como si aquello fuera una orden, un relámpago iluminó la cocina.

(interludio)

La vieja miró hacia el cielo y vio cómo la lluvia hinchaba las nubes negras. Se detuvo y separó los brazos, esperando el torrente. Al principio la oscuridad retumbó en un trueno apagado y una pequeña gota se estrelló contra el pavimento caliente. Ella sonrió, relajada, libre, sin apuro. Sentía el aire cargado de humedad, el calor sofocante que en pocos minutos se desintegraría entre charcos, burbujas y ruidos.

La segunda gota cayó junto a ella. Sus ropas negras, llenas de polvo, apenas flameaban con la brisa.



La tercera gota marcó el centro de su frente y ella se encogió de felicidad. Su nariz aguileña percibió el refrescante perfume del campo, que ya disfrutaba del aguacero.

El rumor de la lluvia la rodeó. Primero sonaron los tinglados de los negocios, a dos cuadras de allí. Después fueron los techos de coches, los árboles, las baldosas. El universo dormido se despertó en lluvia, en un redoble acompasado, rasgado cada tanta por un trueno, y en una fiesta de relámpagos.

La vieja dejó que el agua la invadiera, se colara por las mangas anchas de su vestido negro y refrescara cada parte de su cuerpo arrugado, gastado, antiguo.

Con el último estrépito del trueno, el cuerpo de la vieja se redujo a un manojo de plumas oscuras que se agitaron en la noche. Su sombra bailó abandonada en la acera, antes de descubrir que el cuerpo que la sustentaba se había ido volando en el cielo tormentoso, detrás del insólito graznido de un cuervo.

(fin del interludio)







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 6:45 PM COSTA NORTE DE POLONIA

Aire no supo cómo llegó al Puerto Escondido, al pie del *Monte del Azor*. Tenía los brazos dormidos pero no soltaba al bebé. Los pies se le hundían en la arena. No le importaba. Brisa se había desvanecido entre la bruma y Fuego hacía estallar su furia en el bosque. Nada parecía real, solo su carga y su voluntad de llegar al barco.

Reaccionó al escuchar los pasos del viejo sobre el muelle y se detuvo aterrada.

—No se asuste milady —balbuceó el hombre con sus manos temblorosas—, soy hombre del reino.

Aire miró hacia la costa, buscando a sus compañeras pero no vio a nadie. Las llamas emergían del bosque como un monstruo famélico pero tampoco había señales de Fuego.

¿Qué debía hacer? No podía utilizar la magia, estaba tan agotada y confundida que no hubiera recordado ningún encantamiento.

—Mi esposa está junto al barco, allí. La estábamos esperando —el viejo no se decidía a dar un paso más—. Nos preocupaba el fuego y la invasión alemana. No sabíamos si estaban con vida.

Era lógico que un humano la esperara, pero no lo había previsto. ¿Y si fuera una trampa? ¿Por qué Fuego no estaba ahí? ¿Qué había pasado con Agua, Tierra, Metal y Madera? ¿Estarían muertas como Brisa?

—No puedo confiar en nadie—balbuceó, más para ella que para el viejo de ojos celestes.

—Hace bien —dice el anciano—. ¿Quiere que camine delante suyo? Me mantendré a la distancia que usted decida. Yo manejo el bote, la llevaré hasta los dragones.

Aire caminó unos pasos y sintió que alguien más estaba en el muelle. Se dio la vuelta y se encontró con Agua, pálida. Caminaba como un muerto que todavía no se había dado cuenta de su condición.



—¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿Dónde esta Tierra?

—¿Tierra? —dijo ensimismada, con la mirada perdida en algún lugar indescifrable—. Ella… ella me ordenó que regresara cuando escuchamos los gritos. Se quedó echando hechizos de confusión entre los perseguidores. Pero al este, en el frente de la batalla…

Aire sintió un escalofrío y el hombre, que se había mantenido alejado unos pasos, se acercó unos pasos, seguro que ambas hadas se desmayarían.

—Agua, ¿qué pasó? —preguntó el hada aferrando al bebé. Madera y Metal irían hacia al oeste.

—Una carnicería —murmuró temerosa, casi ausente—. Ragarath ha desatado un apocalipsis. El viejo contrajo su cara de dolor. Sus primos, tíos y amigos estaban cerca de la frontera alemana. Él había visto el ataque desde la costa, escondido con la magia arcana de las hadas. Si no hubiera estado convencido de salvar al pequeño repararía, en parte, el dolor causado a su tierra, hubiera tomado un arma y luchado con sus hermanos. Había visto mucho en su vida, pero los ojos vacíos de aquel hada era más de lo que podía soportar.

—¿Encontraste a Madera y a Metal? —Aire intentaba regresar a la misión.

Agua asintió. No lograba emitir sonido. Luego negó mientras cerraba los ojos tratando de borrar de su mente lo que había visto. Aire supo que no diría nada más.

Un grito surgió desde la playa.

—¡No se queden allí! ¡Corran!

Detrás de los hombros paralizados de Agua vio a Tierra, deslizándose con la velocidad de un águila. Por la costa venía Fuego tambaleándose.

—¡Tierra! ¡Ayuda a Fuego! —gritó Aire mientras le hacía un gesto al viejo para que ayudara a Agua a caminar. Ella abrazó un poco más al bebé y apuró el paso sobre las maderas crujientes. No había tiempo para llantos ni debilidades. Tenía una responsabilidad: cuidar del heredero y sus hermanas de guerra.

A pocos metros se encontraba la mujer del pescador. Se detuvo y miró a sus compañeras.

Agua, Tierra, Fuego y Aire.



La antigua leyenda sobre las Fuentes y los Reinos hablaba de un humano que conseguiría que los cuatro elementos estuvieran a su servicio para salvar a los mundos mágicos. Miró al bebé y sonrió.







ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Cuando Sofía se despertó le costó reconocer dónde estaba. La habitación era cálida y perfumada, la cama comodísima. Había llovido toda la noche pero ahora el sol prometía un hermoso día de primavera. La fronda de un árbol en sombras se intuía entre las cortinas.

Ya no le dolía la panza. Se levantó y fue al baño. A diferencia de las otras habitaciones de la casa, el baño era semicircular, abrazando el tronco verdadero del árbol. Decidió darse un baño con sales y espuma. Todavía era temprano. En la casa de su madre su tía estaría a punto de despertarla para ir a correr. Abrió la canilla y se lavó la cara. Era la dueña de su mundo, una princesa consentida en la torre más alta del castillo.

Mientras se peinaba preparó té, comió unas galletas con miel y se vistió para ir al colegio. Su padre la esperaba leyendo el diario en un banco tallado, junto a la puerta del árbol.

—Subí para despertarte, pero te estabas bañando. ¿Tomaste el desayuno?

—Sí, gracias. Esa casa es una maravilla. ¿Elizabeth la usó alguna vez?

—Nunca. Dice que la hice para vos.

Sofía escondió su satisfacción. Subieron al auto y salieron por una calle lateral. Aquel que no conociera el barrio y los vericuetos de las casas, jamás podría decir que ese portón verde inglés era en realidad parte de la mansión de la cuadra lindante.

El perfume de las hojas después de la lluvia la ponía de buen humor. Miró a su padre de reojo y vio que él compartía su ánimo. Estaba radiante.

—¿Te llevo al colegio?

—¿Y Ramona? Digo, ¿y Remy? —Sofía sabía cuánto la mujer de su padre odiaba su nombre. El diminutivo la convencía de que era algo delicado, más cercano a su nivel. Miró por todos lados pero no la vio.



—Se fue en taxi hace media hora.

—¿Discutieron por mi culpa?

—Nunca discutimos. Ella se ofende y luego lo usa para extorsionarme y que le compre algo. Se le pasará. —Claudio le señaló a Sofía el camino hacia el garaje.

—¿Sigue siendo tu secretaria? —Sofía intentó que no sonara a reproche pero su tono fue amargo.

—Ya no. Hace algunos años pedí que la ascendieran a un puesto ejecutivo. Ahora no tengo que verla todo el día en el trabajo.

Miró a Sofía de reojo y ambos comprendieron. Era una mujer absorbente, que terminaba consiguiendo lo que quería. Debía ser difícil compartir con ella la casa y el trabajo.

—La extraño. Es muy organizada, tiene una memoria magistral y sabe cómo frenar a la gente indeseable. Pero así estamos mejor.

—Claro.

Trató de recordar las razones de la separación de sus padres pero el pasado era nebuloso. Solo poseía retazos deshilachados.

Una serie de imágenes inconexas y desordenadas invadieron su mente. Su madre lloraba sin consuelo, las tías discutían acaloradas con su padre mientras él aferraba a su hija por la muñeca, como si quisiera llevársela. Candela gritaba en otro idioma y hacía gestos con las manos. Carolina apartaba a Delfina para abrazar a su hija. Una explosión de luz los cegaba. Una risa demoníaca se apoderaba del departamento…

Eso era lo único que recordaba de los días en que su padre se fue.

Sus compañeros de la escuela hablaban con naturalidad de su infancia. Ella siempre evadía el tema o inventaba situaciones.

Su infancia era una sábana mal lavada.

Coleccionaba una serie de recuerdos en un álbum con hadas dibujadas que le había regalado su madre. Momentos extraídos de una realidad que se le escapaba. Apenas se reconocía en las fotos junto a sus padres. Sonreía con Candela, preparaba tortas con Alondra o jugaba a las cartas con Delfina. No podía emparentar las imágenes con sentimientos, como si alguien hubiera puesto su cara recortada sobre otra niña.

—… entonces me dijeron que podría elegir mi oficina. ¿A que no imaginas



cuál es?

Sofía volvió a la realidad y descubrió que no solo había subido al auto, sino que habían cruzado la ciudad y hacía un rato largo que estaban detenidos. Su padre no había dejado de hablar. Asustada, trató de comprender a qué se refería en ese momento. Sacó la cabeza por la ventanilla. Se encontraban en la costanera sur de la ciudad.

En una esquina, dominando la manzana, se erguía un edificio gigante que imitaba un castillo europeo. Paredes revestidas de piedra daban la sensación de las fortalezas anteriores al siglo XIV. Enormes ventanales de vidrio competían a su lado, mostrando el modernismo del siglo XXI. Gárgolas, torres, falsos tejados para volver atrás en el tiempo. Ascensores externos, antenas satelitales y cámaras de seguridad para la modernidad. Lo moderno y lo antiguo fusionados.

Sofía conocía bien esa estructura. Aunque él no lo supiera, ella había seguido la construcción desde sus inicios. El proyecto había convertido a su padre en el arquitecto más cotizado de América y uno de los marcadores de tendencias edilicias en el mundo.

—¿Y? ¿Dónde creés que es mi oficina?

Sofía recorrió rápidamente el edificio y no tuvo dudas.

—“*…en la torre este, donde el sol saluda al rey en su trono, el primer habitante del reino. Allí, donde la magia del día apoya su índice, donde todo está por ocurrir, donde la verdad se limpia con el aire del río y donde el mago nombrará a su aprendiz cuando la luna duerma por quinta vez.*”

—¿Todavía te acordás?

—Es el libro que más me gusta de mamá. Lástima que nunca quiso publicarlo.

—Lo hará cuando llegue el momento. Por ahora indica dónde está mi oficina.

Sofía miró los ojos cafés de su padre y brillaban. Sus recuerdos no estaban deshilachados. Todavía se le ponían las mejillas coloradas.

—La querés.

—¿A quién? ¿A tu madre? ¡Por supuesto! Es la mujer más fascinante que conocí. Pero pasaron muchas cosas, situaciones en las que no estábamos de acuerdo. Permitimos que otros se metieran en nuestra pareja y decidieran por nosotros.

Sofía pensó en sus tías. Claudio la miró, preguntándose cuánto sabía. Esperó que aún mantuviera la inocencia. Le revolvió un poco el cabello y arrancó el auto.

—Al colegio.

—No, papá. Prefiero que vayas al trabajo, yo tomaré el subte.

—¿Por qué?

—No quiero que nadie sepa que estoy viviendo con vos. Al menos por ahora.

—Tus tías ya lo deben saber.

—¿Es verdad que son brujas?

El coche corcoveó porque Claudio olvidó apretar los pedales. Volvió a mirar a su hija. Ella también se había sorprendido, la pregunta había escapado de su boca.

—¿Importa? —preguntó su padre titubeando.

—A mí sí.

—¿Por qué no pensás en otra cosa? Estás terminando el año, pronto comenzarán las vacaciones. ¿Te gustaría que nos vayamos juntos a algún lado?

—Papá, no cambies de tema. Necesito saber.

—Prefiero que responda tu madre. No te gustaría mi versión de la historia.

Miró por la ventanilla del auto. Estudió el edificio como si en él hubiera respuestas a preguntas que muchos desconocían.

—Tal vez debí llevarte cuando me fui —dijo al fin—. Pero eso ya no importa. Ahora estás conmigo. Quizás el futuro sea diferente si estamos juntos.

—¿Son peligrosas? —Sofía estaba asustada, no por ella, sino por su madre.

Claudio pensó con cuidado lo que diría a continuación.

—No sé si la palabra es peligrosas. Tienen poderes, eso no voy a negarlo, pero no creo que sean malas.

—Papá. Necesito que me digas más, por favor. Estoy preocupada. ¿Qué



cosas pueden hacer?

—Tonterías —dijo y sonrió—, prestidigitación, sugestiones, espejismos. Nada serio.

—Les tenés miedo.

—No, miedo no. Cuando me cansé de que ellas nos controlaran, lo hablé con tu mamá. Eligió quedarse con ellas y me fui. Reconozco que nos ayudaron mucho: con vos, con mi trabajo, el de tu madre… —Claudio se había perdido en sus pensamientos. Él también intentaba reconstruir el pasado—. Ellas dicen que era nuestro destino. Yo me niego a creerlo. No somos piezas de ajedrez —sacudió la cabeza y le sonrió—. Pero ahora estás aquí.

Sofía le dio un beso, bajó del auto y lo siguió con la mirada mientras entraba en el estacionamiento. No tomaría el subte, prefería caminar.

Por unas cuadras se dejó llevar por el ruido del tráfico.

Sus tías tenían poderes y por más que su padre dijera que no era relevante, cambiaba su propia historia y el concepto que tenía de sus padres.

Donde la costanera terminaba, una innumerable cantidad de restaurantes hacían fila. Estaban ubicados en viejos depósitos portuarios construidos con ladrillos. Al modernizarlos y reciclarlos el lugar adquirió otro nivel. Una avenida dividía ese mundo. De un lado el glamour de un puerto de lujo; del otro lado, las construcciones viejas de una ciudad que siempre le había dado la espalda al río y mostraba sus entrañas. Cruzar la calle era meterse entre adoquines con historia y paredes percudidas. Sofía prefería el lado donde cada esquina y cada farol tenían algo para contar.

El semáforo cambió a rojo y la mantuvo un minuto más en el puerto, mientras un río de autos y camiones cubría la avenida. Sus ojos vagaron por las caras que, desde el otro lado, esperaban su turno para cruzar.

Una mujer de cabello largo y tez blanca la miraba con una tristeza infinita. Igual que su madre, que en algún lugar de la ciudad, la esperaba. Sus ojos tenían tal desamparo que por un instante pensó en levantar para saludarla. Sacudió la cabeza y suspiró. Nadie la miraba, nadie la esperaba del otro lado. Dos hombres corpulentos y vestidos con trajes negros taparon a la dama. El de la derecha, con un parche en el ojo sonreía como una hiena. El otro, apoyado en un bastón con mango dorado, se había sacado un par de lentes oscuros para estudiar mejor la



vereda contraria. Buscaban algo más allá de los autos. Ambos señalaron a Sofía.

Detrás de un camión, la cara de la mujer se había transfigurado. Ya no era un rostro lleno de tristeza, era una máscara sin vida, una calavera. Sofía estaba aterrada. La criatura se fundía con un micro para emerger detrás de la cabina de una camioneta. La silueta esquelética navegaba entre los autos. Sus cabellos parecían lianas con vida propia que se agarraban de baúles y techos para llegar hasta ella.

Los hombres de traje parecían dispuestos a enfrentar al tráfico. Ellos no eran invisibles. Una señora los miraba preocupada porque veía que en cualquier momento saltarían contra autos y camiones.

Sofía corrió a lo largo de la avenida, sorteando peatones, aprovechando los semáforos perpendiculares para poner distancia entre ella y la mujer pálida. Apenas tres esquinas después la luz detuvo el río de autos. No pudo encontrar a los hombres de traje y decidió hacer un movimiento arriesgado. Cruzó la avenida.

La mujer se deslizaba por el pavimento como una serpiente en el agua. Parecía no tener ni huesos ni coyunturas. Extendía sus cabellos como tentáculos para darse impulso con los faroles y los carteles.

Sofía estaba acostumbrada a esquivar peatones. Corrió sin mirar atrás. Dos cuadras más adelante el micro que la dejaba en la escuela se disponía a salir de la parada. Una viejita pidió que la esperara y el chofer se apiadó. El tiempo justo. Y la odiosa lentitud de los viejos la salvó.

No le importó que la miraran con desaprobación los pasajeros que se apiñaban dentro del vehículo. A fuerza de empujones se abrió camino hacia la parte trasera y se sentó en la escalera de descenso.

El micro corcoveó. Asustada, se puso de pie. Miró entre los pasajeros, pero no encontró ningún rostro de calavera, ni hombres con parches o bastones con mangos de oro. Por la ventanilla no se veía nada extraño. Ni brujas, ni enanos, ni monstruos. Quizás todo era una alucinación. Se rió tan fuerte que varias personas la miraron.

¡Qué ingenua! ¡Qué tonta había sido! Todo era un truco. Sus labios se convirtieron en una línea delgada. Esto terminaría antes que el sol diera paso a la noche. Ella dejaría todas estas tonterías atrás y sería de nuevo una chica normal.







1 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 7:00 PM A METROS DE LA FRONTERA DE POLONIA CON ALEMANIA.

—Ven, cariño, sube con cuidado. Eso es, un pie, después el otro. No hay apuro, el barco está protegido de los curiosos. Nadie las verá.

La anciana tenía una edad indescifrable. La tez, curtida como la de su marido, dibujaba millones de surcos alrededor de los ojos claros y en los labios. El cabello escapaba del pañuelo negro en mechones dispersos. Su sonrisa era tan cálida que Aire se dejó llevar dócilmente.

—¿Debemos esperar a alguien más? —preguntó educadamente el viejo cuando logró que Fuego subiera al barco. Sus órdenes eran partir ni bien estuviera a bordo el pequeño, pero no podía evitar responder a cualquier capricho de estos seres poderosos.

Fuego apoyó una mano en su hombro y negó con la cabeza. El viejo puso el motor en marcha.

Dentro de la cabina, Aire estaba mareada y sentía náuseas. Tierra miraba al bebé con cautela, Fuego se estudiaba las manos, teñidas de sangre y hollín, Agua solo se balanceaba de atrás para adelante, acunándose.

—Algo no anda bien —dijo Tierra sin atreverse a dar un paso más hacia el niño.

—Lo sé —respondió Aire sofocada. Un escozor insoportable le recorría las manos y sentía por el niño una repulsión que no comprendía—. ¿Qué sucede? Quiero sacármelo de encima.

La vieja, que se había mantenido a una distancia prudencial, se incorporó. Sonreía con picardía y estiraba las manos hacia Aire.

—¿Permitiría mi señora que me hiciera cargo del bebé?

—No —se apuró a decir Aire, pero sin mucho convencimiento. Sentía que la lengua se le hinchaba, que las orejas le zumbaban y que su vientre reventaría en cualquier momento. Lo único que deseaba era estar lejos



del bebé.

—Señora, ya estamos lejos de la costa. ¿Por qué querría yo hacerle daño a un bebé tan hermoso?

—¿Es una bruja? —susurró el hada.

—Tal vez. ¿Qué importa?

—Entonces usted es la culpable de mi descompostura.

—No mi señora, de ninguna manera. —La vieja tomó al bebé de los brazos del hada sin que esta presentara resistencia—. Las hadas no soportan la suciedad, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—El bebé se ha hecho caca. Lo cambiaré.

Agua y Fuego se miraron y se permitieron una carcajada que las distendió. Tierra y Aire se unieron al coro. El viejo miró al grupo y suspiró aliviado.

—¿Ustedes dijeron que se trataba de un heredero, verdad? —preguntó la anciana mientras limpiaba al bebé.

—Así es. El último heredero.

—Eso les dijo la reina —sentenció la vieja. No era una pregunta, era una afirmación.

—Sí, ¿por qué tanta pregunta? —dijo Fuego molesta.

—Ragarath buscará entonces a un varón.

Aire, Fuego, Agua y Tierra se pusieron en alerta. Rodearon a la anciana. Esperaban que hiciera un movimiento brusco. No dudarían en detenerla. Pero la mujer reía de felicidad.

—Siempre dije que mi reina era astuta.

Las hadas seguían sin comprender. Pero al darse vuelta, la mujer, tenía en sus brazos al heredero desnudo. O mejor dicho: a la heredera.

—Es una niña, la reina ha tenido una niña.

El interior del barco se convirtió en una fiesta. Un reino protegido por las hadas, salvado por la inteligencia de una simple mujer, sin más poder que el amor por su hija.



III Parte





Leo Batic



Capítulo 1

ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Alan estaba en el patio rodeado por su grupo. Tenía una presencia, una actitud y una seguridad que barría con cualquiera. Lo mismo pasaba con Jenn y sus amigas. No había jóvenes más hermosas o que se movieran mejor de lo que ellas lo hacían.

Pero temprano en la mañana no era el momento de pavonearse. Los grupos estaban tranquilos, muchos bostezaban abiertamente y nadie tenía ganas de reír, empujarse o hacerle burlas a nadie. Era cuando los devoralibros y los centros de todas las bromas salían a tomar un poco de aire y sentirse prácticamente normales.

Sofía se había acomodado la ropa y pintado más que de costumbre antes de llegar al colegio. Llamaría la atención de Alan y lo ignoraría. Luego buscaría la manera de seducirlo. Le sacaría la verdad sobre lo que había pasado el día anterior.

Para su desgracia, aquel día Jenn había tenido una idea similar. O le había afectado la manera en que se estaba manejando Sofía o se había decidido por fin a conquistar a Alan. ¡Justo ese día! Cuando más necesitaba que la miraran a ella su amiga estaba radiante y seductora.

El grupo de varones daba la espalda al patio, prestando atención a cada movimiento de Jenn. No repararon en Sofía hasta que estaba a un par de metros. Carlos con su postura desgarbada de hip hop, ropa dos o tres talles más grande y colores chillones, codeó a su amigo. Alan parecía un estudiante de colegio privado: ropa de marca, cabello impecable, zapatillas en perfecta combinación. Quien los viera separados pensaría que eran miembros de clanes diferentes. Sin embargo todos en el colegio sabían lo unidos que eran y que en aquel grupo la pertenencia no se basaba en la ropa ni en los modales.

—Ey, Sofía, ¿ahora viajas en el gusano metálico sola y de noche?

—Hola Carlos. Yo también te ví, y al resto. ¿Qué hacían?

—Asunto de hombres —sonrió con suficiencia, pero al ver que Sofía bajaba la vista y encogía los hombros, se apuró a continuar-—.



Invadimos la cueva del gusano para ir a lo del Tatuador. ¿Y vos?

—Asunto de mujeres —los chicos se rieron mientras ella se daba vuelta para entrar al aula.

—¿Nos vas a dejar con la intriga?

¿Cómo podía resistirse a la voz de caramelo de Alan? Su idea era hacerlo desear, llamar su atención, negarse al menos por unas horas. Luego buscaría la manera de estar a solas con él y preguntarle lo mismo que a Carlos. El plan no había salido como quería. Se suponía que Alan no tenía poder sobre ella. Pero al sentir su perfume cedió y regresó sobre sus pasos. Quiso evitar sus ojos, pero no pudo y se perdió en ellos, como un pequeño velero en una tormenta. Se aferró a sus libros y le pidió a sus piernas que se mantuvieran firmes. Se recompuso tanto como pudo y trató de recuperar la actitud indiferente.

—¿Por qué tanto interés?

—Solo curiosidad —Alan pareció más indiferente que Sofía.

—Visité a unos parientes, pero al final terminé en un lugar genial… y muy bien acompañada.

Le sorprendió cómo había logrado torcer las frases para no mentir y dar a entender otra cosa. Tomó nota de esa capacidad que no sabía que poseía. Sonrió sin proponérselo.

Guillermo, el payaso del grupo, tomó a uno de sus amigos e imitó a una parejita abrazada, acariciándose de forma exagerada. Detrás de ambos, otro hacía ruidos groseros y señalaba a sus amigos.

Sofía les dio la espalda y se alejó, sabiendo que Alan se había quedado mirándola. Jenn, Roxana, Sandra, Marcela y Silvia eran espectadoras de privilegio desde el otro extremo del patio.

—¿Qué pasó ahí? —preguntó Jenn, alterada por la atención que había recibido Sofía.

-—Hola chicas. No pasó nada. Alan es un pesado. Ayer viajaba en subte y estaba con su banda en una de las estaciones. Me picó saber por qué estaban ahí. Ellos también tenían curiosidad.

—No es el único interesado —dijo Marcela—. Tu mamá hizo una redada por nuestras casas. Parecía preocupada. Me pidió que te dijera que al menos enciendas el celu, así puede ubicarte. ¿Dónde pasaste la noche?

—¿Con el “pesado” de Alan? —preguntó Jenn ofendida.



—No, él es solo para vos. Estuve en lo de unos familiares.

—¿Tus tías? —preguntó Silvia.

—No, ellas viven en su casa —le aclaró Sandra, y Sofía sintió que se le revolvía el estómago.

—Son familiares que no conocen. Después nos vemos. Tengo que resolver algo.

Para sorpresa de sus amigas, entró al aula. ¿Qué tenía que hacer ahí antes de que sonara el timbre?

—Hola Agus.

—Hola —dijo sonriendo y se acomodó la pollera negra. Estaba nerviosa. Era la primera vez que tenía alguien con quien charlar.

Sofía se contuvo. Quería mirar hacia la puerta y asegurarse de que sus amigas no la habían seguido. Pero resultaría desagradable para Agustina.

—Quería agradecerte. No sé si fue coincidencia, pero en la estación que dijiste estaba Alan con su grupo.

—¿Fuiste? —Agustina se desencajó—. Me prometiste que no irías.

—Lo sé, no te enojes. Fui a la casa de mi papá. No tenía otra elección que tomar el subte.

—No me tomes por estúpida. Podías ir en micro, caminado, en taxi…

—Está bien, está bien. Quería asegurarme de que me hubieras dicho algo con sentido. No pensaba bajarme, y no lo hice —se acercó hasta quedar frente a frente con su nueva amiga. Bajó la voz—. Me asusté. Alan y sus amigos me estaban esperando. ¿Sabés algo más?

—Nada —dijo seria, haciendo garabatos con su lapicera en los bordes del trabajo que debía entregar sobre Roma Antigua—. ¿Qué sentido tiene decirte algo si vas a ponerlo en duda? Prefiero no hablar.

—Lo siento. Si querés me voy y dejamos el asunto acá.

—No, ya está —dijo sin poder ocultar su desesperación. Sofía sintió un nudo en el estómago ¿Por qué no se aprovechaba de la situación? Sus amigas la hubieran obligado a rogar y la hubieran tenido una semana sin soltar palabra. ¿Tanto necesitaba una amiga?—. Las hojas de té no son precisas, no dan nombres. No sé si hablaban de Alan o de algo peor. Podría haberte pasado algo por pasar por esa estación.



Sofía asintió.

—Quizás algún día puedas enfrentar al destino y torcerlo —continuó Agustina—. Por ahora estas advertencias deberían servirte para no meterte en problemas.

Ambas hicieron silencio.

—¿Dijo algo más tu mamá cuando leyó la taza?

La pregunta la tomó tan de sorpresa, que no pudo evitar ponerse pálida. Tragó saliva para ganar tiempo.

—No mucho.

—Si yo no te miento y confío en tus predicciones, entonces respóndeme de la misma manera.

—Es cierto, es cierto. Pero es complicado. No puedo decirte todo. Hay cosas que están dentro del juramento de las brujas, y ellas están antes que vos. Quiero ser tu amiga y me gustaría que confíes en mí, pero no puedo decir todo. Solo te advertiré que se avecinan grandes cambios y esos cambios pueden ser importantes no solo para vos, sino para todo el mundo.

Sofía se sintió cansada. No podía soportar su propia vida, menos quería escuchar que sus actos podían influir en la vida de otros. Se dejó caer en la silla junto a la de Agustina y miró al pizarrón, sin saber qué hacer. Su plan de llamar la atención de Alan no había dado demasiado resultado. Le costaría que él confesara por qué estaban persiguiéndola. Tampoco servía presionar más a la bruja, sentía cariño por ella, aunque fuera una locura.

—¿Estás enojada conmigo? —preguntó Agustina.

—No. Me gustaría ignorarte como antes, pero me caés bien, quizás mejor que mis amigas —la miró de reojo y levantó un dedo—. Si se enteran que te dije eso, te mato. ¿Queda claro?

—Seguro, seguro. Dudo que puedas conmigo pero entiendo el sentido.

No mentía. Hizo unos gestos con los dedos y su compañera se echó hacia atrás, como esperando que salieran rayos de sus manos. La bruja lanzó una carcajada. Sofía se sintió ridícula, pero aceptó que se lo merecía y también se rió.

El timbre sonó varias veces y las amigas de Sofía entraron al aula para encontrar a las dos jóvenes riendo con ganas. No podían creer lo que





sucedía, tampoco Alan, que apareció por detrás. Agustina fue la primera en verlos y dijo algo en el oído de su nueva amiga. Sofía dejó de reírse, puso los ojos vidriosos y se paró. Dio la vuelta, se apoyó en el pupitre y le dio una bofetada. Con la mano que le había pegado la agarró del cuello de la remera y la obligó a acercar su cara.

—Y que te quede muy en claro. Yo no soy tu amiga. Así que será mejor que dejes de seguirme por donde voy. ¿De acuerdo?

—Cuando pueda te convertiré en sapo, a vos y a todos tus estúpidos amigos.

—Bruja —dijo y se incorporó, dándole la espalda.

—Es mejor que ser una muñeca de plástico.

El resto de la división contuvo la respiración. Conocían a Sofía lo suficiente para saber que nunca retrocedía ante un insulto. Efectivamente, se volvió, de tal manera que solo Agustina la veía. Le guiñó un ojo, le dijo: “Gracias” con los labios y volvió a la carga.

—A las polillas, las aplasto con un dedo. Cuando menos lo esperes te caigo encima.

Y sin esperar los aplausos y vítores de sus compañeros salió del aula y se dirigió al baño. La profesora de Historia cruzaba el patio hacia el aula.

—¿Está bien Stream? Me dijeron que ayer se descompuso.

—Sí, y ahora no me siento muy bien profesora. Voy al baño y vuelvo, ¿puede ser?

—¿Estás llorando?

—Estoy un poco dolorida. Los ovarios, usted me entiende.

—Por supuesto.

—Por favor, no se lo diga a nadie.

—No te preocupes —la profesora levantó la mano mientras pensaba—. Cuando vuelvas necesito el mapa de Troya, durante el tiempo de la Ilíada. ¿Me lo traerías? Así, ni vos ni yo tendremos que dar explicaciones.

Sofía asintió agradecida y siguió caminando. Necesitaba llegar al baño. Había perdido el último rastro de felicidad que le quedaba. Por primera vez lloraba por haberle pegado a alguien. Nunca una amiga suya hubiera hecho semejante sacrificio. Le costaría más librarse de la culpa de lo que a Agustina deshinchar su cara.



—Te toca hacer el papel de la histérica del colegio —le había dicho. Fue tan natural actuar. Le había producido tanto odio que no controló su fuerza.

Le tomó quince minutos recomponerse. Lloró por su nueva amiga, por el tiempo que había perdido con su papá, por las veces que había permitido que sus tías manejaran su vida, por el poco carácter de su madre para imponerse.

Y las visiones. Esas malditas visiones.

Se inclinó hacia adelante y algo golpeó su remera. Metió la mano y tocó el collar con la piedra engarzada.

Por algún motivo ahora veía un mundo que el resto desconocía y sus habitantes podían interactuar con ella. Sintió un escalofrío cuando recordó que en aquel baño había visto una criatura desagradable. Ahora no estaba Agustina para ayudarla. Caminó hacia la puerta, pero se detuvo a mitad de camino. Ella no era una cobarde. Había soportado muchas cosas para entregarse tan fácil. Cuando el pequeño monstruo habló con Agustina el día anterior, había dicho que le haría daño porque ella podía verlo. Lo mismo había mencionado el pordiosero. Entonces tenía que hacer fuerza para no ver y se acabarían sus problemas. Cerró los ojos, respiró profundo, contó hasta tres y los volvió a abrir. Se miró al espejo. El baño estaba vacío y no escuchaba nada.

Más tranquila fue hacia la biblioteca. Melisa, la bibliotecaria, no estaba. Una alumna de quinto la había reemplazado por unos minutos. Le dio la llave del mueble y le permitió tomar el mapa que necesitaba. No le costó encontrar el rollo correspondiente. Le hizo firmar en un cuaderno donde garabateó lo que se llevaba y siguió leyendo el libro que tenía entre manos. A Sofía todo le pareció tan normal que regreso al aula con una sonrisa. Incluso lo que había pasado con Agustina le parecía un hecho menor.

Cuando llegó a mitad del patio sintió que algo se movía dentro del mapa enrollado. Pensó en una cucaracha y lo dejó caer con una mueca de asco. Del interior del rollo salió un hombrecito de no más de diez centímetros, con un gorro verde muy largo y ropa hecha con hojas, o algo parecido.

—¡A ver si manejamos las cosas con más cuidado! —dijo el ser, sin mirarla demasiado. Estaba acostumbrado a la torpeza de los humanos. Y a su total ceguera.

—Lo lamento, no volverá a ocurrir —dijo Sofía y tomó el mapa sin mirar al personaje que se había quedado consternado.



—A veces me das miedo —dijo Jenn durante el recreo—. ¿Por qué no nos avisaste? Pensábamos que te habías hecho amiga de la bruja.

—¿Qué gracia hubiera tenido? El chiste era ver tu cara.

Las chicas se apartaron, temerosas de que Jenn estallara. Sofía no sintió satisfacción por lo que había dicho. Su amiga lanzó una carcajada nerviosa, y el resto también descomprimió con una risa histérica. Sofía le palmeó la espalda y no esperó a que decidiera qué harían. Ya no más. Caminó hacia el único árbol del patio. Jenn apuró el paso, intentando que pareciera idea suya.

—¿Pasó algo con tu mamá? —preguntó. Quería que su mundo siguiera igual, que nada cambiara. Si se había ido de la casa o se había peleado con la madre, su universo estaría otra vez en paz, con ella como centro. Pero los ojos de su amiga no eran los mismos, tenían otro brillo. Algo más profundo estaba ocurriendo, un cambio que las había separado. Quizás para siempre.

—No quiero hablar de eso —dijo Sofía y se sentó.

Sus amigas se ubicaron alrededor.

—Odio que las cosas cambien —susurró Jenn para sorpresa de todas y se acomodó contra el árbol.

Era la primera vez que parecía vulnerable y sincera. Sofía preparó una respuesta pero no llegó a decir nada. Estaba totalmente de acuerdo con ella. ¿Qué podía decirle a Jenn para consolarla? Sus preocupaciones eran nada comparado con las suyas.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Sandra.

—Por supuesto —dijo Sofía y todas aplaudieron de alegría. Había respondido automáticamente y se preguntaba qué había aceptado.

—Entonces quedamos a esa hora —dijo Jenn—. No faltes Sofía, no quiero ir a buscarte, dondequiera que te escondas.

—No —dijo absorta en sus pensamientos, con los ojos clavados en un punto incierto.

Jenn se dio vuelta, tratando de ver a quién miraba. A varios metros, Agustina estaba sentada en un alféizar, observando la escena.

—¿Qué te pasa con la bruja?

Sofía miró más allá y la vio. No dijo nada. Eso ofendió a Jenn.



El timbre sonó y las amigas se pusieron de pie. Sofía tardó un poco. No tenía ganas de caminar, no tenía fuerzas para mantener la farsa de la chica de plástico a la que nada le afectaba. Se volvió y estudió a Agustina, caminando en su mundo, separada de todos. ¿Era eso lo que le esperaba? ¿Ser una freak, un paria entre los de su edad? Miró a sus compañeras y no pudo sentir la misma pertenencia que la semana anterior. Nada, no existía más aquella conexión. Peor aún, no le importaba.

Pronto se quedaría sola en el patio vacío. Y por extraño que pareciera, esa falta de interés hacia sus amigas la aterrorizó. Necesitaba hacer algo drástico. Algo característico de la Sofía que todos conocían.

Sin aviso, entró al aula, buscó a Alan y le dio un beso en la boca. Dejó muda a toda la clase y al profesor de Física que había entrado unos minutos antes que ella. Jenn estaba como una piedra. Sandra, Marcela, Roxana y Silvia abrían sus ojos incrédulas. Alan no se movía, sus amigos estaban desconcertados y Agustina estaba inquieta como una anguila fuera del agua.

El profesor, como era lógico, envió a Sofía a la Dirección.

—Estoy sorprendida —dijo la jefa de rectores—, no te habías comportado mal en todo el año. Casi nos habíamos olvidado de las amonestaciones del año pasado. ¿Qué te pasa?

—Nada —Sofía no miraba a la rectora, le respondió como si fuera una de sus tías—. Todo es tan perfecto en mi vida que necesito hacer estas cosas para darle emoción.

La directora, sentada detrás de su escritorio, jugaba con una lapicera. Trataba de encontrar un balance entre la brillante alumna que estaba frente a ella y su terrible comportamiento. Estaba informada de la descompostura y de su huida de casa. Eso suavizaba las cosas. Quizás su casa era un infierno, tal vez era de la única manera que lograba llamar la atención de sus padres. Cuando habló lo hizo con tranquilidad y en un tono neutro.

—Querida, entiendo que estés mal. Es un momento difícil en la vida de una niña. Las hormonas se ponen locas, la familia parece ser un estorbo y los chicos se convierten en hombres llenos de ideas alocadas. Pero no puedo permitir que tus problemas personales convulsionen el colegio. Si cada chica hace una demostración de estas todos los días, se convertiría en un lugar incontrolable. Sin embargo, siempre has sido una buena alumna, así que te daré una oportunidad. Irás a la biblioteca y la bibliotecaria te prestará unos libros sobre sexualidad que leerás atentamente. Antes de que termine el día iré a verte y te haré algunas



preguntas.

Sofía aceptó sin decir nada. Cuando la directora mencionó palabra sexo se puso colorada. ¡Había besado a Alan! Las mujeres estudiaban a la joven y confundieron su rubor con vergüenza. Se miraron cómplices. Sofía se sostuvo de la mesa porque le temblaban las piernas ¿Por qué actuaba tan irracionalmente? ¿Había besado al chico más lindo del colegio solo para sentirse parte de su división? ¿Lo había hecho para volver a ser una diosa? Se agarró la cabeza y sintió que se mareaba. ¡No! No volvería a desmayarse, ya no.

—Tranquila, Sofía —dijo la jefa de rectores convencida de que su alumna estaba más que arrepentida por lo que había hecho—. Todas sentimos algo así alguna vez, pero no podemos saltar las reglas. Esta vez será un llamado de atención, la próxima tendremos que hablar con tus padres.

Sofía las miró con desesperación. Las mujeres leyeron la súplica en sus ojos y la tranquilizaron. Había surtido el efecto que querían.

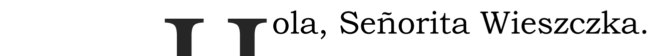
—Ahora, olvidémonos de esto —dijo la directora— y tengamos un fin de año en paz —y le señaló el camino hacia la biblioteca.










—Hola, Señorita Wieszczka.

—Hola, Sofía. ¿Desde cuándo soy señorita Wieszczka?

—Desde que la rectora mira desde el final del corredor —susurró acercándose a la mesa y guiñando un ojo.

—Me han dicho que necesita libros para su educación —respondió conteniendo la risa.

—Como si los necesitara…

—¿Estamos pasando por una etapa rebelde?

—Intento —dijo Sofía, dándose vuelta y cerrando la puerta que comunicaba con el corredor.

—¿Cómo estás?

—¿La verdad? La estoy pasando fatal.

—¿Querés contarme?

—Ahora no. No te enojes.

—Para nada, a veces me pasa lo mismo.

Sofía pensó que estar en la biblioteca podía terminar siendo de utilidad. Melisa era diferente. Respetaba sus tiempos, nunca pretendía decirle qué tenía que hacer y no le molestaba hablar de todos los temas, incluso aquellos que a los adultos les dan vergüenza.

Se habían hecho amigas en primer año, cuando Sofía había tenido un ataque de llanto por una pelea con Candela. Se contuvo ante sus amigas y fue a la biblioteca por unos libros. Melisa vio algo en ella que el resto no había advertido. Captó su tristeza y le preguntó qué le pasaba de una manera que a Sofía le permitió soltarse. Nunca había llorado de aquella manera en la escuela. Melisa se encargó de hablar con la rectora para que la dejara con ella durante la siguiente hora. Hablaron de todo y se sorprendieron cuando descubrieron que ambas eran adoptadas.

Sofía nunca hablaba de eso. No porque sintiera vergüenza sino porque



era un tema que no le interesaba hablar con nadie. Tampoco era un trauma ni un peso. Lo supo desde que nació. Nunca había querido averiguar de dónde venía. Y cuando comenzó a tener edad para interesarse, vino el divorcio de sus padres, y no quiso saber más nada con ningún padre, biológico o adoptado.

La historia de Melisa era diferente. Durante años había creído que era hija de la familia que la había criado. En los años setenta todavía existían muchos prejuicios sobre la adopción y nunca supieron cómo decirle la verdad.

Cuando comenzó la secundaria, los militares abandonaron el poder y un grupo de madres y abuelas pudieron por fin hacerse escuchar. Desde el inicio de la dictadura buscaban a sus hijos y nietos desaparecidos por el gobierno autoritario. Los padres de Melisa creyeron que era tiempo de hablar. No estaban seguros de si era o no hija de alguien encarcelado durante aquella época pero la ayudaron a investigar.

Finalmente había conocido a su madre y la historia de cómo le habían sacado a su hija apenas había nacido. Nunca conoció a su padre biológico pero con su madre habían conseguido sostener una relación normal. Y ella estaba agradecida con sus padres adoptivos que la habían cuidado y ayudado a recuperar la identidad. Desgraciadamente no pasaba con todas las familias.

Desde que se habían contado sus historias todas las barreras se habían borrado entre ellas. No había diferencia de edad ni formalidades. Eran amigas. Y si bien ambas comprendían que no podían pasar mucho tiempo juntas, se veían una o dos veces por semana.

Sin embargo, pese a esa confianza y cariño, Sofía se resistía a confesarle lo que le pasaba. Pero tal vez, en la biblioteca hubiera algún libro que la ayudara a comprender mejor cómo controlarlo o incluso eliminarlo de su vida.

—¿Tenés algo sobre duendes, hadas y brujas en la biblioteca?

—¿Pedís de verdad o es algún tipo de código?

—No, es en serio. ¿Tenés algo?

—Dame un minuto.

La mujer se perdió entre los estantes y Sofía se acercó a la ventana. El patio estaba vacío pero si respiraba profundo, concentrándose en el entorno, podía sentir que el mundo bullía con sonidos imperceptibles, con una vida latente que ella captaba con la misma claridad con que



podía ver el vidrio que la separaba del exterior.

Melisa se sentó en una mesa junto a ella, mate en mano, con una pila de libros, entre los que se hallaban los de sexualidad, para no decepcionar a la directora.

—¿Qué buscás? —le preguntó.

—Todavía no lo tengo claro. No quiero que pienses que soy una estúpida o una supersticiosa.

—Una de las razones por las que me hice bibliotecaria fue porque me encantaba investigar sobre seres fantásticos.

—¿En serio?

—Y no me interesaba cualquier ser. Estaba obsesionada con los unicornios.

—Pero nunca viste uno —murmuró Sofía.

La bibliotecaria miró a ambos lados para asegurarse de que nadie había entrado. En ese momento se pareció muchísimo a Agustina. No estaba a la moda, no se desesperaba por el último estreno cinematográfico, no le importaba quién era el cantante del momento, ni deseaba ir al gimnasio. Estaba feliz con su vida y no tenía que rendir cuentas a nadie.

—Dicen los mapuches que en la Patagonia vive una especie de unicornio. Lo llaman el camahueto. Y hace unos años fui a buscarlo.

—¿Viste un camahueto? —estaba sorprendida.

—Si te respondo a eso me quedo sin historia que contar —dijo y sorbió del mate. Sacó la última galletita del paquete, la partió y le dio una mitad a Sofía.

—Tenés razón.

—Pero antes me tenés que contestar una pregunta.

—La que quieras.

—Sabés que conozco a tu mamá —pensó cómo tocar el tema sin alarmar a Sofía. Carolina era escritora, aunque hacia tanto que no escribía que a su hija a veces se le olvidaba. Hacía dos años había dado una charla en el colegio sobre su último libro.

—Lo sé —respondió Sofía.



—Tiene mi celular. Me llamó.

Sofía quedó helada. No había pensado en eso.

—¿Podrías decirme dónde estás viviendo? Prometo no decírselo a nadie.

—Estoy en la casa de mi papá. Pero no quiero que me vaya a buscar.

—No será necesario, vendrá a buscarte al colegio.

Sofía se puso de pie, como impulsada por un resorte. No sabía si recoger sus cosas o salir corriendo. Melisa esperaba una reacción así y siguió cebando el mate.

—Las madres suelen preocuparse, a veces demasiado. Y yo tengo dos. Ayer ambas llamaron todo el día porque alguien rompió uno de los vidrios de la entrada del edifico.

Sofía apenas escuchaba. Caminó unos pasos, nerviosa.

—¿Por qué no tomás un mate? Ella no estará aquí hasta que terminen las clases. Todavía tenemos un par de horas.

Se detuvo, bajó la cabeza y aceptó que estaba acorralada. Había faltado una vez en todo el año, tenía todas las materias aprobadas. No necesitaba venir los últimos días de clase. ¿Por qué nunca se detenía a pensar cinco segundos antes de actuar? Dio media vuelta y se sentó.

—¿Todavía está bueno? —preguntó señalando el mate.

—Mejor calentamos un poco el agua. Vamos a mi oficina.

Sofía nunca había entrado a la salita detrás de la biblioteca. El lugar era pequeño pero estaba bien equipado. Había una mesa, una heladera, varias alacenas y un par de hornallas, además de dos microondas.

—Cuando se dan charlas en la biblioteca, calentamos los bocaditos y preparamos café y té. Para mí es muy práctico porque como acá y no tengo que salir del colegio.

Sofía asentía mientras estudiaba el pequeño recinto. Era cómodo y parecía ajeno al colegio. Se sentía como la cocina de un departamento. Pero lo que aumentaba el efecto era la ventana con macetas y una puerta que desembocaba en un pasillo por el que se filtraba la luz del sol.

—Es increíble la cantidad de vericuetos que tiene la escuela —dijo, mirando sobre el hombro hacia la ventana—. Por este pasillo se puede ir a cualquier lugar.



—No sabía que había un pasillo detrás de la biblioteca.

—Hay muchos lugares que los alumnos no conocen. Y los docentes tampoco. Por ejemplo, ¿sabías que hay cinco puertas para entrar y salir del colegio?

Sofía intentó no demostrar interés en el asunto.

—Conozco el colegio y solo hay una puerta principal y dos de servicio.

—Esas puertas están en el cuerpo principal. Pero el colegio prácticamente ocupa toda la manzana. Excepto por algunas casas pequeñas, un edificio y el kiosco, el resto pertenece al colegio.

Sofía se quedó pensando. Recorrió la manzana de memoria y por primera vez descubrió que había más tapiales de lo normal.

—Hay un cine a la vuelta.

—Es del colegio, lo tiene alquilado porque con el salón de actos es suficiente.

—Junto al kiosco hay un jardín hermoso. Yo no vi nunca alumnos ahí.

—Pero viste la puerta de hierro.

—Sí.

—Este pasillo va directamente a ese jardín. Nadie lo usa porque los alumnos lo destrozaban. Prácticamente es del jardinero y de un grupo de Tai chi al que se lo cedió el colegio a cambio de clases gratis para los docentes.

—¿Y la otra puerta?

—¿Viste al árbol de la esquina a la vuelta del colegio, ese que parece que se ha comido una pared de ladrillos?

—Sí.

—Hay una puerta detrás del árbol, siguiendo por este pasillo, después del jardín.

Melisa llenó el termo y se hizo la distraída mientras Sofía pensaba. Esperó un tiempo prudencial y luego siguió con su relato.

—Y hablando de seres fantásticos, ¿sabías que mi apellido, Wieszczka, significa “hada” en polaco?







—Yo no me metería en una bolsa de dormir, en medio de un bosque, en una montaña, con frío y sola, ni por todo el oro del mundo —dijo Sofía.

—¿Ni siquiera para ver un ser mítico?

—Estabas persiguiendo un ciervo.

—Un unicornio —la corrigió Melisa—. Un ser fantástico, una especie que solo pueden ver los elegidos.

—¿Tan importante te parece? —Sofía sintió el frío de la piedra de los enanos contra su pecho.

—¡Por supuesto!

—Si vos lo decís. ¿Y lo viste?

—Creo que sí —dijo bajando la vista mientras hojeaba un libro sobre brujería.

—¿Cómo que creés?

—Bueno, fue muy rápido, era el amanecer. Los camahuetos salen de una vertiente. Y eso fue lo que yo vi.

—¿Viste al unicornio salir de un agujero en la tierra?

—No tan espectacularmente como lo describís —se defendió—. Cuando llegué al manantial, la tierra se movió como si hubiera un pequeño terremoto, me caí y entonces saltó sobre mi cabeza una especie de ciervo. Creo que tenía un cuerno. El agua lo seguía como una cascada.

Sofía le hizo una mueca cómica.

—No viste nada.

—Sí lo vi.

—Pudo ser un simple ciervo que saltó cerca del manantial y vos te imaginaste el resto.

—No me creés.



—Quisiera creerte, pero no puedo.

Sofía luchaba por contarle a Melisa todo lo que había visto, de las brujas, del duende, de los enanos.

—Entonces, ¿qué estás buscando en estos libros?

—Quiero saber si los duendes, enanos y esas cosas por el estilo son reales.

—Para eso no necesitas los libros. Yo puedo decírtelo.

Sofía la miró intrigada.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó Melisa disfrutando del momento.

—Es todo una alucinación, ¿no?

En el instante en que terminó la pregunta se dio cuenta que había metido la pata. Melisa abrió los ojos muy grandes. Se tiró para atrás y dejó que el respaldo la sostuviera.

—Viste algo.

—No.

—Viste algo.

—Bueno, algo. No sé. No como un camahueto —se puso de pie y caminó hacia la ventana, dándole la espalda a Melisa.

—Sofía, si viste algo quisiera que me lo digas.

—A ti todas estas cosas te gustan, te parecen divertidas. Pero yo no quiero ser diferente.

—¿Te refieres a que quieres ser normal como tus amigas?

Hecha la pregunta de aquella manera no había respuesta posible. No, no quería ser como sus amigas. Se dejó caer en la silla más cercana y se secó con el puño una lágrima.

—No sé qué quiero.

—Cuando hice aquel viaje tenía el mismo dilema en mi cabeza —dijo Melisa con cautela. La joven hablaría cuando llegara el momento y ella sería la primera en escucharla, en ofrecerle su mano y guiarla por el camino de los Elementales—. Alejarme de la ciudad me sirvió para ver las



cosas desde un ángulo diferente. Entiendo por lo que estás pasando y por eso me parece bien que pases una temporada con tu papá. Tal vez te sirva para arreglar las cosas con tu mamá, tus tías y para entender esas extrañas visiones que no querés contarme. A mí el viaje me sirvió, más que nada, para aceptar todo lo que sucedió con mi mamá y mis padres adoptivos.

Sofía estudió a Melisa. Para ella, el collar y la piedra de los enanos tendría un valor incalculable.

—No estoy lista para hablar de las visiones.

—Te entiendo.

—¿No te ofendes?

—Por supuesto que no. Para eso están los amigos, ¿no?

Sofía se preguntó por qué no tenía más amigas como ella. En ese momento sonó el timbre del recreo. Melisa acomodó los libros y se sentó frente a su escritorio. Él lugar se llenó de chicos de primer año buscando material para una clase de Botánica y Sofía aprovechó para sumergirse en un libro sobre hadas y duendes. No lo leía, solo pasaba las páginas mientras sus ideas iban y venían.

—¿Ahora nos cambias por libros? —dijo una voz detrás de ella—. Voy a empezar a pensar que sí te hiciste amiga de la bruja.

Sofía contuvo la respiración. La voz de Jenn era inconfundible, aun en un lugar tan lejano para ella como una biblioteca. Y por ese acto de arrojo merecía que la mirara a la cara.

—¿Cuántas veces te dejaron faltar a clase sin ponerte falta ni amonestaciones?

Jenn estudió a su amiga mientras Silvia, Marcela, Sandra y Roxana cuchicheaban, admirándola.

—Lo besaste —dijo Roxana dando un gritito histérico. Sandra le dio un codazo poco disimulado mientras señalaba a Jenn. Al parecer la líder del grupo podía soportar muchas cosas pero no el beso.

—¿Qué? —preguntó Roxana tomándose del costado y apartándose de Sandra—, lo dejó hecho un tonto durante el resto de la clase, ¿o no?

Silvia se había sumado al relato.

—El profesor interrumpió la clase para decirle que, si tanto lo había



perturbado el beso, se podía ir a la biblioteca a leer los mismos libros que tu o darse una ducha fría.

—Eso lo puso loco —terminó admitiendo Sandra—, estaba colorado y no le salía una palabra detrás de otra.

—Jenn dijo que lo podía acompañar —estalló Marcela sin poder contener la risa y todas recibieron un llamado de atención de la bibliotecaria.

—Yo quise decir que lo acompañaba a la biblioteca —Jenn se había puesto más colorada, si eso cabía, y transpiraba.

—Pero todos entendimos que querías acompañarlo a tomar la ducha.

Sofía se rió y Jenn se fue indignada. El resto de las amigas la vieron alejarse y luego rompieron a reír. La bibliotecaria chistó para que bajaran la voz.

—Ahora estamos todos castigados —dijo Marcela secándose las lágrimas y poniéndose seria—. No me ayuda mucho con las otras llamadas de atención por fumar en el baño, pero valió la pena.

—¿Valió la pena? —se preguntó Sofía más para ella que para sus amigas.

—Claro. Jenn se había puesto un poco pesada con el tema del beso. ¡Ya está! Tampoco Alan es su novio para que se ponga así.

El timbre sonó y las chicas se despidieron. Era increíble como la habían convertido en una heroína por un acto insensato e irracional. La biblioteca se vació, y desde el fondo de un pasillo, entre los libros de Historia y Narrativa, salió Agustina. No la miraba porque discutía con algo o alguien entre los libros de un estante alto que Sofía no llegaba a ver.

—Yo tendría cuidado —le dijo cerca del oído cuando pasó a su lado—. Si Alan te estaba buscando en la estación de subte no confiaría en él.

—¿Si estás tan celosa por qué no te arreglas, te pintas un poco y te tiras en sus brazos?

—Ya se fueron tus amigas —dijo, pensando que Sofía actuaba para mantener las apariencias.

—Lo sé.

Agustina la miró con tristeza.

—Alan es hermoso —concluyó Agustina—. Pero mi mamá no haría una advertencia si no fuera alguien de cuidado. Por otro lado tu numerito



puso tan mal a Jenn que en todo el año no me había sentido tan bien. Así que no me importa ni un poco que lo hayas besado.

—Lo siento —le dijo recordando la mejilla hinchada.

—Me tengo que ir o van a sospechar. Acá tienes mi celu por si necesitas algo.

Le dejó una tarjeta hecha a mano, en la que había dibujado un caldero, una escoba y un cuervo. Sofía sonrió y guardó la tarjeta, mientras buscaba con la vista a Melisa. La encontró al final del pasillo, hablando con la directora. Al parecer intentaba tranquilizarla. Aprovechó para guardar el número de Agustina en su celular.

—Seguirás aquí —dijo la bibliotecaria cerrando la puerta—. Creaste un revuelo que tendrá a todos los profesores nerviosos por el resto del día. La directora está un poco alterada. Si ella no viene más tarde, yo te tomo la prueba sobre sexualidad.

—¿Es necesario?

—¿Era necesario que hicieras el numerito?

—Sí —dijo Sofía obstinada.

—Entonces es necesario. Si logro que entiendas que no puedes ir por ahí besando chicos sin pensarlo dos veces, me daré por satisfecha.

—No lo hice por las razones que piensan.

—Yo lo sé. Pero tampoco creo que estemos todos equivocados. ¿Te gusta Alan, no?

—Sí —admitió con tanta naturalidad que se asustó.

—¿Moderarás un poco tus impulsos en el futuro?

—Es que no fue por eso que lo besé.

—Necesito que prometas que no vas a volver a hacerlo. Me refiero a besarlo en el colegio.

—Sí, lo prometo.

—Entonces hablemos de otra cosa. Soy de las personas que toman una promesa como algo sagrado.

—Yo también —dijo Sofía orgullosa. Sus tías le habían enseñado el valor de las palabras y su poder. En eso no se habían equivocado.





 4

Sofía sabía que Melisa no le iba a tomar ningún examen. La charla había sido más que suficiente. Se divirtieron leyendo sobre seres mitológicos. Las historias no eran muy diferentes a las que contaban sus tías y le recordaban a la novela que su madre había escrito sobre un reino que enfrentaba el ataque de una horda de seres oscuros. Un rey enamorado de su reina, atrapado en una red de magia y venganza. Un grupo de guerreras que lograba sacar del reino a la única descendiente. Lamentaba que nunca lo hubiera publicado.

—¿Crees que alguien podría verlos si tomara alguna poción?

Melisa continuó hojeando el libro por unos minutos antes de responder.

—Me encantaría. No digo que no sea posible, pero me resulta difícil de creer.

—Pero es posible.

—Prefiero pensar que son más efectivas otras fórmulas, como untarse lagaña de caballo o moco de troll.

—¡PUAJJJ! ¡Qué asco!

—A eso me refiero. Si fuera fácil acceder a esa visión, ¿no creés que ya lo hubiera hecho un montón de gente?

—No puedo creer que haya alguien con deseos de ver esas cosas.

—Porque todavía no le das el valor que tiene. Pero si pensaras en los hombres de fe, en la gente que ruega porque el mundo no sea solo lo que podemos ver y tocar, entonces comprenderías por qué para ellos sería importantísimo tener esa capacidad.

—No quiero ver.

—Siempre sucede lo mismo.

—¿A qué te referís?

—He leído muchos libros sobre gente con visiones, capacidades extra sensoriales o poderes desconocidos para el resto, y he sacado dos conclusiones.



—¿Cuáles?

—Una es que los hombres tenemos muchas capacidades pero les tenemos miedo. Preferimos ser todos iguales antes que poseer un poder que el resto no comprenda. Un talento no es algo peligroso. Por el contrario. Todos tenemos un don particular, único. Este mundo está hecho por la gente que no se conformó con lo establecido. Ingenieros, médicos, artistas, siempre aparece alguien que logra captar algo que para el resto es inaccesible.

—¿Y cuál es la otra conclusión que sacaste?

—Que cuando se trata de sentimientos paranormales, solo creo que son reales los de la gente que no los pidió, que no los quiere, que le representan una carga.

—Es una tontería. ¿Por qué tienen el don los que no lo quieren?

—Todos recibimos un desafío personal y deberíamos resolverlo e ir más allá de nuestras limitaciones.

—No entiendo.

—¿Viste alguna una vez correr a alguien que le falta un pierna?

—Sí, con unas prótesis.

—Su incapacidad podría haberla llevado a quedarse en su casa, llorando por lo que no tenía. Sin embargo no se rindió. Luchó por superar el desafío. Eso no solo le permitió triunfar y destacarse, sino que seguramente le sirvió para ser mejor persona, ser ejemplo para otros e inspirar a ingenieros, mecánicos y médicos, para que desarrollaran nuevas tecnologías.

—Ver duendes no permitirá ningún desarrollo para la humanidad.

—El mundo no funciona solo con ciencia y tecnología, también necesita el desarrollo del espíritu, la capacidad de pasar las fronteras de la mente y sumergirse en otros universos. Además la fantasía es el motor para nuevos logros.

—Creés que lo que digo es mentira.

—No dije eso.

—Dijiste que era una fantasía.

—La fantasía es un nivel superior de imaginación. Cuando Julio Verne fantaseó con un cohete o un submarino atómico lo consideraron un



escritor de fantasía, pero hoy es nuestra realidad. Quizás esas cosas ya existían en un universo que solo él podía ver. O percibía la realidad de otra manera. Tal vez tengas la capacidad de ver más allá de este mundo, nada más.

—No quiero.

—Para eso existe la libertad, Sofi. Tenés la posibilidad de hacer con ella lo que quieras.

—¿Y si no puedo dejar de ver?

—Tampoco el que perdió una pierna puede recuperarla. Quizás haya alguna manera de acallar tu capacidad, como hay maneras de hacer una pierna sustituta.

Acallar su capacidad.

Eso era lo que había intentado Delfina con sus pociones. Los seres aparecieron cuando dejo de beber el té de su tía, pero también detenía su desarrollo. ¿Ese era el precio a pagar? Se preguntó si valía la pena retroceder, o si había alguna forma de revertirlo. Volver a ser una niña o ser una mujer, pero con efectos secundarios indeseables. ¿Podía elegir? Pero lo más importante, ¿quería hacerlo?

Cuando sonó el último timbre Melisa se acercó a la mesa y le toco el hombro. Sofía se sobresaltó. ¿Cuándo tiempo había pasado?

Con una sonrisa amable le dijo que podía irse cuando quisiera y se puso a acomodar los libros que había desparramados. Sofía se quedó un momento tratando de decidir que debía hacer. Ya no estaba tan enojada con sus tías. Pero el reencuentro con su padre había sido maravilloso y no quería dejarlo tan pronto. Si regresaba con su madre no tendría ninguna posibilidad de volver y sus tías la encerrarían hasta que cumpliera los ochenta.

Se lamentó por no despedirse de Melisa, pero tenía que aprovechar que ella estaba entretenida con los libros. Tomó su mochila y se escondió tras la estantería junto a la pequeña oficina. Antes de que la bibliotecaria hubiera salido de la sección Biología, ella había ganado el pasillo. Con sigilo primero y desesperación después, se dirigió al pasillo que llevaba hasta la pubertad junto al árbol.

La puerta no estaba cerrada con llave porque el picaporte no permitía abrirla desde afuera. Así que salió sin problemas y nadie la vio. Recién



entonces se permitió respirar. Desde la esquina vio a sus amigas que la esperaban mientras Jenn le escribía mensajitos. Tenía el celular apagado y no pensaba prenderlo. Su madre mirada por todos lados. Al final se decidió a preguntarle a Jenn. Sofía salió corriendo.

Cuando llegó, Claudio preparaba la merienda. Estaba radiante de ver entrar a su hija a la casa y se adelantó a Jacinta para abrir personalmente la puerta. Sofía descubrió un atisbo de sonrisa en la empleada, que siguió con sus quehaceres domésticos. Claudio no se atrevió a moverse pero su hija no dudo en darle un beso.

La cocina era enorme. Todo el departamento de Sofía entraba en ella. Le recordó a una mansión de la campiña inglesa de fines del siglo XIX. La mayor parte era de ladrillo a la vista, con mesadas de madera oscura y un hogar a leña.

—A Jacinta no le gusta que invada su cocina, pero Remy y Elizabeth se fueron de comprar al shopping así que puedo darme el lujo de preparar yo mismo las tostadas. ¿Tenés hambre?

—Por supuesto —respondió Sofía mientras se sacaba la mochila. No recordaba haber vivido nada parecido con su padre. Ambos estaban felices e incómodos a la vez. Por suerte sonó el teléfono. Era Melisa.

—Dice la bibliotecaria de tu colegio que encontró el libro que buscabas y quiere saber si mañana iras a buscarlo.

—¿Podrías decirle que aprobé todas las materias y que a no necesito ir a la escuela? Que por favor me disculpe. Se lo pediré de nuevo el año que viene.

—¿Querés hablar con ella? —Preguntó su padre.

—No es necesario —dijo, sabiendo que si tomaba el teléfono tendría que disculparse por haber escapado.

Claudio siguió conversando con la bibliotecaria. Parecía inquieto pero luego sonrió con amabilidad y corto.

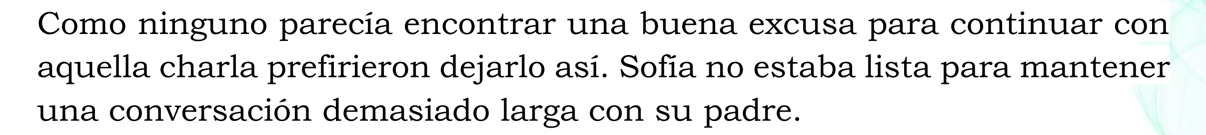
—Tu mamá fue a la escuela —dijo mientras untaba una tostada.

—¿Ah, sí?

—La bibliotecaria habló con ella y parece que la convenció de que te quedes unas semanas aquí. Parece una mujer persuasiva. Dijo también que estuviste toda la mañana en la biblioteca. ¿Paso algo?

—Nada, terminé con todas las materias y fui a visitarla.

—Me alegro.



Como ninguno parecía encontrar una buena excusa para continuar con aquella charla prefirieron dejarlo así. Sofía no estaba lista para mantener una conversación demasiado larga con su padre.

Tomaron té, untaron en las tostadas manteca y mermelada de frutilla y hablaron de cosas simples como el día, lo linda que era la cocina y lo próximo que estaba el verano. Después de un rato. Sofía descubrió que necesitaba dirigir el primer encuentro como una familia normal. Se excusó y subió a la casa del árbol.

Se puso la malla, se preparó un jugo de naranja helado y lo llevo a la plataforma frente a la puerta de su palacio en las alturas. Busco su Berry y una novela sobre un vampiro enamorado, que nunca había terminado de leer y siempre tenía en el bolso. Arrimó una repostera, se colocó los auriculares y se desconectó del mundo.

El verano todavía escondido entre las sombras se apoderaba, de a poco, de la ciudad. La mansión estaba diseñada para evitar el calor intenso al igual que la casa del árbol, pero la plataforma era para broncearse. Sofía era como una flor, si el sol desaparecía por mucho tiempo se marchitaba y su padre lo sabía cuándo diseñó aquel palacio entre las ramas del roble.

Hubiera disfrutado de la tarde si un brusco movimiento no la hubiera desconcertado. Bajo el libro y miró a su alrededor intentando convencerse de que había sido un gorrión. Pero algo más grande se había movido entre las hojas. Volvió al libro, para las letras parecían regimientos de hormigas en formación sin nada que decir. Cuando las ramas volvieron a sacudirse se obligó a no encoger las piernas. Si era un ser mágico, ignorarlo sería la mejor manera de hacer que se fuera.

La plataforma hizo un ruido seco cuando la figura saltó a unos metros de ella. Sofía resoplo y se incorporó con tanta violencia que el duende que caminaba con cautela se quedó helado.

—¿Qué querés?

El ser, de cuarenta centímetros, vestía ropa hecha con telas y hojas trenzadas con tientos que parecían por momentos cueros y por momentos nervaduras. No usaba zapatos y sus pies, grandes en proporción con el cuerpo, tenían dedos largos y parecían ser tan hábiles como sus manos. No tenía vello, pero una abultada cabellera le caía por su espalda como la cola de un zorrito. Sobre la cabeza tenía un gorro



tejido con una punta que se torcía hacia adelante, con grandes aberturas que permitían que las orejas salieran como pantallas.

—¿Qué querés?

—Yo vivo aquí —respondió el duende, adoptando una posición digna aunque todavía no se recuperaba de la sorpresa.

—¿Quién te dijo que era tu casa?

—Hace tiempo una muchacha dijo que prefería que se llenara de pájaros, ratas o mugrosos duendes antes de que la obligaran a pisar de nuevo esta porquería. No fue muy amable con nosotros, debo decir, pero la casa no está nada mal.

—Elizabeth —murmuró.

El duende se acercó, sin simular lo interesado que estaba por aquella joven que podía verlo. Miró sus piernas con bronceador, el libro, el equipo de música, los lentes oscuros, el vaso con jugo y el collar. Cuando sus ojos se posaron en la piedra perdió la compostura y se encogió hasta casi tocar el piso con la nariz.

—Venerable señora. Mil disculpas por interrumpirla en sus tareas reales. Ya me retiro. El castillo es todo suyo y por favor, cualquier cosa que desee no tiene más que solicitarla.

Retrocedió sin darle la espalda. Sofía estaba indignada. No soportaba a los aduladores.

—¡Quieto ahí!

El duende volvió a congelarse en el lugar, en una posición incómoda que no se atrevió a cambiar.

—Por favor, no seas ridículo. Podés moverte.

El duende no supo qué hacer y optó por quedarse en el lugar. No podía evitar que sus piernas temblaran.

—Vamos, no te preocupes, no te voy a comer.

El duende empalideció.

—Disculpe la pregunta, milady, pero ¿usted come duendes?

—Es una manera de decir.

—Pues una manera de decir un poco inquietante. Sobre todo para los



duendes —dijo inclinándose una vez más.

—¿Por qué tanta reverencia?

—El Candil de los Enanos. Es suyo, ¿verdad?

—¿Te referís a la piedra? Sí, me la dio un enano.

—Entonces es la Elegida. Ellos no se equivocan, no señora. Y si me está tomando una prueba para saber cuánto sé, le puedo asegurar que se quedara satisfecha conmino porque estoy muy preparado en cuestiones humanas.

—Espero que me cuentes todo con lujo de detalles.

El duende comenzó a hablar pero otra voz se interpuso.

—¿Ahora hablas sola?

Elizabeth. Sofía no había escuchado el ascensor ni la puerta. Se puso de pie y trato de hacer algunos gestos disimulados al duende, que había cerrado los ojos y recitaba la historia de la gema y la elegida como si estuviera en el colegio.

—Hola —pensó en acercarse para darle un beso, pero la actitud de la hija de Remy la hizo cambiar de opinión. Decidió responder con naturalidad—. Estaba leyendo y me quedé repitiendo algunas partes de la novela. ¿La leíste?

—Hace unos meses —dijo mirando la cubierta—. Está bien, pero prefiero algo un poco más real. Más adulto.

Sofía retrocedió unos pasos, dio una palmadita disimulada al duende, que fue a parar al otro lado de la plataforma, y regreso para tomar el vaso y el libro. Si Elizabeth notó algo de su errático comportamiento no pareció darle importancia.

—¿Querés pasar a tomar algo?

—¿Ya te apropiaste de la casita? —dijo mirando con desdén las paredes del palacio que nunca había sido suyo.

—No, de ninguna manera. Es tuya.

—No es cierto —dijo Elizabet, a coro con el duende—. Tu papito hizo esta estupidez pensando que yo todavía quería jugar como una niña.

En otro momento Sofía le hubiera estampado un cachetazo pero esta vez bajo la cabeza. No quería discutir, no tenía sentido seguir revolviendo el



pasado. Con su problema con las tías, su madre y el reencuentro con su padre tenían suficiente. Elizabeth le dio la espalda y entró en la casa. El duende se abalanzó sobre la joven, pero Sofía lo tomó de la chaqueta antes de que consiguiera acertar su patada. Sin embargo, al hacerlo empujo a Elizabeth, que perdió el equilibrio y entró en la casa a los tropezones, cayendo sentada en uno de los silloncitos del living.

—Lo siento, me tropecé —dijo Sofía tratando de sonar convincente, mientras escondía al duende sin darse cuenta de que la muchacha no lo veía.

—Seguís siendo una chiquilina.

Sofía era dos años mayor que Elizabeth pero la hija de Remy parecía una vieja. No había en ella ni un solo signo de felicidad, incluso se le habían formado arrugas prematuras en las comisuras de los labios y los párpados.

—No tenemos por qué dejar de divertirnos mientras crecemos —dijo con una sonrisa. Suspiro y extendió su mano—. ¿No podríamos ser amigas?

—"Jamás seria amiga de ese chanchito de la India" creo que dijiste una vez.

Sofía se apoyó contra la pared del living y se dejó arrastrar hasta el piso. Se había comportado como una estúpida. Estaba tan enojada cuando su padre decidió casarse con Remy que se olvidó que la hija no tenía nada que ver con las decisiones de su madre. Siempre había querido tener una hermana y Elizabeth lo hubiera sido, pero Sofía no se lo permitió.

Estudió a la muchacha. Se había vuelto una princesa. Con muy buenas formas para su edad, aunque demasiado flaca para su gusto, un vestuario impecable y un corte de pelo a la moda. Una lágrima escapo de sus ojos. Su maltrato había convertido a una niña saludable y divertida en esa muñeca de plástico.

—No creas que me conmovés. Puede que tu padre no se dé cuenta, pero yo sé que estás acá porque te corrieron de tu casa, y ahora que ves cómo vivimos estás pensando en cómo sacarle nuestro dinero.

—No es cierto —susurró.

El duende logro pararse y agarro la pata de la silla más próxima, dispuesto a lanzarla sobre Elizabeth. El ruido la hizo girar y encontró a Sofía tomando la silla con violencia, pero pronto cambio la trayectoria y se sentó.



—Elizabeth. Sé que no fui muy amable…

—¿Amable? —pareció que algo hubiera encendido su cara. Caminó hasta ponerse a la altura de Sofía, gritando—. ¿Amable? ¡Fuiste la más… la más odiosa perra que alguien puede conocer! ¡Me trataste como un moco en el trapo para los zapatos!

Lloraba. No era lo que quería, así que estaba furiosa. Hubiera deseado mantener la postura de princesa de hielo. Hubiera querido refregarle que era mucho mejor hija que Sofía. Pero ya no había nada que hacer. Se recompuso como pudo, se enjugó las lágrimas, se acomodó la ropa y subió el ascensor.

—¡Ah! una cosa más —dijo con una sonrisa que hubiera podido rivalizar con la de un demonio—. Llamó tu noviecito. Le dije que estabas con otro chico y que por la posición en la que se encontraban, se fuera olvidando de vos.

—Yo no tengo novio —estaba perdiendo el control.

—¿No? Entonces no te preocupes. Habrá sido un mentiroso —dijo con tal desdén que Sofía no pudo controlar el ruido que hicieron sus dientes al apretar las mandíbulas. La puerta del ascensor se cerró y una silla se estrelló contra la madera, rompiéndose en mil pedazos.

—¡Va a pensar que fui yo! —le gritó Sofía al duende.

—¿Acaso no era lo que quería hacer?

—Sí —confesó mirando los pedazos de silla desparramados.

—Creí que debía hacer lo que usted estaba pensado, su señoría.

—¿Podées leer mi mente?

—No. Pero es obvio…

—No necesito que actúes por mí. Quiero que te vayas. ¡Afuera! —y sin esperar respuesta se fue hacia la habitación y la cerró de un golpe.









Lloró. Sentía culpa por la pequeña niña a la que había empujado a convertirse en una arpía. Había elegido siempre mal. Sus amigas, la relación con su padre, la actitud con su madre, sus tías, Agustina, Alan, Elizabeth.

Había lastimado a mucha gente. Actuaba intempestivamente, como si la vida fuese una pulga a la que hay que sacarse de encima rascándose.

El corazón se contrajo de sólo pensar que Alan hubiera llamado. Quizás quería una explicación por lo sucedido en la escuela. ¿Tal vez quería repetirlo? Horrorizada buscó su Berry dentro del bolso y lo prendió. En la lista de sus compañeros de curso estaba el celular de Alan. Marcó.

—Hola —respondió una voz firme.

—¿Alan? —preguntó en un susurro.

—¿Quién habla?

—Soy yo, Sofía.

—Ah —se hizo un silencio incómodo. Tal vez estuviera midiendo qué sucedería a continuación, quizás estaba ofendido por lo que le había dicho Elizabeth.

—¿Me llamaste a lo de mi papá?

—¿Por qué lo haría? —dijo con sarcasmo.

—La estúpida de mi… hermanastra dijo que había llamado mi novio y pensé…

Sofía perdió la voz. Fue como si se la hubiera tragado cuando se dio cuenta de lo que había dicho. Sintió que se ponía colorada y se le aflojaban las piernas.

—No sabía que éramos novios.

—No lo somos —dijo, tratando de recomponerse.

—Un beso no es nada.





—Claro. Además te lo di porque quería que me sacaran del aula.

—Pero pensás que soy tu novio.

Sofía se golpeó la cabeza. No sabía que responder y él lo sabía.

—Sí, te llame —confesó Alan luego de unos minutos.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó con un nudo en el estómago.

—Necesitaba una tarea que no completé.

—Estúpido. ¿Por qué me llamaste? En serio.

—Quería saber si lo de hoy fue *algo*. Pero veo que no.

El silencio se hizo denso.

—¿Quién te odia tanto para decir que estabas con otro chico? —continuó.

—La hija de la esposa de mi papá —dijo aliviada ante el cambio de tema.

—Pareció disfrutar lo que dijo.

—No importa.

—Ok. ¿Nos vemos y hablamos?

—Hoy no, Alan. Tengo otros problemas.

—¿Otro chico? —bromeó.

—Ojalá fuera tan sencillo. No, no es eso. Pero te prometo que en unos días te llamo y nos vemos.

—Nos vemos en la escuela.

—Voy a faltar los próximos días, así no me arriesgo a perder el año con otra tontería.

—¿Volverías a darme un beso delante de todos?

—Ni loca.

—Por supuesto.

—Lo que quise decir es que…

—No te preocupes —río y Sofía necesitó sentarse—. Entendí. ¿Seguimos esto durante las vacaciones?

—Vemos.





—Claro.

Sin esperar otra palabra dijo adiós y cortó. Guardó la Berry en el bolso y lo volvió a dejar sobre la mesa de la cocina. Necesitaba tomar un poco de aire.

No podía creerlo. Alan quería salir con ella. Estaba tan feliz que la presencia del duende no pudo borrarle la sonrisa. Estaba parado afuera de la casa. Había seguido su orden al pie de la letra. Para él “afuera” significaba del otro lado de la puerta. Parecía un guardia real esperando indicaciones. Cuando ella bajó la mano para tomar el vaso, salió corriendo y trajo el jugo de naranja de la heladera. Llenó el vaso y volvió a pararse rígido, esta vez a su lado y esperó.

—Gracias. ¿Tenés nombre?

—Sí señora —dijo el duende con dignidad.

Sofía esperó pero él no dijo nada más.

—¿Entonces?

—¿Qué desea señora?

—Pregunté por tu nombre.

—Y le dije que tenía uno señora.

—¿Y vas a decírmelo?

—Si usted lo desea.

—Por favor —dijo Sofía lanzando un bufido.

—Puck.

—¿Como en “Sueño de una noche de verano”?

—Eso dijo el que me nombró. Un hombre muy amable.

—¿Un hombre te puso el nombre?

Puck le dijo que su nombre verdadero no debía decírselo a cualquiera, y menos a un humano. Durante siglos se había negado a llevar un nombre público. Había llegado a la ciudad para asistir a los animales que los humanos tienen en cubículos. Caminaba por calles, parques y jardines sin preocuparse. Pero un hombre lo descubrió durmiendo en un macetero y entablaron una amistad que duró muchos años. Él le había puesto el nombre.

Sofía le dijo que si lo necesitaba lo llamaría. Sin esperar respuesta se puso los auriculares, cerró los ojos y subió el volumen. Se dejó llevar por la voz de Gershuick mientras Alan la subía en sus brazos a una moto y partían a un mundo donde todo era posible, incluso que la chica con menos curvas en todo el colegio ganara el corazón del chico más apuesto del mundo.

(interludio)

El cuervo sobrevolaba la ciudad. Un trozo de negrura en un cielo celeste. Sus ojos buscaban la presa escondida entre el ruido y los olores.

En la oscuridad pegajosa, donde solo el subte se animaba a irrumpir, su presa se ocultaba.

El majestuoso pájaro se sumergió entre las bocinas. Rastreó los hilos sutiles que lo unían con su enemigo. No lo sabía, pero él lo esperaba. Agazapado, dispuesto a tragarse de un bocado el último aleteo de libertad.

Una equivocación fortuita alertó al pájaro del ataque. Uno de los hilos que lo unían al enemigo se tensó demasiado aprisa y el cuervo sintió la amenaza un instante antes de que lo devorara. Una pluma se desprendió por el esfuerzo pero consiguió elevarse mientras una marea de oscuridad se cerraba sobre el mundo. Engullía el sonido, el olor, las formas, los colores, en un silencio macabro. El silencio de la muerte.

Solo el cuervo conoce el valor de la vida, por servir tantas veces como mensajero de la Gran Cazadora. Si alguien podía enfrentar a la marea oscura ese era él.

Pero la oscuridad fue implacable, y cerró sus fauces sobre el ave, sumergiendo su corazón en el último frío.

(fin del interludio)







ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Sofía despertó con un escalofrío. Se quitó los auriculares y miró a su alrededor. La sombra cubría el deck. Tenía el cuerpo caliente como una brasa pese al protector solar. Tanteó el vaso de jugo. Estaba lleno y frío. Buscó a Puck, pero se había ido. Le agradeció en silencio y bebió con ganas.

Se puso de pie con dificultad, tenía los músculos entumecidos. Decidió darse una ducha pese a que su estómago le advertía que algo no andaba bien.

Salió a la plataforma después de bañarse. Vestía una remera corta, pantalones a la rodilla y zapatillas sin cordones. Tenía el pelo mojado así que lo estrujó un poco con las manos y luego lo sacudió. Le rugía el estómago y no era de hambre. Abajo, en el patio, todo era sombras. El cielo, arrinconado por los edificios, se estaba nublando una vez más y no se oían los trinos de los pájaros.

Sofía se quedó inmóvil.

Silencio.

Eso era lo que le molestaba. El mundo se había callado.

Desesperada buscó la toalla y se secó mejor lo oídos.

Nada.

Apoyada en la baranda buscó luces en la casa. Estaban apagadas. No había nadie. Pero en el patio podían intuirse movimientos espasmódicos. Algo se escabullía entre las plantas. En el suelo se agitaba, como si alguien hubiera puesto una manta oscura y la sacudiera levemente.

Aterrada, entró en la casa del árbol, buscando a Berry. Marcó mientras se volvía a asomar por la baranda. Un ruido en las ramas cercanas la hizo contener un grito.

—Disculpe milady si la asusté —dijo Puck y saltó hacia la plataforma.

—¡Qué poco sentido de la oportunidad!



—Los duendes tenemos muchos sentidos: gusto, olfato, tacto, pero ninguno de oportunidad, lo siento.

—Ya veo. ¿Qué sucede?

—Si su ilustrísima tiene a buen seguirme, sugiero que nos vayamos.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—¿No se ha dado cuenta del peligro que corre?

A Sofía se le habían erizado lo pelos de la espalda hasta sentir el frío en la nuca. Sí, por supuesto que había sentido el peligro.

—Están aquí. Y vienen por usted.

El duende se asomó y sus ojos se agrandaron.

—Lamento hacer llegado tarde su majestad, fui por ayuda. Creí que no corría peligro. Ahora no hay escapatoria.

—¿Qué decís?

Al asomarse los vio. No eran olas, ni una manta, ni hormigas marabunta. Eran seres de tamaño de una pelota. Desde aquella distancia parecían pirañas. Ojos desorbitados, sin parpados. Miles de dientes en una boca gigante, que dividían el cuerpo por la mitad. No tenían escamas, ni cuello, ni nariz. Su piel parecía la de esos gatos de raza Sphinx, sin pelo. Sus cuatro patas de lagarto tenían la habilidad de un mono. Las dos delanteras, como manos, las de atrás podían flexionarse hasta llegar a la altura de los ojos. Cada dedo terminaba en garras oscuras que resaltaban sobre los pálidos cuerpos.

De un solo vistazo podía contar más de cien. El primero había alcanzado la red de seguridad y lo seguían otros, escalando el árbol con destreza. Apenas hacían ruido, solo un murmullo semejante al de langostas avanzando por un campo.

—¿Qué son?

—Ajats, una especie de goblins muy peligrosos —dijo Puck— y han reunido una cantidad asombrosa. Es usted muy importante. Debería sentirse halagada.

—Estamos perdidos —susurró con terror.

—No lo estamos milady. Estamos en la casa del árbol, dentro de la mansión de su padre, en la parte de la ciudad…



—¡Por favor! —gritó Sofía—. Salgamos de acá.

—Si señora, era lo que deseaba sugerir. —Por los costados, decenas de seres blancuzcos habían alcanzado las ramas bajas de la fronda—. No le recomiendo bajar. Quizás si subimos...

Sofía estudió las posibilidades que tenían. El primer ajat ganó la plataforma y con dientes afilados se abalanzó sobre ella.

—¡Abacaxi! —gritó la joven señalando con el dedo al ser. Había sido instintivo, pero fue lo primero que se le vino a la mente. La palabra que había usado Agustina para destruir a los seres del baño, en la escuela.

La criatura se detuvo en mitad del salto, como si alguien hubiera tirado de su pata. La marea de seres esperó, expectante. El ajat se hinchó un poco y retrocedió, asustado. Luego sus piernas se tensaron. Sofía no esperó. Se colgó la mochila y trepó al dintel de la ventana. Cuando llegó al techo miró hacia atrás y vio al ajat abrir su boca enorme, dejando escapar un eructo desagradable. Luego sonrió, dijo algo entre sonidos guturales y la marea volvió a su murmullo letal.

—No es muy buena con la magia, ¿verdad señora?

—Puck, concéntrate en sacarme de acá y te prometo que luego hablaremos de magia, hechicería o la pesca de pirañas.

—Muy bien milady, sígame.

Subir por el roble fue sencillo. Sus ramas eran fuertes y gruesas. Pero los ajats eran rápidos y parecían hechos para escalar. No se atrevía a mirar pero podía jurar que ganaban terreno a cada segundo.

El duende la apuraba desde las ramas más altas. Si alcanzaban la casa de al lado quizás tendrían una oportunidad. Sofía avanzó a mayor velocidad aunque se ganó algunos raspones. Sin embargo no eran nada comparado con el zarpazo que sintió en su tobillo izquierdo. Lanzó un grito que alertó al duende y animó a los otros ajats. Se miró y vio que sangraba, las garras de esos monstruos eran hojas de afeitar.

Se dio vuelta, pateó con toda su fuerza la cara del ajat. El ser perdió pie y cayó sobre el tumulto de mandíbulas que subían por el tronco. Cubrían el jardín, parte de las paredes y toda la casa del árbol. De improviso el teléfono comenzó a sonar dentro de la casa. Se preguntó si su padre estaría en la mansión. Nadie acudió a responder. ¿Y Remy? ¿Y Elizabeth?

Un nuevo corte en la pierna la sacó de sus pensamientos. Estaba rodeada. Los ajats no sólo avanzaban debajo de ella sino por los costados.



Histérica volvió a apuntar un dedo hacia ellos. Retrocedieron, inseguros. No sabían si el primer hechizo había fallado por los nervios o ella no tenía ningún poder. Esperaron, pero Sofía decidió no usar su carta hasta el último momento. Ascendió un poco más, seguida con cautela por los seres. Los apuntaba con dos dedos como si tuvieran un arma cargada.

Faltaba poco, muy poco.

Unas ramas más, apenas dos o tres.

Subió la primera, los ajats no se movieron.

Trepó la segunda, un murmullo nervioso hizo vibrar el tronco. Algunos subieron un poco más.

Alcanzó la tercera y al unísono los monstruos gritaron con una risa parecida a las de las hienas, reanudando la marcha, más veloces.

—¡Abacaxi! —volvió a decir Sofía, apuntado al más cercano, apenas a unos centímetros de su pie.

El ajat se arqueó, se puso blanco y se soltó de la rama. El silencio se apoderó del jardín y solo se escuchó el murmullo de la rama que Sofía seguía trepando. Los seres miraban hacia abajo, donde había caído su compañero.

El ruido seco del ajat chocando contra el techo de la casa del árbol obligó a Sofía a detenerse, curiosa por saber la suerte de su sortilegio. La risa aguda que se escuchó a continuación, sólo confirmó que la magia no era lo suyo. Los otros volvieron y respondieron con la misma carcajada histérica.

El instante que duró esa risa fue todo lo que necesitó Sofía para saltar y perderse tras la pared del vecino. No lo midió, no se preguntó que habría después. Y quizás fue eso lo que le salvó la vida.

Puck la apuraba desde el borde opuesto del techo. Sofía cayó con más suerte que pericia, y emprendió una carrera desenfrenada por seguir al duende, que ya se había lanzado hacia el balcón de la casa contigua.

Ella también saltó. Golpeó contra la baranda, pero no cayó.

Pensó en los vecinos, aunque algo le decía que allí no había nadie. Si se dejaba ganar por los sonidos, el único que permanecía era el de la horda asesina detrás de ella, y como un contrapunto breve y sutil, el de los pasos del duende, varios metros por delante.

No había bocinas, ni ladridos, ni aleteos de pájaros. El mundo se había



quedado mudo. Y había perdido el color. Solo el duende y ella parecían mantener algún colorido. ¿Pasaría lo mismo con los ajats? No quería mirar hacia atrás.

Puck se encaramó al balcón y saltó varios metros hasta un tanque de agua. Sofía miró hacia abajo. Si se equivocaba serían dos pisos en caída libre. Si acertaba al tanque, lo rompería. Un murmullo detrás de ella y varios ruidos secos en el extenso balcón la alentaron de lo inevitable.

Los ajats ya estaban ahí.

Se le ocurrió una acción límite. El tanque estaba alejado de la pared medianera un poco más de un metro. Si saltaba con los pies adelante y lograba impulsarse contra ella, quizás cayera en la pared de contención. Así no rompería el tanque y podría descolgarse de la pared hacia el patio siguiente.

—Qué más da. S no sale bien igual me matarán estos monstruos.

Salto sin gracia, como un muñeco que le han cortado los hilos. Sin embargo consiguió su cometido. Se empujó con los pies y terminó aferrándose con las manos. Tenía las palmas en carne viva pero no importaba. Aquella locura le había dado un coraje que no tenía.

Se soltó de la pared, dio un grito en el aire y se agarró de un aro de básquet que colgaba de la medianera. Saltó, esta vez sobre una parrilla, a pocos metros. Necesitó pies y manos para amortiguar la caída. Gimió de dolor, pero no se detuvo. Rengueando fue hasta la reja, la trepó y salió a la calle.

—Con un poco de entrenamiento quizás no la maten la próxima vez —dijo Puck a su lado.

Sofía lo muro con desdén, pero el duende no había hablado a la ligera. La pared, la reja, el techo, todo estaba cubierto de criaturas. Listas para saltar a la calle. Ya no eran cientos ni miles, eran millones.

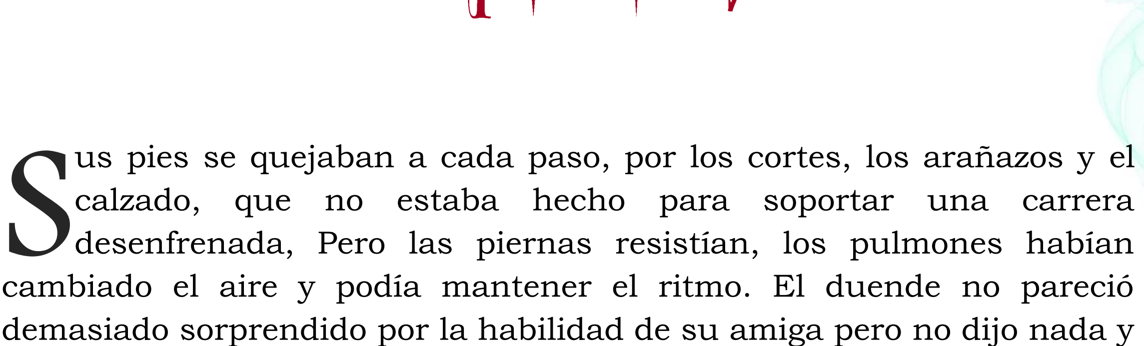
Pensó en las sesiones de entrenamiento con Candela y agradeció con todas sus fuerzas. Suplicó verla otra vez, así podría abrazarla y agradecerle. Correr, ahora la ventaja era de ella. Sonrió y se lanzó enloquecida hacia el centro de la cuidad.







Capítulo 7



Sus pies se quejaban a cada paso, por los cortes, los arañazos y el calzado, que no estaba hecho para soportar una carrera desenfrenada, Pero las piernas resistían, los pulmones habían cambiado el aire y podía mantener el ritmo. El duende no pareció demasiado sorprendido por la habilidad de su amiga pero no dijo nada y se mantuvo a su lado, corriendo, saltando y a veces descolgándose por las ramas de los árboles cercanos. En pocos minutos le sacaron una buena distancia a los ajats y casi pensaron que los habían dejado atrás.

Cuando llevaban seis cuadras corriendo Sofía confirmó sus sospechas, la ciudad estaba vacía y había perdido el color. No se escuchaba un sonido, excepto por sus pasos y el murmullo de sus perseguidores. Muy ocasionalmente una rama se quejaba.

Parecía metida en una horrible pesadilla.

—¿Por qué se detiene milady? Nos alcanzarán en cualquier momento.

—Lo sé. Pero las zapatillas en este momento son un estorbo —dijo mientras se las sacaba y las metía en su mochila.

El duende pareció gratamente sorprendido. Quizás porque él mismo estaba descalzo. Sofía descubrió unas cuadras después que había dejado de saltar como un mono y corría a su lado, tratando de imitar sus movimientos.

Sin embargo el murmullo crecía. Con el rabillo del ojo vio unos cuantos corriendo por los techos de las casas bajas y algunos ya habían comenzado a saltar de un árbol a otro, apenas a media cuadra detrás de ellos.

—¿Por qué no nos atacan de una vez? —dijo Sofía tratando de recuperar el aire, apoyada en un semáforo que no tenía luz.

—¿Por qué razón los lobos se arriesgarían a saltar sobre un venado que en cualquier momento caerá de cansancio y sin fuerzas para defenderse?

Tenía razón. Los ajats corrían a menos de cincuenta metros. Cuando ella se detuvo a respirar casi se detuvieron, acercándose apenas unos pasos.

El duende miró a su alteza suplicante. Sofía sabía lo que pensaba Puck y



lo miró con fiereza. Salió disparada hacia el único lugar de la calle que los ajats todavía no habían cerrado. Parecieron sorprendidos por la repentina acción de la joven. Incluso el duende tardó unos instantes en seguirla.

—¿Sabés si estos bichos le tienen miedo a algo?

—Los ajats son creaciones de Ajataj, Señora de los bosques. Nada los detiene.

—Deben de tener un punto débil, algo que los atemorice.

—Ella los crea con plantas podridas y lianas. Quizás le teman al fuego.

—Vale la pena intentarlo.

Había perdido el miedo. No habían sido las palabras de Puck sino la abrumadora cantidad de ajats que la perseguían. No tenía sentido, era una exageración, desbordaban los edificios, las marquesinas, tapaban los autos, cubrían la calle como una alfombra. Cuando uno tiene la muerte tan cerca, entonces ya no hay nada que temer. Y es que el miedo es tan grande que se apaga.

Sofía estaba urdiendo un pequeño plan y valía la pena intentarlo.

Corrió hasta la intersección de dos avenidas. Allí no le podría caer ninguna criatura desde los árboles, ni saldrían de las alcantarillas.

Se detuvo, para sorpresa de Puck y de los ajats, que permanecieron a una distancia prudencial, decidiendo el momento justo para acabar con la chica. El duende intuyó que era justo en ese lugar donde los querían y aunque Sofía no los vio, Puck descubrió a un par de sombras. Ellas dirigían la cacería desde el puente ferroviario, sobre la avenida Juan B. Justo que cortaba perpendicular a la avenida Santa Fe, por la que habían corrido la última cuadra.

Sofía buscó la Berry. Había varios mensajes y llamadas perdidas, pero no tenía tiempo de verlos. Marcó.

—¿Sofía? —se escuchó del otro lado, con un extraño eco, como si las palabras salieran de un caño profundo y enorme.

—¿Cómo sabías que era yo?

—En la ciudad no hay nadie que pueda usar un teléfono, salvo tus tías y nosotras.



—Necesito tu ayuda.

—Lo temía. Cuando el tiempo se detuvo, mi mamá advirtió al clan. Solo los elementales y los humanos que tenemos relación con la magia nos movemos en este plano.

—¿Qué?

—No importa. ¿Quién te persigue?

—Ajats.

Un silencio mortal se hizo en la línea. Luego la respiración de Agustina sonó entrecortada. Tenía miedo, pensó Sofía, eso no era nada bueno.

—¿Estás segura?

—Me lo dijo un duende —buscó a Puck con la mirada, quizás para confirmar que no estaba loca.

—¿Dónde estás?

—En Santa Fe y Juan B. Justo.

—Tardaremos unos minutos en llegar. ¿Podrás resistir?

—Si vas a tardar más de diez minutos, ni te molestes en venir.

—No pienso abandonarte.

—Gracias —dijo Sofía y cortó.

¿Debía llamar a sus tías? No tuvo tiempo de pensar en ello. La alcantarilla más cercana saltó como si una explosión de gas la hubiera volado. De su interior surgió el ruido de cientos de ajats que comenzaron a surgir a borbotones.

Sofía trazó un círculo amplio con un lápiz de labios en medio de la avenida. Sacó el quitaesmalte y la colonia del bolso y los vertió sobre la línea. Luego se paró en el centro con el desodorante en aerosol en una mano y el encendedor en la otra.

Tenía que ganar tiempo, tenía que resistir.

Los ajats no comprendían por qué se había quedado allí. Avanzaron cacareando y gritando como hienas. No tenían apuro. El venado se había dado por vencido. Los lobos podían atacar.

Cuando Sofía pudo sentir sus alientos apestosos, prendió el encendedor. Una de las bestias saltó decidida y Sofía lo roció con aerosol. El ajat en



llamas encendió el círculo dibujado en el piso. Gritando y manoteando su espalda, corrió de regreso, creando el caos y la confusión mientras esparcía llamas entre los suyos. Tanto Puck como ella se miraron complacidos, los monstruos parecían hechos de paja y el fuego los saboreaba como un niño glotón. Se prendía a cada uno que tocaba y los convertía en piras ardientes. Al instante eran solo cenizas.

—No sé si temen al fuego pero son muy inflamables —dijo Sofía satisfecha.

Se acercó al aro de fuego y desde allí lanzó varios fogonazos con el desodorante. Batió el frasco y recordó que en el bolso también tenía mata mosquitos en aerosol.

—¡Déjenme en paz! —gritó a la marea negra, que avanzaba inexorable—. ¡Yo no les hice nada! Puck, decíselos.

—Pero sería mentira, su señoría. Usted les ha hecho mucho.

Sofía bajo el aerosol y apagó el encendedor. Miró al duende con fastidio.

—¿Está mal que me defienda?

—No me refiero al fuego. Su existencia es un problema para los seres de la oscuridad.

El aro de fuego disminuyó su poder.

Apenas cuatro minutos.

Y ellos saltarían. No les importada si uno o dos morían en el intento, alguno lograría pasar. Y ya no habría aerosol para detenerlos.

Sofía soltó la última ráfaga y abrazó al duende. La garganta le quemaba, el estómago se le contraía. Es el miedo, pensó. Cerró los ojos y recordó a sus amigos, a sus padres y a sus tías.









Capítulo 8

La primera en llegar fue Agustina aunque Sofía nunca supo si vino volando en una escoba, montada en una bicicleta o corriendo. Escuchó sus gritos a una cuadra, lanzando encantamientos contra los ajats. Había tres o cuatro personas más, una cuadra detrás de ella. Eran brujas y no perdían el tiempo hablando. Pero no les era fácil. Una de ellas cayó de una dentellada y decenas de monstruos se tiraron encima.

Sofía se puso de pie. Sentía el mismo sabor a quemado que al despertar del sueño con los dragones. Alrededor había un círculo de más de diez metros de cenizas. Puck la observaba espantado, pero ella no sabía por qué.

Un sonido a su espalda la obligó a darse vuelta. Otro grupo venía por el lado opuesto de la avenida, todavía estaban lejos pero se abrían paso sin dificultad entre la marea de ajats. No eran brujas. Su magia era diferente y no vestían de negro.

Eran cuatro damas sutiles. Excepto una, el resto danzaba a pocos metros del suelo, sostenidas por alas brillantes y tornasoladas. Sus manos, llenas de luz, desperdigaban destellos como semillas. Cantaban. Envolvían a los ajats en burbujas de luz y los lanzaban hacia un agujero flotante. Los seres desaparecían en su interior, pero Sofía estaba segura de que no morían, como sucedía con aquellos que eran vencidos por las brujas, a su espalda.

No tardó en reconocer a sus tías volando. Y a Malva, la anciana que tantas veces se reunía a tomar el té con ellas. No tenía la levedad de sus amigas y no podía volar, pero era más efectiva. No dudaba en sus movimientos.

Los dos grupos actuaban con celeridad y eficiencia.

—¿Te vas a quejar por la demora? —preguntó Agustina cuando llegó a su lado.

—De ninguna manera.

—Hiciste un buen trabajo —dijo mirando el círculo de lápiz labial oscurecido por el tizne—. Si no te conociera, diría que practicabas algún encantamiento.





—No lo hacía —dijo el duende con seriedad—. Intentaba alejar a sus atacantes.

—Gracias por aclarármelo —dijo Agustina a Puck mientras le guiñaba un ojo a Sofía. Y ambas rieron.

—Sin embargo pasó algo perturbador.

Las jóvenes lo miraron sorprendidas.

—Su majestad hizo algo con el fuego. Creo que lanzó fuego por su boca.

—¿Aprendiste a realizar encantamientos? —preguntó Agustina desconcertada.

—No. De hecho traté de utilizar tus palabras mágicas para matar a los ajats y no dio resultado.

—¿Palabras mágicas? —la bruja parecía más sorprendida que con el comentario de Puck.

—“Abacaxi” dijiste en el baño del colegio y el bicho explotó.

Agustina soltó una carcajada. Sofía no podía comprender qué le causaba tanta gracia. Se sostenía de ella para no caer de rodillas en el piso.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso?

—Lo siento —dijo secándose las lágrimas con su remera negra—. Abacaxi es ananá en portugués, no es ninguna palabra mágica.

—No entiendo.

—Cuando pasamos el nivel básico de los encantamientos, las brujas aprendemos a realizar magia con las manos y luego con la mente. En el último nivel, podemos crear conjuros sin hablar o diciendo cualquier otra palabra. Lo que importa es la intención. Podría haber dicho zapato, o calabaza, o budín.

—Eso me pasa por confiar en las brujas —dijo Sofía y le pegó un leve puñetazo en el hombro.

Agustina estaba feliz de haber llegado a tiempo.

—Tienes que volver con tus tías —dijo señalando a las mujeres de luz que estaban a unos pasos de ellas—. El duende se queda conmigo.

Su amiga no esperó a que respondiera y regresó a la batalla. El duende saludó con una reverencia a Sofía y siguió a la bruja sumiso.



Sofía quedó sola en medio del caos. Los ajats habían perdido el sentido de organización y se habían olvidado por completo de ella.

Alondra se aproximó flotando en el aire. Parecía un ángel, con su ropa etérea. También estaban las alas. Eran rayos de luz saliendo de su espalda y cambiaban de color. En Alondra eran verdes; sus otras tías las tenían azules y naranjas rojizos. Todas las alas tenían nervaduras. La única que no volaba era Malva; el color de su luz era casi marrón. Sus tías habían traído los colores pese a que el mundo continuaba gris.

—¿Estás bien, pichona? —le preguntó Alondra.

—Sí, estoy bien —no pudo decirle tía, tampoco se animó a abrazarla. Prefirió quedarse a una distancia razonable—. ¿Les avisó Agustina?

—Nos avisó un duende que dijo ser amigo tuyo. Después hablamos. Ahora vamos, en cualquier momento pueden aparecer más problemas.

—Me quedaré acá hasta que me den una explicación.

—Sofía, está en medio de la calle —dijo Alondra con suavidad.

—¿Y? No hay nadie, todos desaparecieron. Solo quedan las brujas, ustedes y esos bichos espantosos.

—No por mucho.

—Me da igual —Sofía se había dejado ganar por la ira.

Su tía descendió y con un gesto de bailarina clásica cambió su forma, de un ser sutil a una señora de unos sesenta años, regordeta, con anteojos redondos, rodete y un vestido conservador. Se paró junto a Sofía y esperó.

Candela se había detenido y dando una vuelta abrupta e inesperada en el aire lanzó un rayo rosa neón hacia las dos figuras que habían permanecido ocultas entre las sombras, sobre el puente. No esperaban el ataque y sintieron el golpe del rayo como una trompada en pleno rostro. Una de las sombras tomó a la otra en brazos y salieron disparadas hacia las nubes negras.

Y sin mediar un sonido o una brisa, la ciudad se despertó.

Fue como si el director de una película hubiera gritado “¡Acción!”

Autos, luces, música, gente, todo volvió a la normalidad. Los colores regresaron y Sofía sintió que era demasiada información para recibirla toda junta. Apenas reacción cuando un auto hizo sonar su bocina. Miró aterrada, pero su tía, actuando como una vieja enclenque, se había



colgado de su brazo y le hacía gestos al hombre del auto que se había encontrado con una mujer y una chica saliendo de la nada.

Cuando llegaron a la vereda Sofía buscó a sus otras tías, pero no pudo encontrarlas. Las brujas parecían pequeñas motas oscuras entre los edificios, volando lejos de la escena, cargando un bulto inerte con ellas. De los ajats no quedaban mucho, y los que habían logrado evadir a las mujeres corrían desesperados por las calles, evitando ser atropellados por el tráfico. Ninguno logró ponerse a cubierto a tiempo.







Sofía no recordó nunca el viaje de regreso, ni cuándo había entrado su padre al departamento.

El pequeño comedor era un hervidero: Carolina, Claudio, sus tías y Malva. Todos hablaban a la vez. Sofía recorría los rostros como si nunca los hubiera visto. La paz y alegría que se vivía allí hacía que la batalla contra los monstruos pareciera una pesadilla ajena. ¿Cómo podía ser que hacía apenas una hora hubiera estado peleando por su vida?

Ninguno se dirigía a ella directamente. Alondra le pasaba un ungüento en las heridas, Candela le ponía compresas en las quemaduras y Delfina le había alcanzado una botella de agua y un vaso. Sus padres se contentaban con acariciarle las puntas de los dedos.

De pronto Sofía descubrió un detalle que se le había escapado. La actitud de sus padres. Él la miraba de reojo tanto como podía y ella se ponía colorada con cada palabra que cruzaban.

—¿Alguien me va a explicar qué está pasando? —preguntó por fin.

—Por supuesto, caracolito de mar —dijo Delfina y miró a Candela. Ya es tiempo, ¿verdad?

—Nunca debimos embarrar tu vida —acotó Malva.

—Ella es como nosotras —dijo Delfina señalando a Malva.

—Somos hadas —dijo Alondra como si hubiera hecho una infidencia.

Sofía bajó la cabeza y sonrió. Claro, ¿por qué no? Era lo único en lo que no había pensado.

—Creía que las hadas eran más pequeñas.

—Así es, pimpollo —dijo Malva—. Las hadas, en su mayoría, son pequeñas, del tamaño de una mano o menores aún. Pero como ves, algunas crecemos un poco.

—Incluso más de lo que quisiéramos —dijo Alondra tocando sus caderas y todos rieron sin mucha convicción—. Te cuidamos desde que naciste. Sos un tesoro. Para los humanos y para las hadas.



—Algo escuché.

El silencio en la cocina le resultó incómodo, todos parecían esperar que dijera algo interesante, revelador, que demostrara su condición. Sofía supuso que su padre esperaba que explotara, pero se mantuvo serena. Hacía menos de tres días su mayor preocupación era aprobar las materias y buscar una malla adecuada para el verano. Tenía algunos sueños raros, no era tan grave. Su menstruación se había retrasado escandalosamente, pero había aprendido a convivir con eso. Siempre se había amoldado a las situaciones. Cuando sus padres se habían divorciado, cuando sus tías tomaron las riendas de su vida.

Ahora quemaba paredes, veía duendes, casi la devora una marea de pirañas con patas, descubría que la bruja de la división era realmente una bruja y que sus tías eran hadas. ¿Se acostumbraría a eso también?

—No me siento especial.

—¡Ah! Pero lo sos —dijo Malva levantando un dedo huesudo y apoyándose en la mesa con la otra mano.

—Traté de hacer algunos encantamientos y no resultaron. Agustina es mejor candidata.

—Nadie hizo una postulación —Candela era la única que no parecía relajada desde que esa conversación había comenzado.

—Nunca descubrí que ustedes eran hadas, así que tampoco debo ser muy inteligente.

—No es cierto, Sofi —dijo Claudio extendiendo sus manos hasta rodear las suyas—. Todos los que estamos alrededor de esta mesa somos responsables de guardar el secreto. Pero, al final, lo descubriste antes de lo que deseaban tus tías.

Las mujeres no estaban felices con el comentario, pero no podían discutir. Miraban a Claudio con recelo y él parecía dispuesto a presentarles batalla.

—Durante todos estos años me trataron como a una estúpida —de pronto sentía una frustración que le taladraba el hígado y una ira creciente.

Candela se apartó, mientras Delfina se ponía detrás suyo y le susurraba al oído. Alondra parecía soplar aire fresco sobre ella mientras extendía sus palmas.

—Tranquila —susurraba.



El aire se había calentado y Sofía sentía que el fuego sería incontrolable. ¿Y si explotaba como una estrella? Entró en pánico.

Candela la estudiaba con una mueca de disgusto. Y eso la ayudó a tranquilizarse. No le daría el gusto. Respiró profundo, pensó en nieve, agua, océanos profundos. Poco a poco se serenó.

—Enojarse no servirá —dijo Alondra—. Te contaremos cómo naciste y quizás entiendas.

—Podemos explicarte.

Claudio y Carolina no lograban comprender lo que sucedía. Su madre había visto el fogonazo en la habitación, pero las tías nunca le explicaron qué había sucedido. Claudio no sabía qué estaba pasando.

—¿Preparamos té? —preguntó Delfina.

Todos asintieron

—¿Me permiten? —dijo Malva poniéndose de pie con dificultad.

—Por supuesto Malva, será un placer —dijo Alondra. La anciana sacó de su bolso, colgado del perchero, una pequeña varita de madera oscura y nudosa. Si no hubiera estado grabada con runas y dibujos hubiera pasado por una rama cualquiera. Volvió a sentarse y golpeó la mesa con ella. Levantó sus manos y cantó. No fue una canción alegre y jovial, más bien pareció un tema ritual, entre gregoriano y celta. No tenía demasiada cadencia y era hipnótico. El aire se volvió fresco y la luz se concentró en el centro de la mesa.

Candela, Delfina y Alondra se sumaron. Sus voces eran apenas un susurro, pero se entrelazaban con Malva en un bello contrapunto.

Sofía no entendía lo que decían pero empezó a reconocer una historia antigua que hablaba de la hora en que el sol está por ocultarse, el momento para detenerse y contemplar la naturaleza. La canción hizo que todos sintieran los últimos rayos del sol en sus rostros aunque ya era de noche. Una nota aguda de Malva, muy delicada, produjo brillo. Una semilla de luz flotaba a pocos centímetros del mantel. Con una orden se metió dentro del jarrón que adornaba la mesa. La luz surgió de su interior y comenzó a temblar.

La canción de Malva se hizo más potente. Alondra, Candela y Delfina aumentaron el ritmo. La melodía cambió de un respetuoso himno



ceremonial a una tonada alegre y pegadiza.

La canción volvió a bajar el ritmo y el contrapunto entre las hadas se convirtió en una melodía con reminiscencias árabes. A Sofía se le ocurrieron historias de desiertos, de telas bordadas, de palacios con decoraciones ricas en curvas y brillos. Las flores del jarrón temblaron y flotaron sobre la mesa. Los pétalos se plegaron a la melodía mientras tomaban las formas de las tazas. Las corolas se convirtieron en pétalos y los tallos formaron alegres arabescos que dieron formas a las asas. Los pistilos se hicieron cucharas y cuchillos de untar. Sofía tocó la taza frente a ella y sintió la calidez del pétalo pero a su vez la dureza de la porcelana.

Las hojas gordas y carnosas, parte de la decoración del florero, se acomodaron para crear la tetera y una lecherita. La tetera voló hasta la canilla por orden de Delfina y se llenó de agua. Luego se deslizó hasta sus manos para que le echara hierbas adentro. Candela generó el calor necesario para que el agua hirviera.

Malva bajó la voz, hasta casi convertirla en un susurro, superado ahora por la canción de las tías, altisonantes. Las tazas dejaron de girar.

Delfina tomó la tetera y sirvió un poco en cada taza.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó Malva.

—La madrugada del 1 de septiembre de 1939. Fue un día muy triste para la humanidad —comenzó Alondra y sus ojos se llenaron de recuerdos—. También fue el día en que te sostuve en mis brazos por primera vez.

Durante la siguiente hora no se escuchó más que la voz de Alondra y el ruido de las tazas. Las otras hadas apenas intervenían, con alguna aclaración o su versión de ciertos hechos. Les contaron a Claudio, Carolina y Sofía del ataque de las hordas de Ragarath contra el Ultimo Reino. Les contaron de los reyes, del heredero, de las siete madrinas protectoras y de las cuatro que sobrevivieron.

—¿Así que soy una princesa? —dijo Sofía. Ya no sentía ira. Al parece1 su cuerpo había llegado al límite de sus emociones y estaba anestesiada.

—La más importante de las princesas —dijo Delfina sin mirarla, garabateando con su dedo sobre el mantel.

—¿Y cuántos años dicen que tengo? ¿Setenta?

—Bueno, no exactamente —dijo Malva acariciándose las manos



arrugadas y huesudas—. Es cierto, naciste en 1939 pero eso no quiere decir que tengas tantos años de vida. Los pescadores nos llevaron mar adentro. Ahí nos esperaban los dragones.

—Ellos se encargaron de mantenerte a salvo —aclaró Delfina—. Dormiste mientras nosotras buscábamos la familia adecuada para que te cuidara.

—¿Y qué pasó en esos años?

—Nada —dijo lacónica Candela—. No envejeciste, no respiraste, no soñaste.

Cruzaron miradas y Sofía hizo una mueca. ¿Y qué había de sus últimos sueños? ¿No tenían relación alguna? ¿Qué pasaba con el fuego en su interior? Candela todavía pensaba que ella era una niña a la que podía engañar con facilidad. Pero no era cierto. Estaban preocupadas. Algo había pasado durante esos años, algo habían hecho los dragones que ellas no sabían. Carolina movía sus manos nerviosa. Buscaba la manera de preguntar sobre los dragones. Eran seres que siempre le habían resultado maravillosos.

—¿Pueden contarnos algo sobre los dragones?

—En otra ocasión podemos hablar sobre ellos, pero no ahora —dijo Candela tajante.

—¿Por qué no? —preguntó Delfina con inocencia, perdida quizás en el recuerdo de los dragones que había visto. Candela la fulminó con la mirada, pero ella no se dio cuenta—. Los dragones son seres tan amables. Y tan incomprendidos.

—No es momento, querida —intercedió Malva.

¿A quién le recordaba esa anciana de innumerables arrugas, espalda encorvada y ojos claros? Se le escapaba, pero estaba segura de que conocía a alguien con sus mismos rasgos.

—Por ahora sigamos con el relato, pero yo también quiero saber más sobre los dragones y lo que le pasó a Sofía durante esos años.

Las hadas se quedaron tiesas. Claudio habló con una vehemencia que ellas no conocían. Carolina estaba admirada y lucía una sonrisa de orgullo. Sofía se acercó al oído de su madre para decirle que luego le contaría lo que sabía sobre los dragones, pero se arrepintió.

¿Y si luego se lo contaba a sus tías?







Nuria dio vueltas sobre la arboleda para asegurarse de que ningún ojo indiscreto la viera descender. El aire fresco limpiaba su mente. ¡Tenía tanto en qué pensar antes de enfrentarse al cónclave de los Clanes!

Cuando los acontecimientos se precipitaron no esperó la autorización del Cónclave y muchas brujas se aprovecharían de aquel error. Pero ¿qué podía hacer? Actuó como una madre, como una loba. Jamás se hubiera perdonado si Sofía moría por su inoperancia.

Aleteó una vez más y una pluma negra se desprendió de su ala izquierda. Metida entre las copas de los árboles descubrió a una pantera negra y a un lobo caminando juntos. Un poco más allá, una lechuza y una corneja volaban sobre el lomo de un gato, que seguía con gráciles movimientos a una yegua de crines azabache.

Se dejó caer mientras su cuerpo se estiraba, sus huesos se acomodaban y su pico perdía consistencia para regresar a su forma humana. Las plumas entretejieron sus hebras en un vestido simple pero elegante, un conjuro que le había enseñado su madre hacía muchos años y al que ella había hecho ciertas modificaciones.

Sus pies descalzos tocaron el pasto húmedo de rocío. Pezuñas, cascos y garras desaparecían a su lado. Podía reconocer a casi todas las brujas que habían llegado. No todas la recibían con aceptación. Pero la heredera seguía con vida y las hadas le debían un favor. De algo tenía que valer.

Dentro de los bosques de Palermo había pocos lugares suficientemente tupidos como para mantener a una treintena de mujeres a salvo de miradas curiosas. Por suerte el bar-restaurante cerca de uno de los lagos estaba vacío a esas horas y podían usarlo con un hechizo simple para que el sereno durmiera y las alarmas permanecieran mudas.

Un par de lobas llegaron corriendo desde el rosedal. En la oscuridad de la noche podían pasar por unos perros amenazantes. Para las gatas, carpinteros, cornejas, lechuzas y zorros había sido sencillo. Siempre era más complicado para los jaguares, yeguas y halcones. Algunas de ellas tuvieron que recurrir a medios de transportes tradicionales.



Un susurro nervioso y agitado recorría a las brujas. Nuria era la última en llegar. Lo había planeado así, para saber de inmediato qué reacción causaba en los otros clanes.

—Es tiempo de iniciar el Cónclave —dijo Irina, miembro del clan de las lechuzas, encargada de las formalidades.

—No andaré con vueltas —la voz de Mariela podía escucharse en todo el salón, decorado con algunas cortinas para cubrir las ventanas y un caldero en el centro, como símbolo de la alquimia de las mujeres de la Naturaleza—. Desde que presido el Cónclave de los clanes no hemos tenido una situación tan compleja. Ni siquiera cuando la heredera de las hadas tenía que nacer en estas tierras.

Las brujas se miraban unas a otras. Algunas con duda, otras con reproche hacia Nuria. En el Cónclave no había debates. La bruja elegida era quien tomaba las decisiones y llevaba la voz cantante. Había que concederles a las brujas una virtud: la practicidad. Siempre se buscaba a la mejor bruja para presidir el Cónclave. Y como la elegida cambiaba cada siete lunas y no había justicia en su elección, sino la suerte de las runas, ninguna regente se tomaba demasiadas atribuciones o cometía excesos, a menos que quisiera recibir una clara venganza cuando a su oponente le tocara estar al frente del Cónclave.

Sin embargo, esa noche más de una bruja se moría por dar su opinión. Nuria miraba las caras y se daba cuenta de que no era la única que luchaba por no salirse de los protocolos.

—Las brujas del clan de los zorzales han actuado esta noche para salvar al heredera —la entonación de Mariela era enfática, como si estuviera revelando un misterio bien guardado pero todas estaban al tanto de lo que habían hecho—. Por un lado tendremos la fidelidad de las hadas y el agradecimiento de la heredera. Pero nos hemos ganado una enemiga tan mortal que empequeñece el posible beneficio. Ragarath ya debe saber que nos pusimos en su contra.

—No teníamos opción —dijo Nuria sin poder contenerse.

—¿No teníamos opción? ¡Siempre hay opciones! —dijo Mariela con voz estridente.

—Si muere Sofía se acabaron todas nuestras posibilidades. ¿Realmente creen que Ragarath nos va a permitir vivir en paz?

—Muchas de las aquí presentes creemos que sí.

—Se equivocan. —Nuria tenía que controlarse, no podía explotar. Lo que



había hecho esa noche había producido una muerte en su clan. ¿Cómo convencerlas de que eso era mejor que aliarse a Ragarath? Mariela tenía miedo y actuaba, como otros clanes, con la intención de proteger a los suyos.

—Veo más muerte. Veo la desgracia en la casa de los zorzales —la voz era como el susurro de un enfermo. Todas las brujas se volvieron hacia un rincón oscuro del salón. La vieja Dalma era una de las pocas que estaba sentada en una de las sillas del bar. Todavía miraba sus manos con las que hacía unas horas había sostenido los huesos a los que había consultado. Las viejas podían opinar, aunque no era lo usual. Cuando lo hacían era, como esta vez, porque habían tenido una revelación importante.

—¡Cuéntanos mujer! ¿Qué pasará?

—Nada pasará con los clanes, Mariela. La muerte rondará sobre los zorzales. Ragarath sabrá quién actuó entre las brujas y descubrirá que fue por voluntad propia. Ella no quiere tenernos de enemigas.

Nuria se puso pálida.

—Entonces, como tus acciones solo afectarán a los tuyos, no te reprenderemos. —Mariela preció conforme con el destino que le esperaba—. Al parecer tendrás suficiente castigo del Hada a la que combates. Espero que tus nuevas aliadas te ayuden. Nosotras permaneceremos al margen. No volveremos a hablar con tu clan hasta que Ragarath sepa que nos mantenemos neutrales.

—Nunca nos mantuvimos neutrales. —Nuria no levantaba la voz. Casi estaba llorando.

—No se hable más —dijo con voz contundente. No todas las presentes sabían lo que había pasado quince años atrás, con la misma heredera a la que ahora no querían ayudar—. Tu acción irresponsable podría habernos puesto en una situación más delicada aun. Solo te mantendremos en el Cónclave porque tu hija ha forjado una relación con la heredera. Aunque veremos si permanecerá con vida después que llegue Ragarath.

Nuria se mantuvo en silencio. Las brujas continuaron con los ritos y ceremonias. Para finalizar entonaron la canción que dictaba la tradición y se retiraron en pequeños grupos. Esta vez no necesitaban mantener las formas humanas y antes de pasar por la puerta volvían a la confortable estructura de su animal. La última en irse de la sala fue Dalma. Siempre era la última, sus huesos no le permitían actuar con premura.



—No te alteres —dijo, poniendo una mano sobre el hombro de Nuria—. Creí conveniente decir parte de la verdad.

La madre de Agustina la miró sorprendida. Nunca había tenido una buena relación con Dalma. Como todas las viejas, era demasiado cautelosa y sus acciones eran por lo general esperar y responder, nunca actuar.

—El futuro es incierto, pero solo tengo una cosa en claro: viene un tiempo difícil, donde la muerte rondará por cada rincón. Tus actos son desconcertantes para mí, pero siento que lo que hiciste esta noche ha salvado al mundo.

—Gracias.

La vieja bajó la vista, palmeó un par de veces el hombro de Nuria y se dirigió hacia la puerta. Ya se había arqueado lo suficiente como para apoyarse en las patas delanteras, pero se detuvo.

—Lástima la niña. Parece que la única manera de triunfar es con su muerte.

Nuria se puso blanca como el papel.

—¿Hablas de mi hija?

La vieja caminó unos pasos más, y cuando llegó a la puerta del bar, mientras sus huesos se adaptaban para sostener su piel de loba, susurró:

—Me refiero a la heredera.







ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Candela y Delfina hicieron volar los platos con la cena, mientras Malva ayudaba a servir vasos con hidromiel y agua de rocío dulce. El ambiente era más ameno y Sofía se sintió feliz por compartir una cena con sus padres. Pero al final no pudo evitar pensar en todos los temas que le daban vuelta en la cabeza y uno en particular.

—¿Quién es Ragarath?

Las hadas hicieron muecas de disgusto. Hasta ese momento Ragarath era la representación del Mal en una historia que por momentos parecía un cuento.

—No todas las hadas aman a los humanos —comenzó Alondra.

—Es una manera gentil de decirlo —acotó Malva.

—Es cierto. Hay un grupo de hadas que no desean que el hombre decida el futuro del mundo.

—Cada vez son menos las hadas que confían en los humanos —dijo Candela—. Muchas prefirieron dejar este plano. Y otras, como Ragarath, creen que la única manera de salvar lo últimos bosques y selvas es sojuzgar a los humanos y ordenarles cómo actuar.

Se produjo un silencio incómodo. Ninguno podía negar que Ragarath tenía cierta razón. Claudio y Carolina imaginaron cómo sería un mundo sin contaminación, con todas las especies animales y vegetales que había desaparecido por la mano del hombre reproduciéndose en libertad. Sofía, por otro lado, pensó en las dictaduras que había estudiado en la escuela. Hombres que se arrogan el derecho de decidir por otros, gente con la prepotencia de suponer que sus ideas son mejores que las de los demás y que solo ellos pueden indicar el camino hacia el futuro. Así había terminado su amiga Melisa, alejada de su familia, seguramente por pensar diferente. Era fácil soñar con un mundo donde los hombres respetaran la naturaleza, pero ¿a cualquier precio?

—Actuar como dementes, aun para salvar el mundo, no nos hará mejores que los hombres.



—No me lo digas a mí, Malva, díselo a Ragarath —dijo Candela con más violencia de la que deseaba. Tal vez se estaba preguntando cómo sería un mundo dominado por las hadas y sintió vergüenza.

—Hace siglos, hadas, elfos y sirenas decidimos abrir fuentes de magia para los hombres —dijo Malva, mientras con las palmas de la mano alisaba el mantel—. La energía pura de la naturaleza estaría al alcance de los humanos. Suponíamos que los ayudaría a convertir el mundo en un paraíso.

—Por algo los hombres no tienen acceso a la magia —murmuró Candela.

—Eso no es cierto —protestó Alondra—. Los hombres no tienen conciencia de las energías del mundo. Pero las usan. Los creadores, los alquimistas, los hombres de fe. Todos usan las fuerzas del Universo.

—…y algunos magos —concluyó Malva.

—Brujas —dijo Claudio.

—No necesariamente. Hay magos que usan las energías más puras del cielo. Las brujas solo pueden alcanzar la energía de la Tierra, la que surge del latido del mundo.

—Pero sabemos que es extraño el humano que las usa sabiamente —Candela se había cruzado de brazos. Delfina temblaba—. Los humanos son codiciosos y egoístas.

—Gracias a los humanos hemos conseguido permanecer atadas al mundo —dijo Malva sin dirigirle la mirada.

—Ellos tiene cualidades que nosotros no tenemos —dijo Alondra.

—Aunque a veces son temibles —murmuró Delfina mirando al piso. Sofía parecía ser la única que se había percatado de lo dicho por su tía. Pero Malva también había escuchado. Le puso la mano en el hombro, y ella dejó de temblar. Se acercó al oído y le habló tan bajo, que solo Sofía con su nueva capacidad pudo percibir lo que hablaban.

Alondra se puso de pie. Algo de lo que había dicho Candela la había sacado de sus casillas. Malva levantó la mano.

—Nos estamos metiendo en discursos que no sirven a Sofía ni a sus padres. Estamos acá para que sepan lo que sucede, no para generarles temores y desconfianzas.

—Lo siento —dijo Alondra, acomodándose los lentes.



—La culpa es mía —dijo Candela, acercando su mano a la de su amiga, pero Alondra muy sutilmente la apartó. A Sofía tampoco le gustaba la actitud de Candela. Pero prefirió mantenerse en silencio.

—Las fuentes de la magia fueron ubicadas en diferentes lugares del mundo —continuó Malva.

—Se eligieron puntos distantes entre sí, para que los humanos tuvieran las mismas posibilidades de llegar a ellos —contó Alondra mirando a Sofía—. Los había en el mar, en los bosques y en las montañas. En los desiertos, en las estepas y en las márgenes de los ríos. Algunos lugares fueron elegidos por la nobleza de sus habitantes, otras porque recordaban a los elfos, las hadas o las sirenas algún acontecimiento de sus propias existencias.

—Al principio no todas las fuentes estaban dentro de los reinos del hombre —puntualizó Malva—. Por entonces todavía no habían poblado todo el mundo.

—Debimos ser más cuidadosas —Candela escuchaba la historia como si tragase un remedio amargo.

Sofía quiso pegarle.

—Es cierto —respondió Alondra, para su sorpresa—. Pero lo hecho, hecho está.

—Fue un tiempo de felicidad —dijo Malva—, de celebración.

—Duró poco.

—Candela tiene razón. Duró poco. Los hombres no comprendieron el valor del regalo y lo pervirtieron.

Malva estaba dolorida por el relato. Alondra quería mantener su optimismo pero le resultaba difícil.

—Muchos reinos terminaron saqueados. Guerras interminables destrozaron razas enteras —murmuró Malva—. Pocas fuentes se usaron con sabiduría.

—Esas también se perdieron —dijo Candela negando con la cabeza—. Tarde o temprano alguien escuchaba sobre ellas y enviaba tropas o magos poderosos.

—No entendieron. Nunca entendieron —dijo Delfina.

—Nunca —confirmo Candela.



—Al final solo quedó una fuente de magia, en un pequeñísimo reino, en el lugar que hoy conocemos como Polonia. El Último Reino protegido por la magia de las hadas.

—Qué pena que justo haya sido ese reino —murmuró Delfina.

—Un reino maldito —asintió Candela.

—¿Por qué? —preguntó Sofía.

—Es una historia larga y triste —se apuró a responder Malva—. Ragarath había prometido destruir al rey de aquel reino y a todo su pueblo. Cuando lanzó su amenaza pocos supieron de ella. Había veintiún fuentes de magia. ¿Quién se iba a preocupar por un pequeño pueblo amurallado en un rincón de Europa? Después de todo, era el lugar del mundo con más fuentes y reinos.

—¿No le dieron importancia a las amenazas de Ragarath? —Sofía estudiaba las reacciones de sus padres. Podía ver en ellos hasta dónde conocían la historia. No mucho, al parecer.

—Las hadas somos temperamentales —dijo Alondra—. Nos mueven sentimientos fuertes y no siempre podemos controlarlos. Pero no somos seres malvados. Nadie pensó que Ragarath llevaría sus amenazas a la realidad.

—Era una de las hadas más maravillosa —susurró Delfina.

—No es cierto —dijo Candela—. Siempre se dejó llevar por los sentimientos.

Malva levantó una mano y todas callaron.

—Había otra razón por la cual no le dimos importancia. Ragarath no podía ingresar al reino. Uno de los reyes usó la magia para impedir su entrada.

—“Mientras mi sangre corra por mí o por mis descendientes no podrás poner un pie en el corazón de este reino” —Alondra y Candela miraron a Delfina. Recitaba el encantamiento como si ella misma lo hubiera escuchado.

El silencio se apoderó de la cocina.







Capítulo 12

EN ALGÚN MOMENTO DEL SIGLO XII.

MÁS ALLÁ DEL MUNDO HUMANO.

—No puede ser, no puede ser.

Malva repetía una y otra vez la frase como un mantra. Estaba tan preocupada que no había podido volar desde que había llegado a la frontera. Avanzado a paso acelerado por la plataforma que unía su país con el Concilio de las Siete Cortes. Si no fuera por los siete puentes que lo conectaban con el anclaje, la ciudadela del Concilio saldría volando como una pompa de jabón sobre el paisaje dorado, para perderse en el infinito cielo púrpura. Era sobrecogedor, incluso para un hada. Una montaña cabría perfectamente debajo y un lago con sus bosques bien podrían ocupar un lugar dentro de la ciudadela, y todavía habría espacio.

Había estado durante su construcción, mucho antes de que los hombres salieran de las cuevas para desparramarse por cada rincón de la Tierra. Ella misma había liderado a las hadas de su corte para tensar el puente por el que caminaba.

La ciudadela era la glorificación de todo el poder de las hadas trabajando al unísono. Cada corte era un país diferente, cada uno con su propio manejo de la magia y sus maravillas. Siete jardines rodeaban el edificio principal, representando la sabiduría de cada corte: había un jardín de plantas acuáticas, otro del desierto, de las montañas, de los bosques, de las praderas, de las regiones de hielo y de las selvas.

Cuando Malva llegó al otro lado se permitió un segundo para acomodarse las ropas y plegar las alas. ¿Cómo habían empezado con la reunión del Concilio sin ella? ¿Por qué no le habían avisado?

—Que no sea nada grave, que no sea nada grave.

Los pies diminutos del hada rozaban las baldosas de cristal. En los jardines casi nadie caminaba, los que se desplazaban lo hacían volando y los que estaban a la altura del piso callaban al verla pasar y luego hablaban en susurros mirando para todos lados. A nadie se le escapaba



que Malva era delegada de una de las cortes y regente del Concilio.

Las guardias no la detuvieron, ya la había visto demasiadas veces aquella semana para intentar formalismos innecesarios. En el interior del palacio el silencio parecía una enorme piedra que aplastaba a todo el que permanecía en el hall principal. Presurosa ascendió por la escalera traslúcida, tallada con maestría.

—Lo lamento —dijo Rosa bajando unos escalones para alcanzarla—, no hubo manera de avisarte. Hasta que no se levante la alarma no se puede salir de la ciudadela, solo entrar.

—Eso es ridículo, ¿cómo avisarán al resto de las cortes?

—Están todas presentes.

Malva se detuvo. ¡Ragarath! Otra vez había logrado meterse entre los miembros del consejo. Sabía que ella era una de las más férreas luchadoras en su contra. La habían mantenido aislada para que no llegara a tiempo. Con maestría había logrado torcer voluntades, mintiendo, engañando.

—¡Arpía!

—Están todas asustadas. Acaban de descubrir que Ragarath ha secuestrado niños humanos. So le lleva a su fortaleza en lo profundo del monte Gorgoth.

Malva se detuvo en medio de un paso y casi se tropieza con el filo de un escalón. Se asió con fuerza del pasamanos y miró a Rosa con incredulidad.

—No puede ser. Nos hubiéramos dado cuenta.

—Lo hace desde hace años.

Malva se puso pálida.

—¡Eso es una estupidez! Ragarath ha sido expulsada de las cortes por usar magia negra y no se nos escaparía si estuviera secuestrando humanos. Ellos estarían gritando por los campos y los bosques.

—Es que los humanos no se han dado cuenta.

Malva miró a Rosa como si hubiera hablado en otro idioma.

—Los cambia.

—¿Cómo?





—Al parecer no solo secuestra bebés humanos. Tengo un informe secreto. Ha hecho pactos con los orcos, con los goblins y otras razas de las sombras. Corren rumores de que ha robado duendes, sirenas, incluso elfos, y los deforma para hacerlos pasar por humanos.

Malva se llevó la mano a la boca como si intentara evitar que el corazón se le saliera. Lo que decía su amiga tenía tantas implicaciones que no alcanzaba a imaginarlas. Comprendía perfectamente por qué no podía salir nadie de la ciudadela.

—¿Tan bien están hechos?

—Los humanos no pueden ver las diferencias, pero un hada podría descubrirlas con un poco de atención.

—¿Han empezado a sesionar sin mí?

—Hace bastante, pero discuten tanto que no han llegado a nada. Lo más probable es que todo comience cuando entres.

Y así fue. Malva era una de las hadas más antiguas. Algunas leyendas aseguraban que había nacido cuando todavía no se habían cubierto de arena los desiertos. Las hadas más jóvenes veían en ella el alcance de la palabra inmortalidad. Miles de años no habían logrado marcar su perfecto rostro. Su piel lisa y suave, morena, de grandes ojos azul profundo y pestañas tan negras como la noche. Ni las humanas en su adolescencia parecían tan jóvenes y firmes como ella. Portaba la voz de la experiencia, pero Ragarath pisaba en la Tierra desde hacía tanto tiempo o más.

—¡Al fin! —gritó un hada delgada y enjuta cuando cruzó el portal Norte.

—Candela. Lamento no haberme enterado de esta reunión de emergencia.

—No importa eso ahora. Tenemos que obligar al Consejo a que tome una resolución. Hay que detener a Ragarath.

—Eso no es necesario —dijo un hada gorda y de cachetes rosas—. Todo lo que se cuenta son habladurías.

—Marra, ya te he dicho mil veces que nuestras fuentes son más confiables que tus propios ojos —Candela parecía a punto de echar fuego por los ojos pero el hada no se inmutó. Con dificultad pretendió cruzarse de brazos. Como no pudo hacerlo se conformó con entrelazar sus dedos rechonchos. Era evidente que la discusión entre ellas había llegado al punto en que no había razonamientos posibles. Malva continuó su



camino hacia el estrado.

El salón del consejo era un anfiteatro concéntrico. En las gradas blancas se habían puesto almohadones de los siete colores, representando a cada corte. Ninguna estaba por encima de la otra, ni tenía privilegios. La ubicación de cada grupo seguía estrictamente la progresión del arco iris. De esa manera no había discusiones. Pero a nadie le importaban los colores, ni las notas musicales que llamaban a cada grupo desde un xilofón de cristal de siete tubos. Se habían formado aglomeraciones de hadas, todas volando con gestos histéricos.

—Su altísima —dijo Malva al oído de un hada baja y delgada que se acurrucaba en un sillón demasiado grande. Si bien no tenía arrugas, su cara parecía consumida. Algunos aseguraban que era la primera hada, nacida de la risa primigenia del primer hombre. Las leyendas eran innumerables y Aurora no había desmentido ninguna. Era algo soberbia, pero también básica y muchas veces se le escapaban los recuerdos como si su cabeza tuviera alguna rajadura oculta que drenaba el pasado. El hada estudió a Malva como tratando de saber si la conocía.

—Querida mía, era hora de que aparecieras. No sé cómo lograr que me escuchen.

Malva tomó de la mano y la sintió fría. Asintió tranquilizándola y se paró frente la mesa del estrado. Juntó las manos y cerró los ojos. Cuando los abrió, extendió sus brazos hacia los lados y un destello de luz encegueció a los presentes. Por un momento todo fue blanco y no podía escucharse ni la respiración. Era una demostración de poder que sorprendió a todas.

—Queridas hermanas de las siete cortes. Estamos reunidas en un momento difícil, pero eso no significa que debamos olvidar el respeto hacia quien preside este Concilio.

Sin perder tiempo cada hada ocupó su lugar.

—Estamos aquí reunidas —comenzó Aurora— porque nos ha llegado una información desconcertante.

Las hadas asintieron, no había necesidad de volver a explicarlo, la información había recorrido la ciudadela.

—Ragarath se alejó de nuestro mundo y no forma parte ya de ninguna de las cortes —Malva acompaño el relato con seriedad—. Sabemos que ella ha optado por abrazar una magia antigua y peligrosa. Las energías que mueven las sombras son destructivas y poderosas. Cada día recibo noticias de sus actividades. Escucho con preocupación relatos sobre



secuestros, mutaciones y torturas. Cada reporte es más alarmante y más espectacular.

Malva estudió a las presentes y se sorprendió gratamente al comprobar que no había ni un rostro en contra de lo que decía la anciana. Respiró aliviada y se relajó en su sillón.

—¿Qué decir a todo esto? ¿Cómo reaccionar ante tantas habladurías?

Malva se enderezó. ¿Había escuchado bien? ¿Aurora había dicho habladurías? No podía ser. Entre el público también se notaba una inquietud.

—Es cierto que Ragarath se ha ido de nuestro entorno. Pero tal vez fue al plano de los humanos porque nosotras la rechazamos, la juzgamos y quisimos escucharla.

Para sorpresa de Malva varias cabezas asintieron en el recinto. Buscó la cara de Candela, sentada en el extremo izquierdo, y no pudo percibir nada. Su rostro parecía esculpido en mármol. Ella no confiaba en Aurora, desde hacía tiempo venía advirtiendo que tarde o temprano se rendiría ante la lengua dulce y bífida de Ragarath.

—No estoy diciendo que todas las informaciones sean falsas, pero me temo que no le hemos permitido a Ragarath dar una explicación. Sus aliados hablaron conmigo y me advirtieron de una terrible guerra que se avecina. Los humanos han decidido expulsarnos de la Tierra y Ragarath pretende detenerlos. Quizás haya en esta sala hadas que continúan confiando en los humanos. No diré que está mal. Pero les suplico que escuchen las advertencias. Si se matan entre ellos por pequeñas porciones de tierra, ¿por qué no lo harían por la magia que todavía brota de la última fuente? ¿Y si deciden invadirnos?

A continuación sobrevino el caos. Algunas hadas vitorearon a Aurora y otras comenzaron a gritar.

Malva miró a la anciana y esta no quiso devolverle la mirada. Entonces se puso de pie, y cuando pasó a su lado, murmuró para que solo Aurora escuchar:

—A veces las hadas se comportan de manera más vergonzosa que los humanos.

Salió del recinto buscando el aire de los jardines.

Ragarath había ganado la partida. Quizás la más importante de todas.









Rosa encontró a Malva entre las arenas del desierto, detrás de una palmera en el pequeño Oasis. Estaba arrodillada y hacía un pozo en la arena. Con cuidado depositó en su interior un dátil y lo cubrió. Malva cantó una bella canción sobre dunas y estrellas brillantes, dragones voladores y calor abrasador. Un hilo de agua surgió del lago y regó la semilla. Un dedo verde emergió danzando como una cobra. Malva tocó con sus labios la arena, besó al nuevo tallo, y siguió cantando. Se puso de pie y recién entonces miró a su amiga. Rosa supo que había estado llorando.

—Hemos encontrado algo.

—¿Qué significa eso?

—Un hada le contó a Candela algo digno de escucharse.

Malva percibía la felicidad de Rosa con desconfianza. Había visto cómo la alegría se convertía en llanto cuando descubrían que sus brillantes planes ya habían sido pensados por Ragarath. Suspiró, se despidió de la nueva planta que ya le llegaba por los tobillos, y levantó vuelo. Su amiga sabía que zigzaguear entre las construcciones divertía Malva. Rosa lo hubiera disfrutado si no fueran a tanta velocidad, rodeando techos ojivales, sumergiéndose debajo de puentes colgantes, sorteando balcones, miradores e invernaderos.

Si hubieran sido minúsculas como un botón podrían ser osadas pero el tiempo de ser pequeñas había pasado. Habían crecido todo lo que un hada era capaz. Maniobrar con un cuerpo tan grande no era sencillo ni práctico.

Malva se dejó caer en picada, como si alguien le hubiera disparado. Rosa casi se enreda en los tensores de un puente por seguirla. Rosa conocía a su mentora, estaba furiosa.

Su manera de expresar sus sentimientos más densos era esa loca carrera por la ciudadela. ¿Quién se atrevería a juzgarla?

Ragarath estaba destruyendo todo lo que había construido durante años.







—No sé, tengo mis reservas —Candela estaba en una sala circular, varios pisos por encima del Concilio. Estudiaba un papel enrollado en las puntas, gastado por el tiempo.

—A mí me parece una idea excelente —dijo Rocío sentada en un sillón formado por las ramas de dos árboles que ingresaban por los ventanales.

Malva aterrizó en el balcón y antes de correr las cortinas ya estaba Rosa a su lado.

La sala había sido construida con resina. Parecía una cascada de miel detenida en el tiempo, que formaba columnas, arcadas y bibliotecas. Candela se sentía la dueña del lugar.

—¿Qué descubrieron? —preguntó Malva.

—Una joven llamada Alondra me encontró en los jardines. Estaba atrapada desde la alarma en el Concilio. Confesó sus temores, pero también insistió en regresar a las tradiciones.

—Supongo que no me habrás llamado por eso —dijo Malva tomado una frutilla de la mesa central y untándola con miel—. No estoy de humor para dejarme llevar por fundamentalismos.

—Yo tampoco. Y no estoy de acuerdo con su idea. Pero Rocío y Rosa insistieron en que te la mostrara.

Candela le extendió el pergamino y Malva leyó su texto varias veces hasta comprender la idea.

—¿Qué es esto?

—Es una antigua tradición. Al parecer la antigua mentora de Alondra participó en estos rituales. Los siete dones.

Malva los recordaba porque ella había conocido a varias de las hadas que los esparcían entre los recién nacidos en la época en que los hombres utilizaban el fuego para moldear el hierro. Por entonces no estaba de acuerdo con entregarle algo tan valioso como un don a un recién nacido.



Las cosas habían cambiado. Ella había cambiado. Después de leerlo por tercera vez estaba tan feliz que no podía comprender cómo Candela estaba en desacuerdo.

—¿Dónde está la joven?

—Esperando en el recibidor —dijo Rocío.

—Que venga de inmediato.

—En seguida.

—No te apures, Malva —dijo Candela— no me parece una buena idea. ¿Recuerdan por qué se dejaron de dar los dones?

—Lo recuerdo. Pero esta vez haremos las cosas diferentes.

Rocío le pidió a la joven hada que pasara. Alondra era una muchacha rolliza, de sonrisa fácil y usaba rodete. Un poco más baja que otras hadas, irradiaba una simpatía y tranquilidad que obligaba a todos a mirarla.

Luego de las presentaciones, Malva preguntó:

—¿Cuál es tu idea Alondra?

—Escuché lo que Ragarath está haciendo.

Ninguna de las presentes preguntó cómo lo sabía, porque era lógico. En las últimas horas, todos los que estaban aprisionados en la ciudadela sabían lo que pasaba en el recinto.

—Y crees que otorgando dones a los recién nacidos detendremos a Ragarath —no era una pregunta, la propuesta de Alondra era clara.

—Al principio se me ocurrió que sería bueno hablar con el Hada Oscura, pero luego me di cuenta de que era algo que ustedes ya habían hecho, ¿no?

Candela asintió, mintiendo por todas y bajó la vista.

—Luego pensé en los chicos —continuó Alondra y sus ojos se llenaron de amor—. Los niños humanos son tan frágiles. Y los padres no se recuperan si algo les pasa.

—Los humanos no se dan cuenta de los cambios.

—No es cierto, Candela —dijo Rosa casi en un susurro. Estaba colorada y se había hecho un ovillo en la silla.



—Pero cuando nos vimos esta mañana me dijiste... —Malva vio que Candela y Rocío también estaban sorprendidas.

—Me obligaron —se cubrió los ojos y escondió la cabeza entre las piernas. Los sollozos eran cada vez más fuertes.

—¿Quién hizo eso? —Candela rugía como un león.

—Dejemos que se recupere —dijo Malva levantando una mano para tranquilizar a sus amigas—. Alondra ¿podrías traer un poco de hidromiel? Pasando esa puerta está la cocina.

Alondra asintió y salió de la sala.

—¿Es confiable? —preguntó a las otras dos.

—No lo sabemos —respondió Candela—. Me manejaría con cautela, pero no veo razón para preocuparnos.

—¿Estás segura?

Alondra volvió con una flor convertida en vaso. Malva quedó sorprendida por la perfección y la belleza del trabajo. Era un hada muy hábil.

—Gracias —dijo Rosa después de beber, secándose las lágrimas—. Por favor, no tienen que enterarse en el consejo.

—Mis labios estarán sellados con este juramento —dijo Alondra seria, llevándose cada mano al hombro opuesto y bajando la cabeza. Luego ambas manos se unieron y los dedos índices se apoyaron en sus labios.

La fórmula era tan antigua que ni Rocío ni Rosa la conocían. Pero Malva y Candela se miraron sorprendidas. Un hada no hace una promesa como aquella si no sabe su significado y su alcance. Ambas decidieron que podrían confiar su vida a la joven.

—Cuéntanos —dijo Malva.

—Hace dos días entré al Concilio por las pajareras. Me gusta ver a los colibríes antes de comenzar el día. No me di cuenta de que había alguien escondido entre los jaulones de las palomas hasta que las escuché susurrando. Eran Ajenjo y Mara. Tenían que pasar el reporte a Aurora sobre la actividad de Ragarath. Ajenjo le decía a Mara que no podían ocultar información y Mara trataba de convencerla de que sería un error asustar a todas las hadas. Los hombres habían descubierto que Ragarath cambiaba a sus hijos.

—Pero ¿por qué dijiste...? —Malva estaba sorprendida, nunca Rosa le



había mentido.

—Me descubrieron. Me presionaron para saber qué había escuchado y me advirtieron que tenían el poder para desterrarme del mundo de las hadas si no aseguraba que los humanos no podían descubrir el cambio de bebés.

—No puedo creerlo —Candela estaba consternada. Las hadas comportándose peor que los humanos más traicioneros.

—Cuando supieron que venías —continuó Rosa mirando con vergüenza a Malva— me buscaron en el recinto, me sacaron y me obligaron a ir a tu encuentro.

—¿Lo mismo hicieron conmigo? —preguntó Candela.

—Si hacés un poco de memoria, cuando nos vimos en el recinto no estaba sola.

—Estabas acompañada por Mara y Ajenjo —Candela le pegó a la mesa con el puño cerrado y el golpe sobresaltó a todas.

—Lo siento.

—No pudiste mantenerte callada por mucho tiempo —sonrió Malva tomándola de la mano—. Nos advertiste. Sin importar que te destierren, y antes de que hiciésemos algo de lo que podríamos arrepentirnos.

—Pero no podemos actuar sin desenmascararla.

—No te preocupes, Candela. Creo que la idea de Alondra puede funcionar. Pero no lo haremos ahora.

—¿Por qué no?

—Porque todos sabrían que se trata de una estrategia contra Ragarath. Esperemos a que el tema se diluya, que se olviden. Antes de terminar el Concilio se escucharán propuestas menores, estrategias sobre cuidado de especies en extinción, preparativos para las festividades de invierno y verano, recuperación de costumbres olvidadas...

Las hadas se miraron con alegría y complicidad. Mientras Ragarath disfrutaba de su victoria, ellas habían encontrado la manera de vencerla silencio, solapadamente.





ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

—Ragarath nunca fue invitada a los nacimientos —continuó Malva—. Nosotras elegíamos a las encargadas de entregar los siete dones a los recién nacidos. Teníamos que neutralizar las atrocidades que ella hacía. Queríamos impedir que se llevara a los niños y los corrompiera.

—Pero ella lo descubrió en la novena ceremonia —dijo Delfina.

—Los humanos no saben callarse —Candela apretaba los dientes con odio—. Se los pedimos. Les dijimos a los jefes de los clanes que nos invitaran a la presentación de sus hijos y que nosotras les daríamos dones para defenderlos del Hada Oscura. Sería una ceremonia secreta y los padres debían jurar silencio.

—La noticia corrió como reguero de pólvora —reconoció Malva—. Los padres estaban asustados y ni bien supieron que había una defensa no se contuvieron. En menos de un mes ya se había enterado toda Europa que las hadas otorgaban sus dones a los recién nacidos. Fue imposible manejarlo. Se necesitaron todas las hadas de las siete cortes. Nosotras seguimos seleccionando a los grupos y siempre excluimos a Ragarath.

—Eso la enfureció —dijo Delfina—. Y comenzó a aparecer en la ceremonia antes de la entrega del último don.

—Todavía recuerdo cuando irrumpió por primera vez —dijo Malva negando con la cabeza—. Antes de que me tocara, apareció Ragarath y le regaló al bebé una muerte dolorosa y prematura.

—¿Eras la última? —preguntó Candela sorprendida—. No lo sabía.

—Las hadas que me acompañaron aquel día prefirieron mantener en reserva los nombres de las hadas presentes.

—¿Y no se te ocurrió hacer un contra hechizo? —Candela estaba alterada.

Delfina abrazó a Malva con cariño. Alondra estiró su mano y miró a Candela con rencor.



—¿Qué pasó? —preguntó Carolina.

—La familia lloraba, el jefe del pueblo dio la orden de que nos arrestaran. Estábamos consternadas, no sabíamos qué hacer.

—Pero no podían hacer nada —concluyó Claudio—. Ella había entregado el último don.

—Entendimos que Ragarath no había otorgado un don, sino una maldición. Por eso decidimos que podía entregar el mío y así contrarrestarla —dijo con una lágrima rodando por su mejilla—. Convencimos a la gente del pueblo que todavía podíamos ayudar. Y entregué mi don. Dije que el bebé llegaría a viejo, que sería feliz, que todos lo recordarían por su valor.

—¡Qué estupidez!

—¡Candela! —gritó Alondra.

Candela bufó. Malva continuó, con lágrimas en los ojos.

—El niño murió pocos meses después de progeria, una extraña afección hasta entonces desconocida, que convierte a los niños en ancianos. Todos recordaron la entereza con que el niño tomó su enfermedad. Nunca dejó de sonreír.

—No se pueden contradecir dones, maldiciones o deseos otorgados por un hada —recitó Delfina.

—Pero en ese momento no lo sabíamos —dijo Malva.

—Las hadas fueron consideradas enemigas —continuó Delfina—. En muchos lugares no se realizaron más fiestas, en otros se advertía a las hadas que no acudieran y en más de una provincia se ensuciaban las calles con estiércol para que no nos aproximáramos.

—Solo las familias reales se animaban a invitar a las hadas a sus celebraciones —continuó Malva—, creyendo que con sus ejércitos detendrían a Ragarath, pero estaban equivocados.

—Con el tiempo, el Último Reino fue el único que se animaba a invitarnos —siguió Alondra—. Se suponía que Ragarath no podía entrar ahí.

—Lo que no nos dimos cuenta —interrumpió Malva— es que no se puede excluir a ningún hada de una celebración.

—Eso quería decir que Ragarath podía entrar al Último Reino durante la entrega de los dones —continuó Alondra, sintiéndose culpable.



—Alguien tuvo que decirle —masticó Candela poniéndose de pie y caminando hacia la ventana.

—No importa cómo, pero el día que supo que podía ingresar al Reino, aunque fuera para dejar su maldición, se olvidó de cualquier otra fiesta fuera de la región. Como una fiera enjaulada esperaba día tras día el nacimiento de un nuevo niño, urdiendo las peores calamidades y dispuesta a otorgar su maldición aunque no hubiera fiesta. Entonces las cosas se pusieron todavía más complicadas.

—Por generaciones intentamos encontrar la manera de detenerla —dijo Malva ante los ojos de preocupación de Claudio y Carolina. Ellos siempre habían sabido que era una niña especial, que las tías eran hadas y que Ragarath quería matarla. Pero no mucho más que eso. Cada vez que preguntaban ellas respondían con evasivas o con la más simple de todas las respuestas: “cuanto menos sepan, mejor”.

Ragarath no era solo un hada loca como supusieron, la consumía el odio. Un odio más antiguo del que podían imaginar. Las hadas hablaban de generaciones. Cientos de años, quizás miles. Eso la hacía un personaje más terrible, con una visión tan distorsionada de la realidad que no entraría en razones jamás. No se detendría hasta que Sofía no estuviese muerta.

—¿No pudieron vencerla en todos estos años?

—Es muy astuta —admitió Candela—. Quizás la más inteligente de todas las hadas vivas.

—¿Y no podían pedirle ayuda a las sirenas, a los elfos o a los dragones? —Carolina sentía que había recuperado la fuerza que se le había perdido.

—Al principio pensamos que podíamos solas —confesó Malva—. Era un hada. Una de nosotras.

—Tendríamos que poder vencer a una simple hada —Candela masticaba las palabras, aunque no estuviera convencida de que fuera un hada como cualquiera.

—Ragarath convenció a parte del Concilio de que eran exageraciones nuestras, que ella quería proteger a la última fuente de la magia —Alondra buscaba las palabras correctas, había tantos detalles, que la conversación podía durar días—. Después de un largo debate se decretó que no se le pediría ayuda a ninguna raza, que solas nos haríamos cargo de los problemas de las hadas.

—¡Cómo si fuera una cuestión doméstica!



—Lo era, Candela —murmuró Delfina, nerviosa—. Si no la hubieran atacado ella no se hubiera convertido en lo que es.

—¡Por favor! Hace tiempo que dejé de creer en esa tontería.

—Ragarath era un hada ejemplar hasta que fue traicionada.

—¡Ella sabía dónde se metía!

—¡Damas!

Malva se puso de pie. Emanaba respeto y firmeza. Las hadas se sentaron y bajaron la vista.

—No es el momento ni el lugar para discutir sobre las motivaciones de un hada que ha intentado destruir un reino, pretende quedarse con las fuentes de la magia y ha matado o mutilado a humanos y elementales. Por lo que a mí respecta es un enemigo poderoso, al que detendré aunque me vaya la vida en ello. ¡Y vaya si ya entregué mi parte por vencerla!

Delfina se acurrucó en un rincón de su silla. Una lágrima tembló en sus ojos y se tapó la cara. Candela abandonó su gesto adusto por una vez y Alondra solo atinó a taparse la boca. Sofía hubiera deseado saber esa historia, pero no era prudente en ese momento.

—¿Preparo café? —preguntó Claudio poniéndose de pie.

No esperó ninguna respuesta. Cuando llegó a la alacena y la abrió se dio cuenta de todo el tiempo que había pasado. Sin embargo, en el mismo rincón todavía estaba el molinillo y una bolsa cerrada con café.

—Voy a tomar aire —dijo Delfina. Alondra hizo un gesto con la cabeza a las otras y la siguió.

—Tenemos que hablar —dijo Candela a Malva y sin mediar palabra salieron al lavadero.

Por primera vez en muchísimos años, la familia estaba sola en la cocina. Padre, madre e hija. No se dieron cuenta de la situación hasta que Claudio se dio vuelta buscando la tijera, para abrir el paquete de café. Nunca más se había tocado el molinillo, ni se había preparado café de esa manera.

Carolina aspiró el perfume de los granos moliéndose y derramó una lágrima, seguida por otras, que formaban un río desde sus ojos. Sofía no la miraba, pero sentía el calor de su mano, sosteniéndola. Ella miraba a Claudio y suplicaba que el momento durase para siempre.



No dijeron una palabra. Se miraron un par de veces, como chicos haciendo una travesura. Con las mejillas coloradas esperaron a que el café estuviera listo.

Entonces las hadas regresaron.









Capítulo 16

—Desde el nacimiento de tu padre pensamos en trabajar sobre la idea de siete dones definitivos. Siete herramientas para la última batalla contra Ragarath —explicó Malva.

—¿Yo recibí siete dones?

—Así es, pichona —dijo Alondra.

—Pero eso es imposible. Se supone que me sacaron del castillo antes de que se celebrara la fiesta de presentación. Por eso Ragarath no sabía de mi existencia.

—Es que los dones te los dimos acá. En esta casa —dijo Candela, y miró a Claudio, todavía con rencor.

Carolina, para sorpresa de Sofía, le tomó las manos a su ex esposo. Él agradeció el gesto.

—No entiendo —dijo Sofía.

—La culpa fue mía.

Sofía miró a su padre con incredulidad.

—No fue tu culpa —dijo Carolina. Claudio la miró sorprendida—. Ahora lo sé, fue el acto de amor más hermoso que tuviste conmigo. Fue tonto, pero hermoso y no había manera de que supieras lo que pasaría.
—Es cierto —admitió Candela—. Y si no hubieras cometido aquella estupidez, quizás tu hija hoy estaría muerta.

Alondra, Malva y Delfina esbozaron una sonrisa. Habían esperado mucho para esa confesión.

—¿Podrían decirme qué pasó?

—Cuando nos casamos —comenzó Carolina— pensamos de inmediato en tener un bebé. Lo buscamos durante meses pero no tuvimos suerte. Decidimos que si no podíamos tener hijos de forma natural, quizás era porque un niño abandonado necesitaba nuestro amor. Alondra, que era mi editora, supo del problema y me llevó para que hablara con Malva, que



trabajaba en un centro de adopción. Ella se encargó de los papeles y en unos meses estabas con nosotros.

Claudio miraba a Carolina. Sus hombros se habían aflojado, estaba entregado al recuerdo del amor que sentían entonces.

—Llegaste durante el concurso por la construcción del edificio Faetón —dijo Claudio con la mirada pérdida—. No sabía qué estilo elegir para el proyecto. Tenía la cabeza puesta en vos, en lo felices que éramos. No podía ponerme a idear un edificio. Pensé que ya no tendría chances de competir y me dediqué a cuidarte. Tu mamá tenía que entregar unos cuentos de hadas y quería ambientarse en un bosque. Le propuse que fuéramos a los lagos patagónicos. Sería nuestro primer viaje con vos. Yo lo organicé y Carolina compró algunos libros sobre castillos y bosques medievales. En menos de una semana estuvimos en una hermosa cabaña junto a un lago.

—Por eso el edificio parece un castillo —sonrió Sofía.

—El primer día, mientras tu mamá escribía y vos dormías, comencé a hojear los libros. Fue como una visión. Se me ocurrió que a una empresa española, que valoraba la tradición y la seguridad, le gustaría la idea. Tomé nota de los castillos que todavía quedaban en Europa, sobre todo de los que tenían jardines y bosques. Y como a Carolina le apasionaban las historias de hadas prepararé unas invitaciones especiales para tu bautismo.

Sofía vio en los ojos de ambos cómo se encendía una chispa que parecía extinta. Su madre recuperaba la belleza. Su padre tenía una sonrisa que su hija solo había visto en antiguas fotos. No quiso tener la esperanza de verlos juntos otra vez, él tenía su vida, había construido otra familia... pero era inevitable.

—En la invitación —continuó Carolina— convocaba a las hadas al bautismo de la hermosa Sofía.

—Mandé invitaciones dirigidas a los jardines de los castillos o a los bosques linderos. No es que creyera que existieran, pero son esas tonterías románticas que uno hace cuando está enamorado.

—Pero no tenía sentido hacerlo —dijo Sofía—, nadie te iba a responder.

—Mandé las cartas por correo para tener constancia de los envíos. La idea era darle a tu mamá una invitación y la lista de esos lugares.

—No fue necesario —Carolina estaba emocionada—. A los tres días comenzamos a recibir unas cartas bellísimas.



Emocionada, la madre de Sofía salió de la cocina.

—Pensamos que las enviaban los jardineros, los mayordomos o alguien por el estilo —dijo Claudio mientras cabeceaba para ver si volvía Carolina—. ¿Cómo se nos iba a ocurrir que hadas reales enviaban su aceptación a la fiesta?

Carolina regresó con una caja de zapatos forrada. La abrió y de su interior sacó decenas de sobres maravillosos. Los había blancos con letras doradas, color madera con runas o filigranas, algunos eran verde pasto con un monograma lacrado. Había un sobre negro con una banda de plata que terminaba en un moño, otro rojo profundo con un ribete cobrizo, otro azul con extraños decorados, lejanamente celtas, pintado con algo parecido al mercurio.

Las cartas en el interior eran de una caligrafía perfecta. Algunas escritas en alemán, inglés o francés. Pero en su mayoría respondían en un español antiguo, algo pomposo, pero amable.

Sofía no lo podía creer. No había una sola carta que desentonara, eran todas perfectas y suntuosas.

—Obviamente, no esperábamos que alguien viniera —acotó Claudio nervioso.

—Menos mal, porque igual fue un mes de locura —dijo Carolina acariciando los sobres, perdiéndose en las letras de las cartas—. Preparamos una fiesta humilde pero llena de detalles para recibir a las supuestas hadas. Había aguamiel, flores, galletas de cebada, panes con anís y frutillas con miel. Convertimos la bañadera en un pequeño espejo de agua, lleno de peces, plantas y hasta un puente que tu papá construyo con cartón y guirnaldas. Hicimos lámparas de papel con velas adentro entro y música de Haendel.

—Era una fiesta temática, por así decirlo. Les pedimos a los invitados que se vistieran de hadas, duendes, caballeros, doncellas, juglares y brujas.

—Mi suegra no sabía qué pensar —dijo Carolina.

—Llamó por teléfono diez veces para asegurarse de que no era una broma —recordó Claudio—y papá me juró que no vendría disfrazado ni por todo el oro de los duendes.

—Pero vino.

—Vestido de duende —Claudio extrañaba a su padre.



—En total invitamos a unas veinte personas.

—Alondra y yo también estábamos invitadas —dijo Malva—y puedo asegurarte que no nos resultó tan divertido cuando supimos que teníamos que disfrazarnos de hadas.

—No sabíamos nada de las invitaciones —Alondra estaba nerviosa—. En aquel momento no teníamos contacto con ningún hada. Era peligroso que conocieran nuestra ubicación.

—Nunca se nos ocurrió pensar que Claudio haría algo así —dijo Candela—. Fue mi culpa.

—¿Por qué? ¿Porque desde chico me contaste cuentos sobre hadas, dragones y caballeros? —Claudio preguntó extrañado y Sofía se removió en el asiento: ¿Su padre conocía a Candela desde que era chico? Eso sí que no se lo esperaba.

—Papá, ¿desde cuánto hace que se conocen?

—Candela era amiga de mi familia desde antes de que yo naciera. Fue mi niñera, mi institutriz y mi cancerbero.

En Candela se dibujó una sonrisa de nostalgia. El pasado no había sido tan malo.

Todos se sobresaltaron cuando una melodía aguda y persistente en el bolsillo de Claudio. Sacó el celular, vio quién era y una mueca de preocupación ensombreció su rostro. Sofía no necesitó que le dijera quien llamaba. Era lógico, habían pasado unas horas desde la medianoche y su mujer debía de estar preocupada.

—Si me disculpan tengo que atender.

—Por supuesto —dijo Sofía con una sonrisa, pero se le borró cuando miró a su madre. Había perdido el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Claudio salió apurado y ni lo notó.

—¿Preparo más té? —preguntó Delfina.

—Sí, gracias —susurró ella sin despegar los ojos de la puerta por la que se había ido Claudio.







ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

Sofía salió de la cocina y escuchó la voz de su padre.

—No es así Remy, no tiene nada que ver con Carolina.

Estaba apoyado en la baranda del balcón, mirando hacia el cielo nocturno.

—No quiero que hables así de Sofía, no sabés por lo que está pasando.

Sofía retrocedió, estaba mal escuchar esa conversación. Pero Claudio la vio. Su hija estaba colorada. Para él seguiría siendo su pequeña, sin importar los años que tuviera. Le hizo un gesto para que lo esperara.

—Remy, estás demasiado alterada así que voy a cortar. Si me querés, entonces deberías confiar en mí. Será una reunión larga, así que no me esperes despierta. Te quiero.

Y apagó el celular. Su esposa estaba cometiendo el error de ponerse en contra de su hija cuando Sofía más lo necesitaba. Claudio no la juzgaba, pero esta vez haría lo correcto. Y lo correcto era estar junto a Sofía.

—Lo siento pa, no quería escuchar.

—No te preocupes hija, no tengo nada que ocultarte.

Ambos miraron las estrellas.

—¿Qué sentís por Remy? —se arrepintió al instante. No tenía ningún derecho a preguntar. Pero le pareció tan fuerte la relación con su mamá y tan problemática su conversación con su nueva mujer—. Perdón, no debí preguntar.

—Parece que nos lleváramos de los pelos, ¿no?

—Sí.

—Pero no siempre es así. Hay veces en que me siento el hombre más feliz del mundo a su lado. Tiene sus momentos maravillosos y me siento libre estando con ella.

No quería escuchar eso.



—¿Y por mamá qué sentís?

—Con mamá fuimos muy felices, pero eso fue en el pasado. Somos muy diferentes ahora.

—Ella no es la misma desde que te fuiste.

—Ella ya no era la misma que conocí cuando nos enamoramos, mucho antes de que me fuera.

El silencio los envolvió hasta que un patrullero aulló a lo lejos. Luego un bocinazo y una pareja riéndose en un balcón. A Sofía le hubiera gustado mostrarle al ser alado que jugaba entre los edificios, pero él no podría verlo.

—Entremos, las tías querrán continuar con su historia.

—A veces quisiera que todo fuera un cuento.

—Yo también, hermosa, yo también.

Con una mano corrió el cabello de su hija y acarició levemente el cuello mientras lo rodeaba para descansar en su hombro. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y permanecieron un momento así antes de regresar a la cocina.

Delfina y Candela esperaron a que se sentaran mientras Alondra se ponía de pie y señalaba a Sofía.

—El día de tu bautismo fue inolvidable —dijo Alondra con una risita que sonó forzada—. Tu abuelo, el papá de tu mamá, vino vestido de Merlín.

Carolina recuperó parte del brillo perdido. Le había encantado ver a su padre, siempre serio, vestido como un verdadero mago de cuentos.

—Mamá dijo que lo hizo por mí. Nunca se había disfrazado en su vida y no lo volvió a hacer jamás.

—¿Me van a contar qué pasó? —Sofía estaba intrigada.

—La primera en llegar fue Rosa.







Capítulo 18

ARGENTINA, CATORCE AÑOS ATRÁS.

—Hemos sido invitadas al bautismo de Sofía —dijo Rosa con una sonrisa cuando Carolina abrió la puerta.

—Adelante. ¿Es familiar de Claudio?

—No, soy invitada suya.

Cuando el hada extendió el sobre con la dirección de un castillo alemán, Carolina se quedó con la boca abierta. El hada entró con sus tres escoltas, todas con ropas de exquisito gusto, con texturas de flores y hojas, y ribetes dorados, cobrizos y verdes. De sus espaldas surgían alas casi trasparentes.

La dueña de casa abrió la puerta un poco más y Rosa descubrió a Malva con el bebé en los brazos.

—Recibimos una invitación al bautismo de Sofía —repitió desconcertada.

—¿Se conocen? —preguntó Carolina. Estaba radiante con su vestido de reina. Magenta sobre rojo, sobre blanco, sobre rosa, en capas vaporosas que le marcaban la cintura y destacaban sus hermosos hombros. No le importaba que sus amigas hubieran invitado a sus conocidas, después de todo ellas eran las responsables de que ahora fuera la madre más feliz del mundo. Tomó a la niña. Necesitaba acariciarla, tenerla en los brazos. Tarareando se fue con Sofía hacia la cocina y Delfina la siguió en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó Malva cuando estuvieron solas.

—Recibimos esta invitación —la recién llegada extendió el sobre y Malva se lo mostró a Alondra—. ¿Es la heredera?

Las tres hadas que habían venido con Rosa susurraban entre ellas, sorprendidas de encontrar a las hadas desaparecidas.

—¿Entonces la carta era una trampa de Ragarath? —preguntó Rosa asustada.

—Esta parece la letra del padre adoptivo —dedujo Alondra.





—¿Claudio? —Malva estaba desconcertada.

El timbre las interrumpió y Alondra se precipitó a la puerta. Eran los padres de Claudio, acompañados por Candela. Saludaron mostrando sus bellos vestidos de duende navideño, hada y bruja. Alondra detuvo a Candela y le mostró la invitación. El timbre volvió a sonar.

—¡Querida Alondra! ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? —dijo Paloma, un hada de la misma corte, vestida con un traje de pájaros multicolores—. Pensamos que no había sobrevivido a la guerra.

—¿La guerra? —preguntó Claudio entrando en la sala, sorprendido de ver a tantas mujeres.

—La Segunda Guerra, como la llaman los humanos. Usted debe ser el gentil caballero que nos invitó al bautismo de su hija ¿verdad? —Alondra no había podido responder y Candela no se atrevía a moverse del recibidor.

Claudio estaba confundido. La mujer le entregaba una de las cartas que había mandado.

—Sí, bueno —balbuceó tomando la tarjeta—. Jamás imaginamos que vendrían.

—¿Cómo dice? Las hadas jamás fallamos a una invitación de bautismo.

El timbre sonó una y otra vez. Claudio y Candela recibían a los invitados con la misma consternación. Claudio no comprendía de qué se trataba. Al poco tiempo el departamento desbordaba.

—Yo lo soluciono —se ofreció Chispa, una péquela hada de cabellos rojos. Se acercó a otras cuatro y les pidió que formaran un círculo. Solícitas obedecieron y se acomodaron las ropas, complacidas con su papel. Comenzó a entonar una canción profunda y lenta. Claudio recordó las leyendas del Rey Arturo e imaginó que esa canción había sido entonada alguna vez por Merlín.

Las hadas que formaban el círculo a la izquierda de Chispa repitieron el fraseo hasta que la canción se convirtió en una tonada de feria. Sofía abrió los ojos. El grupo de la derecha empezó un contrapunto más grave y sereno. Con un gracioso gesto Chispa hizo que las paredes del departamento se estiraran, ampliando el espacio.

Claudio se paró junto a su esposa. Ninguno de los dos comprendía lo que pasaba, pero Sofía estaba feliz y reía a carcajadas por primera vez. De su boca salieron unos brillos diminutos que volaron hacia las flores más



cercanas. Las hadas aplaudieron.

Los padres de Claudio y Carolina estiraban las manos para comprobar si las paredes efectivamente habían retrocedido. También aparecieron ventanas, arcadas y molduras. El departamento ya no parecía de los años setenta sino que remitía a un antiguo palacio europeo, con detalles americanos precolombinos, chinos, japoneses y africanos. Todas las culturas en una amalgama perfecta.

En el centro de la sala creció un jardín. El pasto comenzó a brotar entre las juntas del parquet, pero luego salió de la madera misma, hasta convertirse en una alfombra mullía y circular, que se abrió en diferentes líneas como un laberinto. De algunos manchones de césped surgieron plantas con flores; rosales, lilas, jazmines. Unos setos bajos de ligustro formaron un complejo dibujo al estilo de Versailles. Y mientras el canto ascendía en un crescendo inolvidable, del centro del jardín brotó una fuente llena de peces y patos.

Un par de hadas, sin dejar de cantar, colaron sobre el techo y lo convirtieron en un domo de cristal. Carolina gritó de asombro cuando vio el cielo azul, apenas pincelado de nubes.

Los parientes imaginaron que se trataba de un truco de magia de primer nivel, otro detalle exótico de aquella celebración inusual.

Cuando el sacerdote que oficiaría el bautismo llegó, no supo si debía entrar o salir corriendo. Malva, que lo conocía desde hacía años lo tomó por debajo del brazo y lo tranquilizó.

—Hola, reverendo Engel, pase.

—Querida Malva —dijo el hombre de ojos celestes—, deberías advertirme antes de hacerme pasar. Ya estoy viejo para estos juegos de magia.

Malva lo besó en la mejilla y lo llevó hacia el centro del jardín, donde unas hadas contaban una canción de mesas antiguas y alfombras ceremoniales. Había sido difícil para el religioso alemán aceptar a las hadas, pero Malva había ayudado a muchos inmigrantes y los padres de Engel estaban en deuda con ella.

—¿Qué está pasando, Alondra? —quiso saber Claudio.

—Invitase a las hadas y ellas vinieron —dijo el hada—. Deberías sentirte orgulloso. Hace tiempo que los humanos no ven a un grupo tan grande. Ahora tengo que reunirme con mis colegas para convencerlas de que me dejen darle a Sofía uno de mis dones.



—¿Dones?

Alondra ni lo miró, salió apurada hacia el rincón opuesto del departamento, donde Candela, Delfina y Malva discutían con Rosa, Paloma y algunas hadas más.

—Tenemos una serie de dones ya pensados —le decía Candela a las hadas cuando Alondra se unió al grupo—, los elegimos después del nacimiento del rey. Si usamos las palabras correctas, quizás logremos que Sofía viva hasta la adolescencia.

—Todas tenemos derecho a determinar los dones —Paloma no estaba muy complacida de quedar afuera—. ¿Por qué habríamos de prescindir de toda la ayuda posible?

—No las estamos rechazando. El Concilio tomó una decisión hace tiempo y nosotras estamos a cargo.

—Pero ya no son siete ¿verdad? Quedan al menos tres lugares libres, si es que todavía puedes otorgar dones —dijo.

—No voy a discutirlo —concluyó Malva—. La ceremonia de bautismo terminó y se otorgarán los dones que estaban planeados. Solo permitiré que formen parte las hadas que estén dispuestas a ceñirse al plan original.

A regañadientes, las hadas aceptaron.

—Tendremos más enemigos en el Concilio a partir de hoy —susurró Alondra—. Deberíamos incluir a Paloma.

—¿Y si no entrega el don que le pedimos?

—Dejemos que sea la primera en otorgar el don. Se sentirá orgullosa y quizás nos ayude.

Paloma brilló de felicidad cuando las hadas le pidieron que formara parte de las siete y que fuese la primera. Muchas hadas estuvieron felices de tener una representante como Paloma y las que no fueron elegidas admitieron que las cuidadoras de la heredera no eran tan tercas como muchos decían.

Un don, solo un don, trataba de convencerse Candela.

—Yo también quiero participar —pidió Chispa.

—No —dijo Candela.

—¿Acaso las jóvenes parecemos incapaces? —dijo otra hada que todavía



no había alcanzado el tamaño de un humano y revoloteaba sobre Chispa. La dominaba un sentimiento tan extremo que sus mejillas le explotaban en rojo.

—Muy bien —dijo Alondra, sonriendo a Chispa—, será un honor tenerte entre nosotras.

El grupo estaba formado. Nadie discutió la inclusión de Rosa, que tanto había hecho para mantener la fe en ellas durante todos los años en que habían desaparecido.

Le llegó el turno al reverendo. Se acercó y comenzó la ceremonia.

Para él, las hadas eran los ángeles que habían desistido de participar en la contienda contra las huestes del Ángel caído. Habían perdido el Cielo por mantenerse junto a los humanos. Por eso las respetaba.

—Estamos aquí reunidos para presentar a Sofía —dijo con voz firme y una sonrisa en los labios. Un fuerte murmullo se generó entre las hadas.

—Olvidamos advertirles que el heredero era una niña —se disculpó Malva. Engel prefirió no hacer ningún comentario y continuó con la ceremonia.

Cuando terminó la celebración las hadas formaron un círculo para que las siete hadas pudieran conjurar sus dones. Carolina y Claudio fueron ubicados en el altar. Engel, fascinado, se había apartado junto a los abuelos de la bautizada.

Paloma se acercó con paso ceremonioso.

—Pequeña Sofía —dijo, no para que no la escuchara el resto, sino para la bebé que la miraba con sus enormes ojos color miel—. Tengo el privilegio de otorgarte el primer don. Debemos tomar posesión de un trono que ha significado dolor y destrucción, pero también luz de esperanza para las hadas. Ningún hada podrá provocar tu muerte ni enfermarte. He ahí mi don.

Malva, Candela, Alondra y Delfina se miraron. No era exactamente lo que habían previsto, pero no estaban mal. Paloma las miró y ellas respondieron con una inclinación de cabeza.

Delfina dio un paso hacia adelante.

—El segundo siempre estuvo relacionado con la belleza —explicó a los padres—. No me gusta romper las tradiciones. Así que te concedo el don de la belleza, que estará escondida en tu interior. Y como has tenido más



de una madre, de cada una de ellas heredarás aquello que las hace más bellas y poderosas.

Candela no estaba satisfecha con el cambio que había introducido Delfina en el don. ¿Acaso no entendían que con cada vuelta podía generarse una fisura por donde Ragarath entrara y lo convirtiera en una maldición?

—Gracias —dijo Carolina con lágrimas en los ojos. Delfina la acarició al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Es tu turno —dijo Alondra a Chispa.

Chispa se acercó a las cuatro protectoras de la heredera.

—¿La más joven no debería otorgar el último don?

Chispa comprendió que no le tenían confianza, pero no dijo nada, simplemente retrocedió, esperando su turno.

Alondra avanzó, insegura.

Durante años se había preparado para otorgarle el último don. Ahora no sabía qué decir. La tradición señalaba que el tercero era el don de la voz. ¿Debía respetar las tradiciones?

—Mi don está relacionado con la voz —le dijo Alondra a Sofía—. El canto es una herramienta, pero la voz también nos comunica. Tendrás la habilidad para comprender y hablar con los animales, las plantas y los elementos.

Malva abrazó a Alondra cuando volvió junto a ellas. Alondra hizo una mueca de disculpas hacia Candela.

—El cuarto don me corresponde a mí —dijo Rosa dando un paso—. Este don era muy útil en la antigüedad. Nada mejor que interpretar un instrumento con amor para conseguir amasar a las fieras y calmar a los hombres. Pero he decidido darle un giro —Candela se tapó la cara—. Espero que lo comprendan. Te otorgo el don de entender y manejar cualquier instrumento. No solo aquellos creados para interpretar música, sino que tendrás una habilidad natural para manejar todas las herramientas.

Candela movía sus manos como si fueran patas de araña. Sus labios estaban blancos de tanto presionarlos. Malva le tocó el hombro y se sobresaltó.

—Es tu turno —le dijo en un susurro.



—Sí, sí, claro.

Caminó un par de pasos, insegura. Su cabeza bullía. Tenía que ponerse de acuerdo: o buscaba la manera de reparar lo hecho o admitía que los cambios habían sido beneficiosos y actuaba en consecuencia.

A esa distancia podía sentir el perfume de su piel. ¡Qué fácil era comprender el amor que sentía Alondra por esa pequeña!

Se acercó un paso. Podía escuchar sus latidos.

Un paso más y sus ojos se cruzaron. Había dedicado más de treinta años a protegerla. No había sido en vano.

Los humanos eran seres extraños. Podían tener miedo a bajar un escalón pero para vencerlo se tiraban con paracaídas desde cientos de metros. Descubrían a temprana edad que el amor era doloroso pero siempre estaban dispuestos a amar una vez más. Podían dar su vida por desconocidos y lastimar a los familiares. Eran capaces de sentir pena por un perro y desprecio por una persona. Ciclotímicos, arrogantes, egoístas, generosos, simples, complejos, inocentes, perversos, amables, desinteresados, calculadores.

No comprendía a los humanos.

La amaba pero no los entendía.

Un paso más.

Su piel era tan suave ¿Qué sentiría por ella cuando fuera mayor? ¿Serían amigas? ¿Estaría dispuesta a aceptar su destino?

—En otros tiempos bailar era un signo de distinción para una dama y para las hadas siempre representó una manera de borrar los límites entre el mundo de los humanos y los elementales. Bailar nos une. Pero el tiempo que viene para ti, pequeña Sofía, será complejo y mis amigas te han otorgado dones más útiles de los que había soñado. El quinto don estaba relacionado con el baile, pero necesitarás algo más que pies ligeros. Por eso te otorgo el don del control sobre tu cuerpo. La gracia para moverte en un baile, la resistencia en el esfuerzo y el manejo en la crisis. Velaré porque llegues a dominar tu don y saques el mejor provecho de él.

Cuando regresó a su lugar Alondra, Delfina y Malva la recibieron con felicitaciones. Candela no cambió su gesto, pero se sentía más relajada.

La siguiente sería Malva.

Nadie podía otorgar el sexto don, excepto ella.



—Pequeña, este don solo puede otorgártelo una djinn, un hada-genio de Oriente. Mi don es el poder para pedir tres deseos. Solo existen tres limitaciones: no puedes desear la muerte de alguien, ni obligar a alguien a amarte, ni traer a nadie desde el mundo de los muertos.

Con una inclinación de cabeza Malva retrocedió. Pero sus músculos se tensaron. Los presentes contenían la respiración.

El aire se estaba enfriando y las luces ya no iluminaban lo suficiente. El color de las cosas se había lavado.

Un estallido de luz y humo anunció la aparición de Ragarath. Al Hada Oscura le encantaban las apariciones melodramáticas.

Las hadas retrocedieron. Sólo Alondra, Malva, Candela, Delfina, Paloma y Rosa se movieron con sigilo, protegiendo al bebé con sus cuerpos. Claudio y Carolina estaban aterrorizados, no tanto por la aparición de la hermosísima criatura vestida de negro sino por el miedo que podía percibirse en las hadas. Chispa permaneció en su lugar, impávida.

—¿Una fiesta de bautismo? —exclamó Ragarath con voz acaramelada—. ¡Qué alegría saber que las viejas costumbres no se han perdido! —caminaba con la cadencia de una pantera, rodeando al enemigo indefenso—. ¿Dónde están los padres?

Disfrutaba el momento. Miró entre las hadas, estudió a los invitados y sonrió a los abuelos de la niña y al reverendo Engel. Sabía que generaba en los presentes terror y fascinación.

—¡Ahí están! —Dijo de pronto, asomando la cabeza por encima de las seis hadas, sin prestarles atención—. Hermosos padres, saludables y fuertes. Su hijo debe ser igual que ustedes. Permítanme verlo. ¿O debería decir verla? ¿Sofía verdad? Lo leía por accidente en una de las invitaciones que poseía un hada amiga —miró buscando el rostro de Mangolia en un rincón. Su tez pálida se confundía con las paredes. Ragarath paladeó el momento y acercó su cara al padre de la niña, sabiendo que el perfume que la rodeaba lo embriagaría—. Por desgracia no recibí invitación. ¿Acaso el padre se olvidó de enviármela?

Claudio no supo qué responder. No podía articular palabra.

—Yo… disculpe. Quizás se me pasó por alto.

—¿Ha pasado por algo a Ragarath? ¿Te has olvidado de esta humilde hada pero recordaste invitar al resto?

—En la invitación decía “Invitamos a *todas* las hadas”.



—¿Y con ese argumento piensas subsanar el error? "Todas". ¿Acaso yo soy una más?

—No, seguro que no.

—Seguro que no —Ragarath no levantaba la voz, pero su tono había cambiado, era levemente más agudo y apretaba un poco más sus dientes—. Seguramente estaría dispuesta a pasar por algo tan incómodo momento si me permitiese regalarle a esta hermosa niña uno de mis dones.

Las hadas contuvieron la respiración. Algunas desaparecieron espantadas, otras se hicieron más sólidas y perdieron la gracia.

—Le agradezco, pero siete hadas ya me lo han pedido —Candela sintió un orgullo que devolvía todas las esperanzas que Ragarath pretendía arrebatarle—. Me he comprometido con ellas. No me lo tome a mal, pero no quiero romper una promesa hecha a un hada.

—Hace muy bien querido, no se debe romper una promesa.

El hada sonrió con presunta dulzura, tanto que Claudio se relajó. Ragarath no dio señales de notarlo y se inclinó para saludar a los padres.

Claudio y Carolina respiraron aliviados. Sin embargo Ragarath, en medio de la reverencia, levantó la vista y quedó a la misma altura que la bebé. Abrió los ojos y perdió la estabilidad. Los padres se pusieron en alerta. El hada respiró entrecortada y miró a las seis hadas. Reconoció de inmediato a Candela, a Delfina y a Malva.

—Pero… no puedo creerlo —retrocedió espantada, llevándose su delicada mano a la boca—. ¿Puede ser posible? ¿Es usted realmente el padre de esta niña?

—Somos los padres—dijo Carolina.

—Lo siento, querida, pero ella no es tu hija. De hecho reconozco su impronta —sonrió.

Candela, Delfina, Alondra y Malva dieron un paso adelante pero un violento giro de Ragarath las obligó a retroceder. Luego recompuso su actitud amable y volvió a mirar a la niña, ahora escondida entre los brazos de su madre.

—Pequeña te he buscado día y noche durante muchos años. Veo que mi paciencia dio sus frutos.

Ragarath ya no hablaba solo para la niña, sino para todas las hadas



presentes.

—El hombre ha cometido serios delitos contra la naturaleza. Ha destruido y depredado. Nos ha ignorado. Y nosotras todavía les rendimos pleitesía —con una mirada admonitoria recorrió la sala para detectar la culpa en algunos de ellas—. Son las hadas quienes recuperarán la salud del mundo, y yo asumo la responsabilidad que me toca. Soy aquella a la que desdeñan, la paria, pero todos me temen. Puedo hacer el papel sucio que ustedes, hadas respetables, no se animan a asumir.

—Sin ti, pequeña —dijo apartando a las seis hadas sin dificultad— el mundo de las hadas se liberará por fin de su pacto con humanos. Y podremos reclamar la magia que nos pertenece. Contendremos a los humanos y daremos nueva vida al mundo. No podemos perder más tiempo.

Ragarath se aproximó tanto a Sofía que Carolina temió que le hincara sus perfectos dientes blancos. Apartó la sábana y la miro con la avidez de un chacal.

—Lo siento, pequeña, no puedo darte el don de una muerte rápida. Nada me hubiera gustado más que ahorrarte el dolor de lo que vendrá —disfrutaba del pánico en las caras de los padres y el odio de las seis hadas. Su voz se convirtió en un susurro—. No lo tomes como algo personal querida, pero necesito que el Último Reino desaparezca, y mientras la sangre de tu cuerpo siga corriendo yo no podré reclamar lo que me pertenece. Por eso tendré que pedirte que vos misma te mates. Y ya que no hay nada que los humanos tengan más débil que el corazón, ahí pondré mi don.

—¡Detente! —Imploró Malva—. ¿No tienes ni un poco de piedad?

—Ustedes me obligaron a llegar a esta situación. Todavía pueden ayudarla a morir sin dolor, porque el don que le otorgaré la hará sufrir tanto que la muerte será un alivio.

Claudio y Carolina abrazaron a su hija con fuerza, llorando. Las hadas que habían pensado que Ragarath podía ser la reina perfecta se arrepintieron y muchas desaparecieron para siempre, desvaneciéndose en el aire de dolor. Pero ninguna pudo impedir que Ragarath otorgara su retorcido don, convertido en maldición. El hada se acercó, y casi en un susurro le dijo:

—Este es mi regalo: Cada persona que ames, cada persona que posea un lugar en tu corazón, será mi víctima y la mataré. Así será hasta que no te atrevas a usar el corazón y mueras de tristeza o de inanición. Tu misma



elegirás quién será. Tendrá lugar la noche de celebración de equinoccio de invierno en el norte. Cuando los humanos estén de fiesta y recordar a los seres queridos sea inevitable. Allí escogeré a mi víctima y yo decidiré cuándo será el momento de acabar con ella.

—Navidad —murmuró Claudio. Muchas hadas estaban sollozando mientras Ragarath reía. Con un dedo largo acarició la cara de la niña como si quisiera cortar la carne. Cuando levantó la mano una marca rosa recordaba el paso de su uña. Pero la pequeña no lloró, la miraba con sus ojos profundos. El Hada Oscura se dio vuelta y desapareció en un estallido de humo.

Nadie habló.

Candela se paró allí donde había estado Ragarath. Su voz de mando disimulaba su miedo.

—El hada más joven de las siete debe darle a esta niña su don— todos buscaban con la vista a Chispa pero no parecía estar en ningún lado—. ¿Quién es el hada más joven?

—Yo —dijo Chispa saliendo detrás del reverendo. Temblaba, demasiado, pensó Alondra.

—¿Escuchaste lo que dijo Ragarath? —preguntó Malva.

—La escuché.

—¿Estás segura de que podés manejar su maldición? —Candela trataba de buscar los ojos del hada algún mensaje escondido, algún indicio de traición.

—Pensé que sería más difícil —dijo y mostró una sonrisa tan malévola que las cuatro hadas retrocedieron. El rostro de Chispa, con sus cabellos desmechados, parados hacia arriba como una hoguera, las pecas y los ojos levemente gatunos, le conferían un aspecto de duende.

—Sé que no confía en mí —dijo respondiendo a la mirada desafiante de Candela—. No importa. Haré lo que tenga que hacer.

Malva detuvo a su amiga a punto de explotar.

Alondra se acercó a Chispa y descubrió una lucha en su interior. Pero también vio sinceridad.

—¿Podrías confiar en mí? —preguntó adelantándose.

—Confiaré.



Dio un paso atrás y le permitió avanzar.

Chispa se acercó a la niña y la tomó en los brazos.

—Pequeña Sofía, te otorgaré el don de contrarrestar el maleficio de Ragarath. Tendrás clarividencia para saber a quién intentará matar el Hada Oscura. Tendrás la oportunidad de salvar a las víctimas y la capacidad para conseguirlo. No deberás confiarte porque en la humildad residirá tu verdadero poder. Si respetas a todos los habitantes del mundo, tu corazón se hará cada vez más fuerte y nada podrá destruirlo hasta el día de tu coronación, cuando Ragarath ya no tendrá más poder sobre tu sangre.

Por primera vez en milenios las hadas aplaudieron un don.






ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

—Siete dones.

La voz de Sofía se escuchó apagada dentro de la cocina.

Claudio miraba el interior de su taza, intentando pescar alguna respuesta en la barra del café.

—Es una gran responsabilidad —dijo Candela.

—Me imagino. Sobre todo si me los dieron para evitar que un hada loca me mate.

—No la subestimes. Los que pensaron que se trataba de alguien trastornado pagaron las consecuencias —Malva se recostó en el respaldo y respiró como si deseara tomar todo el aire de la cocina—. Lamentamos que debas enfrentarte a ella.

Sofía recordó lo que habían dicho sobre Malva. Era una djinn, un genio del desierto. Como en las historias de las "Mil y una noches" que le contaba su mamá.

—¿Es cierto que me regalaste tres deseos?

—¿Querías más? —preguntó Alondra burlona—. Lo siento querida, pero las reglas de las hadas prohíben…

—No, no quiero más. Pero ahora sé por qué me advertían todo el tiempo que no debía usar la palabra "deseo".

—Fue difícil, pero creo que lo conseguimos —dijo Carolina.

—¡Genial! —aplaudió—. Tengo tres deseos.

—Dos —dijo Candela sin ocultar una sonrisa.

—¿Ya usé uno?

—Y no creo que los próximos dos sean tan bien usados —dijo Alondra, y las hadas se rieron. Sofía buscó explicaciones en sus padres, pero ellos tampoco podían contener la carcajada.





—¿Me van a explicar cómo usé mi primer deseo?

Candela la miró con orgullo.

—Tu primer deseo lo usaste contra Ragarath.





ARGENTINA, ONCE AÑOS ATRÁS.

Las ventanas de las casas se encendían en luces multicolores siguiendo el zigzag de los cables. Titilaban entre pinos de fantasía de todos los tamaños, algunos verdes, otros cubiertos de nieve de mentira. La gente iba y venía con paquetes brillantes adornados con moños ampulosos.

Los escaparates mostraban el Polo. Papá Noel y los elfos se divertían entre copos en una Navidad helada. Del otro lado la gente sudaba en remeras, pantalones cortos y sandalias. Ni el frío ficticio de los aires acondicionados lograba emular el invierno del Norte. Pero el marketing insistía en una fiesta de nueces, pasas y turrones, cuando el termómetro suplicaba por cerveza fría, helados y frutas.

Sofía miraba desde lo alto del balcón, preguntándose por qué la gente compraba tantos regalos si Papá Noel traería lo que sus elfos construían en el Polo.

—Cada vez hay más gente en el mundo —le explicó Alondra—. Antes los elfos podían hacer los regalos para todos, pero ahora los niños no se conforman con caballos de madera o muñecas de género. Y como los padres no quieren que sus hijos se sientan mal, compran los regalos, les ponen los nombres y se los envían a Papá Noel. El los entregará la noche de Navidad.

—¿Y él puede volar, tía? —preguntó la pequeña Sofía.

—Él no, pero los renos y el trineo sí —Alondra se asomó por el balcón y señaló al hombre de bigotes negros que caminaba por la vereda—. Me pregunto qué tendrá ese paquete.

—¿El rojo grande?

—Ese mismo. Parece una muñeca gigante.

—No, es una casa de muñecas.

El portazo hizo retumbar el departamento. Alondra y Sofía se miraron. Sabían muy bien lo que pasaría a continuación. Entraron y se sentaron, esperando el primer grito. Sofía se daba cuenta de lo que pasaba entre



sus padres. Alondra estaba sorprendida de ver cómo una pequeña de cuatro años podía manejarlo tan bien.

—¡Claudio! ¡Claudio! —gritó Carolina.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre de Sofía saliendo de su estudio, junto a la cocina.

—¿Alguien me llamo ayer?

Carolina tiró la cartera sobre la mesita del recibidor y cruzó hacia el pasillo sin advertir a las involuntarias espectadoras. Claudio comprendió que se había olvidado de avisarle algo. No tuvo que pensar mucho, recordó el llamado de la editorial casi al instante y golpeo el puño contra la pared.

—¡Tu editora! Lo siento Caro, me olvide.

—Lo siento, lo siento. Siempre escucho lo mismo. Pero es la quinta vez esta semana. La editora, la factura de la luz, los remedios, las entradas del teatro, la cuota del colegio.

—Tengo la cabeza en el proyecto. Si no llegamos a terminar el edificio para marzo estaremos en problemas.

—¿Y tu familia? ¿Cuándo será importante tu familia?

—Sabés que para mí la familia es lo más importante. Pero no puedo con todo. ¿No pueden ellas ayudarte? —Claudio señalo hacia la cocina, inconsciente de la presencia de Alondra.

—Ellas ayudan muchísimo. Lo sabés.

—¡Tengo mil cosas que hacer! No puedo estar en todo.

—¡Es que no estás en nada! —Carolina suspiró.

—Serías feliz si yo desapareciera ¿no?

¡Qué sencillo había sido encerrarse en su trabajo! En la empresa lo consideraban un héroe. Un visionario que había logrado que una empresa europea confiara en un puñado de personas para llevar a la realidad el proyecto más ambicioso de la ciudad. Su secretaria sabía qué ordenarle para comer, cuándo comprarle una camisa nueva y congeniaba los horarios para que sus reuniones no fueran una tortura.

Su casa era un infierno. La tensión era tan grande que lo único que deseaba cuando llegaba era que fuese la mañana para irse otra vez.



—No soporto más —dijo al fin—. Si ellas siguen manejando nuestras vidas entonces yo me voy.

—Ellas saben lo que hacen.

—¿Estás segura? —Claudio había levantado la voz de nuevo y aferraba a Carolina con ambas manos—. ¿Cómo pueden saber lo que mejor le conviene a nuestra hija? ¿Saben lo que sentís? ¿Saben cómo me siento? ¿Acaso les importamos?

—Me estás lastimando —susurró Carolina y cuando quiso mirar hacia otro lado se encontró con la mirada aterrada de su hija.

—Sofía —dijo Claudio soltando a su esposa y mirando desencajado a Alondra—. ¿Por qué no te la llevaste a la plaza?

—¿Qué sentido tiene? ¿Suponen que ella no entiende lo que pasa? ¿Por qué no se van ustedes para variar? Pasarían más tiempo en la calle que dentro del departamento. Tendría que haber una ley que prohibiera a los padres lastimar a los chicos.

—Está prohibido lastimar a los chicos —dijo Sofía.

—Hija —dijeron al unísono Claudio y Carolina.

—¡Está prohibido lastimar a los chicos! —gritó y salió corriendo hacia su habitación. Su madre la siguió.

De pronto la puerta se abrió con violencia y entraron Delfina y Candela. Miraban a un lado y al otro, asustadas.

—Está aquí —dijo Candela a Alondra.

—¿La vieron?

—Todavía no, pero aparecerá en cualquier momento. Será mejor crear un perímetro de magia en el departamento.

Alondra fue en busca de Sofía. Claudio retrocedió unos pasos hasta que la pared lo detuvo. Quería que esas mujeres abandonaran su casa, quería escaparse con su hija a cualquier lugar ajeno a esta locura.

Las hadas tomaron posición en los extremos del departamento mientras Carolina sentaba a Sofía en el centro del estar, donde una marca oculta indicaba el lugar exacto en el que la pequeña debía permanecer durante un posible ataque.

Claudio quiso acercarse a su hija, pero un golpe atroz lo sorprendió. Saltó por los aires y fue a parar junto al balcón. No hubo ruido, pero el silencio



les generó un dolor intenso. La pared donde se había apoyado Claudio se resquebrajó como si fuera de hojaldre, dejando ver sus entrañas de ladrillos. Pequeños rayos violáceos y verdes la recorrían como venas.

Las luces se apagaron. Primero olió a quemado y luego a una mezcla de jazmines, magnolias y canela.

En el centro de la explosión, inmaculada, ajena al estropicio, una silueta grácil y delicada se abría paso. Los escombros parecían reverenciarla y se alejaron por el piso hasta dejarle un camino impecable. La figura se desplazó flotando.

—Hola pequeña, ha llegado tu tía Ragarath —saludó.

—No sos mi tía —dijo Sofía. No recordaba a Ragarath, ni había escuchado hablar de ella, sin embargo podía sentir el temor de su madre. La odió por asustar tanto a la persona que más quería y actuó sin miedo.

—¡Salí de mi casa! —dijo Sofía soltándose de su madre.

—Querida, no es manera de tratar a una de tus hadas madrinas —el Hada Oscura parecía disfrutar del repentino ataque de valentía de la pequeña—. Yo te regale uno de tus dones. El más divertido de todos. Pero te hará sufrir mucho. ¿Por qué no te vienes con tu tía Ragarath y nos vamos juntas de aquí? Estas tías chismosas que pretenden cuidarte no te permitirán la libertad que yo te ofrezco.

Candela perdió su postura de ataque. No contaba con la estrategia de seducción de Ragarath. El Hada Oscura miro a sus enemigas con deleite. Pero cuando dio un paso más hacia la niña, se tropezó con ella.

—¡Sos mala, muy mala!

El Hada Oscura rio, y con un gesto displicente hizo que el departamento perdiera consistencia. Una niebla las rodeo, Sofía ya no podía escuchar los gritos de las hadas, ni el llanto de su madre, ni los golpes que su padre le daba a la burbuja donde se encontraban. Solo podían escuchar lo que pasaba ahí dentro.

—Hoy es un día muy especial, es el día en que recuperaré mi reino. Mi pequeña —dijo acariciándola con sus dedos largos. Miro a Carolina, que gritaba, y sonrió. Desde la sala intuía las órdenes que Candela impartía a sus amigas.

—¿Es una reina? —Sofía había perdido el miedo. La curiosidad le había ganado.



—¡Claro que soy una reina! ¿Te gustaría visitar mi reino?

—¿Dónde queda?

Claudio golpeaba con sus puños, con toda la fuerza de sus músculos tratando de captar la atención de su hija.

—Mi reino está muy lejos. La gente necesita un avión para llegar. Pero vos y yo no —pasó su delicada mano por detrás del cuello de la pequeña y acercó sus labios a la oreja de la niña—. Ellas no quieren que sepas que tienes poderes.

Alondra y Delfina se llevaron la mano a la boca. Candela buscaba la manera de entrar mientras Claudio golpeaba la burbuja. Malva había tomado entre sus brazos a Carolina para consolarla. En su interior comenzó a crecer el odio. Un odio que no solo estaba relacionado con Ragarath, sino con aquella madre desesperada porque le habían arrebatado a su hija.

—¿Tengo poderes?

—Por supuesto.

—¿Y qué puedo hacer?

—Vos y yo podemos volar.

Con un gesto como si espantara a una mosca Ragarath se deshizo del balcón. Desde el fondo de la sala Alondra podía ver con pánico, como, después de la puerta corrediza, solo había aire. Sofía miraba hacia abajo. Sentía la curiosidad de dar un paso más, de dejarse llevar por la atracción de la calle.

—Vamos, te mostraré que puedes volar. No te preocupes, serás recordada por siempre como la última humana que voló.

Carolina no pudo gritar, Claudio con esfuerzo alargó su brazo hacia Ragarath, luchando contra el campo de fuerza lechoso. Sofía los miro. Vio el pánico en su padre, pero sobre todo, el terror en su madre.

Sofía se puso colorada de furia, caminó un paso hacia el hada y gritó como lo hacía Carolina cuando peleaba con Claudio:

—Deseo...

Ragarath no podía creerlo, la pequeña iba a utilizar un deseo.

—¡Deseo que desaparezcas para siempre! —Ragarath dio un paso hacia atrás, temerosa, porque sabía que la pequeña solo había tomado aire



para continuar—. ¡Está prohibido lastimar a los chicos!

El tiempo se detuvo. Un pétalo del jarrón se desprendió con suavidad y cayó tan lento que era imposible saber si se movía. Una distorsión se formó entre Ragarath y Sofía. La burbuja que las envolvía desapareció. La habitación fue recuperando el movimiento. El Hada Oscura, por tercera vez en la vida, gritó su agonía y su furia antes de desvanecerse en el aire.

Las hadas recordaron el grito de Ragarath en el Último Reino. Candela sonrió. Padres e hija, separados por generaciones, la habían vencido con una facilidad que parecía desmentir su poder.

—No va a molestar más —dijo Sofía seria.

Las hadas estaban fascinadas.

—Jamás se me hubiera ocurrido entrenarla para que deseara eso —dijo Candela—. De haberlo sabido le hubiera dicho que no dijera la palabra chicos.

—Lo hizo muy bien —dijo Alondra.

—Ragarath no volverá nunca más —sentenció Claudio.

—Lo dudo —dijo Malva—. Su maldición y el deseo de Sofía chocaran, pero no creo que la magia djinn le impida cumplir su maldición.

—Pero si la instruimos para que use los otros dos deseos…

—No, Candela —dijo Delfina—, ella tiene que buscar su camino. Aprovechemos el tiempo y entrenémosla para que se defienda. Ya veremos que sucede cuando Ragarath aparezca de nuevo.

—¡No! —Dijo Claudio—, no permitiré que manejen a mi hija como un títere. Busquen la manera de sacarse de encima a Ragarath ustedes solas, Sofía será una niña normal.

Candela se adelantó unos pasos pero Alondra la detuvo.

—Tiene razón —apoyó una mano sobre el hada, primero con delicadeza, luego empujando levemente, para que supiera que no la dejaría pasar. —Candela. Necesito que me mires.

Con un gesto de impotencia por no poder zamarrear al muchacho que ella misma había criado, volvió su rostro hacia la pequeña Alondra. En sus ojos podía ver paciencia, pero también un límite infranqueable.

—Tendremos que buscar la manera de que viva una vida normal. Si no siente apego por los humanos no podrá defenderlos.

—Ella no es una humana común. Tenemos que educarla como a un hada.

—Su deseo nos dio una ventaja. Pensemos otra salida.

—No hay otra salida. Actuaré como mejor le convenga al mundo de las hadas —concluyó Candela, mirando a Claudio.

—Entonces no serás mejor que Ragarath —sentenció Carolina abrazando a su hija.





Heredero de Las Hadas





Parte IV

Leo Batic



ARGENTINA, EN LA ACTUALIDAD.

—¡Es inútil! ¡Nunca lo haré bien! —dijo Sofía y con la mano extendida tiró las piedras que estaban sobre la mesa.

Malva se agachó con dificultad y juntó cada runa del piso. Las colocó una vez más sobre la pana violeta, siguiendo el espiral plateado que ella misma había bordado hacia cientos de años. Y esperó. No hizo comentarios, no se alteró ni dio señales de frustración. Tampoco hizo mención del carácter volátil de su aprendiz.

Desde la noche de las revelaciones la anciana había venido todas las tardes para instruir a Sofía. Al principio la relación fue formal y distante. Entre ellas no había el afecto que Sofía sentía por Alondra, Delfina y Candela, así que trabajaron sin demasiadas quejas. Pero los avances había sido escasos y eso ponía muy nerviosa a la joven, que creía que podía aprender magia en cinco lecciones.

—No sirvo para esto. No puedo dejar la mente en blanco, no puedo dejar de pensar.

—Nadie te pide que dejes de pensar, eso es imposible. Lo único que quiero es que pienses en una sola cosa.

Las hadas se habían pasado el día después del ataque de los ajats, reunidas en una habitación alejada. Sofía suponía que era dentro del ropero, pero a esta altura ya no sabía cómo era el departamento en realidad. Cruzaba de un departamento al otro y nunca descubría dónde empezaba el interior del escobero. Tampoco había visto más seres. Ni duendes, ni ajats, ni un troll emergido por la alcantarilla. Nada. Se había vuelto ciega, sorda y muda a la magia.

Candela, Delfina, Alondra y Malva discutieron durante todo aquel día cuál sería la mejor estrategia. No podía aprender a luchar contra Ragarath, no en tan poco tiempo. Por eso Malva había propuesto enseñarle a limpiar su mente de pensamientos y así evitar que pensara en alguien durante el equinoccio de verano. Si no pensaba en nadie, entonces no habría nada que el Hada Oscura pudiera hacer. Al menos



había que intentarlo. El problema era, sin embargo, más grande de lo que querían admitir. ¿Cómo hacer para que un humano no piense en sus seres queridos durante la Navidad?

Sofía se aferraba a la silla con fuerza, pero sus piernas se sacudían sin parar.

—No llegaremos a tiempo —dijo Sofía mientras una gota de transpiración se mezclaba con una lágrima de impotencia—. ¡La Navidad es en dos días! ¿No sería más lógico llamar a Ragarath y hablar con ella?

—Estará encantada de arreglar esto de una forma sencilla.

Malva sabía por lo que estaba pasando. No la podía culpar. Había entrenado a otros humanos en el pasado, gente que había descubierto cierta tendencia a la magia y deseaba recorrer esos caminos. Por lo general eran pequeños, traídos por sus padres, o jóvenes que habían pasado varios años haciendo sus propias experiencias. Sofía era la única que en menos de dos semanas tenía la obligación de aprender magia para salvar la vida de sus seres queridos.

La anciana mirada las pequeñas piedras blancas. Desde el día que habían entregado a Sofía a sus padres adoptivos, ellas habían probado diferentes maneras de acercar a la niña a la magia y todas habían fracasado. Querían que fuera una humana normal, que se sintiera involucrada con sus pares, pero que a su vez la magia le fuera natural. Juegos, charlas, cuentos. Todo indicaba que la magia sería su refugio. Pero cometieron un error. Ahogaron a la familia. Después del divorcio, Sofía se aferró a la realidad, a lo concreto. Dejo de fantasear, ya no leía cuentos de hadas, ni quería ser la princesa rescatada por un príncipe.

—Ni siquiera puedo moverlas. Sin tu magia las runas estarían muertas. Muertas.

“Muertas como estará mi familia o mis amigos”, pensó Malva adivinando las elucubraciones de Sofía. La miró con sus ojos claros y cansados. Era paciente, podía esperar. Era ella la que no tenía tiempo.

Sofía suspiró, estudió las runas y volvió a intentarlo. La vieja se guardó una sonrisa de satisfacción.

Veinticinco piedras blancas como la sal, diferenciadas con tallas profundas que vagamente recordaban a un pez, a letras, un peine con tres cerdas, un rombo, un reloj de arena, una hoz y unas montañas. Las miró, estudió la relación entre una y otra, la manera en que las líneas formaban los símbolos, la rotación de las piezas, sus imperfecciones, su



edad.

Cerró los ojos y las vio claras, recortadas sobre el paño. Trató de borrarlas, una a una, hasta que el paño fue un cielo oscuro y nada más. Poco a poco aquel universo violáceo se moteó con estrellas. Titilaban en lo profundo del espacio. Un cometa cruzó el cosmos, un mundo lejano giró como un derviche, la luna siguió cada movimiento, el sol iluminó la superficie blanca. Trató de perderse en la inmensidad sobrecogedora, flotando como lo había hecho con los dragones. Estudió cada destello mientras dejaba que las profundidades la devoraran. Ausente de cuerpo, se meció como un bebé.

La imagen de su madre acunándola la sacó de su concentración.

—¡Maldición!

Abrió los ojos, furiosa, pero descubrió que algo había cambiado. Ya no era Malva quien la acompañaba, sino Candela. Las sombras se habían corrido hasta desaparecer detrás de los muebles, y las primeras luces de la ciudad se filtraban por la ventana abierta. Ya no hacía tanto calor y sentía que la vejiga le iba a estallar.

—Tres horas. Al fin vamos por un buen camino —dijo Candela.

Sofía miró la mesa y solo se había salido de lugar una pieza, la que representaba a su madre. Se puso de pie, le sonrió al hada y fue al baño. Candela miró las runas y dejó escapar un gesto de amargura. Once piezas se habían elevado durante su meditación. Pero era mejor no decirlo, el avance era enorme para una joven que no podía quedarse más de una hora sentada frente al televisor.

—¿Creés que lo logrará? —preguntó Delfina desde el marco de la cocina.

—No lo sé, pero no perdería ni un minuto con otra persona que quisiera intentarlo. Tiene el carácter de su madre y el temple de su padre.

—¿Hablas de los reyes?

—Hablo de Claudio y Carolina.

Delfina asintió y se alejó feliz. Candela también aprendía a pasos agigantados.

—Cambiemos de juego, ¿te parece? —le dijo a Sofía cuando se sentó.

—¿No podemos descansar un rato?

—Por eso jugaremos.





Asintió sin quejarse. No importaba cuánto costase, no interesaba si dormía o si comía, tenía que lograr el objetivo. Ella podía. Respiró profundo y no volvió a mencionar el tema.

Dejaron las runas sobre la mesa, dispuestas para usarlas en otro momento. Candela le dio una flauta que guardaba en un estuche de briznas de pasto trenzadas.

—Quiero que interpretes una canción. La que más te guste.

—Pero nuca toqué una flauta.

—Yo te voy a enseñar.

Candela le explicó cómo interpretar las notas básicas. Rosa le había pedido que ocupara su lugar en el entrenamiento de la niña con los instrumentos y ella había aceptado.

Le pidió que cerrara los ojos. Guiada por el hada visualizó el instrumento y cómo debían moverse las corrientes de aire dentro. Las primeras notas sonaron toscas y estridentes. Cada nuevo error conllevaba a su vez una victoria. En minutos logró ejecutar una melodía simple, reconocible, aunque sin matices.

Sofía mantenía los ojos cerrados. No se percató cuando entraron a la sala Alondra, Malva y Delfina. Cada una se movió en silencio, deslizándose por encima del parquet y se dedicaron a realizar tareas diferentes, como si hubieran decidido usar la sala por mera coincidencia. Malva tejía, Delfina separaba las hojas secas de una rama de nogal, Alondra leía.

La práctica amenazaba con durar eternamente. Cuando la tuviera a Ragarath en frente, le haría pagar por lo que había hecho con su familia.

Las notas que escapaban de la flauta eran desafinadas y agudas. Las hadas sabían qué significa, pero no dijeron nada. Desde la cocina, Carolina se preguntaba cuándo su hija se cansaría de todo aquel circo. Esa melodía disonante se parecía mucho a su vida. Había pensado que viviría feliz, con su marido, una hija y su pasión por la escritura. Pero el tiempo le había devuelto un divorcio, una hija adoptada, y un trabajo del que ya no disfrutaba.

Se sentó a llorar, abatida, una vez más. Sin embargo algo había cambiado.

Desde la sala, llegaba hasta ella una melodía tan dulce que salió para asegurarse de que era su hija la que tocaba.



—Es tiempo de poner magia a la música —dijo Alondra, pidiendo en silencio permiso a Candela y ocupando su lugar—. Mantén los ojos cerrados, mi pichona. Ahora seré tu guía. Imagina que te unes al aire con cada nota. No pienses en nadie, solo en la música.

La melodía se extendió por la casa, buscando los rincones silenciosos. Flotó como la niebla, primero baja y densa, luego sutil, cubriéndolo todo. Salió por la ventana y baño el edificio. Recorrió las calles de San Telmo y se mezcló con los bailarines de tango, encendió las luces de los faroles, dio aire a un fuelle de bandoneón y enjugó las lágrimas de un hombre enamorado que se arrastraba por la Costanera. Ilumino la mente de su padre, que trabajaba hasta tarde en el edificio Faetón. Revolvió el caldero de Nuria y Agustina, y ambas danzaron felices. Hizo sonar el celular de Jenn, acarició a Alan, recorrió los libros en el departamento de Melisa. Uno cayó abierto, allí donde un camahueto saltaba sobre un arroyo.

Elizabeth lloró, no sabía muy bien por qué. Ramona miró los techos altos de su casa, recorrió las paredes inmaculadas, los muebles lustrados, el vació. Fue hasta la cocina y le pidió a Jacinta que la ayudara a cocinar para su marido.

Puck se quedó un poco más en el borde de la chimenea de la casa de las brujas, mientras le avisaba a un pájaro que la melodía era de su Señora. Un troll de las alcantarillas salió más temprano de las profundidades y se meció en medio de la plaza del Congreso, cantando con una voz profunda que alborotó a las palomas. Hadas pequeñas, del tamaño de un pulgar, seres largos y transparentes, enanos en los túneles del subte, una mujer con alas de mariposa y cuerpo turquesa, un largo ciempiés hacho de luz sólida. La ciudad cantó una misma canción y la tristeza se alejó de las calles. Los ajats se ocultaron en las profundidades de la tierra. Ajataj se tapó los oídos y la oscuridad se contrajo de miedo.

—Bellísimo, querida —susurró Alondra.

Carolina lloraba en un rincón. Candela daba cuenta de los nombres que Sofía había recordado durante la interpretación y movió la cabeza preocupada. Delfina tocó el hombro de Alondra y ambas intentaron tener esperanza. Malva permaneció sentada. Pese a los lejos que estaban de tener éxito, las hadas tuvieron que reconocer que nadie había logrado tanto en tan poco tiempo. En esta época del año siempre ocurrían milagros. Después de todo era Navidad.





Capítulo 2

Sofía no preguntó por sus padres. Se limitó a seguir las órdenes de las hadas aunque varias veces estuvo por rebelarse. Tenía que lograr no pensar en nada. Tenía que confiar en que ellas sabían lo que hacían.

Las horas se comían los relojes y escupían apremios. Sofía se esforzaba un poco más. Alondra intentaba que descansara, que fuera a su habitación y cerrara los ojos, que su mente fuera libre por unas horas. Candela no lo aprobaba, pero debía reconocer que la chica estaba haciendo un esfuerzo enorme.

Otra vez pensó en su padre. Se prometió que sería la última vez. Lo imaginó en su hermosa casa, sentado frente al tablero vigilado por Merlín. Casi podía escuchar sus pensamientos lamentándose por no haber sido más fuerte, por no haber luchado por su hija de otra manera.

Una lágrima corrió por su rostro.

—Todos necesitamos ser felices —dijo en voz alta, y se limpió la cara con la manga y se sonó la nariz con un pañuelo de papel. Alan apareció en su mente. Una y otra vez, con cualquier excusa pensaba en él. Necesitaba verlo, oler el perfume que usaba, perderse en sus ojos, sentir sus labios. Sabía que esta vez él le devolvería el beso y podría dejarse abrazar hasta quedar sin aliento—. ¡Maldición! Nunca dejaré de pensar en los que quiero.

Alondra, desde el otro lado de la puerta, esperaba pacientemente. También lloraba. Le estaban pidiendo un imposible a una joven que tenía demasiada gente a quien amar. Pero pensar en lo que sucedería si no lo conseguían era todavía peor.

Sofía abrió la puerta y se encontró a su tía con los ojos rojos.

La joven la abrazó con fuerza y se repitió la escena de hacía setenta años pero al revés. Fueron las lágrimas de Sofía las que bañaron al hada.









Mientras Carolina empacaba se dio cuenta de que no tenía mucho. Tal vez todas sus pertenencias, sus recuerdos, sus afectos, cabían en esa valija del tamaño de una almohada. Se preguntó una y otra vez si tenía sentido seguir observando el devenir de los días, asfixiantes y densos. La vida no había sido buena.

Cuando cerró la valija recordó la última vez que había visto a su madre y se preguntó si al final no terminaría como ella.

Pasó junto a la habitación donde Sofía practicaba canto con Alondra, apoyó la mano sobre la puerta, besó la madera como si el amor que sentía por su hija atravesara todas las barreras, y agradeció que hubiera heredado el temple de su padre. ¡Cómo extrañaba a Claudio! Se enjugó una lágrima y salió del departamento sin saludar a nadie. Estaba segura de que no lo notarían.

El bautismo de Sofía lo cambió todo. Claudio y Carolina se vieron obligados a hablar con sus respectivos padres para que no se acercaran a ellos. Sofía cargaba una pesada maldición, que incluiría a todos los que ella quisiera.

La madre de Carolina cayó en un profundo pozo depresivo, y su salud se debilitó. Intentaron cambiar de aire, mudándose a Luján, pero la tristeza no conoce distancias y al poco tiempo se la llevó.

El teléfono sonó a la madrugada. La hermana de Carolina, llorando desconsolada, culpó al monstruo que habían adoptado de la muerte de su madre. Esa criatura del infierno no pertenecía a la familia. Si se acercaban a su padre, ella misma se encargaría de buscar al Hada Oscura para entregarla.

El dolor abrumó a la pareja y no se atrevieron a asistir al funeral. Carolina no puedo enfrentar a su familia y los años pasaron sin que juntara coraje para llamar por teléfono.

Sin embargo, cuando las hadas le pidieron que se alejara no se le ocurrió otro lugar adonde ir. Era irónico. Toda su vida alejándolos y la primera vez que Sofía debía enfrentar su maldición, ella los traía de nuevo a su



vida.

Su padre estaba feliz de verla. No tardaron mucho en sentarse bajo la parra detrás de la casa, con un mate en la mano. Durante toda la tarde la mareó con millones de preguntas: sobre las hadas, sobre la magia que había visto durante el bautismo de su nieta, sobre Ragarath, sobre Claudio y sobre Sofía. No le quedó nada por preguntar. Parecía un chico fascinado por las aventuras que habían vivido, aunque ninguna se comparaba con la carrera de su nieta con los ajats pisándole los talones. Carolina nunca pensó que su padre estuviera esperando durante tantos años para escucharla.

—Tu mamá rogó que vinieras. Al principio estaba enojada porque nunca le constaste nada sobre las hadas. Pero al final comprendió que Claudio y vos llevaban una carga enorme.

—Pensé que mamá creía que Sofía era un peligro.

—Así piensa tu hermana —su padre sonrió con picardía—. Ella sabe que te admiramos. Tu mamá se pasó los últimos días de su vida hablando de vos y de su nieta mágica.

¡Cuánto lamentaba no haber tenido el coraje para enfrentar el miedo y verlos igual!

—¿El bautismo la afectó mucho?

—A todos nos afectó. Por un tiempo estuvimos asustados, luego enojados y frustrados. Con el tiempo entendimos que estaban protegiendo a alguien importante y que el mundo dependía de los sacrificios que ambos hacían.

—Lamento tanto no haber venido a hablar con mamá.

Cuando el sol se ocultó detrás del limonero y el cielo se inundó de luces de colores por la Navidad, ambos entraron a la casa y se acercaron al arbolito. Al encenderlo, Carolina descubrió las fotos. Fotos de Sofía en diferentes momentos de su vida. Las había llevado Claudio.

—Vino varias veces—dijo su padre poniendo una mano en su hombro—. Cuando hablaba del sacrificio que hiciste por tu hija le brillaban los ojos. De vez en cuando llama pero no tenía mucho para contar hasta que Sofía fue a su casa.

Carolina lloró hasta la cena y luego lloró un poco más cuando fue a su habitación. Al día siguiente, el de Nochebuena, también lloró de a ratos, pero su padre la reconfortó. Siguieron hablando y ella se acurrucó entre



sus brazos. Su hermana llegó por la noche y fue tan antipática como ella esperaba, pero ya no le importó. La cena fue agradable pero su mente estaba con Sofía y su lucha.









El día de Nochebuena Malva, Delfina, Candela y Alondra estaban otra vez juntas. Una vez más Tierra, Agua, Fuego y Aire se reunían en torno de la heredera para protegerla con su vida. Sin embargo no podían actuar. La maldición les prohibía interponerse. Sólo podían acompañarla, velando por su meditación.

—Sería conveniente que comenzara temprano —recomendó Candela.

—Primero debería comer algo.

Delfina había preparado una cena de navidad muy frugal, compuesta de frutos secos, bayas, turrón y mermelada. Había en la mesa jugos y una botella de hidromiel preparada por Malva.

—No tengo hambre —dijo Sofía desde el marco de la puerta de la cocina.

—La comida le producirá modorra —insistió Candela.

—Eso si come demasiado, pero gastará mucha energía en la meditación —dijo Alondra.

—Que beba poco líquido —murmuró Malva—. No quiero que se haga pis mientras pasamos el momento más crítico.

Sofía quería ofenderse pero había jurado no decir nada. Y por más que el funcionamiento de sus riñones era algo privado, no podía negar que tenían razón.

—¿Una castaña? Las asé hace un rato. —Delfina la miraba con tanta ilusión que Sofía no pudo negarse. Se sentó, tomó un poco de licuado de frutilla y se comió unas cuantas castañas.

Desde hacía una semana habían acordado que esa noche hablarían de cualquier tema que no tuviera relación con amigos o familiares. Hicieron bromas, cantaron, jugaron al juego de las Hadas Escondidas y luego limpiaron la mesa lo más rápido que pudieron. Por un par de horas Sofía casi se había olvidado de que era Navidad, que sus seres queridos estaban en peligro y que en menos de una hora todo el odio del Hada Oscura comenzaría a envolverla como una serpiente.

Las hadas entonaron una canción serena y meticulosa, que evitaba el



paso del ruido exterior. El coro de Candela y Alondra tapaba los resquicios de las ventanas mientras el canto de Delfina y Malva reducía el lugar a una parte del departamento. Quedaron solo una habitación, la cocina, el baño, y la sala. No había balcón, ni lavadero.

Los primeros fuegos artificiales iluminaron el cielo de la ciudad, pero ningún sonido llegó hasta ellas. Tampoco el grito de los vecinos de abajo ni el taconeo de la mujer de arriba.

Candela puso un CD con música que Sofía jamás había escuchado. Luego le pidió que se sentara en el lugar que había elegido para la meditación. Unos almohadones la hicieron sentir cómoda, pero no demasiado. No debía dormirse, ni distraerse. Debía estar alerta dentro de su meditación, no podía cometer ningún error.

Frente a ella Candela dispuso el paño con el espiral de plata y las runas. Sofía había pedido que fuera ella la que se sentara en el extremo opuesto. Podía ser un dolor de ovarios cuando quería, pero su rigidez había logrado mantenerla en forma durante la semana anterior. Malva, desde un sillón, le cubría las espaldas. Alondra y Denla, una a cada lado, extendían sus palmas hacia delante. De esa manera brindaban todas sus energías a la heredera.

Permaneció inmóvil, como un buda de jade olvidado. Su mente vagaba por el espacio infinito, recorriendo estrellas, soles, planetas, ajena al recuerdo, ausente de su cuerpo.

La Navidad llegó y ella no escuchó las risas, ni los fuegos de artificio, ni la sorpresa de los niños, ni el brindis, ni los villancicos. Ragarath había conseguido que la felicidad se le escurriera de las manos.

—Lo logrará —pensó Alondra y sus compañeras pudieron escucharla en sus mentes. Desde antes de la huida del castillo que no se arriesgaban a estar las cuatro conectadas con la mente. Ya no importaba si el Hada Oscura las percibía, ellas no eran más que las centinelas del verdadero objetivo. Meras espectadoras.

El tiempo se convirtió en una ilusión. Para las hadas transcurría tan lento como el arrastrarse cansino de un caracol. Para Sofía había perdido sentido. Pasaron años enteros mientras patinaba entre el polvo estelar de los anillos de Saturno, o sobrevolaba un planeta violáceo con cielos magentas y aguas púrpuras.

El reloj se detuvo entre un minuto y otro, Sofía sintió la necesidad de



pensar pero la distrajo un cometa y siguió su estela, dejando que sus destellos formaran un vestido de plata. Tocó la nube de hielo que se desprendía y se adelantó para tomar impulso y usar la gravedad de aquel sol rojo. Volvió a sentir que el tiempo no tenía sentido y luego el vacío se la tragó entre racimos de estrellas, soles y espirales de luz.

Llegó a sentir que no existía. Que era un pensamiento de un ser omnipotente y omnipresente, un suspiro del cosmos.

Nada.

Y contrariamente a lo que hubiera creído, sentirse algo tan insignificante la tranquilizó. Flotaba entre dos pensamientos del Universo y se perdió en el recuerdo de un sistema solar apagado y el anhelo de una nueva estrella.

Había logrado olvidarse de Sofía. Ya no recordaba que, muy lejos de aquel cúmulo de gases incandescentes, había una joven sentada en una pequeña alfombra, rodeada por cuatro minúsculas hadas, en un diminuto departamento de una insignificante ciudad, de un planeta imperceptible, en un rincón invisible de una galaxia perdida en la vastedad del Universo.

Nada.

Sofía había logrado pensar en nada.

Delfina se sobresaltó cuando sonó un timbre, en algún rincón de la casa. Malva abrió los ojos, segura de que no era ni el teléfono ni la puerta, ella misma los había apagado. Candela reconoció la melodía y se maldijo por haberlo olvidado.

Alondra dejó escapar una lágrima.

Varias runas se elevaron cuando la melodía sonó por tercera vez, y después de un tiempo sólo una quedó en el aire.

Malva miraba a Alondra, que volvía por el pasillo con el bolso de Sofía. Intentaba apagar el celular. Lloraba. Sabía que el daño estaba hecho. Y que la joven había actuado como ningún humano jamás.

—Es la runa de la amistad —dijo Candela estudiando la piedra que flotaba en el aire.

Sofía abrió los ojos media hora después. Ninguna habló, sólo se abrazaron. Ella no había fracasado. Habían sido ellas las que habían condenado a uno de sus amigos.





EN ALGÚN LUGAR SIN TIEMPO Y SIN ESPACIO.

Ragarath se había pasado todo el día en la torre más alta de su pequeña ciudadela. Desde las alturas de aquella edificación de roca y cristal podía ver el río, que rugía cayendo por desfiladeros plegados entre los bosques de pinos. Los Pirineos vigilaban detrás suyo.

Desde esa torre podía ver mucho más: más lejos, más detallado, más doloroso. Porque las paredes y las escaleras, incluso la habitación con su cama de respaldares repujados en oro, no existían allí. Los sirvientes del Hada Oscura lo sabían muy bien. Con cautela recorrían los caminos al sur de Andorra hasta encontrar un estrecho paso, como una puerta a la que han olvidado poner el dintel. Un camino entre rocas, musgo y raíces conducía a la ciudadela. No había ninguna advertencia, simplemente desaparecían en las montañas para aparecer en un mundo diferente. El aire era más cálido y la luz del día cegadora. Quien osaba pasar los límites se encontraba indefenso, encandilado y con un shock de temperatura.

Los que voluntariamente servían a Ragarath habían recibido un hechizo que los recuperaba en pocos minutos. Aunque solo funcionaba para entrar. Cuando pasaban del verano del castillo al frío de la montaña, debían rogar para no llegar a los Pirineos de noche, o cuando se estuviera abatiendo una tormenta. El golpe de la naturaleza era tan fuerte que pocos lograban hacer unos cientos de metros antes de caer muertos. Por eso Ragarath contaba con un servicio estable de sirvientes. El Hada Oscura rara vez veía a sus súbditos. De esas tareas se encargaba Reusz y sus orcos, aunque desde hacía treinta años sus visitas se habían hecho más esporádicas, y desde el nuevo nacimiento de la heredera había dejado definitivamente la ciudadela en manos de tres lacayos.

Sin embargo, la atención y el cuidado que Ragarath le dispensaba a Reusz eran únicos. Es cierto que ella había probado en él hechizos prohibidos y varios experimentos. Había repetido numerosas veces esos mismos pasos en voluntarios, pero ellos habían muerto desgarrados por el dolor o deformados. Así que Reusz era una rareza, un equívoco muy útil, aunque no tanto como ella hubiera deseado.



Pero eso ahora no importaba. En pocos minutos todo cambiaría para siempre. Ya habría tiempo de mejorar al orco cuando tuviera en su poder la última fuente de la magia. No faltaba mucho. Cuando la celebración del equinoccio comenzara su red empezaría a cerrarse sobre la inmunda pequeña que la había encerrado en ese castillo.

Caminó hacia los ventanales que rodeaban su habitación. Como si se trataran de gajos de una flor de nueve pétalos, la torre circular se erguía sobre las montañas con enormes vidrios que se unían en la punta. Cada vidrio podía opacarse o desvanecerse a voluntad. Desde allí tenía la sensación de estar volando sobre el bosque, apenas más alto que las montañas. Así mitigaba el encierro y se sentía libre.

Con un movimiento ágil, rápido y mortal, el Hada Oscura tomó el espejo de pie y lo lanzó contra la puerta, escondida en el suelo. Por allí surgía la cabeza de una joven temerosa, que venía con el desayuno que habían preparado las viejas en la cocina. El espejo golpeó su cuello con violencia. El cuerpo se desplomó por las escaleras como a un títere al que le han cortado los hilos. Ragarath ni siquiera se dignó a mirar. La ira la consumía. Si alguien se asomaba en los próximos minutos, aunque fuese a limpiar el estropicio, correría la misma suerte.

Nada podía mitigar el odio y la impotencia que sentía. Tal vez si aquel cuello hubiera sido el de Sofía… La estúpida niña la había confinado a once años de sueño forzado con un simple y miserable deseo.

Sus bellísimas manos eran ahora garras que se abalanzaban sobre los muebles, tirando todo lo que hubiera a su alcance. Los gritos se escuchaban desde el fondo de las escaleras de la torre, donde las criadas levantaban el cuerpo de la joven. Ya no tenían lágrimas en sus ojos. Sentían tal terror en sus corazones que estos se habían convertido en pasas resecas. Ragarath lograba despertar lo más oscuro de cada ser, lo más miserable. El instinto de supervivencia hacía que los hombres se comportaran como bestias. Los que todavía tenían sentimientos y querían salvar su alma se habían lanzado hacia el estrecho corredor que los vomitaría hacia el bosque. Era preferible enfrentar el golpe de frío y la muerte segura que avalar aquella carnicería.

Los orcos no tenían opción, sus cerebros estaban tan trastornados que solo deseaban pisar a sus compañeros para seguir ascendiendo. Estar más próximos a Ragarath significaba tener poder. Y si la muerte era el destino, era mejor morir en las manos de alguien poderoso como ella.

Los humanos que servían en la ciudadela se movían como serpientes o cucarachas. Había visto morir a muchos orcos, ciertamente con terror,



pero con los ojos abiertos, entregados a su ama y satisfechos con su destino. Los humanos en cambio cerraban los ojos, no querían ver la muerte y mucho menos asumirla.

Para el Hada Oscura los humanos eran una plaga, un virus que se había extendido por la Tierra, royendo sus entrañas, saqueando los tesoros del mundo. Para ella no valían nada. Sin embargo el creador los había dotado de un par de milagros: un alma inmortal y una inteligencia superior. Ninguna de las dos les servía para ser misericordiosos, respetuosos de la naturaleza o caritativos con otros de su especie. Ragarath debería recibir un premio por eliminarlos, no un castigo.

Respiró profundo, miró el estropicio que había hecho y llamó a la servidumbre. No podía caminar entre tanta basura.

Como hormigas a las que un niño les ha pisado el hormiguero, una docena de mujeres entraron en la habitación. Una muchacha casi deja escapar un grito cuando recogió los restos del espejo y lo que había debajo, pero una vieja le tapó la boca y la obligó a regresar por la escalera, no quería otra muerte.

Ragarath esperó. Intentaba contenerse. Las cucarachas hacían demasiado ruido, interrumpían sus pensamientos. Pero aquel sería un día para celebrar, les permitiría terminar con sus tareas sin castigarlos.

—Que nadie venga a molestarme hasta que yo lo ordene —dijo, como si hablara para ella misma.

Cuando las mujeres se retiraron la habitación lucía impecable.

Con un gesto hizo que una alfombra circular surgiera de un baúl a los pies de la cama y se situara en el centro de la estancia. Todos los muebles se corrieron para darle espacio. Ragarath disfrutó de la gracia de sus movimientos, caminó como una pantera y antes de poner un pie en la alfombra giró por completo y se dejó caer, hasta quedar flotando a unos centímetros del suelo. Cruzó las piernas y dejó que sus brazos descansaran sobre ellas. La ropa, vaporosa, sutil, con millones de capas de negros, azules oscuros y violetas flotaba a su alrededor.

Desde el día en que había despertado del hechizo impuesto por la heredera, nunca se había sentido tan bien. La mente despejada, los músculos distendidos y la sensación de que su mente podía introducirse en donde ella deseara.

Pero solo en una mente quería hurgar, en una sola quería meterse y pisotearla. Le tomó varias respiraciones profundas recuperar el control



de sus sentidos. No tenía que sentir odio, no en aquel momento. Solo dejarse fluir.

Finalmente el mundo se aquietó. A deferencia de Sofía, ella no tenía que esforzarse por meditar. No necesitaba luchar. Simplemente debía esperar a que Sofía le transmitiera, quisiese o no, todos sus sentimientos.

El aire se hizo más delgado, sintió cómo ingresaba por su nariz, cómo la envolvía y giraba a su alrededor. Y en cada nueva bocanada veía imágenes sin sentido que luego iban cobrando forma. Al principio fue un paño azulado, una inmensidad oscura y fría. El azul se fue manchando con leves luces blancas, rosas, celestes. Titilaron, se agrandaron y contrajeron. Algunas dieron vueltas, otras iluminaron planetas danzando a su alrededor, lunas, cinturones de asteroides, polvo cósmico.

Paciente, conocedora de todos los trucos de las hadas, se dejó llevar por un viaje alucinante por el Universo. Se sumergió en aguas violetas, contempló atardeceres magentas, patinó sobre los anillos de Saturno. Y cuando un sonido ajeno al viaje llenó el cosmos, rompiéndolo como un cristal, sonrió satisfecha.

No festejaría, no todavía. La última vez que se había reído así la misma sangre que fluía dentro de la heredera la había derrotado. Esta vez sabría esperar. Pero cuando el momento llegara sería implacable.







Capítulo 6



Las vacaciones fueron largas, calurosas y húmedas.

Sofía no quiso atender su celular ni recibir a ninguna de sus amigas. No le importaba que sus tías hubieran asumido la culpa o la elogiaran por su concentración. Se sentía una asesina. Sabía que Ragarath estaba esperando el momento para atacar. No sería hoy, ni mañana, pero pronto, muy pronto. Solo debía permanecer atenta para escuchar la señal que le indicaría el instante preciso. Confiaba en el séptimo don. Era su única esperanza para contrarrestar el maleficio.

Se levantaba temprano, corría con Candela y aprendía canto para invocar el crecimiento de las plantas, la evaporación del agua o el cambio de estado de la madera, la piedra y el metal. Delfina, Alondra y Malva se turnaban para entrenarla. Por la tarde pasaba las últimas horas de sol en el parque, luchando con Candela, ocultas de las miradas curiosas por un conjuro. El hada conocía casi todas las técnicas de lucha oriental y africana. No esperaba que Ragarath la atacara físicamente, pero dudaba que los orcos no quisieran atraparla primero.

Sofía terminaba los días con moretones y torceduras, y un dolor de cabeza que se había hecho crónico. No lograba dominar la magia, no conseguía los resultados que las hadas querían. Ni siquiera el hecho de haber vencido dos veces a Candela le levantaba el ánimo.

Una tarde de nubes negras Sofía estudiaba un vaso de leche fría. Estaba más deprimida que otras veces. Le dolía el cuerpo y el alma. No le importaba tomarlo o no. Le pasaba con la comida, con las películas en la tele, con la música. Le daba igual. La vida se había convertido en un pozo oscuro. Sus tías no la dejaban ni a sol ni a sombra. Carolina, que había regresado un par de semanas después de Navidad, apenas se movía de su lado. Parecía un perro apaleado que está buscando siempre el perdón de su amo. Sofía la ignoraba. En aquel vacío no podía entrar nadie.

—Quizás Ragarath tenga razón y sea mejor entregarme —concluyó. Un rayo de sol emergió entre las nubes e iluminó la cocina en el momento en que Candela le estampaba un sonoro cachetazo.



Delfina y Alondra dejaron caer el té con hierbas y las galletas de miel que habían preparado. Carolina se tapó la boca con horror, ella jamás le había pegado a su hija.

—Nunca, nunca más digas eso —Candela le hacía honor a su nombre, con los cachetes encendidos y los ojos brillantes de ira.

—¡Vos no sos mi madre! —gritó Sofía—. Si ella no me reta, ¡vos no tenés ningún derecho a pegarme!

—¿Qué no tengo derecho? —Alondra vio en Candela el mismo fuego que iluminara los bosques cerca del castillo. Sus cortos cabellos parecían a punto de encenderse como velas—. ¿Realmente creés que no tengo derecho?

Sofía deseó acurrucarse en el sillón. Nunca había visto a Candela tan desencajada. Sin embargo le hizo frente. Candela luchaba para no volver a pegarle.

—¡No vuelvas a hacerlo!

—¿Sabés cuántas hadas murieron por protegerte? ¿Sabés cuántas morirán si fracasamos en nuestra misión? Tenés que aprender que tu vida no es tuya, le pertenece a todos los que están relacionados contigo. No solo tus amigos, sino tus padres, las hadas, los enanos, los duendes, las sirenas, los dragones, quizás la humanidad entera depende de cómo actúes.

—¡Yo no lo pedí! ¡Nadie me consultó si quería esta responsabilidad! Quiero ser una persona normal. Deseo…

Las tres hadas se abalanzaron sobre Sofía.

—Por favor —imploró Alondra tomándole las manos—. Candela no debió pegarte, pero eso no justifica que destruyas todo lo que construimos en estos años.

—¿Qué fue lo que construyeron? ¿Un títere? ¿Una marioneta que pueden manejar para destruir a Ragarath?

—No, querida —dijo Delfina sentándose a su lado—, no queremos controlarte.

Las hadas tragaron saliva y Delfina supo que ahí estaba el meollo del asunto. Tenía miedo de hablar, de decir algo inconveniente, pero ya no había vuelta atrás. Tenía que rectificarse.

—No queríamos controlarte, pero lo hicimos. Podemos ser diferentes si



aceptás la realidad en la que te tocó vivir.

Sofía no quería retroceder, pero Delfina siempre buscaba suavizar las diferencias, aunque no siempre se pudieran curar las heridas.

—Las cosas están planteadas así —intervino Candela—. Hay gente que nace con problemas, enfermedades incurables, huérfanas o en familias numerosas. Cada uno debe aprender a vivir con sus circunstancias y usarlas para superarse. Podés dejarte ganar por la autocompasión o podés convertir las dificultades en una razón para mejorar.

—Después de todo —agregó Alondra con una sonrisa—, ¿cuántas niñas reciben los dones de las hadas?

—En este momento cambiaría todos los dones por una vida normal.

—¿Y qué es una vida normal? —preguntó Candela.

No ser una huérfana adoptada por un par de padres que estaban separados, le hubiera gustado decir. Pero era una estupidez que lastimaría a su madre, nada más. Parecía ridículo, pero no haber conocido a sus padres biológicos y que sus padres adoptivos no vivieran juntos, le molestaba más que enfrentarse a un hada desquiciada.

¿Podría desear volver el tiempo atrás? ¿Qué pasaría si regresara al día en que sus padres se separaron? "No puedes hacer que alguien se enamore de otra persona", recordó. ¿Hasta dónde llegaría la restricción del deseo que podía pedir? "¡Que mis padres se enamoren otra vez! Eso deseo." La palabra deseo la pensó rápido, como si hubiera dicho una mala palabra en la clase de Matemáticas.

Miró por la ventana y se perdió en mil pensamientos. De pronto sintió un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que lo que de verdad le molestaba era que Carolina y Claudio no fueran sus padres biológicos. No sabía nada de sus anteriores padres, no podía sentir afectos por ellos ni comprender su causa.

—… en cambio, si practicas con nosotras, no tendrás más preocupaciones —dijo Candela, y Sofía la miró como si la hubiera escuchado. El hada la escrutó con ojos de halcón, intentando descifrar si realmente le había prestado atención mientras hablaba.

—¿Por qué no me enseñaron a defenderme desde pequeña? ¿Cómo pretenden que en dos meses aprenda todo lo que necesito?

—Yo quise entrenarte desde que naciste —el hada golpeó la mesa con sus puños mientras Alondra y Delfina la miraban preocupadas—. Si hubieras



aprendido artes marciales, magia o tiro de manera metodológica, hoy sería más fácil.

—No, no lo seria —dijo Malva entrando a la cocina. Miró a Candela. Había un reproche en su mirada y Candela bajó la vista. Se había visto compelida a acudir cuando Sofía comenzó a sentir la necesidad de pedir un deseo. Se sentó junto a Delfina y le dijo—: Pequeña, te enseñamos tanto como pudimos, pero hemos intentado hacer tu vida llevadera mientras esperábamos lo inevitable.

—Me manipularon el cuerpo.

—¿A qué te referís? —preguntó Alondra.

—Mi retraso en el desarrollo no fue un accidente de la naturaleza.

Alondra bajó la mirada, Delfina negó con la cabeza, Candela se mantuvo inconmovible.

—Es cierto —dijo Malva—. No fue la naturaleza. Aletargamos tu desarrollo, demoramos tu crecimiento. Queríamos que enfrentaras esta situación con la madurez suficiente para entender todas las implicancias.

—No me preguntaron.

—No seas ridícula —Candela parecía una caldera a punto de estallar.

—Siempre dije que esa decisión nos traería problemas —Delfina miraba a Candela con una profunda pena.

—Si fuera por vos, jamás tomaríamos una decisión.

—No es el momento, Candela —Malva dio un paso más hacia su amiga y levantó un dedo como advertencia.

Sofía estudió a Malva. Era la única que no tenía ese aire sutil que envolvía a sus tías. Su cuerpo realmente le pesaba, sus huesos sostenían su piel, pálida, llena de arrugas. No parecía haber el más mínimo rastro de magia en ella.

—Al menos me hubieran entrenado como dice Candela.

—Tu madre te ha llevado durante estos años a estudiar destreza, danza, natación e idiomas, ¿verdad?

—Sí. ¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cuántas veces practicaste con nosotras lo que aprendías?



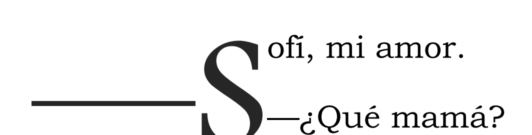
Las miró con detenimiento mientras recordaba todas las veces que habían ido al parque. Allí jugaban a bailar o hacían piruetas. Pensó en todo lo que había hecho cuando la atacaron los ajats. Sacudió la cabeza, poco a poco iba comprendiendo.

Las hadas sirvieron el té. Sofía se sentía una idiota que nunca se había dado cuenta de nada. Esperó que las viejas se pusieran a charlar de temas irrelevantes y se fue a su habitación. Quería estar sola.








—Sofi, mi amor.

—¿Qué mamá?

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Carolina entró en la habitación y cerró la puerta. Le sorprendió encontrarla tan ordenada. En una bolsa de consorcio vio los osos de peluche y las muñecas. No se atrevió a preguntar pero sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Estás bien?

—Considerando que en algún momento de las vacaciones un hada loca va a matar a una de mis amigas, perfecto.

Carolina no sabía si sentarse o quedarse parada. Se sentó a los pies de la cama. Sofía creyó que hablaría de lo ocurrido en la cocina, pero su madre estaba con la mirada perdida.

Después de los días que pasó en Luján no era la misma. Algo había cambiado aunque no se notara. Era difícil tomar otro rol en una obra que se viene interpretando durante años de la misma manera. Ella les había dejado a las hadas todo el terreno, todas las responsabilidades, todas las decisiones. Ella era un mero objeto decorativo.

—¿Mamá?

—Lo siento —dijo.

Sofía la dejó perderse una vez más en sus pensamientos. Estudió sus facciones delicadas, su piel perfecta. Ella no había necesitado el don de la belleza, le era propio. Pero se había marchitado. En sus ojos podía leer una soledad y tristeza que nunca había visto. Quería abrazarla, pero no sabía cómo. Ella tenía quince años y también se sentía sola. ¿Cómo podía ayudar a su mamá?

—El tiempo pasó rápido —dijo por fin, mirando la bolsa desde la que asomaba el poster de Nick Gershuick.



—No siempre.

—No, claro. Para los jóvenes el tiempo resulta interminable. Sin embargo a mí me parece que fue ayer cuando te recibimos.

Sofía se encogió de hombros.

—¿Nos quieres como si fuéramos tus padres?

—Por supuesto. Son mis padres —dijo sorprendida—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Quizás debimos esforzarnos más y no separarnos. Creo que hubieran cambiado muchas cosas, muchas. No quise hacerlo tan complicado.

—Está bien. No sabías que te tocaría una hija protegida por las hadas.

Ambas intentaron sonreír, pero sus expresiones parecían muecas.

—Quizás se equivocaron al elegirnos como padres. No estuvimos a la altura.

¿Elegirnos? Como un rayo una idea vino a su mente.

—¿Creés que no pensé en vos durante la Navidad porque no te quiero? —dijo Sofía desconcertada.

—No, no es eso, pero no voy a negar que me sorprendió saber que pensaste en tus amigas.

—¿De eso se trata esta charla? ¿Me vas a culpar por no haber querido que te mataran a vos?

—No, hija, no es eso lo que digo, pero yo pensé...

Sofía se puso de pie. Quería estar lejos de su madre.

—No te vayas, quería hablar con vos un poco más.

—Pero yo no quiero mamá. ¿Qué pasa? ¿Querías ser la protagonista y no te salió bien? ¿Esperabas demostrarles a todos que yo te quería más a vos? ¿Eso te hubiera hecho sentir mejor?

Y sin poder medirse, cargada con toda la frustración que sentía, siguió atacándola mientras se ponía las zapatillas.

—Ya entiendo. Esperabas que esto fuera una cuestión entre papá y vos, ¿no?

—Sofía, me estás faltando el respeto.



—¡Era eso! ¡Querías que te eligiera para quedar como una madre espectacular delante de papá!

—Estás hablando de más.

—Siempre hablo de más, mamá. Siempre me equivoco. Pero me hubiera gustado ver qué cara ponías si elegía a papá.

—Sofía. No te voy a permitir que digas una palabra más. Te estás pasando de la raya.

—¡Siempre me paso de la raya! ¡Siempre estoy desubicada! ¡Soy como un grano! ¿No? Entonces será mejor que reviente así pueden seguir con sus vidas. Una amiga mía se va a morir en cualquier momento y no sé qué hacer. ¿Te parece bien que hable con Ragarath y le diga que me entrego? Quizás si me mato las cosas se hacen más fáciles. Quién te dice, quizás papá regrese para que no te sientas tan sola cuando las tías se vuelvan a Europa.

Carolina se puso de pie como un resorte, dispuesta a pegarle a su hija. Pero Sofía había dado su golpe más doloroso y quería irse.

—¡Estoy cansada de ser un títere! —gritó. Con las zapatillas puestas y la mochila al alcance de la mano, salió de un brinco al pasillo y corrió.

Esta vez el ascensor estaba vacío. Cuando llegó a planta baja las tías estaban en el vestíbulo, esperándola, con sus alas iluminado el palier.

Sofía no esperó. Corrió hacia Alondra. Contaba con que ella no le pegaría como Candela y saltó pensando en sus nuevos poderes. Rozó el techo con la espalda y el marco de la puerta la raspó si misericordia. Gritó de dolor pero no se detuvo.

Huyó una vez más hacia la costanera. El verano en la ciudad era más soportable cerca del río. Estaba lleno de gente que no se había podido ir a la costa de vacaciones, o ya había vuelto y había salido de su trabajo a tiempo para tomar los últimos rayos de sol.

Pese al dolor en la espalda se sentía capaz de enfrentar cualquier desafío. Se movía con una destreza que la sorprendió. Un vendedor de sombreros había puesto su manta en el piso para exhibir su mercadería junto a un vendedor de sandalias y uno de juguetes hechos a mano. Cuando vio a Sofía cruzar la calle sin mirar y avanzar en su dirección, trató de proteger su mercadería. En un pestañeo la joven dio un salto, pasando sobre el vendedor y sus gorros, y cayendo en el único lugar libre entre los juguetes, para volver a saltar a fin de evadir a una madre con su bebé en cochecito. Los espectadores de tal demostración de habilidad y precisión



se quedaron duros, incapaces de insultarla por ser tan atropellada.

La madre con el bebé quiso decirle que tuviera más cuidado, pero la había perdido de vista. ¿Cómo podía alguien correr tan rápido entre la gente?

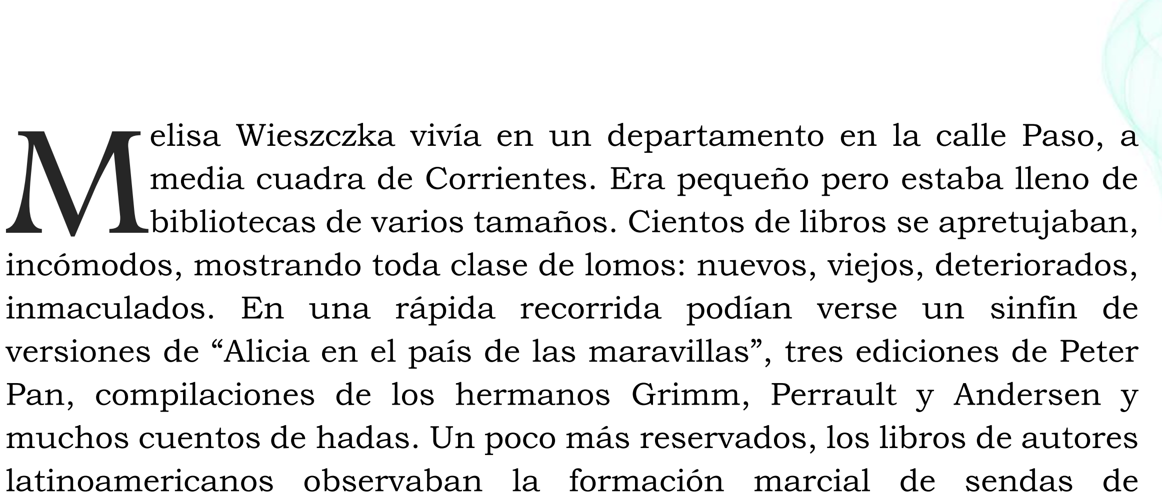
Durante la hora siguiente vio a sus tías varias veces entre la muchedumbre. Las evadió de todas las maneras posibles. Se agachó, corrió, se escondió y cuando se encontró encerrada entre los juegos infantiles, un puesto de comida y un grupo de artistas callejeros, decidió trepar a un ombú y desde allí desplazarse entre los árboles. Saltaba distancias imposibles, descolgándose de una rama hacia el vacío con la seguridad de que otra la sostendría. Poco a poco se fue alejando de la muchedumbre y de la costa, pasó junto al edificio que había construido su padre. Mientras las hadas seguían pensando que Sofía estaba en la costanera, ella corría por la calle Corrientes, en pleno centro de la ciudad. Por primera vez desde que había comenzado el entrenamiento estaba feliz. Había vencido a las hadas.







Capítulo 8



Melisa Wieszczka vivía en un departamento en la calle Paso, a media cuadra de Corrientes. Era pequeño pero estaba lleno de bibliotecas de varios tamaños. Cientos de libros se apretujaban, incómodos, mostrando toda clase de lomos: nuevos, viejos, deteriorados, inmaculados. En una rápida recorrida podían verse un sinfín de versiones de “Alicia en el país de las maravillas”, tres ediciones de Peter Pan, compilaciones de los hermanos Grimm, Perrault y Andersen y muchos cuentos de hadas. Un poco más reservados, los libros de autores latinoamericanos observaban la formación marcial de sendas de colecciones de ficción. Los diccionarios empujaban a los libros teóricos, unos tan gastados por el uso como los otros.

Sobre una antigua mesa de máquina de coser descansaba una computadora. Los cajones para los carretes de hilos estaban llenos de lápices, blocs de notas y clips de papel. Casi tapándolos luchaban por el pequeño espacio una impresora, un escáner y un mouse. Todos decorados, seguramente por Melisa, con el mismo motivo de los herrajes de la mesa. El conjunto de escritorio parecía sacado de un libro de realismo mágico.

Pero no era el escritorio lo único que deslumbraba a quien ingresaba en la casa. En los estantes libres Melisa había acomodado diminutos muebles de casa de muñecas.

Delante de unos libros de Sherlock Holmes descansaba una sala de estar victoriana con un reloj de pie, espejo, sillones, una mesa ratona y una caja con bigotes postizos, pelucas y pipas. Sobre un atril había una partitura con un violín. Frente a los libros de Alicia asomaba una mesa interminable formada por decenas de mesitas de diferentes estilos, con un largo mantel en el que había un juego de té. Las sillas de distintos colores y tamaños esperaban a los invitados mientras un sillón en el que reposaba una galera enorme presidía la cabecera. Junto a los libros de Verne se podía ver un escritorio del siglo XIX. Y sobre este un telescopio y un par de dinosaurios pequeñísimos. A su lado un traje de buceo de profundidad dentro de una vitrina, asombraba por su detalle.

Cada grupo de libros tenía una escenografía.

Sofía consiguió en ese recorrido olvidarse por completo de sus problemas.



—¿Cómo sabés dónde vivo? —preguntó Melisa, feliz de verla.

—Por retazos de nuestras conversaciones. Un día dijiste que desde el octavo piso no se podía ver demasiado el cielo, pero que disfrutabas del departamento porque podías observar a la gente caminando por Corrientes y comprando telas y ropa, así que supuse que vivías en el barrio Once. También dijiste que asistían a la sinagoga de enfrente porque te gustaban mucho los casamientos judíos. ¡Ah! La última vez mencionaste que el vidrio de la puerta de había roto y que tus madres tenían miedo de que por ahí entraran al edificio.

—Podrías ser una buena detective, ¿sabías?

—No fue tan difícil. Además le dije al portero que venía a tu casa y que era el piso octavo pero que no recordaba cuál era el departamento. El me abrió y me indicó.

—¿A qué debo el honor de la visita? ¿Volviste a escaparte de tu casa?

La joven se puso colorada y Melisa no pudo evitar una sonrisa, aunque estaba preocupada.

—¿Qué pasó ahora?

—No es como la otra vez. Estoy viviendo de nuevo con mi mamá. Me acabo de pelear con ella. Esperaba que me entendiera. Pero me complica la vida.

—Ser madre no es fácil —dijo.

—Estás de su lado.

—No es un partido de fútbol. No tengo por qué estar de un lado y otro. Te quiero mucho pero no podéis escaparte de tu casa cada vez que las cosas no salen como te gustan.

—Es cierto —dijo masticando bronca—. Pero siempre sale diferente a como lo espero. Y no me escapo todo el tiempo.

—En estos últimos meses parece que sí. No podéis actuar de esa manera. Tenéis que enfrentar los problemas.

Aquella frase le había dado más de que pensar de lo que Melisa creía. Era cierto, se había escapado de los problemas.

—¿Galletas de miel?

—Gracias.



Se perdió en sus pensamientos con la galleta en la mano. Quería elegir su propio camino, no quería que otros le dijeran cómo salvar a sus amigas. Tampoco deseaba tener algo que ver con el destino de un reino, de las hadas o de todo el mundo. Mordió un poco, casi por compromiso, y el sabor la regresó al departamento.

—Es deliciosa. Me hace acordad a las galletas que hace una de las amigas de mis tías.

Miró a Melisa y le volvió a recordar vagamente a alguien, pero no supo a quién. El teléfono sonó en algún lugar del escritorio, debajo de la montaña literaria. Melisa levantó un par de libros junto a la computadora hasta encontrar un pequeño teléfono inalámbrico. Le hizo un gesto a Sofía y atendió.

—Voy en media hora… sí, está todo bien. No, no hay problemas.

Cuando cortó se sentó con el teléfono en la mano.

—Voy a llamar a tus padres. En media hora tengo que estar en el colegio y quiero quedarme tranquila.

—Entiendo.

—¿Llamo a tu papá?

—No, mejor no —Claudio había tenido demasiados problemas ya. Además le daría a Ramona la excusa perfecta para hablar mal de ella—. Mejor llamá a mamá.

Mientras esperaba que atendieran Melisa descolgó un paquete de un perchero en la puerta y lo puso sobre el sillón.

—¿No vas a la fiesta? —le preguntó.

—¿Qué fiesta?

—El baile de carnaval que hacen en la escuela. ¿No sabías?

Sofía no pudo responder. Se le había hecho un nudo en el estómago. Como no había atendido el celular y no había recibido a sus amigas, no sabía nada del baile.

Pero eso no era lo que le provocaba más náuseas. Melisa la miró con preocupación y puso una mano en su frente. No llegó a preguntarle si estaba descompuesta porque del otro lado habían atendido la llamada.

La habitación se había vuelto un lugar brumoso, como so lo viera a través de un vidrio esmerilado. El piso se movía, le dolía el estómago. El dolor



era apenas un reflejo de la opresión en la cabeza, como si alguien estuviera atravesando su cerebro con un dedo helado, hurgando, buscando, o simplemente dejando una pista sobre algo que sucedería esa noche.

Había llegado el momento.

Una frase dominaba su mente: "Allí donde fue sincera de corazón, será su fin".

Aquella era la advertencia señalada, la que debía recibir para salvar a la víctima del Hada Oscura. Ahora tenía la certeza de que Ragarath mataría a alguien durante la fiesta de disfraces, cuando podía pasar desapercibida entre sus amigos.

Sus piernas se aflojaron y tuvo que tomarse de la silla para no caer. Melisa pidió a la persona del otro lado del teléfono que aguardara un instante.

—¿Estás bien?

—¿Quién atendió?

—Es tu tía Alondra.

—Necesito que vaya a la escuela. Hacele saber que hoy es el día.

—¿El día de qué? No puedo llevarte a la escuela, preferiría que vinieran a buscarte.

—Por favor, después te lo explico.

—¿Queréis hablar vos?

—No, no. Por favor, ella lo entenderá.

Melisa volvió al teléfono y dijo lo que le había pedido Sofía. Del otro lado se escuchó una exclamación, un cuchicheo y una respuesta apurada rogando hablar con su sobrina. Pero cuando la bibliotecaria se dio vuelta, Sofía ya se había ido.









Corrió. Desbocada, asustada, desesperada. Desde que había reconocido sus poderes las piernas ya no le dolían, pero el corazón le latía como un tambor.

Ni se le ocurrió tomar un taxi.

En su mente aparecían las caras de Jenn, Silvia, Sandra, Roxana y Marcela. Cualquiera de ellas podría ser la elegida por Ragarath. No lograba concentrarse para ver claramente de quién se trataba. Tampoco importaba. Estarían todas juntas.

Jenn había sido sincera, el día que había besado a Alan. En el patio, durante el recreo. Se detuvo. El corazón se le oprimió como a una naranja a la que se le ha sacado todo el jugo.

—¡Alan!

No lo había pensado. No podía imaginar por qué razón su cabeza lo había borrado de la lista de posibles víctimas. Ella lo quería. Mucho. ¿No sería lógico que su inconsciente lo hubiera recordado durante la noche de Navidad?

Y él también se había sincerado, ¿verdad? ¿Había sido después del beso? ¿O cuando la llamó al celular? ¿Dónde estaría cuando la llamó? Corría, pero por dentro estaba paralizada. Una elección equivocada la alejaría de la única posibilidad de salvar a su amigo.

—¡Sofía! —Melisa le gritaba desde la ventanilla de un taxi—. Subí, te llevo a la escuela.

Accedió. Sería una tortura viajar junto a una persona ofendida pero tenía que guardar fuerzas para lo que se encontrara en el colegio. Contuvo una exclamación cuando la miró. Parecía una broma de mal gusto verla disfrazada de hada.

¿A quién le recordaba vestida así?

—Tu tía parecía preocupada. Me dijo que te ayudara en lo que pudiera. ¿Querés contarme qué pasa?

—Gracias —dijo en un susurró—. ¿No vas a retarme?



—Si estás tan desesperada que apenas pude alcanzarte con un taxi, entonces debe haber una excelente razón.

—Digamos que tengo un problema con alguien que desea lastimar a un amigo.

—¿Y creés que va estar en la fiesta?

—Es un presentimiento.

—Entonces llamemos a la gente de seguridad que contrató el colegio para el carnaval.

—¡No! No sería buena idea. La única que puede hacer algo soy yo.

—¿Estás segura?

—Sí —se sentía terrible por no poder explicarle más a Melisa, pero nunca creería que un hada quería matar a sus amigos—. ¿Qué dijeron mis tías?

—Que llegarán a la escuela lo antes posible. Que confíes en lo que aprendiste. ¿De qué están hablando?

—Prometo que te lo explicaré —dijo tomando su mano—. Dame tiempo de ver lo que está sucediendo en la escuela. Quizás es una tontería mía y no pasa nada.

Sofía soltó la mano de Melisa y sintió algo extraño. El auto se había detenido a mitad de la calle, apenas unos pasos antes de llegar al colegio. Excepto la bibliotecaria todo había perdido el color, como si estuviera dentro de una foto antigua.

—¿Y el taxista? —preguntó Melisa.

—Sabía que esto podía pasar. Vamos.

El conductor había desaparecido como toda la gente que caminaba por la zona. Los pájaros, los perros y cualquier signo de vida se habían evaporado. Melisa miraba con desconfianza y se hubiera detenido si Sofía no la empujaba varias veces.

—Entremos por la puerta del costado, por favor.

La bibliotecaria asintió y buscó entre los pliegues de su bellísimo traje la llave que abría la puerta por donde Sofía había escapado.

—¿Qué pasa? —susurró Melisa. La falta de música le ponía la piel de gallina. A esa hora los chicos deberían estar en pleno preparativo—. Algo no está bien.



—Nada está bien. Es probable que pienses que te volviste loca cuando veas lo que está sucediendo.

Entraron a la biblioteca por la puerta de la cocina y fueron hacia las ventanas sin encender la luz. Desde el patio les llegaba el susurro de metal entrechocando, pasos marciales y gruñidos.

Melisa contuvo un grito cuando vio la extraña fauna que llenaba el patio. Por un lado estaban aquellas criaturas, pobres imitaciones de hombres, que caminaban por el patio encorvados como gorilas, con toscas armaduras medievales, intentando emular una formación militar. Estaba claro que todavía no se habían puesto de acuerdo en la postura, los rangos y la utilidad de aquella formación. Un grupo de seres más grandes y con armaduras atiborradas de tientos y colmillos, parecían rivalizar con ellos en la toma de decisiones. Algunos empujones y gruñidos marcaban las diferencias.

Y entre ellos, como si fuera una jauría de mandíbulas y ojos exorbitantes, una centena de monstruos blancuzcos saltaban y corrían por los pasillos, trepaban las columnas y jugaban en los techos. Sus dentelladas arrancaban el revoque de las paredes y cortaban las chapas de los desagües.

Melisa intentó convencerse de que se trataba de algún espectáculo montado por los alumnos, parte del baile de carnaval. Pero esas caras deformes de caminar torpe no podían ser parte de una actuación de jóvenes del secundario. Y esos monstruos pequeños no se asemejaban a ningún animal conocido.

—¿Qué es esto?

—Supongo que los más altos son orcos. Escuché algunos relatos de mis tías y se les parecen. Los pequeños son ajats. Esos ya los conocía y no te recomiendo cruzártelos.

—Los elementales existen —dedujo Melisa desconcertada.

—Sí. Supongo que los ves porque estábamos de la mano cuando entramos a esta especie de burbuja donde el tiempo se detuvo.

—¿Y durará para siempre?

—¿La capacidad de ver elementales? No lo sé. La verdad es que no sé mucho de esta locura.

Sofía miraba el patio de otra manera. Se suponía que tenía una posibilidad de salvar a la víctima de Ragarath. ¿Cómo se suponía que



saldría con vida si entraba ahí? Hasta el más pequeño de los orcos estaba armado hasta los dientes, sin contar a los ajats, que tenían la boca llena de navajas de marfil.

Un poco más alejada del centro del patio, junto al único árbol, estaba la mujer que había visto deslizarse entre el tránsito aquella mañana cerca de la costanera. Podía jurara que también era uno de los que se escondía entre las sombras del puente cuando la rodearon los ajats. Estaba parada como un tronco. Su fronda eran cabellos enmarañados de lianas, las mimas que salían desde el final de su vestido, flotando, tanteando paredes, columnas y ventanas, como tentáculos.

—Creo que ella es quien desea verme muerta.

Melisa levantó la vista y la vio. No se parecía en nada a las hadas de los cuentos. Su cara era una calavera cubierta de piel reseca. Su risa permanente se burlaba del mundo. No caminaba, se deslizaba como una visión espectral a pocos centímetros del piso, dejando que algunas lianas colgaran arrastrándose y otras flotaran como una mortaja que intenta huir de su momia.

—¿Quién es?

—Si no me equivoco se llama Ragarath. Es un hada oscura.

—¿Por qué es oscura?

—Desea dominar toda la magia del mundo. Para eso debe matar al último heredero de un reino protegido por las hadas. La magia de las siete cortes feéricas se materializa en la Tierra a través de ese reino. Cuando muera el último soberano el poder será de ella. Se proclamará reina de las hadas y sojuzgará a los humanos, haciéndolos sus esclavos.

—Maldita —dijo Melisa recuperando la compostura.

—Yo soy la última heredera.

La bibliotecaria apenas la miró. Estaba fascinada contemplando el espectáculo del patio.

—Me imaginé. Pero, ¿por qué tiene atados a Jenn y a Alan?

Sofía miró hacia donde señalaba y sintió un nudo en el estómago. Debajo del árbol estaban sus amigos, a punto de ser sacrificados. Jenn estaba disfrazada de odalisca. Sofía conocía el traje porque había ido a verla bailar varias veces. Alan era un pirata.

—Dijeron que solo sería uno.



—¿Cómo sabías que estaban en peligro?

—Ragarath no puede matarme. Pretende torturar a mis amigos y familiares hasta que me suicide o me vuelva loca. Mis hadas madrinas me dieron el poder de saber cuándo intentará matar a mis amigos.

Melisa enfrentó a la joven cruzándose de brazos.

—Menos mal que no sabes nada sobre los elementales.

—No sé mucho más que lo que te acabo de contar. Mis tías no tuvieron tiempo de instruirme —mientras hablaba estudiaba a la mujer del vestido de lianas. No comprendía por qué las hadas la describieron como un ser bellísimo. ¿Se habría descompuesto con el tiempo? No tenía ni la gracia ni la postura que esperaba. Ni siquiera generaba en el resto de sus hombres el respeto que esperaba.

—¿Pasa algo?

—Sí. Esa mujer no es Ragarath —Melisa estudió la cara de Sofía, preguntándose cómo podía saberlo—. Me la crucé un par de veces. Parece terrible, pero siento que no es la persona que busco. Si no fuera porque mis amigos están ahí, diría que tampoco es el lugar donde tendría que estar.

—Yo no dudaría.

—Tenés razón, por eso estoy preocupada.

La cadavérica señora dejó de moverse, parecía alerta como un perro que ha escuchado un sonido a varias cuadras. Sofía se alejó de la ventana espantada. Algo venía. No sabía qué debía hacer a continuación. Sin embargo, la curiosidad pudo más y se acercó a otra ventana para tener una mejor perspectiva del patio y de sus amigos.

Un estallido de luz y humo verde en la azotea del colegio la sorprendió. Orcos y ajats se alejaron de la nube, buscando refugio detrás de la mujer de las lianas aunque el miedo también se había apoderado de ella.

—¡Esa es! —dijo Sofía con voz demasiado alta, pero nadie le respondió. Aterrada por su descubrimiento se volvió buscando a Melisa, pero no estaba. Desconcertada, miró a través del vidrio y la silueta que se formaba en la nube le hizo recordar a su amiga. Un frío glaciar le recorrió la espalda. No podía ser, no podía ser. Melisa era su amiga, la conocía desde hacía varios años.

En lo alto del colegio la figura parecía gigante, una estatua de mármol a la



que todos veneran y temen.

—¿Qué está sucediendo aquí? —dijo una voz dulce y melodiosa entre los restos de la bruma. Ragarath era una mujer bellísima, usaba ropas violetas y azules tejidas con intrincados dibujos apenas perceptibles. Sus amplias mangas habían sido bordadas con hebras doradas y cobrizas, formando llamas, símbolos antiguos y olas de mar, todo al mismo tiempo. El remate de la capa negra enfatizaba el largo cuello, tan perfecto como el de Melisa.

—Ragarath —dijeron al unísono Sofía y la mujer cadavérica. Una escondida, la otra inmóvil en medio del patio. Ambas embelesadas por tanta perfección.

—¿Qué has hecho Ajataj? —Dijo la mujer extendiendo dos poderosas alas de mariposa negra y descendiendo como un ángel de la muerte sobre el patio—. Yo no he dado órdenes para esto.

—Ofrenda —dijo con una voz quebrada que parecía salir del interior de una tumba húmeda. Una voz formada por restos de otras voces, ajadas, pútridas.

—¿Qué tipo de ofrenda?

—Mato a la heredara por usted, majestad.

—¿Y quién te dio la orden de actuar?

—Ofrenda —volvió a decir, inclinándose mientras señalaba a los jóvenes—. Ella venir y rescatar. Yo matar. Arrancar corazón como ofrenda.

—Mi impulsiva súbdita —dijo Ragarath pisando el patio y acortando su distancia con Ajataj con majestuosidad—. ¿Quién te dijo que yo me sentiré halagada por recibir el corazón de Sofía?

—Ofrenda —volvió a repetir como un mantra, mirando de un lado a otro, buscando a alguien que la apoyara en su acción—. Regalo.

El Hada Oscura era un ser perfecto y frente a aquel esqueleto cubierto de plantas aun parecía más bello. Sofía la envidió. Sintió un profundo deseo de ser esa mujer, de tener aquellas maneras, aquella seguridad embriagadora. Comprendió a los orcos y a los ajats, hipnotizados, incapaces de moverse. ¿Cómo podía ser malvado alguien tan perfecto?

—Sé lo que quieres hacer —continuó Ragarath, comprensiva. Pero su tono cambió levemente, haciéndose ácido, duro, malévolo—. Me pregunto



qué liana te apretó el cerebro para considerar que esto es una buena idea. ¡Estúpida! Apenas puedes controlar a tus lacayos y ¿crees que puedes con la última heredera?

—Reuszzz.

—¿Reusz?

Ragarath se detuvo en medio de un paso. Su movimiento había perdido delicadeza y se paró de manera torpe y poco feliz. Estaba sorprendida, aunque todavía no decidía si además estaba irritada.

—Lamento que no le haya gustado, su majestad —dijo una voz profunda, grave y rasposa, entre las sombras de la galería.

Sofía podía escuchar las palabras con toda claridad, como si estuviera junto a Ragarath. Sintió por él, aun sin verlo, compasión. La forma en que se ocultaba de la vista de los otros, el leve vacilar de sus palabras, eran de alguien que se sentía último en la escala evolutiva, el tipo de seres que Ragarath aplastaría sin remordimientos. Sofía no podía sospechar que era justo lo contrario.

—Con Ajataj deseábamos darle una sorpresa.

El Hada Oscura aguardaba inmóvil. Había recuperado su majestuosidad. No estaba acostumbrada a esperar a sus súbditos pero solo podía percatarse de ello alguien que estudiara detenidamente la forma en que agarraba su cetro, o lo que fuera que sostenía en su mano.

Reusz salió de su escondite temblando. Era la imitación grotesca de un hombre. Grueso y deforme como el tronco de un olivo viejo, sus pasos torpes y lentos parecían los de un orangután que no está seguro de cómo se camina. Las ropas, exageradamente adornadas, queriendo evidenciar un rango superior al de los orcos, no podían ocultar deformaciones brutales. La barba encrespada dejaba al descubierto un labio inferior carnoso del que emergían un par de colmillos de jabalí. Las tupidas cejas generaban sombra sobre los ojos pequeños que brillaban como linternas clavadas en Ragarath.

A su lado se movían dos sombras enormes. Sofía tardó en descubrir que no se trataba del resto del cuerpo de aquel engendro. Solo después comprendió sus formas. Eran dos perros gigantes. Oscuros como la noche, tan desproporcionados como Reusz, permanecían pegados a su amo, asustados por la presencia del Hada Oscura. Uno de ellos rengueaba ostensiblemente y el otro no tenía un ojo. Cuando una de las lámparas de papel iluminó su rostro pudo verse una cicatriz que iba



desde el hocico hasta casi la oreja. Claro recordatorio de que algunos guerreros humanos no se dan por vencidos jamás.

Sofía ya los había visto en el subte. Se estremeció.

—Quizás nuestro entusiasmo fue exagerado —dijo Reusz acariciando a las bestias.

—¿Quizás?

—Era una sorpresa —insistió—. Pensamos atrapar a la heredera durante la fiesta de carnaval. Su majestad mencionó varias veces la intención de atacar a la chica en estas fechas. Quizás pueda aceptar igual nuestro presente. Hemos sido cuidadosos, nadie nos vio llegar. Cuando Ajataj sacó a estos dos desgraciados del tiempo nadie lo percibió.

Ragarath apenas miró a Jenn y a Alan.

—Hace unos meses cometieron la misma imprudencia y alertaron a las hadas —Ragarath disfrutó de la sorpresa que causó en Reusz—. ¿Qué? ¿Acaso pensaron que no lo sabría? Pocas cosas se me escapan. Ese día logré despertar de mi letargo. Si no los maté entonces fue porque consideré que había sido una buena prueba. Fue interesante saber que mis enemigas no habían hecho un buen trabajo con la muchacha.

El Hada Oscura disfrutó pensando lo sencillo que sería eliminar a la heredera. Quizás hasta perdonaría una vez más a sus súbditos. Después de todo la reina del mundo necesitaba lacayos. Y pese a todos los errores que había cometido, Reusz era uno de sus preferidos.

—Me pregunto por qué no debería matarlos ahora.

—La primera vez fue un error, lo admito —dijo Reusz intentando una reverencia servil, que mostraba su incapacidad para hacer movimientos elaborados. Ragarath quedó impresionada al descubrir que su magia lo había hecho más alto que ella. Habían pasado demasiado tiempo sin verse. Casi quince años. Se atrevió a dar un paso más y quedaron él y sus bestias a la vista de todos—. La idea era capturar a Sofía, pero por alguna razón supo que la atacábamos y huyó antes de que los ajats pudieran capturarla.

—¿Todavía no comprenden que ella tiene los dones de las hadas? Las hadas no le enseñaron cómo usar sus poderes. Pero aun así los posee y puede usarlos si se siente acorralada.

Si alguien hubiera mirado hacia la biblioteca hubiera encontrado a la heredera iluminada y desprotegida. Sofía estaba de pie, con las manos



cerradas y los dientes apretados. Había pasado el tiempo del embelesamiento. Ya no la hipnotizaba la belleza del Hada Oscura y la miraba con odio. ¿Qué sabía de lo que sus tías habían hecho por ella?

Ragarath giró en círculo. Sofía instintivamente se agachó, presa otra vez del miedo. Pero no era a ella a quien el hada estudiaba. Ajataj, dura como un cadáver, permanecía suspendida en al aire a varios metros de su reina.

—¿Acaso no escucharon que les dije que yo me encargaría de ella? ¿Qué parte no comprendieron?

La mujer del vestido de lianas retrocedió. Sabía que nada podía hacer contra la ira de Ragarath.

—Esta vez lo hicimos bien —insistió Reusz irguiéndose un poco.

Ragarath sonrió. En los tiempos de la guerra, cuando era apenas un orco del tamaño de un enano, también enfrentaba las situaciones aunque le costaran un castigo. Nunca había permitido que otros se hicieran cargo de sus errores. Era un acto demasiado humano para un orco, pero eso le había permitido al Hada Oscura dominarlo. El estúpido quería ser más que un pequeño elemental oscuro.

—La joven vendrá a la fiesta —continuó Reusz aferrado a sus bestias—. Tratará de salvar a sus amigos.

—Ella no vendrá —Ragarath estaba perdiendo la paciencia—. En estos momentos, está por rescatar a su mejor amiga que, *por casualidad,* he marcado por ella. Sofía está en estos momentos a media ciudad de distancia.

—Vieja ridícula —dijo una voz aguda detrás de ella.

Ragarath se dio vuelta y vio a los amigos de Sofía atados.

—Hace una hora que nos ataron —dijo Jenn indignada—. Ya me cansé de este jueguito.

—¿Estás cansada? —Ragarath parecía disfrutar del momento. Sofía sintió pánico. Si Jenn la sacaba de quicio como lo hacía con ella, no viviría hasta el fin de la noche.

Alan miró a Ragarath, tratando de soltarse de sus ataduras.

—La broma ya terminó —continuó Jenn—. ¿Quiénes son? ¿Profesores? Aquella es Silvia y la otra de allí debe ser Sandra. Hasta ahora lo soporté porque no podía creer que siguieran haciendo de payasos, pero ya basta.



Vamos, vieja, desátame.

—¿Te refieres a mí? —Ragarath perdió la compostura.

—Sí, a vos. Sácanos de acá y por ahí te ayudamos con la broma aSofía. Y te aclaro que yo soy la mejor amiga de Sofía. La única amiga de verdad que tiene.

Ragarath se acercó un paso. Estiró su dedo índice, largo como una vara y lo enterró en la frente de la joven. Alan se apartó, quizás buscando la manera de desatarse. Jenn sintió cómo le quemaba la frente.

—Tal vez creas que eres su amiga, pequeña rata, pero en el momento más importante, cuando tenía que pensar en alguien no fue en ti en quien pensó.

Dentro de la biblioteca Sofía caminó hasta el centro de la sala, meciéndose lentamente entre un pie y el otro. Había alguien más en peligro. Pero, ¿quién? Melisa había desaparecido. Desde allí podía ver una parte del Hada Oscura y no quería creer que se tratara de la bibliotecaria. Su porte era parecido, la delicadeza, la prestancia. Estudió los movimientos de Ragarath mientras se incorporaba, alejándose de los prisioneros. Se acomodó la capa, estiró la mano como una garra, en dirección a Jenn y un brillo comenzó a bailar en su palma.

—Terminemos con estas nimiedades. Le diré a Sofía cuando la vea que moriste ofendida, creyendo que ella no te valoraba. No me juzguen erróneamente, tendré que eliminarlos para que no nos delaten.

Sofía se acercó a la ventana. ¿Entonces mataría a Jenn? ¿Qué debía hacer? Se dispuso a abrir la puerta de la biblioteca para salir al patio. ¿Por qué no sentía el peligro? Supuso que su poder para captar al amigo elegido le permitiría saber el momento exacto de su muerte, para poder detenerla.

—Su majestad —dijo Reusz nervioso. Ragarath y Sofía se quedaron inmóviles—. No es necesario que usted lo haga. Yo mismo puedo encargarme.

—¿Y por qué te daría a ti ese placer?

—No sé cómo funciona la magia de las hadas pero... si mata a uno de estos amigos de Sofía, ¿usted no desaparecerá hasta el año entrante? Si Sofía está donde usted dice, entonces perderá su oportunidad.

Ragarath oscureció su semblante y maldijo. No estaba segura de hasta dónde llegaba el don de Chispa. Incluso si dejaba que sus súbditos



mataran a los chicos podría interpretarse como que ella los había incentivado y desaparecería de todas formas. No podía arriesgarse.

—¿Qué hacemos? —dijo finalmente Reusz.

—No es asunto mío. No les pedí que los capturaran, no les dije que los tuvieran encerrados ni que los mataran. Poco me importa su suerte. Pero más les vale que nada de lo que hagan cambie mis planes o lo lamentarán.

Luego dio media vuelta y con un rayo alcanzó a dos orcos, matándolos al instante. El resto del ejército corrió a reparo y desapareció de la vista de Ragarath.

—¿Esas eran tus amigas? —preguntó a Jenn divertida, mientras la joven observaba horrorizada los dos cuerpos chamuscados en el piso a los que había confundido con Silvia y Sandra.

El silencio en el patio devoraba las entrañas de los presentes, excepto del Hada Oscura que se llevó el índice a los labios, como si hubiera probado un manjar y quisiera degustar hasta la última miga.

—Y Ajataj —dijo Ragarath antes de desaparecer—, no es buena idea detener el tiempo, alertas a todo el mundo mágico. Es la segunda vez que actúas sin mi permiso. Nadie me desobedece tantas veces.

Y sin aviso previo, giró sobre sí. Con sus manos extendidas lanzó un conjuro que encendió las lianas del vestido de Ajataj. La pálida mujer trató de alejarse mientras se protegía con las manos inútilmente. Se prendió fuego con la rapidez de la paja reseca. Gritó como un ratón atrapado mientras se retorcía, incendiando a varios de sus ajats y consumiéndose como un papel.

—La mataste —balbuceó Reusz mientras Ragarath desaparecía en una nube de luz.

—Lo dudo —se escuchó decir al hada—. Volverá a florecer. Pero la próxima vez preferirá la muerte antes de volver a cuestionarme.

Reusz se quedó helado cuando un susurro congeló su oído:

—No vuelvas a actuar sin mi consentimiento.

La vida en el exterior y la música de los parlantes se dispararon a todo volumen en el momento que el último retazo de Ajataj se consumió en el aire. El lugar se llenó de jóvenes disfrazados y profesores cuidando el lugar. Reusz desató a sus víctimas con una mueca sarcástica. Alan corrió



lo más lejos posible. Jenn permaneció en un rincón, mirando horrorizada las dos pilas de carbón. Reusz se acercó, escupió su palma y la pasó por los ojos de la joven que intentó apartarse sin éxito. Los restos de los orcos desaparecieron de su vista y por más que intentó, no pudo recordar por qué estaba sentada en medio del patio. Un par de jóvenes la miraban divertidos, pensando que se había tropezado.

Sofía decidió salir al patio. Pero un ruido apagado tras una estantería la detuvo. Unos libros vibraban mientras Melisa, escondida y con los oídos tapados, recitaba una antigua canción de cuna:

“El Hada Oscura volvió
pero el niño la ahuyentó
cantando sin parar
triz traz, triztraz,
como hacen las señoras
que viven en los montes
allí dónde murió
el que no se rió.”

—¿Melisa?

—¡Sofía! —dijo asustada—. ¿Se fue?

—Sí, se fue. ¿Qué estabas haciendo?

—Mi mamá me enseñó una canción para ahuyentar al Hada Oscura cuando era chica. No la recordaba, pero cuando la vi volvió inmediatamente a mi memoria.

—No te preocupes, ya se fue. Quedate aquí un momento, iré a ver cómo están mis amigos.

Y sin esperar respuesta salió corriendo al patio. Se preguntaba por qué Melisa había actuado de esa manera. Después de verla tan asustada parecía ridículo pensar que ella era Ragarath. Pero no dejó de notar que en su palidez se le parecía mucho.

Jenn estaba arrodillada frente a los montoncitos de cenizas. Los jóvenes que pasaban junto a ella pensaban que ya había tomado demasiado y la evitaban, riéndose.

—No son ellas —dijo Sofía mientras la abrazaba.

La joven levantó la vista y tardó en reconocer a su amiga.



—¿Quiénes no son ellas?

—Las cenizas.

—¿Qué cenizas, Sofía? ¿De qué estás hablando?

Se miraron un largo minuto. Ambas se pusieron de pie ayudándose mutuamente. Jenn la miró con resentimiento. Sofía no había respondido ninguna de sus llamadas durante las vacaciones.

—No te pusiste ningún disfraz —dijo Jenn masticando las palabras.

—Es que no me acordaba que era una fiesta de disfraces.

—Si no encendés el teléfono y te hacés negar con tu familia, es imposible avisarte.

Jenn miraba a la gente que reía y bailaba, algunos levantaban su vaso para saludarla, ella apenas les devolvía una mueca. Se sentía incómoda. Un Universo la separaba de su antigua amiga. Sofía leía lo que ella pensaba en sus ojos azules. Estaba decepcionada y el cambio de la relación le daba miedo. Pero lo que más la asustaba era pensar en el resto del grupo. ¿Qué decidirían Sandra, Marcela, Silvia y Roxana? ¿La seguirían considerando su líder?

—Buscaré un taxi y volveré antes de que la fiesta se ponga interesante.

—Como quieras, no sé si nosotras nos quedaremos.

Y sin mirarla a los ojos cruzó el patio hacia donde estaban Sandra y Silvia. Las empujó un poco y les dio un par de órdenes. La única manera en que podía demostrar su interés por ellas. Sofía buscó a Alan con la vista, pero Melisa se acercó.

—Tu tía Alondra está en la biblioteca.

Sofía asintió y apuró el paso. Creyó ver a los amigos de Alan señalándola, pero ya no podía detenerse.

—Gracias, Melisa. Ya nos juntaremos a tomar un té con tu madre y hablaremos sobre lo que pasó esta noche, te lo prometo —dijo Alondra.

Melisa asintió y no dijo nada más. Sofía le dio un beso y la bibliotecaria la abrazó con fuerza. Ambas sabían que la experiencia había cambiado para siempre a la joven mujer y que el involuntario regalo de la heredera de las hadas, al sostenerla de las manos en el momento en que cruzaban la burbuja, era lo que más deseaba en el mundo. Sofía no estaba tan segura de que fuera una bendición, pero sonrió.



Salieron por la puerta de la cocina y Melisa las esperó antes de regresar a la biblioteca. Cuando entró las luces estaban encendidas. Alan y su banda buscaban a Sofía entre las estanterías y se sorprendieron al encontrar a la bibliotecaria con los brazos cruzados.









—¿Conocés a la madre de Melisa?

—Por supuesto. Somos amigas desde hace años. Pero no es el momento de hablar de eso —dijo Alondra apurando el paso hacia la vereda opuesta de la escuela donde estaba Delfina y Candela, paradas junto a un árbol que las ocultaba de las luces de la calle.

—Vimos todo. Tuvimos suerte —dijo Candela—. La capacidad de manejar el tiempo de Ajataj reduce nuestra percepción, también la de Ragarath. No se percató ni de nuestra presencia ni de la tuya. Pero no siempre tendremos esa ventaja.

—¿Tenés idea de a quién atacará Ragarath? —preguntó Delfina.

—A Agustina.

—¿La bruja? —preguntó Alondra consternada.

—¿Estás segura? —Candela no podía creerlo.

—Totalmente. No quería reconocerlo, pero en el poco tiempo que compartimos siento que es más amiga mía que Jenn, las chicas o Alan. No hay dudas.

—¿Sabrá Ragarath que es una bruja? —preguntó Alondra.

—Son sus aliadas desde la antigüedad —dijo Candela tratando de sopesar el inesperado giro de la situación—. Ella no podría imaginarlo ni en mil años.

—Puede ser una ventaja increíble —dijo Alondra.

—No lo sé —murmuró Candela—, las brujas pueden pensar que lo hicimos a propósito, que educamos a Sofía para que Ragarath atacara a una bruja. Eso terminaría con cualquier posibilidad de alianza con ellas.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Delfina.

—Nada, ustedes no harán nada.

—Las hadas se dieron vuelta sorprendidas. Se habían olvidado de Sofía.



—Esto no es un juego —dijo Candela como si le hablara a una niña de siete años—. Tenemos que pensar muy bien qué paso daremos a continuación.

—Esta vez no vas a decirme qué hacer. Es mi amiga y no podés interferir en la maldición de Ragarath.

—¿Cómo lo sabés?

—Porque comienzo a entender esto de los dones y las maldiciones. Ragarath no puede meterse con los dones que ustedes me dieron y ustedes no pueden interferir con la maldición que ella me impuso. Mi deseo fue que ella desapareciera, pero aparece porque tiene que cumplir con su maldición. Si no vino antes es porque dije que estaba prohibido lastimar a los chicos, ¿verdad?

Las hadas asintieron.

—Por eso no querían que yo creciera.

Delfina recordó a las hadas muertas, a los reyes, a tantos seres que se habían opuesto a Ragarath, y miró a la pequeña Sofía, apenas con quince años. ¿Qué posibilidad tenía?

—¿Podés llevarme en tu auto? —le preguntó. Ambas sabían que el hada podía crear un automóvil con vapor.

—Si no podemos interferir, el auto no se moverá.

—Pero podemos ir a visitar a alguien y dejarla de paso —dijo Alondra con picardía—. ¿Hacia dónde tenés que ir?

—Al barrio de Once.

—Entonces te acercaremos medio camino. Iremos a visitar a mi amiga Iris, de la editorial.

—Esto es ridículo —murmuró Candela—. Tenemos que ser más sutiles. Estuvimos en la guerra, sabemos qué hacer.

—Pero piensan como hadas. Si actúo siguiendo tus consejos haré justo lo que espera Ragarath. Así que haré todo lo contrario.

—¿Y eso te parece inteligente? —Candela la miraba con la soberbia de una guerrera, pero conteniendo un berrinche, típico de las hadas que no pueden lidiar con más de un sentimiento dentro suyo.

—No. En este momento nada me parece inteligente.



—Enfrentar al Hada Oscura sin un plan solo te llevará a la muerte.

—Allí está tu error. Y espero que el de ella. Ragarath no puede matarme. Ese es el límite de su maldición.

Candela ensayó una sonrisa, que revelaba cierta admiración. ¿Podían luchar las leyes de las hadas contra las de la lógica o la naturaleza? ¿Cuál era el límite? Miles de años de discusiones en los concilios de las hadas no habían zanjado el tema. Pero al parecer Sofía les mostraría a las hadas, para bien o para mal, las borrosas fronteras de la magia.

Delfina conjuró a su pequeño auto celeste. Sofía hizo un esfuerzo por mirarlo con inocencia pero no lo consiguió así que se conformó con sentarse dentro de una nube blanca. Candela y Alondra se ubicaron atrás sin pronunciar palabra. La forma nebulosa hizo un ruido gracioso y avanzó por la calle desierta.

—¿Por dónde vamos?

—Yo seguiría el rastro que dejó Ragarath —dijo Sofía aparentemente ajena al sentimiento de repulsión que le causaba lo que veía.

A pocos metros una persona yacía acostada contra un árbol. Nadie le hubiera dado importancia, en las ciudades grandes siempre hay algún borracho o un pobre indigente durmiendo en cualquier lado. Pero las luces de esa calle habían estallado, como todas las que seguían el reguero de cuerpos de animales y personas que se entreveían más allá. El corredor de oscuridad que se había formado entre la bóveda de árboles y edificios no era el de una calle con un desperfecto eléctrico. No solo la luz se había ido, la oscuridad lo había cubierto todo. Delfina detuvo el auto con un corcoveo y todas bajaron los pies para no caer sentadas en el piso. Hacía frío, tanto que cuando Candela se aproximó a la víctima, de su boca y nariz salió vapor blanco.

—Tiene mucha fiebre, pero está vivo.

—Ragarath estaba furiosa cuando salió de la escuela —dijo Sofía.

—Me quedaré para aliviar a los enfermos. Sigan ustedes.

Sofía vio cómo Candela invocaba con un canto lleno de dolor una luz potente, que iluminaba los rincones de la calle para descubrir otros cuerpos. Sin embargo, la magia del Hada Oscura se había llevado los colores y la luz apenas daba un tinte a las casas, los autos y los árboles.

—Yo también me quedaré —dijo Malva.



Delfina susurró de nuevo, manteniendo tanto como pudo la concentración y el auto volvió a formarse delante de ella. Alondra y Sofía subieron y se alejaron por la calle con los faros encendidos, descubriendo más cuerpos. Sofía llamó a Emergencias con su Berry. Avisó de un extraño mal que había afectado a mucha gente. Era imprescindible que enviaran cuanto antes ambulancias. La voz del otro lado no pareció muy convencida, los jóvenes siempre tenían fantasías ridículas o se divertían a costa del trabajo de otros. Sin embargo le aseguró que enviaría un móvil policial.

El camino hacia el oeste de la ciudad estaba salpicado por personas tendidas en el piso, desmayadas dentro de sus autos, algunos chocados o incrustados contra árboles. Delfina lloraba mientras murmuraba su hechizo. Ya no era efectivo como antes, no iba a gran velocidad, no plegaba las calles, no reducía distancias. El dolor le ganaba y Sofía no podía presionarla.

—¡Alto! —gritó Sofía de improviso. Delfina perdió la concentración, el coche desapareció y las tres cayeron al pavimento, envueltas por la oscuridad.

—¿Qué pasa?

—¡Necesito luz! —gritó impaciente mientras se ponía de pie a tientas. Alondra cantó una luz rosada y Sofía se lanzó hacia un bulto que se tambaleaba cerca del cordón—. ¡Puck! Es el duende que les avisó cuando me persiguieron los ajats. Se fue con Agustina cuando terminó el ataque.

El duende apenas podía moverse. Seriamente herido, hacía un esfuerzo increíble para advertirle a Sofía del peligro.

—Puck, mi querido Puck —dijo tomándolo en brazos. El duende se dejó caer mientras intentaba una reverencia que nunca logró terminar.

—Mi dulce señora, cuánto lamento no poder serle de utilidad.

—Por favor, no digas eso. ¿Qué pasó?

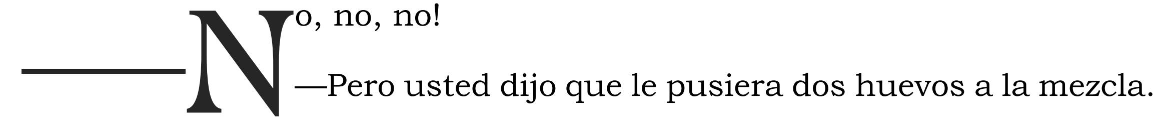
—Creo que su amiga ha muerto.







ARGENTINA, MEDIA HORA ANTES.



—No, no, no!

—Pero usted dijo que le pusiera dos huevos a la mezcla.

—¡Pero debes romperlos primero!

—Lo siento —dijo Puck mientras sacaba los huevos de la mezcla y los estrellaba contra la mesa.

—¿Qué haces?

—Acaba de decirme que rompa los huevos antes de ponerlos en la mezcla.

Agustina se sentó en la silla y se agarró la cabeza. El duende tomó el bowl con una mano y empujó con la otra los restos del huevo por la mesada hasta que los hizo caer en la mezcla. Una risa contenida hizo que ambos miraran al otro lado de la habitación.

—¿Tengo que decirte que te lo advertí?

—No lo puedo creer.

—Los duendes son así, Agustina, sencillos de pensamiento.

Ambas miraron al duende revolviendo febrilmente la mezcla y rieron divertidas. Era bueno tener un poco de distracción después de los últimos meses. Desde el enfrentamiento con los ajats para salvar a Sofía la tensión había crecido en los clanes. Había quienes pensaban que lo mejor era mantenerse al margen, ajenos a la lucha entre el Hada Oscura y el Último Reino. Pero también estaban los que pensaban que, de tomar partido, tenían que hacerlo por Ragarath. Una alianza con ella les permitiría poner algunas reglas cuando el orden mundial cambiara. Eso dejaba al clan del zorzal solo y aislado.

Nuria había dejado en claro que no ayudaría a ningún ser que pretendiera privar de la libertad a los humanos. Desde entonces había recibido varias amenazas.

—¿Qué traés ahí? —preguntó Agustina señalando una bolsa de arpillera



con manchas rojas.

—Nada, querida, nada.

Pero la hija de Nuria ya se había abalanzado sobre el bulto y antes de que su madre la detuviera había dejado a la luz un gallo sin cabeza.

—¿Otra vez?

—Sí —dijo la bruja y sus hombros se aflojaron, cansados de luchar. Era la tercera vez que clavaban una gallina o un gallo en el árbol de la puerta, con extraños dibujos de sal y aceite en el piso. Eran tonterías que ningún clan antiguo usaría, pero que servían para arruinar el negocio de la familia entre los humanos.

—Lo lamento tanto, mamá.

—¿Por qué? ¿Por hacerte amiga de Sofía?

—No debí involucrarme.

—Hija, hiciste lo que el clan te pidió que hicieras. Nadie te dijo cómo debías hacerlo, ni los límites. La culpa es mía, no me di cuenta de que ella se acercaría tanto.

—Si solo hubiera cumplido con mi misión.

—Cumpliste con la misión. Una acción que parece equivocada en el presente quizás nos lleva a una situación maravillosa en el futuro. Al hacerte amiga de Sofía lograste que ella te llamara pidiendo ayuda. No importa lo que los antiguos clanes piensen.

—Mamá, ellos creen que hicimos esto a propósito. Que planeamos todo esto para aliarnos con las hadas.

—No están del todo equivocados. Prefiero morir con los humanos a ser un esclavo de privilegio mundo de Ragarath. A la larga los clanes estarán de acuerdo con nosotros.

—No estoy tan segura de eso. Tengo la sensación de que lo más terribles todavía no sucedió.

Ella no lo diría, pero sentía lo mismo. Algo no andaba bien. Miró al duende y había dejado de batir. Olía el aire, como tratando de identificar un olor. La jefa del clan conocía a los duendes, durante años había tenido relaciones distantes con ellos, pero los conocía lo suficiente para saber qué pasaba. Abrazó con fuerza a su hija y esperó lo peor.



La explosión no las tomó por sorpresa. Nuria había logrado crear un sortilegio para mantenerlas vivas. El duende, más rápido que ellas, había comprobado que no sufrirían daño y se había escondido dentro del horno, todavía apagado.

Cuando el chillido se apagó, Nuria tomó su bolsa y Agustina buscó algunos cubiertos del cajón de la cocina antes de ordenarle a Puck que subiera por el interior de la chimenea y estudiara cuál era la situación.

—¿Nos atacan los clanes?

—No, Agus, esto es diferente.

Una nueva detonación estalló en el techo. Cayeron pedazos de mampostería sobre la mesada y los tarros se abrieron, dejando un reguero en el piso. Agustina miró espantada y llamó a su madre, perdida en una nube de polvo.

—Ha llegado —dijo Nuria acercándose a su hija sin mostrar sorpresa. La figura en el piso de la cocina, formada por las hebras del té, el café y el maíz no dejaba dudas. No había que esforzarse para ver las alas oscuras, el cuerpo delgado y los rayos saliendo de sus manos.

Tomó a su hija por el brazo y la llevó al primer piso. Un hueco en la pared mostraba dónde había explotado el rayo de Ragarath. En medio de los escombros Puck yacía desmayado.

—Hay que reanimarlo —dijo Nuria y Agustina fue a su encuentro—. Yo aviso a los clanes. Alguno tendrá que venir a socorrernos.

Agustina sacó unas hierbas aromáticas de su chuspe. Con delicadeza las pasó frente a la nariz de Puck y pronto comenzó a moverse. Tenía muchas heridas pero ninguna era grave. Podía caminar.

—Señora, Ragarath me vio salir por la chimenea y disparó.

—¿Estaba sola?

—Creo que sí.

—Tengo que pedirte un gran favor, ¿podrás buscar a Sofía y advertirle?

—No necesita pedírmelo, si la heredera está en peligro es mi deber ayudarla.

—Entonces no pierdas tiempo. Es importante que no venga. Su vida es más importante que las nuestras.

Puck hizo una inclinación ante Agustina, como había hecho con Sofía.



Bajó hacia la puerta trasera justo cuando una nueva explosión alcanzaba de lleno el primer piso. Agustina logró salvarse porque la suerte estaba de su lado. El piso de madera cedió con el impacto de la bola de fuego y cayó sobre los bolsones de hierbas que su madre almacenaba en la sala del caldero. Los escombros cayeron detrás de ella, pero Agustina ya había corrido hacia la pared falsa que daba al recibidor. La salida hacia el fondo de la casa había quedado bloqueada. Solo podía ir hacia el frente, hacia su enemiga.

Nuria disparaba encantamientos con desesperación mientras Ragarath, desde el techo de la casa de enfrente, los repelía como si se tratara de molestos insectos. El Hada Oscura la había descubierto cuando intentaba salir para buscar ayuda y no le había permitido moverse.

—¿Una bruja? Esto se pone interesante. ¿Proteges a la amiga de Sofía?

—No sé de quién habláis.

—¿Acaso me crees estúpida, mujer? Siento la presencia del a joven ahí dentro. Puedes mentir cuanto quieras, pero leo en tus ojos que sabes de quién hablo y la conoces. ¿Por qué la proteges? No tengo nada contra las brujas.

—No es de tu incumbencia —dijo Nuria desafiante, rogando que el ataque de Ragarath le permitiera lanzar un encantamiento hacia el cielo. Quizás alguna bruja pudiera verlo.

—Es cierto. No me importa, en unos segundos ya no serán más que un recuerdo.

Desde el interior de la casa Agustina escuchó la explosión. Los cimientos vibraron y más pedazos de paredes y techos cayeron a su alrededor. Había escuchado a su madre discutiendo con Ragarath. Y por la ubicación de su voz estaba exactamente donde había sido el estallido. Un nudo en la garganta le impidió gritar. Se abrió paso con desesperación entre las piedras hasta llegar a la puerta.

El pequeño jardín frente a la casa estaba destruido. De varios lugares emergían llamas. La reja estaba doblada hacia adentro como si se tratara de plastilina.

No había electricidad en todo el barrio pero dos enormes burbujas de luz la cegaban desde la terraza de la casa de enfrente. Con dificultad podía intuir la forma de Ragarath. Una nube de polvo se levantaba como una bruma espectral. El mundo había enmudecido, salvo por el crepitar del



fuego y el derrumbe ocasional de los restos de alguna pared.

Sin medir el peligro Agustina fue al encuentro de su madre, tendida dentro de un enorme cráter, que abarcaba la vereda y parte de la calle. Pero no estaba sola y una burbuja dorada la cubría junto con la casa.

—No te preocupes, ella está bien —dijo una joven bruja manteniendo la protección con ambas manos y mucho esfuerzo—. ¿Hay alguien más dentro de la casa?

Varias mujeres de los clanes vecinos llegaban para fortalecer la barrera con encantamientos y hechizos. Por lo menos las había de seis clanes diferentes. Incluso estaban dos que habían sido partidarias de Ragarath hasta hacía unos días.

—Estábamos solas —balbuceó Agustina.

—Ragarath quiere tu cabeza, ¿por qué? —preguntó Irina, apartándose del resto de las brujas que mantenían el escudo.

—No lo sé. Quizás porque soy amiga de la heredera.

La mujer miró al resto y todas asintieron. La burbuja dejó de proteger la casa y esta colapsó. Quedaron dentro de la enorme pompa traslúcida con su madre, inconsciente mientras otras mantenían una feroz batalla contra Ragarath. Pero Agustina sabía que el Hada Oscura mantenía la atención en ella, como una pantera que ha divisado a su presa y prepara el campo para su ataque final.

—Saquen a mi mamá.

—No podemos, esa hada es imparable.

—Yo la entretendré.

—Pero, querida —dijo Irina—. Te quiere a vos, es mejor que no te separes de nosotras.

—Si no sacan a mamá y la atienden, puede morirse.

—Ella sabía los riesgos —dijo la bruja joven.

—Yo también los conozco y no quiero que ninguna bruja muera por mi culpa.

—Esto no se trata de una prueba de valor —dijo una bruja detrás de él. Era Mariela, la que presidía el Cónclave. Estaba claro que no le gustaba nada estar en aquella situación y Agustina le caía mal.



—No sé de qué valor habla. Tengo mucho miedo. Pero quizás entretenga a Ragarath mientras ustedes encuentran una manera de detenerla.

—¿Estás segura de que deseamos detenerla? —dijo la bruja.

—¡Vamos Mariela! —Intervino la bruja joven, sosteniendo a Nuria—. No es momento de pelear entre nosotras.

—No estoy segura. Quizás todo esto es un plan de los Zorzales. Hicieron las cosas mal de entrada. Y esta situación nos enfrentará a Ragarath definitivamente.

—Si el Hada Oscura nos retuviera en cuenta nos hubiera convocado para decirnos por qué buscaba a esta niña —dijo la vieja Dalma surgiendo entre escombros de la casa— o nos hubiera pedido que la capturásemos nosotras. Tengo muchos años más que vos, Mariela, y nunca nos dejaron tan al descubierto con los humanos como ahora.

—Sigo pensando que es un plan de ellas y no de Ragarath.

Las brujas la miraron con desaprobación y Agustina le sostuvo la mirada, implorante.

—Señora, por favor —suplicó la bruja joven—, la chica nos dará tiempo de organizarnos.

Agustina hizo un repaso de todos los encantamientos y hechizos de defensa que conocía. Corrió en dirección opuesta a las hadas que llenaban a su madre. Ragarath no dejaba de mirarla. Efectivamente, se trataba de la amiga de Sofía. Pero no podía creerlo. ¿La heredera del Último Reino era amiga de una bruja?

El Hada Oscura, de pie en el techo, esperó a que la joven hiciera el primer movimiento. Una ráfaga de rayos estalló en la pared cerca de ella. Un globo de alquitrán reventó sobre una de las esferas, cegándola. Ya no podía esconderse detrás de las luces, hizo un gesto displicente y decidió no moverse.

Agustina lanzó el más poderoso encantamiento que conocía. Al Hada Oscura le bastó una mano para detenerlo. Luego chasqueó los dedos y Agustina sintió cómo el piso comenzaba a moverse, como una ola oscura y densa. Quiso saltar para alejarse, pero era tan fuerte que no logró mantener el equilibrio. Asustada vio cómo una enorme lengua de asfalto se erguía sobre ella. Si caía sobre ella no podría detenerla. Pero la ola no se precipitó, solo la levantó y la empujó hacia arriba. Impotente, casi en



posición vertical, se aferró con las uñas, y esquivó un auto que se despeñaba desde las alturas.

Un tacho de basura que caía le golpeó la cabeza, se soltó, resbaló y cayó. Pero la ola no la dejó estrellarse. Como si fuera una mano la izó hasta ponerla bien alto, lejos de cualquier otro proyectil que la hiriese. Agustina apenas podía razonar. De su cabeza manaba sangre y tenía un moretón en la frente del tamaño de una ciruela.

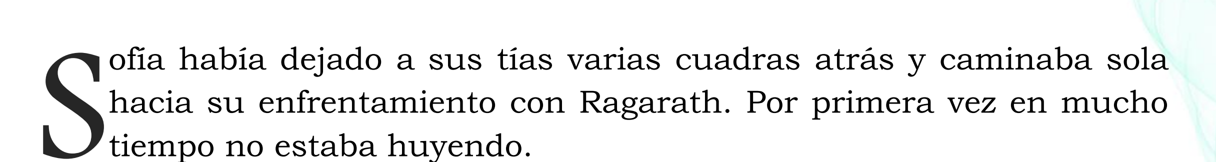
El ruido de la ola era ensordecedor, como si alguien hubiera decidido derribar la ciudad a martillazos. Crujía, estallaba, chocaba, golpeaba, bramaba. El suelo a sus pies se quejaba mientras caños, adoquines y cimientos se contorsionaban bajo la voluntad de Ragarath. Cuando Agustina no se movió más, la ola se ahuecó en la cima y se transformó en un volcán. Agustina no pudo volver a usar su magia, la pequeña montaña la rodeó hasta alcanzar su cuello y asfixiarla. El abrazo de la pitón de asfalto la dejó inconsciente.







Capítulo 12



Sofía había dejado a sus tías varias cuadras atrás y caminaba sola hacia su enfrentamiento con Ragarath. Por primera vez en mucho tiempo no estaba huyendo.

Se sorprendió aceptando su destino. Ya no se resistía. Quizás después de enfrentar al Hada Oscura las cosas retomarán su rumbo. Imaginó el día después, saliendo en los diarios, con sus amigas vitoreándola como a una heroína. Y Alan la besaría. Se hundiría entre sus bazos y no saldría de allí nunca más.

Solo tenía que vencer a Ragarath.

No pensaba en Agustina.

“No está muerta, no está muerta.”

Alan, tenía que volver a pensar en Alan. Podía pensar en él cuanto quisiese porque el hada ya había elegido a su víctima. Caminó una cuadra más. Se dejó embriagar por la idea de la victoria. En los días anteriores había vencido dos veces en lucha a Candela y había logrado evadir a las cuatro hadas.

Más cuerpos yacían en la vereda y la oscuridad se abría camino entre las calles de la ciudad, pero Sofía miraba hacia delante, casi por encima de su hombro, segura de sí misma.

Una columna de humo se elevaba entre las copas de los árboles. Allí había caído su amiga.

Agustina había muerto. Eso había dicho Puck.

—¡Dios mío! ¡Qué esté viva por favor!

Cuando llegó a lo de su amiga sus ojos estaban tan nublados por las lágrimas que solo veía manchas de luz naranja y roja danzando entre montañas de escombros.

Se limpió los ojos y enfrentó el escenario. La cuadra donde estaba la casa de Agustina había sido transformada en zona de guerra.

“Tengo que focalizarme, tengo que focalizarme”, se dijo recordando las



infinitas clases de Candela y Malva.

Se sentó entre ladrillos y caños reventados para calmarse y enfrentar el reto con serenidad.

El aire estaba saturado de polvo, gas y humo.

Desde allí se veía la montaña de asfalto. Había varios cuerpos tendidos en la calle. No debía preocuparse, seguro estaban desmayados o heridos. Ragarath no se arriesgaría a matarlos. Se aferró a esa idea.

—Finalmente —la voz retumbó, clara y melosa, llenando la cuadra. Parecía sonar a su lado y Sofía quedó al descubierto cuando se paró asustada.

Ragarath estaba sentada en un trono hecho de troncos retorcidos que emergían por las paredes y el techo de la casa vecina. Las ramas que formaban el tronco eran blancas, como huesos excavados en el destrozo de la calle. Una llamarada brotaba de un caño de gas roto. Otras hogueras se esparcían por doquier. El fuego iluminaba el trono desde abajo, generando sombras que parecían rostros suplicando. Semejante escenario la volvía más oscura, más terrible, más mortífera.

Sofía podía ver claramente su sonrisa dibujada en el rostro perfecto, sus manos de mármol acariciando los apoyabrazos, sus ojos mortales clavados en ella, tan pequeña, tan ínfima. Se le antojaba como una gárgola encaramada en lo alto de una catedral, esperando el momento indicado para desperezarse, abrir sus alas ominosas y lanzarse sobre ella.

—Has crecido desde nuestro último encuentro —dijo sin intención aparente.

—Estás más vieja. Me pregunto si será prudente que me enfrentes. No puedo olvidar lo fácil que fue vencerte.

Sofía se sorprendió por su respuesta, aunque no tanto. Cuando estaba atrapada solía ser mortal con su lengua. Era lo único que la mantenía de pie y no la hacía correr como una rata.

—¿Crees que con palabras podrás vencerme? Estás muy equivocada.

—Yo no creo nada. Solo sé que no te daré el gusto de vencerme —Sofía caminó unos pasos, sin perder de vista el auto volcado y el tronco del árbol, ambos eran buenos lugares para esconderse si el hada oscura decidía atacarla—. Por más que mates a todos mis amigos, a mis padres, a mis tías, a toda la gente de esta ciudad, no me rendiré. No te daré el



placer de ganar. Nunca.

—Eso dices ahora, pero después de eliminar a varios de tus seres queridos rogarás para que la tortura termine.

—La única tortura que terminaré es la de tener que ver tu espantoso rostro por el resto de mi vida.

Ragarath se acomodó en el trono, tratando de no dejarse ganar por los insultos de la joven. Pero su arrogancia no se lo permitía. Ella, la más bella de las hadas, la más perfecta de las creaciones etéreas no podía dejarse tratar de esa manera.

—¿Tus hadas protectoras te entrenaron para que eligieras a una bruja?

—Fue idea mía.

—Entonces no es tu amiga.

—No.

—Mientes —dijo Ragarath. Se puso de pie, extendiendo sus alas negras y descendió hacia la montaña donde yacía enterrada Agustina—. Desde que volví de mi exilio —hizo una mueca de disgusto por los años en los que estuvo dormida— he recorrido como una araña todas las finas hebras de plata que te unen con aquellos que quieres. Han hecho bien tus tontas hadas en permitirte tantas relaciones. Me llevó mucho tiempo ordenar esos hilos.

El hada movía sus manos como una verdadera Viuda Negra tejiendo su tela. Sus dedos parecían separar puntadas, unir relaciones, buscar las más fuertes, descartar las débiles.

—Durante la noche de Navidad esperé a que el hilo más intenso se encendiera.

Ragarath se colgó del borde de la casa, como un buitre a punto de lanzarse sobre la carroña. Sofía evaluaba lo que había dicho el Hada. En realidad ella tenía sentimientos más profundos por sus padres, por Alan, por sus tías y por Jenn antes que por Agustina. Era cierto, la consideraba la mejor amiga que había tenido jamás, pero todavía no había puesto ahí sentimientos tan fuertes como Ragarath pretendía. Quizás era cierto lo que decían sus tías sobre el sonido de la Berry. Ella había puesto un timbre especial para Agustina. Si había sonado, entonces... ¿Era o no amiga de la bruja? ¿Era otro engaño? ¿De quién? No, no podía pensar así.

—Vibraban, todos ellos. No importa cuánto quisieras ocultar tus



sentimientos, la tela entera se movía como sacudida por un fuerte viento —Ragarath mentía esperando que Sofía se entregara al pánico.

—Te llevó mucho tiempo encontrar a la elegida.

—Es cierto —admitió, incómoda bajando de la montaña con un vuelo cuidadoso y galante, para posarse sobre el techo de un auto. Sofía sabía que era una invitación para que se acercara. No se movió—. La hebra que las une es fuerte, pero estaba oculta. La pasé varias veces por alto. Pero di con ella, y sé que no era un engaño porque en los días siguientes fue creciendo hasta fortalecerse. No tuve tiempo de seguirla, de estudiarla, de ver quién era realmente, te concedo eso.

—Entonces no tenías a nadie más para elegir. Por más que insistas con eso de que mis tías me educaron mal, te costó descubrirlo. Así que no sabes a ciencia cierta si lo hice porque es mi amiga o porque te engañé.

Sofía había tomado coraje. El Hada Oscura le había confirmado lo que pensaba: Agustina generaba en ella un sentimiento fuerte. No había nada de malo, muchas veces le había pasado cuando iniciaba una amistad con alguien.

Unos guijarros rebotaron sobre el asfalto. Agustina se había movido. Casi se lanza sobre ella de la alegría. Pero este era un juego que ganaría si no perdía la paciencia, si no se desesperaba. Poco a poco, palabra a palabra, se acercaba al centro de la calle, allí donde estaba atrapada su amiga.

—¡Ni un paso más! —gritó el hada.

Sofía se sentía confiada. Por primera vez en mucho tiempo sabía que tenía el control. No era un capricho, era una corriente eléctrica que surcaba sus venas, una energía que la envolvía haciéndola poderosa. Por su sangre corría la vida de sus padres biológicos, sus abuelos, sus ancestros. Todos habían enfrentado al Hada Oscura una y otra vez. La magia que crecía en su ser no le pertenecía, formaba parte de ellos y del extraño reino. Pero también sentía que la embargaba la energía de las plantas, la vida de los animales, la esencia de los seres etéreos. Ella era su voz y su esperanza, ¿por qué temer?

—Dime Ragarath, ¿estás lista para lo que sucederá cuando Agustina muera? A las brujas no les gustará. Tendrás un aliado menos en tu guerra.

El Hada Oscura no se movió. Su boca era una línea muerta en su cara de porcelana. Debía concentrarse, pero el odio crecía en su interior, desbocado, nublándole la razón. Sofía mantenía sus manos sobre el



pecho, como en una oración.

Ragarath sintió una profunda satisfacción. La pequeña tenía miedo, por eso retrocedía. Hablaba con una lengua filosa pero estaba buscando una manera de huir. Aquel movimiento la había delatado.









—Crees que puedes enfrentarme? —dijo el Hada Oscura recuperando su sonrisa.

—Sé que no podés matarme.

—¿Estás segura?

—Podés intentarlo.

Ragarath no sabía qué alcance tenía la maldición, en eso tenía razón la heredera. Dio un par de pasos, rodeando la pequeña montaña de asfalto como un majestuoso cóndor.

Un tornado de escombro y tierra se elevó en la calle. Parecía un pequeño vórtice. Sofía retrocedió un paso, alejándose del polvo y acercándose sutilmente a su amiga. Pero una ráfaga caliente le impidió dar un paso más. Ragarath abría sus brazos y sus prendas amplias ondeaban proyectando una sombra ominosa sobre las paredes vecinas.

El viento rugió, levantando piedras, ladrillos y ramas a su paso. Sofía estaba en el ojo de la tormenta, aferrada a su pecho.

—¿Eso es lo mejor que tenés?

Sofía veía cómo las piedras pasaban junto a ella pero no la tocaban. ¿Era la intención de Ragarath o estaba protegida por los dones de las hadas? Decidió dar un paso, pero esta vez hacia el Hada Oscura Parecía dispuesta a enfrentarla pero en verdad se estaba desviando hacia Agustina.

Ragarath pensó que trataba de evitar las piedras acercándose ella y se apartó. Tenía que mantener la concentración. No quería golpear a Sofía con las piedras y todavía no había decidido cómo matar a la chica. Evaluaba las consecuencias de perder la alianza con las brujas. Estaba indignada. ¿Cómo habían podido esas cuatro hadas torpes generar tantos problemas con una sola decisión?

Un paso más cerca de Agustina.

Los escombros volaban a una velocidad mortal. Cualquier cosa a esa velocidad podía arrancarle un brazo, la cabeza o matar a la bruja.



Sofía dio un paso más hacia Ragarath hasta interponerse entre el hada y Agustina. Sentía más valor en esos momentos que cuando había enfrentado a los ajats. ¿Cómo es posible que el rugido de un tornado no la desmoronase? ¿Por qué no le temblaban las piernas, por qué juntaba a cada segundo más fuerza?

Irreverente, temeraria, invencible. Era un papel que interpretaba, una máscara para ocultar su inseguridad, su necesidad de ser aceptada y querida. Excepto en ese momento. Solo le importaba vencer a Ragarath y sacar de allí con vida a Agustina. Su amiga, su querida amiga.

El rugido de las piedras chocando contra las paredes y los árboles era ensordecedor. Un guijarro del tamaño de un diente rozó su brazo. Le salió sangre pero no le importó. Una rama rasguñó su pierna, mucho peor que los dientes de los ajats. No se movió. El mundo colapsaba alrededor del vórtice de viento por la ira del hada.

Ragarath le ordenó al árbol convertido en trono que bajara hasta ella y la elevara. No hubo cantos como los que interpretaban sus tías, no había amor ni regocijo. El hada no perdía tiempo pidiendo permiso a los elementos. Ella los mandaba a actuar como ella quería. Pese a eso, sentarse en el trono era regresar sobre sus pasos. La niña no debía pensar que retrocedía sino que seguía en control de la situación. Incluso para un ser con su poder era difícil cuidar de tantos pequeños detalles, un segundo de desconcentración y todo se acabaría allí, para siempre. ¿Por qué había creado ese vórtice? No podía dejar que la pequeña venciera.

Un trueno sonó en el cielo.

—Quizás haga caer una pared sobre la bruja —gritó sobre el bramido del viento huracanado.

—Lo dudo, me mataría a mí también.

El Hada Oscura respiró profundo y recuperó su compostura. No podía dejarse vencer. Si no se controlaba las brujas que yacían desmayadas en la calle podían morir. Quizás eso bastara para que volviera a su confinamiento. Se irguió. No pensaba hablar, no había nada más que decir. Mataría a la bruja y asumiría las consecuencias. Reusz, Ajataj, los hombres de Helmuth, Tajo y Rengo se encargarían de torcer la verdad. Las brujas pensarían lo que ella quisiese. Y si no usaría el terror. Con los orcos, los enanos y los trasgos habían funcionado. Y en un año volvería para saber si la mocosa seguía tan entera, tan soberbia.

Con un simple gesto de sus manos el viento se detuvo. Se escuchó un



estruendo cuando cientos de rocas y ramas se desplomaron en un enorme círculo rodeando el monte de asfalto. El viento había terminado con el fuego. Solo los relámpagos iluminaban la calle.

—No importa lo que hagas. No te dejaré vencer.

—No sabes lo que dices —respondió. Sofía se acercó un paso más a su amiga, convirtiéndose en un escudo humano. Pero no del todo. Ragarath podía ver claramente el cuello pálido de la joven y la cabeza ladeada sobre el montículo. Bastaba con eso, un rayo agudo y mortal. Tenía que dejar que la tonta joven pensara que había ganado. Calculó la trayectoria del rayo, la intensidad, la fuerza que debía imprimirle. Dejó que Sofía supusiera que había vencido. ¿Por qué no? Era más dulce la victoria cuando el oponente creía que la tenía en su puño.

—Gané esta vez, Ragarath.

—Por el contrario. Perdiste.

El rayo se disparó de su mano, fino como un láser, preciso como un bisturí. Directo a la garganta de Agustina.

Pero la bruja ya no estaba allí.

Se escuchó un derrumbe. Sofía sostenía de la mano a su amiga y se oprimía el pecho. Ambas desaparecieron bajo una nube de polvo y un cráter enorme, oscuro y profundo, fue todo lo que Ragarath pudo ver.

El Hada Oscura gritó de rabia. No podía creerlo. No era cierto, no era posible.

Saltó del trono perdiendo toda postura. Se parecía a un felino buscando a su presa.

Sonrió satisfecha. Ahí estaba. Una mancha de sangre fresca. Había triunfado. Quiso aproximarse más al agujero pero sintió el desgarro de su piel, el insoportable dolor al ser compelida a regresar a su mundo.

Hasta el año siguiente.









—¿Estás bien? —dijo una voz detrás de una luz amarilla.

—Un poco mareada, nada más —respondió Agustina tratando de comprender qué sucedía. Levantó una mano para hacerse sombra y descubrir quién le hablaba. Sentía un fuerte dolor en el costado, allí donde la montaña la había aprisionado, y un hormigueo en la mano derecha.

—Me alegro —dijo la voz familiar, acercándose.

Agustina descubrió el rostro de Sofía, llena de polvo, que se acercaba un poco más. Mostraba una sonrisa triunfante y aliviada.

Cuando estaban por abrazarse, Agustina comenzó a mirar a su alrededor, preocupada. Se había puesto pálida y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Mi mano, no encuentro mi mano.

Sofía contuvo un grito. El brazo derecho de Agustina sangraba.

—Tranquila, tranquila.

—Estoy bien, solo quiero saber dónde dejé mi mano.

—Está conmocionada.

Agustina giró la cabeza buscando a quien hablaba su amiga. Un enano con cota de malla y casco dio unas órdenes rápidas y sus compañeros apuntalaron el túnel para que las jóvenes pudieran atravesarlo sin inconvenientes. Luego se arrodilló junto a las jóvenes mientras se desajustaba uno de los cinturones. Sin decir palabra hizo un torniquete. El grito de la bruja retumbó en las penumbras y Sofía lloró.

—¿Me permite? —preguntó señalando el brazo derecho de Sofía.

Un corte horrible surcaba el brazo. También estaba ensangrentado. Tanto que no se podía saber si era la sangre de una o de otra—. No es demasiado profunda. Esta —descubrió su manga para mostrar la serpiente blancuzca que recorría su brazo— me la hizo una bestia oscura



de Ragarath. Caminé tres días con la herida infectada.

—Jamás olvidará este día —dijo un enano de cabello revuelto y barba rizada, señalando el muñón de Agustina—. Será un honor para mí luchar a su lado desde hoy. Una herida como esa la convierte en una luchadora.

Varios enanos se acercaron para admirar el brazo mutilado de Agustina y presentar sus respetos. Estaban orgullosos, la reverenciaban como si fuese una diosa.

—Lo siento tanto —murmuraba Sofía, una y otra vez.

—No tiene que sentirlo —dijo el enano que había acudido primero—. Su amiga está viva. Nadie en este túnel pensó que su plan funcionaría. Usted la salvó de una muerte segura.

—Venció a Ragarath —dijo otro enano.

—¿Cómo llegaron? —preguntó Agustina señalando al grupo de enanos.

Sofía abrazó a su amiga y le acarició el cabello.

—¿Te acordás del día que fui a tu casa? En el subte me encontré con ellos. Me dieron esta piedra y dijeron que si los necesitaba solo tenía que invocarlos. Cuando te vi atorada en esa pequeña montaña supuse que era el momento de usarla.

Agustina miró la piedra que su amiga mantenía ahora en alto pero no se atrevió a tocarla. Estaba sorprendida de que los enanos se la hubieran dado a un humano. En ese momento asumió que su amiga era realmente la heredera del Último Reino.

—¿Los llamaste con tu mente?

—Sí. Les pedí que esperaran mi señal. Ragarath tenía que disparar. La única manera de que se cumpliera la maldición era que ella intentara matarte.

—¿Y cómo sabías que ellos entenderían tu pedido?

—No lo sabía. Fue una corazonada.

—Pero podían no escuchar.

—Así es.

Sofía no quería dar más explicaciones. En el último momento ella había puesto su propio cuerpo para impedir que el Hada Oscura la matase. No había salido del todo bien, dijeran lo que dijesen los enanos. Ayudó a su



amiga a ponerse de pie y caminaron unos pasos. Agustina iba mareada y poco a poco comenzaba a sentir el dolor en la herida. Sofía también, pero no dijo nada. Solo podía pensar en Ragarath.

Tenía un año. Tenía que entrenarse. Buscaría la manera de no pensar en nadie durante la Navidad. Y si fallaba, potenciaría sus dones para enfrentarla.

Los enanos caminaban felices entonando una antigua canción de mineros rudos y descubridores de filones. Estaban orgullosos de haber hecho su parte y algunos ya pensaban en la próxima cena de las comunidades, donde contarían la proeza que habían realizado.

Uno de ellos no aguantó y explicó cómo había apuntalado la montaña que sus camaradas habían ahuecado. A nadie le importó que relatara un hecho que habían vivido; escuchaban atentos y afirmaban con rugidos, como leones.

Otro enano describió los sonidos que había hecho para que en la superficie nadie supiera que sus compañeros estaban trabajando.

Alguien relató cómo había construido el arnés con el que sostuvieron a la bruja desmayada.

El más grande del grupo detuvo la marcha para contar, con orgullo, cómo había atajado a la heredera cuando caía. Los más cercanos palmeaban su espalda mientras los otros aplaudían.

Unas cuadras después volvieron a cantar, con más energía. Agustina quiso participar de la euforia y repitió los estribillos como pudo, sin comprender ni las palabras ni el significado. Por primera vez había alguien que la quería, y no formaba parte de su clan. Sofía la ayudaba con diligencia, apenada, pero a la vez agradecida de que su nueva amiga estuviera viva.

Alondra, Delfina y Candela esperaban a la salida del túnel junto a Puck. Los cuatro agachados como obreros inspeccionando los caños en los intestinos de la ciudad.

—¿Están bien? —preguntó Alondra.

—Yo estoy bien, ayuden a Agustina.

Candela tomó la mano de la joven bruja pero Malva las separó amablemente y le dio a entender que ella se haría cargo. Con un gesto



señaló a Sofía, que miraba la devastación como si fuera un reflejo de lo que sentía en su interior. Candela la abrazó con fuerza. La joven se dejó acunar entre sus brazos.

—Lo hiciste muy bien. Mejor de lo que había pensado.

—Voy a usar uno de mis deseos para que le devuelvan la mano.

—¡De ninguna manera!

—Es mi decisión.

—No te precipites, por favor. Quizás el año que viene lo necesites para una situación mucho peor. Danos una oportunidad.

Las hadas se concentraron en Agustina. Malva había comenzado un canto de curación. Alondra y Delfina buscaron entre los vestigios de la casa un brote o los restos de una planta.

—¿Esto es nepente? —preguntó Alondra limpiando con su ropa a las hojas maltratadas por las explosiones.

—Sí —dijo Delfina y se la acercó a Malva, que terminaba un canto para aliviar el dolor—. ¿Servirá?

El hada, sin dejar de cantar, asintió, se metió las hojas en la boca y comenzó a masticarlas. Luego extendió una de sus manos y escupió las hojas molidas. Con ellas untó el muñón.

Las tías se acercaron y acompañaron el canto de Malva, extendiendo sus manos sobre la herida. Un leve movimiento hizo que Sofía se acercara. Un tímido brote comenzó a danzar, estirándose. Era rojo al principio, como si se alimentara de la sangre de Agustina. Luego creció, se expandió y se entrelazó con otros brotes que emergían presurosos. En poco tiempo las plantas de nepente se habían entrelazado formando un guante, la copia de la mano que había perdido la bruja.

—No tendrá la precisión de la real, pero nadie se dará cuenta.

—Salvo por el color verde —dijo Agustina moviendo su nueva mano.

—Nada que no pueda ocultar un guante, o maquillaje —respondió Malva.

Sofía se acercó, tímida y compungida. Agustina le mostró la mano.

—Ahora solo falta que Ragarath confiese que es mi madre y que quiere que juntos gobernemos la galaxia.

Las jóvenes sonrieron aunque las hadas no comprendieron muy bien a



qué se refería.

—¡Señorita Agustina! —dijo Puck corriendo hacia la bruja y abrazándola con devoción. Le hubiera gustado abrazar a Sofía, pero no se atrevería a tocarla así jamás. Menos después de aquella noche en que había vencido al Hada Oscura. Ella sola.

—Se vienen tiempos difíciles —murmuró Malva.

—No la presiones ahora —dijo Candela para sorpresa de todas.

—¡Mi mamá! —dijo Agustina, de pronto—. ¿Está bien mi mamá?

—Sí, querida —la tranquilizó Alondra—. Delfina está con ella y con las brujas. Están todas bien. Ragarath no se arriesgó a matarlas.

Sofía tomó la nueva mano de su amiga.

—No olvidaré nunca el sacrificio que hicieron las brujas esta noche —dijo con seriedad—. Te aseguro que haré lo imposible para que la próxima vez solo seamos ella y yo.

Las hadas estudiaron el semblante de la joven y la imagen del rey y la reina volvió a sus mentes. Tenía algo de los dos. Los ojos serenos del padre, la postura de la madre. Pero cuando Sofía sonrió, lo hizo con la boca de Carolina y al reanudar la marcha fueron los pasos de Claudio los que caminaron. Y en ella anidaba el coraje de un dragón. Sería heredera de sus padres de sangre pero llevaría la marca indeleble de sus padres adoptivos, los que estuvieron cuando era pequeña, cuando había que abrigarla, retarla, educarla. Y lo habían hecho bien. Muy bien teniendo en cuenta que tuvieron que soportar a cuatro hadas metidas que pretendían imponer sus propias reglas.

—¡Agustina! —gritó Nuria apartándose de los cuidados de Malva.

Madre e hija se abrazaron. Sofía se apartó y miró la calle. Se dio vuelta para ver los escombros sobre los que habían estado sentadas hacía un instante y ya no estaban. Toda la cuadra había recuperado el aspecto previo al enfrentamiento con Ragarath. No había ni una rajadura en las paredes, ni una marca en las veredas, ni un solo árbol herido.

—Nadie se atreverá a mencionar lo que pasó anoche —dijo Alondra—. La gente de la cuadra está afiebrada y enferma, pensarán que fue todo fruto del delirio. Pero vos podrás ver donde pusimos nuestra mano.

Sofía agudizó la vista. No le costó descubrir la impronta de los enanos. En lugar del asfalto se apreciaba un bellísimo trabajo de adoquines



finamente encastrados, con un patrón único en la ciudad. Nadie lo notaria.

Las hadas habían hecho paredes nuevas y techos resistentes. Los habitantes de esas casas vivirían en un lugar mejor, más confortable. Nunca podrían adivinar que sus paredes de revoque y ladrillo estaban conformadas por plantas.

—Espero que las brujas no nos odien por lo de esta noche —dijo Sofía a su tía.

—Todo lo contrario —dijo Nuria apareciendo por detrás de Alondra. La abrazó como lo había hecho con su hija.

—Nos has honrado con tu amistad, has salvado la vida de una de las nuestras y has vencido al Hada Oscura —dijo—. Las brujas de los clanes del sur estamos a tu servicio.

—Gracias.

—No te apresures a agradecernos. Para nosotras no hay vida sin la naturaleza. Las plantas y los animales son nuestros hermanos y los humanos siempre se han creído por encima de toda creación. Mientras tu camino y el nuestro sean el mismo no dudaremos en enfrentarnos mil veces a Ragarath. Pero si te corres del estrecho sendero que nos une, nos tendrás como enemigas mortales.

—Gracias —repitió Sofía. Luego enderezó su postura y puso su mano derecha en el hombro de Nuria. La bruja sintió que estaba frente a una reina y no ante una adolescente—. La sinceridad es un tesoro muy valioso para mí. No las defraudaré.

Y sin saber por qué sintió la necesidad de retroceder unos pasos. Las hadas y las brujas la siguieron con la vista. Levantó la cabeza y cerró los ojos, abriendo las manos, esperando.

Una gota se estrelló en su frente, y luego otra y otra. Sonrió. Nuria respiró aliviada y se entregó también al aguacero, que lavó cualquier resto de lucha y calor.

—Todavía están a tiempo de ir a la fiesta —dijo Malva.

Las jóvenes se miraron y asintieron.

—¿Tendrás un disfraz de bruja por casualidad? —preguntó Sofía a su amiga.



(interludio)

El cuervo remontó vuelo desde las sombras. Atrapado en las entrañas de la Tierra buscó las corrientes subterráneas. Sus alas se habían hecho poderosas, luchando contra la piedra. Se abrió paso por la tierra como si de nubes se tratara, y la pequeña musculatura que sostenía las plumas lustrosas se convirtió en hierro y cristal de roca. Sus plumas se tornaron ónix. Su pico fue diamante; sus ojos, amatistas.

Renovado cual fénix pétreo, el cuervo ascendió por los ríos de lava y se templó al alcanzar el aire. Dragón rojo, saeta, estrella fugaz. Piedra calcinada en luz.

El cielo reverenció su paso y se abrió en aguacero.

Lluvia fría, agua purificadora: bendición y bautismo.

El pájaro negro se dejó mecer por el aire de la noche y descendió renovado en círculos concéntricos. Pero sus plumas jamás tocaron tierra. Se transformaron en tela desgarrada, jirones, harapos. Oscuros retazos que sostienen huesos viejos, piel ajada, manos antiguas.

La vieja bajó la cabeza, puso sus diez huesos largos sobre el pecho y se dejó caer en la cama. Exhausta y satisfecha. Los caminos comienzan y terminan en el corazón de los hombres pero vuelan en el de las aves. Era tiempo de asomarse a otros cielos. Era tiempo de nuevos desafíos.

(fin del interludio)









Capítulo 15

El primer día de clases siempre es difícil. Y mucho más para alguien nuevo.

Aulpán caminó lento, con su cuerpo entorpeciendo el paso de todos. Sus manos eran demasiado grandes, sus zapatillas desproporcionadas, su espalda ancha y su cabellera larga y oscura.

Nadie lo miraba demasiado, solo quienes tenían curiosidad por ver la cara de aquel muro viviente. Llevaba los puños apretados y la ropa, aunque holgada, le molestaba.

Sus padres ya habían hecho los trámites y las presentaciones. Ya conocía el patío y su aula. También le había dado una ojeada a los nombres de sus compañeros.

Se paró en un rincón y los estudió. Estaban todos juntos, saludándose con abrazos, empujones y risas histéricas. Muchos se habían visto durante las vacaciones pero igual se demostraban el cariño, como si aquel fuera otro universo, paralelo al de las vacaciones. Estaba toda la fauna estereotípica de cualquier división: el rubio de sonrisa perfecta con su corte de payasos, la diva maquillada acompañada por sus clones perfumados, un par de tímidos con anteojos y libros bajo el brazo, una retraída y distante, y algunos que pasaban desapercibidos.

—Permiso —dijo una voz detrás suyo.

La joven de cabellos de miel pasó a su lado. Sin proponérselo era una diosa. Y Aulpán quedó prendado de su caminar. A su lado, charloteando como una urraca, una joven de ropas oscuras gesticulaba con sus manos, una de las cuales parecía enfundada en un guante tejido. Bien podría ser una bruja.

La diva dejo de hablar cuando vio al dúo que se acercaba. No sabía que decir. El rubio de la sonrisa perfecta cambió el semblante. Estaba ofuscado, molesto, incomodo. Pero solo Aulpán lo notó. De inmediato intentó sonar seguro y desinteresado. Así supo Aulpán que el rubio no le gustaba nada, que no querría recordar su nombre, salvo para saber cómo llamar a su enemigo. Los payasos de su corte imitaron al rey y tuvieron que mostrarse amables con la chica de los pelos de miel aunque trataron



de ignorar lo más que pudieron a la bruja.

Aulpán se acercó lo más que pudo al grupo, cabeceó a algunos que lo estudiaban y trató de pasar desapercibido.

—¿Nuevo? —dijo una voz a su lado. Y no necesito darse vuelta para saber que era ella.

—Sí —respondió con una voz demasiado profunda para un chico de secundaria.

—Si queréis podéis acompañarnos —dijo la muchacha de ropa oscuras con amabilidad.

El asintió. Nunca había sido amigo de una bruja y nunca había recibido tanta amabilidad de una joven hermosa, y mucho menos de una princesa. Ella lo tomó del brazo y miró al rubio, quien descubrió en Aulpán una mirada feroz. Un enemigo.

El recién llegado sonrió.

Sí señor, sería un año interesante. Muy interesante.







Capítulo 16

2 DE SEPTIEMBRE DE 1939. 5:00 AM
EL ÚLTIMO REINO.

Los elfos llegaron cuando todavía el sol no había salido. Los grandes ejércitos de los que hablaban las leyendas se habían desperdigado y muchos ya no pisaban la misma tierra que los hombres. Sin embargo bastaron para poner en retirada a los orcos.

Los tanques y las tropas habían partido hacia medio día. Y quienes habían formado parte del ataque del Último Reino tratarían de olvidarlo. Los considerarían una pesadilla, fruto de la locura en que el mundo se había metido.

Ragarath no estaba allí. No había podido entrar. Loca de furia había volado sobre las tierras externas del reino y buscaba con desesperación una pista para recuperar lo que, según ella, le pertenecía por derecho.

Su búsqueda terminaría abruptamente en el Monte del Azor. La playa estaba vacía, los bosques humeaban y el mar se abría calmo y extenso como un desierto.

Reusz, solo y abatido, poco pudo hacer para detener a sus hombres, espantados por los escuadrones élficos. Acompañado por dos bestias mal heridas se escondió en la espesura del bosque, maldiciendo el avance de los seres de la luz.

Reunidos en torno a las murallas, los elfos extendieron sus manos como si desearan calentarse con la tierra ultrajada. El suelo se resquebrajó y de su interior surgieron zarzas, como tentáculos: voraces, veloces, implacables. Nada los detuvo. Las piedras se ahogaron en su abrazo, las cortinas, las alfombras y los vidrios se endurecieron con el toque de las ramas, como si una medusa hubiera posado sus ojos en ellos. Y los sirvientes, los soldados, los pobladores del reino también se hicieron piedra. El brillo escapó de las armaduras, el color abandonó las telas, la luz se retiró asustada, temerosa de quedar perdida en el tiempo.

Afuera, en los patios del reino, las zarzas habían envuelto el último lugar donde los hombres recibían a las hadas con amabilidad.



Los elfos tejieron con su magia un manto de olvido. Los años harían que el bosque fuera considerado maldito. Correrían historias de fantasmas vagando por la espesura cazando ciervos para el reino perdido, caballeros defendiendo paredes que nadie veía, nobles recordando historias sobre hadas y orcos, historias para niños que se escapan durante la hora de las siesta, cuentos de hadas torcidos en libros de colores brillantes.

Y como Ávalon, el Último Reino desapareció de la vista, esperando el tiempo en que el heredero naciente una vez más. Del vientre de un dragón de mar, para ser criado por humanos, en un país lejano, ajeno a las guerras elementales.

Solo la tumba de un viejo cazador marcaría vagamente el sitio donde una vez se libró la última batalla de la magia:

“Aquí yace Krzystof. Luchó contra las bestias y murió defendiendo a su reino.”





Sobre el autor:

Leo Batic



Nació en La Plata en 1969. Se recibió de periodista en 1989 y participó en seminarios sobre locución y narración oral.

Estudió Dibujo en la UNLP y realizó cursos de ilustración con Juan Bobillo y Marcelo Sosa (2004) y con Istvan Rittcher (2005). Actualmente participa del taller literario de Graciela Repún al que se sumó en 2005. Formo parte del grupo de escritores infantiles “Nación Cracovia” (grupo al que pertenecen Andrés Sobico, Marcela Silvestro, Carla Dulfano, Olga Appiani, Gabriela Burin, entre otros).

Desde 1995 trabaja como ilustrador para diferentes editoriales internacionales como artista aprobado por Warner Bros, Disney y Cartoon Network para realizar libros e historietas de sus personajes, en las editoriales Scholastic, Egmond y McGraw Hill entre otras. En 1997, junto a Walter Carzon y Pablo Zamboni co-fundó (y aún dirigen) el estudio Duendes del Sur.

Desde el 2003 forma parte del Foro de Ilustradores Argentinos y el ADA (Asociación de Dibujantes Argentinos) y participó con ambos grupos en varias exposiciones y muestras entre las que se destacan las de las Ferias del Libro y la Exposición de Dibujantes Argentinos en el Palais de Glasse. En el 2006, junto a Alexiev Gandman, María Paula Dufour, Leicia



Gotliwosky, Virginia Piñón y Sonia Esplugas, creó el blog El Coso de los Ilustradores, que hoy cuenta con 198 ilustradores de todo el mundo.



